

**LEN
McCABE**

**KRIS
HAMLET**

UN *coffee*
PARA DOS



UN COFFEE PARA DOS

Kris Hamlet, Len McCabe

Derechos de autor © 2025 Len McCabe_Kris Hamlet

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

PLAYLIST

It's Not Right But It's Okay – Mr. Belt & Wezol

These Words – Badger, Natasha Bedingfield

Lose Control – Teddy Swims

Deep In Your Love – Alok, Bebe Rexha

Let It Go – James Bay

Where Are You Now – Lost Frequencies, Calum Scott

Stars Will Align – Kygo, Imagine Dragons

Something Just Like This – The Chainsmokers, Coldplay

I Love You – Cabela and Schmitt

PRÓLOGO

El tiempo de un fogonazo, el estruendo de un trueno, un portazo.

Sus caderas se balancean con una determinación que nunca antes había visto, sus delicadas manos cerradas en puños parecen dispuestas a golpear a alguien, muy probablemente a mí, y sus tacones en el suelo resuenan como disparos dispuestos a marcar mi final, su mirada ardiente podría quemarme vivo.

—Esto es demasiado, incluso para ti.

Su voz es firme, ocultando bien la tormenta de emociones que puedo ver en sus ojos.

Un vaso de alguna bebida rosa y una avalancha de hielo caen sobre una camisa blanca inmaculada.

Pero la frialdad de la bebida no se acerca ni de lejos a la rabia helada que destila, una ira decidida llena de decepción.

—Borra esa expresión de asco y sonríe. Esta es la última camisa que te estropee, aunque una camisa manchada refleja tu verdadero yo: sucio, desde la punta de los dedos de los pies hasta el último pelo.

Contengo cada músculo para quedarme quieto, porque así es como tiene que ser.

Tengo que dejarla ir.

Pasa un rayo, se cierra una puerta y, en un abrir y cerrar de ojos, se desvanece toda esperanza.

CAPÍTULO 1

GRACE

NUEVA YORK - UNA SEMANA ANTES

La noche del viernes en Nueva York lo hace todo posible.

Hay todo tipo de entretenimiento a mano, y acepté venir a este club con mis amigos, porque era de reciente apertura, ya tiene bastante éxito, y lo hizo la empresa para la que trabajo.

Tenía verdadera curiosidad por ver lo que podían hacer mis colegas, y aunque aprecio mucho el resultado, la velada tiene un regusto amargo.

Sé que no estoy al mismo nivel que ellos.

Estoy en el baño para refrescarme un poco y dos se divierten en el cubículo contiguo al mío.

Por más que intento darme prisa, no puedo evitar escucharles.

Y lo hicieron a lo grande.

—¡Guau! Ha sido increíble, eres increíble, ¡pero lo supe a primera vista! —comenta, en cuanto cesan los gemidos y los jadeos. *Por fin, debo añadir, después de que los dos me recuerden brutalmente que llevo demasiado tiempo en abstinencia.*

—Gracias, pero ahora tengo que irme —oigo decir a una voz masculina que me cuesta creer lo que oigo.

Ni siquiera ha superado el éxtasis del orgasmo y ya lo está descargando mal.

¡Qué cabrón!

Métete en tus asuntos, Grace, me digo mientras reprimo un comentario indignado y trato de apurar mis necesidades.

—He pensado que podríamos pasar la noche juntos, tal vez en tu casa o en la mía, tengo mucho más que enseñarte —responde, mientras salgo de la caseta en religioso silencio para dirigirme a los lavabos, no muy lejos.

Casi me avergüenzo de pertenecer al género femenino por el tono de guiño que utiliza, en pleno estilo perruno pidiendo croquetas.

Lo siento, no es nada personal, pero mi código ético me prohíbe hacer dos veces el mismo viaje. Sin embargo, no dudo de que encontrarás a alguien igual de interesante con quien pasar la noche —se atreve a replicar.

¿Y qué hace ella en respuesta?

—Da igual —resopla, saliendo toda pavoneándose, pero sin pintarse los labios, como si no acabaran de dejarla brutalmente.

Pasa por delante de mí, apenas echándome una mirada de pasada, y sale del baño taconeando vertiginosamente.

No puedo creerlo, ¿puedes creerlo? ¿Ni siquiera una bofetada o un *polvo*?

Tranquila, Grace, me repito como un mantra.

No es de mi incumbencia si esa chica no consideró oportuno ser tratada con el respeto y la dignidad que toda mujer merece, no es de mi incumbencia si esa chica decidió ser follada en el baño de una discoteca por un desconocido que resultó ser un gran cabrón desalmado, no es de mi incumbencia si dicho cabrón desalmado cree que puede “utilizar” a una mujer de esta manera y tirarla a la basura como si fuera un condón usado, no es de mi incumbencia si esta situación es sórdida y vergonzosa.

No es asunto mío, ¡y punto!

Cuando él también sale, bajo bruscamente la mirada, fingiendo lavarme las manos y esperando verle escabullirse avergonzado por haber sido pillado in fraganti en el servicio de señoras. En lugar de eso, sigue asombrándome y, con toda la calma del mundo, se coloca en el lavabo junto al mío para enjuagarse las manos como si fuera el amo del mundo, y tengo la sensación de que me sale humo caliente por las orejas, porque empiezo a sentir calor y estoy convencida de que se me ha disparado la tensión.

No es asunto mío, no es asunto mío, no es asunto mío....

—¡Qué cretino más presumido! —suelto, incapaz de resistirme, sin dedicarle siquiera una mirada.

Se da la vuelta, noto que me mira fijamente, pero no quiero mirarle en absoluto o no podría contener mis improperios.

—¿Cómo dices? —pregunta sorprendido.

—Sordo también, vamos bien, parecías más enérgico hace cinco minutos —repliqué irritada.

Maldita sea, debería callarme e irme sin darle una oportunidad a este bastardo.

—¿Es así? Entonces, ¿eres una pequeña voyeur pervertida que, a falta de materia prima, disfruta escuchando actuaciones ajenas?

—¿Cómo dices?

Fue mi turno de girarme, haciendo un gesto hacia él e inundando su pecho con el agua que llenaba mis manos.

—¡Joder! —exclama, dando un paso atrás, como si tuviera lepra.

No puedo evitar lanzarle la mirada más mortífera de que soy capaz, pero no se me escapa que ese bastardo desalmado se merece mucho.

Al menos dos metros de físico esculpido claramente visible incluso por encima del elegante traje, labios carnosos y pecaminosos, pómulos altos y dos esmeraldas brillando tras un marco clásico que lo hace sexy sin medida, una mirada gélida para hacer girar la cabeza de cualquier mujer.

¡No! Debo mantenerme concentrada, estoy convencida de que la lucha acaba de empezar.

Se mira la camisa mojada y luego me fulmina con la mirada.

—Ingrata. Ridícula. Y sorda también. Estamos bien, parecías más amable hace cinco minutos —replica, burlándose de mí.

Le odio.

—¿Sabes qué? Debería ser superior, girar sobre mis talones y marcharme sin mirarte un segundo por tu comportamiento con esa pobre chica despistada, pero no lo haré, porque los de tu calaña necesitan a alguien que les dé una reprimenda que nunca olvidarán...

—¿Y tú harías eso? —intenta interrumpirme, pero a estas alturas ya me he salido por la tangente.

—¡Y que se den cuenta de que actuar como un gran cabrón desde luego no les hará más geniales si la materia prima es de mala calidad! Puede que les suene absurdo, pero no basta con tener un elegante traje a medida y un reloj que grite 'soy asquerosamente rico', a las mujeres hay

que tratarlas con respeto, no como toallitas desechables, no puedes permitirte llevar a una chica al baño, quizás prometiéndole corazones y flores, y luego ahuyentarla como a un insecto molesto en cuanto has satisfecho tus necesidades animales, porque así es exactamente como te has comportado: como una fiera en celo, y es simplemente sórdido y vergonzoso, y no puedo quedarme mirando, porque la solidaridad femenina debería ser un deber cívico, casi tanto como el derecho al voto, y en cambio en la mayoría de los casos, las mujeres vamos a la guerra unas con otras, ¡pero yo no soy así y siempre defenderé a una hermana mía! Te deseo una muy mala noche y espero no volver a verte nunca más —concluyo mi arenga con la respiración entrecortada y lágrimas en los ojos, porque creo en cada una de mis palabras, luego giro sobre mis talones y me marchó, sin siquiera darle tiempo a replicar.

Vuelvo con mis amigos, aún acalorada, pero ellos, afortunadamente, no notan nada y nuestra velada transcurre sin sobresaltos, entre música y deliciosos cócteles.

Poco a poco se me pasa el enfado y empiezo a disfrutar de nuevo.

Una pequeña, muy pequeña parte de mí, sin embargo, no deja de pensar en aquel Adonis oscuro del que abusé en el baño y al que ni siquiera concedí el beneficio de la duda.

Una parte aún más minúscula e insignificante de mi cerebro se pregunta si era lo único que quería darle....

Dios mío, realmente necesito tener sexo.

Está bien, deja de pensar en eso, ¡estamos en Nueva York de todos modos y nunca voy a volver a verlo!

CAPÍTULO 2

GRACE

Me retiro el pelo de la cara y acelero el paso, zigzagueando entre la gente que ya se agolpa en la acera.

Echo un vistazo al reloj que confirma mi sospecha: llego tarde, pero no podía empezar la semana laboral sin algo dulce de *Veniero's*.

No me considero una niña mimada, pero los lunes por la mañana piden un mimo extra, sobre todo cuando preveo tormenta en el horizonte.

Capuchino en mano, me dirijo rápidamente a *Lauder Design & Build*, la empresa en la que trabajo desde hace unos años, a pesar de que no soy en absoluto el prototipo de mujer profesional.

De hecho, esto no es lo que veo en mi futuro, el problema es que realmente no tengo ni idea de lo que quiero hacer cuando sea mayor.

Lástima que, según mis padres, a los veinticinco años ya soy adulto.

Dada mi indecisión y mis muchos trabajos intermitentes tras la graduación, mi padre, amigo del socio mayoritario, *Hamilton Lauder*, pensó que lo mejor era pedir un favor, y aquí estoy, contratada como empleada anónima en esta renombrada empresa de construcción.

Para mi querido padre, sin embargo, esto no es suficiente.

Ningún pozo puede ser anónimo, así que hoy empieza con una reunión para un nuevo encargo que debería darme la oportunidad de demostrar mi valía con un posterior ascenso.

A nadie le importa que las únicas promociones que quiera sean las de *Macy's*.

Un comienzo de semana muy prometedor, si se tiene en cuenta el traje negro, los zapatos de doce tacones y el pelo planchado en un recogido pulcro, todo lo cual no soy, pero cansa ser siempre la oveja negra de mi familia.

Saludo al portero e intento apresurarme hacia el ascensor, cuyas puertas se están cerrando.

—Un momento —grito, extendiendo la mano con el vaso, mientras corro hacia el ascensor para intentar bloquear su cierre.

—¡Joder! —exclama una voz que me parece reconocer, aunque no puedo contextualizarla.

Objetivo cumplido: las puertas del ascensor se abren y cuando entro me encuentro con un pecho macizo cubierto por una camisa blanca ya no inmaculada con una mancha de mi café.

—¡Joder, no! —se me escapa a mí también, mientras miro abatida el vaso vacío.

No puedo afrontar el día de hoy sin mi dosis de cafeína.

—Tú, no me lo puedo creer —continuó la voz masculina—. ¡Desagradecida, fisgona, perversa y acosadora también!

Levanto la vista y me encuentro con una despectiva mirada verde bosque.

—No hay necesidad de ofenderse, es solo un poco de café —replico cuando me doy cuenta y un poco de rubor intenta subir a mis mejillas.

—¿Solo un poco de café? —responde con voz incrédula, un momento antes de serenarse—. Básicamente, todo el contenido de tu vaso de café con leche se deslizó sobre mi camisa, justo hoy, mi primer día de trabajo —concluye fríamente, porque alguien como él seguramente no sabrá gritar.

Le miro de pies a cabeza con condescendencia.

No me equivoqué, es impresionantemente bello, con ese encanto que te aturde sin que te des cuenta de qué en concreto te ha impactado. Lástima que sea tan gélido como el peor invierno de Nueva York, hasta el punto de que parece que le han metido una escoba donde no da el sol de tan tieso y pavoneándose. En resumen, uno de esos tipos que gritan *controlados* desde la raíz del pelo hasta la punta de los pies. Más bien me temo que si sonriera sería de infarto.

Entonces recuerdo el episodio del viernes por la noche y mi espíritu de lucha vuelve.

—Exacto, lo grave es que *me* he quedado sin café, justo el día que tengo que participar en un nuevo proyecto —le imito, mientras él lleva sus ojos asqueados de su camisa a mi persona—. Tú... —continúo, buscando un apelativo que encierre lo que pienso de él, que resuma su pésima figura desde nuestro primer encuentro —Superman pelele.

No es exactamente despectivo, pero me engañó su parecido con Clark Kent, y de todos modos lo dije en el tono más despectivo de que soy capaz.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer? —me pregunta mirándome con condescendencia—. Brazo —dice mientras deja el maletín en el suelo.

Por reflejo, hago lo que me dice y extendiendo el brazo sobre el que apoya su chaqueta, utilizándome como percha.

¡Qué descaro, debe estar agradecido de que el ascensor esté todavía a medio camino!

Se inclina y, como si fuera un ilusionista, saca de su maletín una camisa limpia y perfectamente doblada, que utiliza para cambiarse a la velocidad del rayo, de espaldas a mí.

No dudo en mirar de cerca su cara B y me gustaría poder decir que no está a la altura de lo que muestra delante, pero no puedo y adivino fácilmente lo que vio en él la chica de discoteca con la que se divirtió el viernes por la noche.

Trago saliva, pero me recupero antes de que se dé la vuelta y le respondo del mismo modo, fingiendo que no me molestan sus loras y esa subida al piso sesenta que, por rápida, sigue siendo demasiado lenta.

—No dudes de mí, solo estamos al principio, y Superman estaba siendo irónico.

Me ignora, coge su chaqueta y la escruta, tal vez temiendo que se la haya estropeado de alguna manera, luego se la pone con un movimiento fluido y bastante sexy y se agacha para recoger su bolso, pero antes de que pueda seguir con mi diatriba, el ascensor señala su llegada.

Llegamos y las puertas se abren al pasillo que conduce a la sala de reuniones de Lauder Design & Build.

—Ingeniero Clark, señorita Wells, bienvenidos, les estábamos esperando —nos saluda Hamilton con un deje de sarcasmo en la voz.

No puedo evitar sonreír cuando oigo el apellido del hombre que está a mi lado—. Entonces, ¿de verdad eres Superman encubierto? —susurro para que solo él pueda oírme.

—Es solo una pesadilla, dentro de un rato te despertarás y nada de esto habrá pasado —se motivó, cerrando los ojos un momento.

—Me temo que ya está despierto, *ingeniero* —respondo con los labios apretados, mostrando mi mejor sonrisa.

—Buenos días a todos, es un placer conocerle, señor Lauder —se recupera Clark tras un rápido encogimiento de hombros.

—Por favor, tomen asiento —nos invita Hamilton, observándonos atentamente como si fuéramos experimentos de laboratorio.

Mientras tomamos asiento en lados opuestos de la mesa, reconozco a Sondra Shepard, una pariente de Hamilton que no despierta mi simpatía por sus actitudes esnobs; también están Ashton Payne, del departamento jurídico, junto con un colega suyo, y Wade Perry, uno de nuestros ingenieros civiles más capaces. Completan el equipo Samir Kapoor y Varnan Hicks, dos colegas del departamento de informática con personalidades muy diferentes. Cenisa Hart, de Recursos Humanos, también está presente, como siempre, durante las reuniones exploratorias del proyecto.

Observo las expresiones expectantes de los demás presentes, y a mí también me gustaría sentir una pizca de su emoción.

Suelto un profundo suspiro y desvío la mirada hacia Cenisa, que toma la palabra con una sonrisa sarcástica.

—Bueno, Hamilton, creo que es seguro decir que ya tenemos los dos primeros miembros de un equipo.

CAPÍTULO 3

THOMAS

Dicen que lo bien empezado está a medio hacer.

Por desgracia, no parece ser mi caso.

Solo llevo unos días en Nueva York y nada, hasta ahora, parece ir bien.

Cada vez que algo sale mal, aparece ese engendro de mujer en el que no he dejado de pensar desde el enfrentamiento en los aseos del club el viernes por la noche.

Solo tardé un momento en reconocerla, a pesar de que es bastante diferente de la catástrofe de colores que conocí en la discoteca. De hecho, hoy iba vestida casi decentemente.

Salvo que en cuanto abre esa boca en forma de corazón con el labio inferior ligeramente saliente, solo salen tonterías en un tono sacarino que resultaría irritante incluso para el Dalai Lama.

Hoy, en mi primer día de trabajo en esta prestigiosa empresa neoyorquina, con una camisa inmaculada solo gracias a un cambio in extremis, me encuentro sentado a una mesa con desconocidos que se convertirán en mis colegas, mientras una voz femenina y sonriente anuncia lo que parece ser la peor de las desgracias.

—¿Qué significa eso? —Las palabras salen antes de que pueda contenerlas.

—Están hoy aquí reunidos porque hemos recibido un encargo muy prestigioso para nuestra empresa —retomó la palabra el Sr. Lauder—. Matthew Fisher, de la Fisher Luxury Corporation de Miami, nos ha pedido un proyecto para un club nocturno de última generación.

Es una sonrisa que ilumina su rostro.

Los Fisher son grandes promotores inmobiliarios, con propiedades en varios estados e inversiones diversificadas en varios sectores, incluidos hoteles, restaurantes y clubes nocturnos. En resumen, un cliente excelente incluso para una empresa de construcción de prestigio como Lauder.

—Para satisfacer mejor los requisitos del cliente, pensamos en crear dos equipos de trabajo, cada uno formado por cuatro elementos: un ingeniero de construcción, un informático, un abogado y un cuarto elemento que actuara de coordinador.

—Um, um —Catástrofe llama la atención aclarándose la garganta.

—Dígame, Srta. Wells.

—Le agradezco la oportunidad, Sr. Lauder, pero no entiendo por qué estoy aquí.

—¿Tengo entendido que es licenciada en organización e historia del arte?

—Sí, pero...

—Creo que sus estudios clásicos pueden aportar una importante contribución al proyecto, además de ser capaz de coordinar a su equipo.

Parece poco convencida y bastante indecisa cuando responde: —Por supuesto, Sr. Lauder.

Inclina la cabeza, pero es resignación lo que leo en sus ojos, mientras sus labios se mueven en un bufido silencioso que susurra: “si debo hacerlo”.

¿Por qué parece que todo me ocurre a mí?

—Partirán en dos días, tiempo para conocerse, leer el pliego de condiciones e intercambiar las primeras opiniones. En Miami, serán huéspedes en una residencia de Fisher. Tendrán que inspeccionar las obras, coordinar con él y su personal. Cada dos o tres días tendremos una llamada para hacer balance de la situación y me gustaría tener los primeros bocetos sobre mi mesa en no más de quince días. No me cansaré de insistir en la importancia de un proyecto así y en lo imperativo que es el éxito, no me cabe duda de que cada uno de ustedes lo dará todo —no se me escapa la significativa mirada que dirige a la señorita Wells—. El éxito de la empresa será su éxito y todo el mundo sabe que soy muy munificente con aquellos que cumplen mis expectativas —concluye con una sonrisa socarrona y una mirada que dirige a todos los presentes.

Mis ojos buscan a Catástrofe: parece cada vez más desanimada, sus manos se mueven para mostrar cierto nerviosismo, mientras habla consigo misma.

A la altura de otras expectativas, justo lo que buscaba me parece leer de sus labios.

Y estoy seguro de que es la única de nosotros que no quiere estar aquí.

Pero, ¿por qué?

No me da tiempo a pensarlo, porque la señora Hart vuelve a llamar mi atención:

—Ahora, respondiendo a su pregunta, ingeniero Clark, dada la espectacular entrada que han hecho usted y el doctor Wells, lo que sugiere que ya se conocen, ustedes serán los dos primeros miembros del equipo Marshmello.

Es una sonrisa maligna la que decora sus labios mientras me mira y me da el triste veredicto.

Perra.

—Perfecto —respondo con seguridad, acomodándome en la silla y tragándome la serie de palabras impropias que amenazan con escapar de mi boca.

—Completarán el equipo Ashton Payne, del departamento jurídico, y Samir Kapoor, de la parte informática.

No sé quiénes son, pero por el rabillo del ojo veo que mi compañero de infortunios sonríe y asiente en dirección a dos jóvenes que parecen recién licenciados.

Contengo un gemido frustrado y empiezo a pensar en qué estrategia utilizar para ganar, a pesar de las muchas dificultades que parecen vislumbrarse en el horizonte.

—El otro equipo, el Premier, estará formado por Sondra Shepard, Wade Perry, Nandi Burns y Varnan Hicks.

Los cuatro asienten y se sonríen satisfechos.

Perry parece tener una expresión de suficiencia, los demás parecen tiburones que han olfateado a su presa.

Me bastó oír los nombres de los dos equipos para darme cuenta de que no había quedado entre los primeros.

Mierda, mierda, mierda.

Estoy aquí porque esperaba progresar mucho en mi carrera, y se suponía que este encargo iba a situar mi nombre por derecho entre los ingenieros civiles más reputados del país; en lugar de eso, me encuentro en una carrera, apoyado por el equipo de lo que parecen ser *perdedores*.

Bien empezado está medio hecho, intento recordarme a mí mismo, y aunque en general estoy de acuerdo con este dicho, nunca me he echado atrás ante un reto y esta vez también saldré victorioso, aunque eso signifique presionar a Catástrofe y a los demás miembros de mi equipo.

—¿Hay alguna pregunta? —preguntó Hart.

—¿Podemos saber cómo nos acomodarán en la residencia? —pregunta la pelirroja relamiéndose sensualmente, como si ya estuviera pensando en su próxima víctima, y yo tengo

que reprimir una mueca.

—Gracias por la pregunta, Sondra. Estarás en el piso con Burns, Perry con Hicks. Clark con Payne y Kapoor, mientras que tú estarás sola, Wells.

—La primera buena noticia de hoy —dice.

—¿Cómo dice? —preguntó Hart.

—No, no —responde, enderezando los hombros antes de apaciguar al director de Recursos Humanos con una tímida sonrisa—. Hablaba solo.

Tengo que añadir *desequilibrada* a la lista de sus características, pero de todas nosotras, sin duda es la que mejor lo ha pasado, ya que se aloja en un piso individual.

Debe de ser el karma que me devuelve alguna de mis fechorías, aunque no se me ocurre ninguna.

—Si no hay más preguntas, podemos dar por concluida la reunión. Encontrarán sobre sus mesas los billetes de avión y un breve dossier con toda la información que les será útil en la primera fase. A partir de ahora, tendrán que coordinar su trabajo en equipo —es el Sr. Lauder quien da por concluida la reunión.

Hart se inclina hacia mí.

—Si quiere seguirme a mi despacho para firmar los últimos papeles... —me invita cordialmente—. Después puedo enseñarle su despacho.

—Bienvenido a Lauder Design & Build —me dice Hamilton, mientras sigo a la señorita Hart para ocuparme inmediatamente del papeleo.

Palabras que deberían ser bienvenidas, pero no sé por qué suenan fuera de tono, casi burlonas. Desde luego, no es así como me imaginaba mi primer día en esta sociedad.

CAPÍTULO 4

GRACE

Paso los dos días siguientes conociendo a los chicos de mi equipo.

Superman excluido.

Sí, porque el ingeniero Clark, también conocido como *el Sr. Que te den por el culo*, no se ha tomado muy bien que le hayan asignado a este equipo, y se mantiene al margen, escuchando nuestras conversaciones e interviniendo lo menos posible.

—¿Marshmello? ¿Cómo se llama Marshmello a un equipo? —esas fueron sus primeras palabras, antes incluso de presentarse o decir algo sobre sí mismo.

—Poniendo a un equipo de construcción de discotecas el nombre de un famoso DJ —respondo fríamente.

—¿Perdón?

—Marshmello es un disc jockey, productor discográfico y músico estadounidense. No me extraña que no le conozcas, dadas las zonas que frecuenta cuando está en un club.

Lo sé, es un golpe bajo, pero no podía esperar a dispararle así.

—¿Qué estás insinuando? —pregunta molesto, apoyando una mano en la mesa alrededor de la cual estamos reunidos, y sobre la que, sin querer, acabo de derramar el té de la tarde.

—No me lo puedo creer —exclama, bajando la mirada hacia su camisa, donde ahora, después de haber puesto por reflejo la mano mojada, se ve una mancha oscura.

—Dos no suman tres —replico, nada disgustado.

Si fuera un tipo menos presumido y más dispuesto a escuchar, habría intentado decirle algo, pero tiene esa pinta de ser superior que ponerlo a la altura de nosotros, los simples mortales, es muy satisfactorio.

—Un poco de lejía y quedará como nueva. Esa es la ventaja de las camisas blancas. Ya veo por qué las llevas, dada tu demostrada incapacidad para quedarte con una camisa impoluta —digo con maldad.

Ashton y Samir observan en silencio y divertidos nuestra pequeña obra.

—¿Qué insinúas? —repite.

—Que pareces un niño de cuatro años que no puede evitar mancharse. ¿Será culpa de la escoba?

Pone los ojos en blanco y se lleva las manos a los costados, baja los párpados un momento y le veo respirar hondo.

—¿Te has escapado del manicomio? A lo mejor quieren ponerme a prueba, porque si aguanto dos días sin suprimirte, estarán seguros de mi capacidad para manejar cualquier petición extraña que pueda venir de los clientes. Mañana, cuando vuelva aquí, me dirán que todo es una broma y por fin veré que me asignan una tarea acorde con mi profesionalidad.

—Claro que no paras de hablar en grande —solté una carcajada divertida hasta el punto de que tuve que llevarme una mano al vientre para sofocar la hilaridad—. De acuerdo que eres

Superman, pero creo que en tu primer encargo como recién contratado tener que dibujar el diseño de una discoteca futurista en Miami para el Grupo Fisher es de gran prestigio y señal de alta estima.

Se queda mirándome, batiendo sus oscuras pestañas, y leo sorpresa en su expresión. Seguramente, no esperaba que yo fuera capaz de pronunciar un discurso profundo y serio.

Uno a cero para mí.

—En serio, deja de hacerte el estirado y de creerte superior a nosotros. Ser un ingeniero civil respetado y bien pagado te convierte en un buen trabajador y un profesional respetado, pero no te hace mejor que los demás, al contrario —me doy cuenta de que he sido un poco brutal cuando noto que los ojos de Samir se abren de par en par, pero no me echo atrás porque quiero que sepa lo que pienso realmente de él—. Además, quizá aún no te has dado cuenta, pero todos estamos en el mismo barco.

—Creo que es hora de entrar en materia —interrumpe Ashton nuestra inútil discusión con su aplomo inglés.

Le conocí en la cantina y nos hicimos amigos. Es un chico tímido y tranquilo, muy encantador, rubio con dos faros azules que te dejan sin aliento. Muchos confunden su forma de ser tranquila y plácida con debilidad. En cambio, es una persona muy profunda y también bastante inteligente. Espero que este proyecto le permita demostrar lo que vale.

—Yo me encargaré de redactar el contrato prestando especial atención a todas las cláusulas del Estado de Florida, Samir por su parte se encargará de definir cuáles pueden ser las innovaciones tecnológicas. Clark, a ti por supuesto el diseño estructural.

—¿Qué hacemos con ese bicho raro? ¿Puede hacer algo? —me pregunta, devolviéndome la sonrisa malvada.

Me limito a poner los ojos en blanco fingiendo aburrimiento, porque si cree que puede irritarme, está muy equivocado.

Nada de lo que diga puede herir mi sensibilidad, nada de lo que pueda decir no me lo ha dicho ya mi familia. Además, no me importa lo que piense de mí. No estoy aquí porque quiera, porque aspire a un lugar mejor, estoy aquí porque alguien decidió complacer a mi padre y el único resultado que espero es un despido.

—¡Qué curioso que sea un extraterrestre el que me llame raro! —respondo tranquila y sonriente—. Y, de todas formas, ¿quién mejor que un bicho raro para aportar ideas interesantes para una discoteca futurista?

Le veo sacudir la cabeza con un profundo suspiro, mientras Ashton asiente pensativo ante mi razonamiento lógico.

Por supuesto, el apuesto ingeniero es un iluso si cree que tiene alguna posibilidad contra mí. Casi lo siento por él. No sabe que tengo años y años de experiencia y que Patrick Wells, alias mi padre, es el mejor entrenador que uno puede tener.

—Grace es muy buena organizadora y un volcán de ideas. Será una baza para nosotros —afirma Ash.

Por una vez, Superman y yo estamos en la misma onda y, como sincronizados, miramos a nuestro colega con asombro. Sí, yo también, porque nadie ha dicho nunca palabras tan bonitas sobre mí, nadie ha creído nunca en mí -ni siquiera yo- y sus palabras me dejan simplemente... sin palabras.

Miro a Ash asombrada y, cuando me dedica una sonrisa tranquilizadora, siento una pizca de miedo por la confianza que deposita en mis habilidades.

Ni siquiera sé por qué puedo pensar esas cosas, pero por una vez es agradable tener a alguien

que me defienda y crea que puedo hacer algo.

—Lo será —comenta Superman con escepticismo, devolviéndome a la realidad—. Sin embargo, tratemos de mantenerlo alejado de las gafas y de mis camisas.

Un arrebató que nos hace reír a mí y a los demás miembros del equipo, mientras él mira abatido el punto a la altura del pecho.

—Con un poco de suerte, solo te golpearé el corazón con manchas de té o café —no puedo evitar contenerme, sin dejar de reírme ante su expresión horrorizada.

Cualquier cosa que sale de la boca de Superman yo, por defecto, me convierto en un firme defensor de lo contrario, pero en silencio estoy de acuerdo con él en que soy un desastre natural para sus camisas, y para su ropa en general.

Por eso no me extraña que hoy le haya pedido a la azafata el asiento más alejado de mí en el vuelo que nos llevará a Miami, y por eso me encuentro al lado de Ash, mientras él está en algún sitio con Samir, o con Sondra, que parece haberle echado el ojo al apuesto ingeniero.

Contengo una sonrisa al pensar en lo que le espera con *el código ético del Sr. que le prohíbe dar dos veces el mismo paseo*, aunque puede que haya encontrado pan para sus dientes y sea divertido ver la persecución.

—¿Qué te pone de tan buen humor? —pregunta Ash, habiendo visto mi sonrisa nefasta mientras nos acomodamos en nuestros asientos asignados.

—La pantera y Superman —respondo, guiñando un ojo—. Creo que vamos a ver cosas buenas.

—No conocía este lado malvado tuyo —responde mi compañero de viaje.

—Yo tampoco —resoplo—. Suelo ser una persona condescendiente e intento llevarme bien con todo el mundo.

También estoy acostumbrada a que me consideren de los últimos, consciente de mi papel y habiéndolo aceptado plenamente, pero no se lo digo a mi nuevo amigo.

Es decir, todos vamos al baño de la misma manera, y el resultado final es el mismo para todos. Lo que es diferente es cómo afrontamos el viaje, y yo elijo tomármelo con calma, sin condenar mi alma a ser siempre el primero o el mejor.

—Aun así, parece sacar lo peor de mí —añado.

—Además de hacerte más torpe de lo normal —ríe Ash—. Creo que debería contratar un seguro contra inundaciones para Wells, visto lo que le hiciste ayer en la cantina.

—¡Estúpido! No es culpa mía que esa botellita decidiera vaciarse justo encima de él —me río, dándole una palmada en el brazo.

Después de reír y bromear durante todo el viaje de negocios, salpicado de series de televisión favoritas y comida precocinada que no puede faltar en nuestras vidas, veo cómo se nubla la expresión de Ash cuando el capitán anuncia que en breve aterrizaremos en Miami.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, solo un poco de ansiedad al pensar en los días que se avecinan.

—Nunca te he visto preocupado por el trabajo. Sabes que estás más que cualificado para el puesto.

—Sí. Sin embargo, es innegable que ser capaz de satisfacer a Lauder me haría destacar por fin y podría aspirar a un puesto de coordinador dentro de la oficina.

—Sí, pero no me convences. ¿Sabes que quedará entre nosotros? —insisto ante la chispa de inquietud que veo en su mirada.

—Eres única, Grace, un poco rara, pero rara al fin. Intenta no cambiar nunca.

Sus labios se posan en mi mejilla mientras veo a Superman caminar por el pasillo hacia el baño. Nos mira horrorizado.

La tentación de sacarle la lengua es grande, pero respondo mostrando total indiferencia y dedicando toda mi atención a mi vecino.

—¿Y?

—No estoy muy contento con el acuerdo —confiesa finalmente, pasándose una mano por el pelo rubio.

No necesita decir nada más, no conmigo. Nuestra amistad con Ashton empezó por casualidad, al encontrarnos compartiendo comidas en la cantina. Cuando empezamos a conocernos, le pregunté por qué nunca aceptaba las invitaciones de sus compañeros para salir, dejando que las apuestas alcanzaran cifras altísimas sobre quién sería el primero.

Ash es objetivamente un hombre atractivo, por no decir que está buenísimo. Nunca jugué al juego y nunca le propuse una cita, lo que resultó en ser invitado por él y causar revuelo en la oficina.

—Bueno, tres hombres en un piso puede ser una apuesta arriesgada, aunque Superman supongo que es un preciser, y Samir tampoco me parece un desastre —intento tranquilizarle—. De todas formas, ya sabes que puedes compartir el piso conmigo. Así reavivaremos los cotilleos sobre nosotros. A estas alturas, los posteriores a tu inesperada invitación son un recuerdo lejano.

—¿Hablas en serio? —Se vuelve para mirarme con los ojos muy abiertos y sin ocultar un destello de esperanza en su mirada.

—Por supuesto. Eres mi amigo, Ash, y los amigos siempre se apoyan.

—Gracias, Grace.

Me abraza mientras Superman vuelve a su asiento, su mirada se vuelve incrédula.

Supongo que le parece imposible que alguien como Ash pueda tener algún tipo de relación conmigo, una criatura anónima, torpe y desgredada cuyo color proviene de sus extrañas ropas y algunos mechones de pelo.

CAPÍTULO 5

THOMAS

Lo bien empezado está a medio hacer.

Se ha convertido en mi admonición desde que estoy en Lauder.

Finalmente llegamos a Miami y nos dirigimos a la salida donde encontraremos al conductor puesto a nuestra disposición.

Estoy recitando todos los salmos que conozco, porque el día no ha empezado precisamente de la mejor manera.

¿Por qué o más bien a causa de quién?

¿Has dicho Catástrofe?

Entonces has acertado, aunque dada la premisa era una pregunta fácil.

Sí, el raro hizo una de las suyas.

¿Y dónde estaba yo? Estrictamente detrás de ti.

Debería alegrarme de que todo acabara sin “despojarme” de mi camisa, pero la habría sacrificado con gusto por una vez.

Pero volvamos al principio.

Nos encontramos en el aeropuerto esta mañana a las seis y nos dirigimos a la puerta de embarque, ya que no teníamos maletas que facturar, solo la bolsa del portátil y el carrito. Todos íbamos en modo profesional, excepto ella, que se presentó con una camiseta blanca, una falda de tul en tonos amarillos y unos zapatos blancos. Llevaba el pelo recogido en dos coletas. En conjunto, una caricatura.

El aeropuerto está plagado de carteles sobre los líquidos permitidos en el equipaje de mano, y di por sentado que alguien como Grace, que trabaja para Lauder, lo sabría, o al menos eso dio a entender. Lástima que la detuvieran en el control porque habían detectado algo en su carrito.

—Eso no es posible —dijo—. Porque los líquidos están en la bolsa transparente que acabo de coger de la bandeja— y la agitó delante de la mujer policía.

No contenta, añadió:

—Nunca he dejado mi carrito desatendido, pero quizá alguien puso algo en él cuando estábamos en la cola —desatando el pánico y la ira en todos los que venían detrás.

—Tome asiento junto a mi colega y abra el carrito —la mujer policía intentó reconducir la situación, desgraciadamente sin darse cuenta de quién tenía delante.

—¿Pero y si ponen algo peligroso ahí dentro? ¿No deberías llamar a los artificieros? —preguntó Catástrofe en tono alarmado, creando un vacío a nuestro lado.

—¿Estás dentro o estás fuera? —surgió espontáneamente.

—Cuida tus palabras —replicó la policía.

Es decir, ella hace un desastre y a mí me gritan. Puedo estar de acuerdo en que no fui muy amable, pero pensé que había enmarcado el personaje que tenía delante y, por lo tanto, tendría su aprobación. También estaría ligeramente alterada si hubiera pasado estos días con el Dr. Wells y

hubiera sufrido repetidos intentos de demoler su vestuario.

—¡Oh, está conmigo! —Grace se puso de pie para mí.

Si hubiera estado en mi sano juicio habría corrido a refugiarme mientras aún estaba a tiempo, pero la Catástrofe tiene el poder de anular todas mis facultades mentales. Atrae la atención de tal forma que te hace olvidar lo que te está ocurriendo.

—¿Vio a alguien acercarse al carrito? —preguntó la policía tras la aclaración de Grace.

—No, nadie se acercó. Detrás del Dr. Wells estábamos yo y nuestros otros colegas y nadie puso nada en su equipaje.

Catástrofe me dirigió una de sus miradas de catedrático.

—¿Seguro que no se le olvidó poner algo? —le preguntó el policía encargado de la verificación mientras la invitaba a abrir el carrito.

—Claro, lo metí todo en el sobre —contestó Grace, siguiendo las indicaciones recibidas.

—Ahí está el intruso —susurró entonces el policía, para que solo lo oyéramos nosotros, mirándome con una sonrisa divertida y agitando en el aire un paquete de lubricante de fresa... tamaño MAXI.

¡Mierda!

Grace se puso roja como un pimiento.

—No es mío —intentó justificarse.

—Bella, ¿qué haces esta noche? —gritó alguien.

—Esto se está poniendo interesante —se mofó otro, mientras el valiente de turno intentaba echarme la culpa a mí—. Es un intento de invitación de tu colega.

Todos se callaron inmediatamente, en cuanto se encontraron con mi mirada.

—¡No puede ser! —se dijo Catástrofe—. Amélie, esta vez te has pasado de la raya, cuando vuelva te estrangularé.

Creo que sería la única vez que me inclinaría a ayudar.

—¿Puedo cerrar? —preguntó entonces al policía, mirando con abatimiento su equipaje, cuyo contenido estaba todo revuelto a consecuencia del control.

—Sí, es todo lo que he podido encontrar —respondió.

Le habría aplaudido por la voz profesional que consiguió mantener. Si no hubiera tenido dos días con la Catástrofe a mis espaldas y no estuviera tan ensayado como cabreado por todo, me habría reído junto con los que venían detrás.

Grace se dirigió apresuradamente hacia el carrito para meter su ropa y cerrarlo, lo que hizo que se desequilibrara y se derramara parte de su contenido.

—Guao.

—Saldré contigo esta noche.

—Suelta el yeso.

Estas fueron algunas de las frases que acompañaron a una explosión de silbidos cuando el suelo se tiñó de taparrabos, tanguitos y otras prendas íntimas de aspecto intrigante. Grace parecía el hombre antorcha mientras se agachaba para recogerlas, intentando coger rápidamente todas las piezas que podía.

Me moví involuntariamente, encontrando en mis manos un mínimo slip de encaje negro con sujetador a juego, mientras uno de los chicos de la fila le entregaba un baby doll blanco, pero de un tejido tan impalpable que parecía transparente.

—Gracias —susurró Grace, mientras la policía instaba a los viajeros a no detenerse ni estorbar.

Mantuvo la mirada en el suelo mientras volvía a meter todo en el carrito.

La intervención de las autoridades acalló los comentarios a nuestro alrededor, aunque algunos expresaron su opinión con unas palmadas en mi hombro, y los más atrevidos se aventuraron a susurrar un: “suerte” o “te espera una noche caliente”.

Incluso el policía parpadeó en mi dirección por un momento, como si toda aquella parafernalia sexy fuera para mí, aunque fueron sus manos las que tocaron la seda de aquellos camisones supersexys.

Me hubiera gustado ser tan impasible como él, pero algo en mí se agitó al pensar que debajo del ridículo atuendo de Catástrofe había ropa interior tan excitante.

Volví a mirarla un momento, era la primera y única vez que miraba tan de cerca la ropa de una mujer, pero esta situación es realmente surrealista.

Su *atuendo* logró acallar ciertos pensamientos completamente inapropiados.

Por suerte para mí, mi asiento en el avión estaba bastante lejos de ella. Le tocó a Ash intentar sobrevivir a esta calamidad humana. Y parece que lo ha conseguido brillantemente.

Tengo que reconocer que la abrazó y la besó, aunque en la mejilla, delante de todos.

Y ahora aquí estamos, en el vestíbulo del aeropuerto esperando al conductor, y por supervivencia, en lugar de conversar con mis compañeros, preferí sentarme y observarlos.

—Hola, ¿eres amiga de Iridessa?

Una niña se acerca a Grace y la mira con ojos embrujados.

—¿Quién pregunta? —le sonrío, inclinándose ante el pequeño.

—Yo soy Sue. Mi hermano dice que las hadas no existen, pero te pareces tanto a ella.

—Te contaré un secretito —responde, antes de susurrarle algo al oído, haciéndola reír.

Todos se vuelven para mirarlos, yo intento permanecer indiferente.

—Siempre dispuesta a presumir —suelta la pelirroja del otro equipo, cuyo nombre no recuerdo.

Sin embargo, solo puedo estar de acuerdo con ella.

—No me lo creo —ríe Sue.

—Es verdad, puedes preguntarle a mi amigo Ash, él ya ha probado mis poderes mágicos.

Pobre tipo.

Miro a mi colega, que asiente con la cabeza, sonriendo. El niño se vuelve hacia él, mirándolo incrédulo, impresionado por la belleza de Ash, que realmente parece el elfo mágico *de El Señor de los Anillos*.

—Vaya —susurra, mientras Catástrofe saca algo de la bolsa y se lo enseña a la niña.

Una cajita con algo brillante dentro.

—¿Son polvos mágicos? —pregunta el niño cada vez más asombrado.

—¿Quieres un poco para enseñárselo a tu hermano? —preguntó Grace a su vez.

Sue asiente radiante y feliz, retrocediendo en busca del espacio que necesita para estirar la mano; mientras tanto, Catástrofe intenta abrir la cajita, que se resiste, y yo me siento de repente en la zona de peligro. Así que, a pesar de la distancia que nos separa, hago por levantarme, justo cuando la tapa cede y las lentejuelas con forma de cara de ratón vuelan por los aires, asustando a la pequeña Sue, que retrocede aún más, moviendo un brazo, aquel con el que sujeta el helado.

Cierro los ojos solo un momento, rezando para que todo resulte ser una pesadilla de la que pronto despertaré, pero cuando vuelvo a abrirlos, veo mis zapatos cubiertos de algo blanco realzado por lentejuelas rojas.

En mi cabeza resuenan todas las palabrotas posibles en todos los idiomas que conozco, y cambio la mirada de los zapatos a Catástrofe con incredulidad, para finalmente soltar un grito de rabia.

—¡Joder! ¡Otra vez, no! Eres una amenaza pública.

—Esta es Marguerite, un hada de las flores —me regaña la niña y luego se echa a llorar—. Mi helado, polvo de hadas —gime entre sollozos.

—¿Qué le has hecho a mi hijo? —preguntó una señora acercándose.

Estoy tan incrédulo, tan avergonzado por la escena y por la gente que me observa que, por segunda vez, me quedo sin palabras.

—No ha pasado nada, es culpa mía, lo siento —intervino Grace, dirigiendo una sonrisa mortificada a la señora y entregándole una nota para que le comprara otro helado a la niña, a la que entregó otra cajita de polvos mágicos.

La niña sonríe de nuevo y la abraza antes de alejarse con su madre.

—Y solo estamos al principio —murmura la pelirroja con sorna—. Sálvese quien pueda.

De nuevo, solo puedo estar de acuerdo con usted.

Estoy dispuesta a echarle la bronca a Grace, a montar en cólera, ya que cada vez que estoy cerca de su espacio vital algo de mi ropa se desintegra, pero la mirada mortificada que muestra me lleva a sentir un poco de lástima por ella, así como por mis zapatos de cuero italiano.

Cojo mi maleta y voy al baño para intentar arreglar los desperfectos. A mi regreso, encuentro a nuestro chófer y sigo al grupo hasta el coche que nos llevará al lugar de la discoteca y luego a la residencia.

El otro equipo ya está en camino.

—Estoy mortificado —empieza a decir en voz baja mientras nos sentamos en el coche.

—Aléjate de mí, al menos quinientos pasos a cada lado —respondo sin mirarla, sin ocultar el rencor de mi voz.

—No lo hice a propósito —intenta defenderse, en vano.

—No importa, cada vez que gravito alrededor acabo con algo sucio, estropeado o mojado, y sinceramente me gustaría evitarlo. Así que si no es realmente necesario para el proyecto, aléjate de mí.

No hace falta ser imbécil —replica irritado.

—Créeme, cuando empiece a ser un imbécil te darás cuenta.

—*Créeme, cuando empiece a ser imbécil lo sabrás* —me imita—. ¡Como si pudieras ser más imbécil que eso!

Créeme, Catástrofe, puedes. Aún no has visto nada.

Sonríó malvadamente y miro por la ventana.

El resto del trayecto hasta la obra continúa en silencio, pero puedo sentir cómo aumentan la curiosidad y la adrenalina por el reto del proyecto.

El estudio del terreno es una de las partes de mi trabajo que más disfruto. Ver el lugar donde se construirá mi idea final ayuda al proceso creativo. Ver los contornos, definir el cuadro, me permite tener una visión de realidad aumentada e imaginar *algo* que encaje en ese contexto y responda a los parámetros que me han dado. En esto a veces me siento más como un pintor que como un ingeniero, con la gran habilidad de traducir un cuadro en líneas y medidas.

—Sale humo del conducto de ventilación —Grace rompió el silencio.

Miro, pero no veo nada.

—Nunca has visto a un coche fumarse un puro —le digo en broma.

—Curioso, pero estoy seguro de lo que vi.

Estoy a punto de responder, pero el conductor interviene.

—Lo siento, pero tenemos que parar. Se ha encendido el testigo del refrigerante. He intentado apagar el coche en todos los semáforos, pero ha sido en vano.

Una sonrisa burlona ilumina el rostro de Grace mientras me mira, sacudiendo la cabeza, y su *polla* inexpresiva se me viene encima en un instante.

—¿Y ahora qué? —pregunta Samir.

—He avisado a la comisaría. Ya están buscando otro coche, pero habrá que esperar un poco.

¡Bien empezado está medio hecho!

Si esto sigue así, no creo que llegue a ver el principio.

—¿Es posible avisar al Sr. Fisher? —pregunta Ash.

—Avisé a la estación en cuanto se encendió la luz de advertencia, temiendo no poder llevarle a su destino, y ellos alertaron al cliente del retraso —respondió el conductor.

—Gracias —interviene Catástrofe.

¿Gracias por qué? ¿Por un día en el que nada sale bien? ¿Por hacer tu trabajo?

—Superman, ¿te ha enseñado algo tu carrera de ingeniería? —me pregunta sarcástica.

Y no soy el único ingeniero presente.

—Soy ingeniero civil, pero tienes suerte de que también sepa de motores —le respondo amablemente—. ¿Puede abrir el capó? —le pregunto entonces al conductor.

—Claro, aunque no creo que haya mucho que hacer.

—Ten cuidado de no ensuciarte —continúa burlándose de mí.

Ahora lo miro con condescendencia. No es la primera vez que realizo una reparación en un traje sin daños. Ella es el problema. Mis camisas pagan el precio cada vez que ella está cerca sin que yo haga el menor movimiento, pero si se lo dijera pasaría por el antipático.

No tengo más que echar un rápido vistazo al interior del capó para darme cuenta de que el ventilador se ha roto y no hay nada que hacer.

—El ventilador se ha ido—. Samir detrás de mí expresa mis pensamientos.

—¿Qué significa eso? —pregunta Grace.

—Que el pelirrojo sería útil. Le llevaría, así que en vez de eso tenemos que esperar al otro coche y llegar tarde —estoy siendo muy cabrona, por no decir machista, pero esto no es más que la guinda de un día de mierda, y aún no ha terminado.

Bien empezado está medio hecho, y dados los comienzos, sálvese quien pueda.

—Eso es un poco pesado incluso para ti —me regaña Ash, mientras Grace, como de costumbre, no reacciona, me mira con severidad, luego vuelve la mirada y, tras identificar una cafetería en la acera de enfrente de donde nos detuvimos, se dirige hacia allí a paso ligero.

Vuelve unos minutos después con tres cafés que da al conductor, a Ash y a Samir.

—Creía que no querías arriesgar tu camisa —se burla de mí, mientras se le une un distinguido caballero—. El señor Adams es conductor de Uber y está disponible para llevarnos a la inspección —nos informa, mientras el caballero señala su coche y ayuda diligentemente al conductor a cargar nuestro equipaje.

—La amabilidad siempre es bien recompensada y no es necesario doblegarse —prosigue.

Solo puedo tomarlo en silencio: entró a comprar una taza de café para nuestros colegas para hacer la espera menos penosa y salió con el viaje que necesitábamos.

Catástrofe 1 - Superman 0.

—Ya casi hemos llegado —anunció el Sr. Adams al cabo de media hora.

Miro delante de mí: pasamos junto a una verja de hierro, de las que suelen rodear las grandes propiedades.

Espero que haya una casa grande o algo parecido, pero delante de nosotros solo hay terreno baldío, si no tenemos en cuenta la carretera por la que circulamos. Cuando el coche se detiene, soy el primero en bajar.

Inhalo y exhalo.

Me gusta olfatear el aire, en busca de olores familiares o nuevos que puedan avivar mi imaginación o recordarme un detalle de la naturaleza. Miro el gran recinto cerrado, aquel en el que se construirá la discoteca y sus aparcamientos. He estudiado los planos en los últimos días y ya tengo una idea del espacio disponible y de las medidas. También he estudiado ya toda la normativa que hay que cumplir: además de la sísmica, aquí hay que hacer frente a huracanes y tormentas tropicales.

Cierro los ojos y dejo volar mi mente y mi imaginación.

—¿También está equipado con mira láser? —Mi inventiva no logra despegar interrumpida por Catástrofe—. Por una vez, tendrías algo útil para el equipo —se burla de mí.

Estoy a punto de responder del mismo modo cuando se nos unen Ash y Samir, y más gente viene hacia nosotros.

—Bienvenidos —es el caballero que dirige el grupo quien habla. Un hombre trajeado de unos cincuenta años—. Soy Matt Fisher y estoy encantado de conocerles —extiende su mano hacia nosotros con cortesía y educación.

—Grace Wells, Thomas Clark, Samir Kapoor y Ashton Payne, a su servicio señor —es Ash quien responde por todos, señalándonos uno a uno desde la Catástrofe, haciendo gala de una gallardía de otro tiempo, detalle que desde luego no veo auspicioso.

A su vez, por orden, les estrechamos la mano.

—Gracias por estar aquí. Sé que ya han leído mis peticiones. Lo que espero es un proyecto nuevo, de gama alta, capaz de satisfacer las necesidades de los nuevos ricos que afluyen a mi ciudad. Algo lujoso, pero no empalagoso, que contemple clase y viveza al mismo tiempo, que pueda atraer tanto a la clientela más joven como a la más madura.

Vuelvo a cerrar los ojos. Intento reunir toda la información para imaginar la estructura con la que llenar el espacio que tengo delante.

—Me dirigí a Lauder Design & Build porque tiene mucho renombre en el sector y sé que ya se ha ocupado de proyectos similares. Conocí a Hamilton Lauder y me fascinó su persona y su profesionalidad. Me dijo que, para presentarme más opciones, ponía dos equipos en mi proyecto —vuelve la mirada hacia el otro equipo, detrás de él con otras personas, que imagino que son sus colaboradores.

—Mientras le esperábamos, sus colegas ya se han presentado y me han facilitado algunos datos sobre su preparación y sus trabajos anteriores dignos de mención. ¿Qué puede decirme?

—Aparte del ingeniero Clark, que es una nueva y prestigiosa incorporación a la empresa, yo mismo, el doctor Wells y el ingeniero Kapoor somos nuevos en este tipo de proyectos. Si estamos aquí es porque el Sr. Lauder piensa que somos trabajadores serios y profesionales —responde Ashton diplomáticamente.

—Nadie duda de su profesionalidad, Dr. Payne, pero necesito valores atípicos para que mi proyecto sea el mejor de Florida en los últimos diez años y en los próximos diez.

—¿Y qué le hace pensar que la firma en la construcción de un edificio que se menciona en las revistas especializadas puede ser la confirmación del éxito de su club? No es comprando un nombre como atraerá clientes, tal vez solo algunos artículos publicitarios —no puedo contenerme, no cuando se cuestiona mi trabajo.

No defiendo a mis compañeros, aunque pueda parecerlo, tampoco me agrada trabajar con novatos, pero no puedo callar ante suposiciones construidas sobre prejuicios.

He estudiado el trabajo de mis colegas del otro equipo, ellos tampoco han hecho nada parecido, aunque gran parte de los últimos trabajos de la empresa llevan la firma de Perry. Es, sin

duda, uno de los ingenieros en los que Lauder confía para el futuro de la empresa. Yo, sin embargo, no soy diferente, y aunque mis proyectos no están ligados al nombre de una empresa como Lauder, tengo algunos dignos de mención de los que me siento muy orgulloso, a pesar de que han tenido menos publicidad.

Fueron precisamente esos proyectos los que hicieron que Hamilton Lauder me quisiera en su equipo.

—El Sr. Fisher no se refiere a usted —es Sondra Shepard quien habla—. El ingeniero Clark ha trabajado principalmente en la costa oeste y ha diseñado o renovado importantes edificios. Lauder lo quería en la empresa porque cree que tiene un gran potencial —continúa la pelirroja para beneficio de Fisher.

Investigando, he descubierto que es sobrina de Hamilton, hija de una hermanastra, por lo que sus palabras son más en defensa de la sociedad y de las decisiones de su tío que las mías.

—El tío cree que es capaz de hacerlo muy bien, incluso haciendo equipo con alguien como Grace —concluye para presumir y apuñalar a Catástrofe.

Wells jadea, pero lo asimila y no toma represalias. Y no puedo sino admirar la capacidad de esta chica para no reaccionar ante la indignación.

—Entonces, ¿crees que estás a la altura de mis exigencias? —pregunta Fisher, ignorando lo que ha dicho su colega, mirándome a los ojos, como si quisiera retarme.

—No estaría aquí si no pensara que es una tarea a mi alcance —respondo con seguridad.

—Normalmente, admiro a la gente segura de sí misma —responde en un tono algo desdeñoso—. Espero que pueda impresionarme, ingeniero Clark.

—Estoy seguro de ello, Sr. Fisher.

Sé que corro un riesgo, pero no soy una persona maleable cuando se ataca mi profesionalidad y se cuestiona mi trabajo.

—Wade ya me ha enumerado algunas de sus ideas. ¿Tiene usted alguna, ingeniero Clark? —sigue intentando provocarme.

El uso que hace mi colega de su propio nombre no pasa desapercibido, y sonrío como si ya tuviera el gato al agua.

Alguien tiene que demostrar que es un adulto y poner fin a esta pelea verbal, y el cliente siempre tiene razón.

—Creo que nos estamos calentando por nada —Catástrofe llama la atención de Fisher—. Comprendo sus recelos, señor Fisher, dada la importancia de este proyecto. Sin embargo, creo que debería concedernos el beneficio de la duda. Si estamos aquí es porque el señor Lauder cree que estamos a la altura de la tarea, y dada su estima por nuestro jefe, debería confiar en él.

¡Maldita sea!

Cuando quiere, Catástrofe también consigue decir algo sensato.

CAPÍTULO 6

GRACE

Fisher parecía irritado por mi intervención.

No me gustan demasiado las discusiones, y ésta me parece inútil.

Si ya cree que tiene su equipo ganador con Sondra y Wade, ¿qué le importamos nosotros?

—¿Sabes cuánto estoy invirtiendo en este proyecto? Miles de millones —hace las preguntas y se da las respuestas—. Si tuviera que invertir una suma de ese orden de magnitud, ¿acudiría al empleo de un banco rural o de un financiero neoyorquino?

Inclino la cabeza, entiendo lo que quieres decir, pero tener poca experiencia no es sinónimo de ineptitud. Si fuera solo yo lo dejaría estar, pero no puedo ya que Ash y Samir también están implicados, y sé que tienen todas las cualificaciones necesarias. Y Superman también parece tener todas las cualificaciones necesarias, aunque no entiendo por qué está en nuestro equipo.

—La experiencia es sinónimo de conocimiento, pero no de mayor competencia. Nadie puede decir que el oficinista no tenga mejores conocimientos o ideas que el financiero.

—¿Me está sermoneando, Dr. Wells?

—Grace, discúlpate inmediatamente con el señor Fisher o me veré obligada a hacer un informe —reanudó Sondra.

Lo ignoro.

Miro a Superman por un momento y me parece captar un destello de agradecimiento en su mirada, pero es solo un destello, antes de chocar contra un bosque de hielo.

Me vuelvo hacia los otros dos miembros del equipo, y sus sonrisas me dan valor para continuar.

—No, Sr. Fisher. Si mis palabras han sonado irrespetuosas, le pido disculpas. Solo quiero decirle que ser un equipo joven e inexperto no significa que no podamos presentarle un buen resultado. Lo que usted busca es algo nuevo y la innovación suele ser hija de sueños imposibles y no de la experiencia, que tiende a replicar lo conocido. Precisamente porque está invirtiendo una gran suma de dinero, el Sr. Lauder le ha aportado tanto los conocimientos derivados de la práctica como la imaginación y la imprevisibilidad de alguien que aborda un problema por primera vez, alguien que puede pensar a lo grande sin tener los límites y las fronteras del condicionamiento de la experiencia. No tiene nada que perder si se deja tentar por nosotros. Puede que seamos capaces de asombrarle.

Veo pasar rápidamente un nuevo destello en la mirada de Superman.

—¡No es una mala premisa, Dr. Wells! —Ríe el Sr. Fisher—. Hacía tiempo que no me ponían en mi sitio con tanta condescendencia y cortesía. ¿Cuál es su título?

—Organización y arte —respondo.

—Entiendo —dice antes de volverse hacia todos los presentes.

Yo no tanto, pero me alegro de haber conseguido de alguna manera que volvamos al juego.

—Esta primera reunión ha sido muy informativa. Me pondré en contacto con Hamilton dentro

de un mes; mientras tanto, si necesita algo, puede dirigirse a mi personal.

No le escucho mientras hace las presentaciones pertinentes, me detengo en Superman, que ha vuelto a cerrar los ojos, pero mueve la cabeza como si cartografiara el lugar.

—Ingeniero Clark —le devolvió la llamada Fisher, —espero que dondequiera que estuviera encontrara inspiración para mi disco.

—Un ilusionista nunca revela sus secretos. Pero ya verá que no le decepcionará el espectáculo final —responde con prontitud, *con un humor sui generis* del que no le habría creído capaz.

Fisher sonríe y saluda con su bastón.

Solo quedamos nosotros.

—¿Pero qué te dice tu cerebro? ¿Cuánto tiempo más piensas ridiculizarnos? —regaña Sondra.

—¿Perdón?

—Siempre estás presumiendo: en el aeropuerto, con el bebé, ahora con Fisher. Eres torpe a más no poder y siempre te las arreglas para avergonzarte a ti misma, arrastrando a los que te rodean.

—Estoy de acuerdo —una palabra, un tono frío y una sonrisa sarcástica.

Es Superman quien está de acuerdo con la pantera, pero no esperaba nada diferente. Estaban hechos el uno para el otro.

Tendría muchas cosas que decir al respecto, sobre todo por toda la confianza que me tomó y que nadie le dio, pero ella es de las que lo toma todo, sin necesidad de pedirlo.

Y yo opto por mi estrategia, que quizá tenga más éxito que muchas otras.

Indiferencia.

Me doy la vuelta y camino hacia nuestro coche.

—Creo que es hora de ir a la residencia —me limito a decir.

El viaje de vuelta también es silencioso y, afortunadamente, sin imprevistos.

La residencia resulta ser una nota positiva en un día largo y difícil. Me recuerda mucho a una serie de televisión de los 90, al estilo de Melrose Place.

La entrada principal muestra la fachada de balcones y ventanas. En el centro hay un pasaje arqueado con una escalera, desde el que se accede a los distintos pisos.

Allí está la recepción, aunque no hace falta que nos detengamos porque el conductor ya nos ha entregado las llaves de nuestros pisos.

Nuestro equipo está en el segundo piso y el otro en el tercero.

El arco también conduce al jardín interior, donde hay una hermosa piscina con tumbonas y sombrillas.

Nuestros pisos dan al patio interior y están muy separados, ya que el mío consta de dos dormitorios con baño, cocina y salón, mientras que el de los chicos tiene tres. Hubo un momento de asombro, y malicia mal disimulada, cuando Ash declaró que compartiría el piso conmigo.

Superman puso primero cara de astucia, de quien cree saberlo todo pero no ha entendido nada, y luego cambió a una expresión de disgusto, probablemente pensando que estar conmigo, sobre todo a nivel íntimo, debe de ser todo un compromiso.

Samir, por su parte, calmó los ánimos.

—Mejor no dejar sola nuestra baza.

Me hubiera gustado abrazarle, pero me limité a sonreír.

—Voy a nadar —miro a Ash, con los primeros botones de la camisa desabrochados y el bañador puesto.

Llevo demasiado tiempo sin estar con un hombre.

—¿Grace? ¿Estás bien? —me pregunta y dejo de cuadrarme con él como una idiota.

—Sí, ¿por qué?

—Te ves un poco caliente.

Me toco las mejillas en un intento de serenarme.

—Quizá un baño también te vendría bien —propone.

Galimatías 'U-an nu-nu-nu'.

—En la piscina —señala con la cabeza el patio interior—. Samir y los demás estarán allí. Aperitivo y, si quieres, cena fuera —sonríe.

Bueno, puedo estar de acuerdo en que, como programa, no está mal y sería una buena conclusión, una forma de equilibrar un comienzo no muy prometedor. Pero después de la escena del aeropuerto no me siento preparada para mostrarme disfrazada delante de todo el mundo.

¿Qué es lo siguiente, conseguí el disfraz?

Espero que en Amélie esté convencida de que mis telarañas necesitan que les quite el polvo, y como hasta ahora no le he dado ninguna satisfacción, ha pasado a lo difícil.

¡Pero joder! ¿Un lubricante?

¿Qué te está diciendo tu cerebro? ¡Sabías que tenía que coger un avión!

De todos modos, no sirve de nada llorar sobre sangre derramada.

—Me lo pensaré. Me arreglaré la ropa y veré qué tal estoy —opto por una respuesta diplomática.

—No me hagas esperar —me deja un beso en la mejilla y se dirige a la puerta—. No querrás que piensen que ya hay problemas en el cielo —con un guiño sale del piso.

¡*Qué estúpido!* Pero siempre consigue ponerme de buen humor.

Me dispongo a ordenar mi ropa, confiando en mi compañera de piso, que no me decepciona: me ha metido en la maleta un bikini brasileño que ni siquiera cubriría mi cicatriz de apendicitis, a pesar de estar compuesto por dos elementos. Dejando a un lado la pieza inferior, que es poco más que una pegatina, ni siquiera los dos triángulos de la parte superior podrían contener mi amplio tercio. El vestido de verano a juego es poco más que una enagua de encaje. En resumen, un conjunto que solo me pondría si estuviera en una playa privada con el hombre de mi vida.

Las risas procedentes de la ventana y la idea de tomar una copa son demasiado tentadoras como para desanimarme.

Suspiro, dejo a un lado las incertidumbres y opto por un top amarillo y unos pantalones blancos de harén a juego: un conjunto fresco y desenfadado. Me anudo un jersey amarillo a la cintura por si refresca.

Me cepillo el pelo y me lo dejo suelto por una vez, contenta con el corte corto que realza los rizos rebeldes.

Me detengo en el bar y me sirven un Tommy's Margarita. Mientras espero, aprovecho para evaluar la situación.

Ash está en el agua con Superman, Samir está hablando con Varnan y Nandi, mientras Sondra y Wade están sentados en dos tumbonas.

Me dirijo hacia el pequeño grupo sorbiendo mi bebida, con los ojos clavados en Superman, que en perfecto estilo delfín se desliza por el agua.

Es difícil apartar la vista de esos dos hombros que salen de la nada y se sumergen en un movimiento de prestigio y gracia. Y la visión se vuelve aún más celestial cuando llega al borde y utiliza las manos para elevarse y salir, mostrando la potencia de sus bíceps en tensión.

¡Así que no todo es cerebro! ¡Y no solo comparte apellido y gafas con el superhéroe!

De repente, los suspiros de la chica del baño de la discoteca resuenan en mi cabeza, y quizá ahora entiendo un poco su actitud de perrito. Por otra parte, es bastante difícil no echar espuma

por la boca ante ese pecho, esos pectorales asesinos que introducen unos abdominales esculpidos que terminan en V justo encima...

—Límpiate la baba, Grace Marguerite —se burla Sondra de mí, sacando mi segundo nombre, el que normalmente intento olvidar, el que solo usa mi padre, cuando me coge en brazos como si fuera una adolescente problemática.

Llevo mi mirada hacia ella mientras paso junto a su catre, un error de principiante.

Porque mi pie, metido en una sandalia con tacón, se engancha en algo, y en un santiamén golpeo algo con fuerza, solo para que me trague el agua.

Sorprendida, empiezo a tragar agua, pero dos manos fuertes me agarran por la cintura y me levantan hasta el borde de la piscina, donde aterrizo, golpeándome el trasero.

—Chica torpe, mira lo que has hecho. Has destruido mi bolsa y todo su contenido. Voy a rehacerte. Deberían indemnizar a los que trabajan contigo. Deberían darnos un seguro de vida y todas nuestras posesiones. Pero el tipo me escuchará esta vez, hay un límite a lo que tienes que soportar. No somos misioneros, sino profesionales respetables —los gritos de Sondra ahogan cualquier otro ruido.

—¿Tan cojo eres? O quizá sí, ya que no puedo librarme de ti, ni siquiera cuando estoy lejos de ti —murmura una voz que empiezo a conocer demasiado bien.

Levanto la vista y me encuentro a Superman frente a mí, de nuevo en la piscina, con una toalla completamente mojada alrededor del cuello y detrás de él flota la bolsa roja y mi vaso.

En la caída arrastré mi bolsa y al ingeniero Clark conmigo... debió de ser lo más duro con lo que aterricé antes de acabar en el agua.

—Al menos el vaso no era de cristal —consigo decir.

Y esta vez ni siquiera fue culpa mía, si no me hubieran molestado y la bolsa no hubiera estado allí, no habría pasado nada.

Veo cómo Nandi le da una toalla a Superman, mientras Ash, al salir de la piscina, me da una a mí—. ¿Estás bien?

—¿Hablas en serio? —La voz de Clark se hace eco de la de Sondra, que dirige la misma pregunta a Ash.

Ignoro al primero y me concentro en mi amigo, que me defiende.

—Claro, podría haberse hecho daño, debería tener cuidado donde deja su bolso. Asesoramiento legal, podría incurrir en reclamaciones por daños.

Está dispuesta a hacerlo pedazos, pero la mano de Nandi en su brazo le hace señas para que retroceda.

—¿De verdad te llamas Marguerite? La chica no bromeaba —se burla Superman—. Una Marguerite bebedora de margaritas, no es de extrañar que seas un pelele y te tambalees perpetuamente aturdido como un high-flyer en la cubierta de un barco.

Todas mis buenas intenciones de disculparme se evaporan.

Con la poca dignidad que me queda, empiezo:

—Prefiero cenar en mi habitación— y abandono el campamento.

La manera perfecta de terminar un día *intenso*.

CAPÍTULO 7

THOMAS

Me levanto temprano, pero no soy el único, y encuentro a Samir ya en la cocina con una taza de café humeante.

—Buenos días —saluda cuando me ve entrar, y no me pierdo la atenta mirada que me dirige—. ¿Has dormido bien?

Le fulmino con la mirada y él se burla.

—Vamos, escúpelo —me insta.

—No me gustó nada el intercambio con Fisher y su suposición de que yo no estaría a la altura de este proyecto. *Wade ya me ha enumerado algunas de sus ideas* —imito sus palabras de ayer.

Samir mueve la cabeza con expresión comprensiva.

—No me sorprende porque Wade es un lameculos, de los que siempre están dispuestos a presumir —responde—. Se lo puede permitir porque Hamilton cada vez le da encargos más prestigiosos, ya que algunos de sus proyectos son realmente buenos.

—Yo, sin embargo, no soy así. Me encanta pensar, reflexionar, barajar varias ideas y, solo cuando tengo una que me parece ganadora, la presento —no soy de palabras, sino de hechos, y para mí los hechos son un dibujo, completo con dimensiones y análisis de viabilidad. Un dibujo a partir del cual un equipo de construcción puede hacer un edificio.

—Sin duda, Fisher se preocupa mucho por el proyecto, no hay más que ver los lujosos y confortables pisos en los que nos ha colocado —responde señalando a su alrededor—. ¿Has visto que nos ha proporcionado un piso adicional en la planta baja para nuestro trabajo?

Resoplo una risita.

—Sí, una oficina para cada equipo, con cuatro escritorios y una mesa de conferencias.

—Bueno, estoy deseando descubrir qué sorpresas nos depara el desayuno de esta mañana en la cocina común, pero antes necesito una ducha.

—Entonces, me tocará a mí avanzar —replico con una sonrisa socarrona.

Samir me hace un gesto con el dedo corazón y se va corriendo al baño.

Un poco más tarde, estoy en mi mesa investigando, esperando al resto del grupo, cuando alguien se sienta en ella. Me doy la vuelta y primero cruzo dos rodillas, una descansando cómodamente sobre la otra, y luego me encuentro con un vestidito negro, una cintura estrecha de la que continúa una blusa blanca muy ajustada, paso montañas corpulentas para acabar en dos labios rojos que me sonríen insidiosamente.

—Creo que es hora de que tú y yo nos conozcamos —dice Sondra, lamiéndose el labio inferior e inclinando la cabeza para dar movimiento a la espesa cabellera pelirroja.

Sondra Shepard es una mujer sorprendente: sorprendentemente bella, con un físico desbordante, segura de sí misma y de su encanto. Alguien a quien le encanta ser el centro de atención y tomar lo que quiere.

En resumen, un devorador de hombres.

Y no sé por qué, pero parece haber decidido que yo seré su próxima comida.

Sin embargo, es difícil olvidar el contexto, el reto, los equipos y aunque mi ego y algún otro se sientan muy honrados por sus atenciones, el trabajo es lo primero y nunca hay que confraternizar con el enemigo. No sería la primera mujer que utiliza la seducción para obtener información o robar proyectos.

Por lo tanto, mi primer reflejo es cerrar el portátil y el segundo distanciarme, retrocediendo con la silla.

Este no parece el lugar adecuado —intento responder diplomáticamente.

—¿Por qué? —pregunta ella, llevándose una uña lacada en rojo entre los dientes—. No me digas que eres de los que no se hacen amigos de los colegas.

—No hay problema en conocer a los compañeros, pero suelo hacerlo durante la pausa para el café.

—¿Me estás invitando a compartir un descanso? —responde con fingida ingenuidad.

No hay peor entendido que el que no quiere escuchar y quiere jugar con el doble sentido a toda costa.

—No, te estoy diciendo que no creo que debas estar aquí en nuestro despacho, en mi mesa. Habrá ocasiones en las que nos reuniremos en la sala común para tomar un café o almorzar y podremos hablar para conocernos.

—También se pueden crear oportunidades —continúa con su actitud de gato muerto—. ¿Qué tal si compartimos ese café ahora?

No me gusta la palabra compartir, pero en este momento mi prioridad es sacar a Sondra de mi mesa y de la oficina, así que me encuentro contestándole:

—Guíame.

Me aseguro de apagar el ordenador, cierro la puerta y la sigo hasta la cocina. Los demás también han llegado, Catástrofe, Ash, Samir y están sentados a la mesa desayunando. Nandi también está allí, pero no Wade.

—Buenos días— saludos a todos.

—Oh, tú también estás aquí —dice Sondra mientras nos sentamos a la mesa y nos servimos una taza de café.

—Siento molestarles —respondió la Catástrofe, dirigiéndonos una mirada poco benévola, antes de volver a su tazón de cereales.

Ella sería entonces la única que no tendría que emitir un juicio dado su romance con Ash.

—Lo siento, pero realmente no podemos excusarte. ¿Has hecho ya tu daño diario o estamos todos en peligro? ¿Qué derramarás hoy y quién será tu víctima? Que no sea yo, o podría sacarte los ojos. No puedo dejar que me estropees la camisa Moschino —replica la pelirroja.

—Estoy temblando —oír responder a Catástrofe es una novedad. Incluso ayer, cuando Sondra opinó sobre su torpeza, ella guardó silencio, prefiriéndolo a la confrontación—. Cuidado, puede que me meta en un lío y algo vuele por el aire y aterrice donde no debe.

Simula un temblor en la mano, moviendo la cucharilla como si estuviera a punto de tirar los cereales, y quizás hasta se le escapa algo, el caso es que Sondra retrocede con la silla asustada y al levantarse mueve rápidamente el brazo con el que sujeta la taza, provocando que una salpicadura de café caiga sobre mi... camisa.

Ni siquiera tengo fuerzas para maldecir, me he quedado sin palabras, devorado por la incredulidad de la situación.

—¡Uy! —exclama Grace—. ¡Tú eres la que está haciendo daño hoy! —

Una provocación que desencadena una bomba atómica.

—¿Qué eres, una niña de diez años? Da gracias a que tu padre es uno de los mejores amigos de Hamilton y te ha conseguido un trabajo, porque con lo estúpida y torpe que eres, nadie te aceptaría. ¿Cuántos trabajos has cambiado ya? —despotrica la pelirroja. Eres un fenómeno de la naturaleza, no conservas un trabajo ni siquiera a un hombre. Aún me pregunto por qué el tío te metió en este proyecto, a riesgo de ridiculizarnos a todos y a la sociedad. Pero no te preocupes, no te dejaré. No serás capaz de hundirnos. Tus compañeros no tendrán el valor de decírtelo a la cara por miedo a la reacción de Hamilton, pero maldecirán en silencio haber acabado en un grupo contigo. Yo, sin embargo, no tengo miedo, nadie puede despedirme, así que te lo digo alto y claro y delante de todo el mundo: déjate de gilipolces y de trajes de carnaval. Contrólate e intenta ser útil por una vez —mira a Grace con odio y luego sisea—. Limpia el suelo —y para añadir énfasis a la situación derrama lo que queda de su taza en el suelo.

Todos estamos estupefactos, ninguno se atreve a respirar.

No soy muy fan de Catástrofe, sin embargo, creo que la pelirroja se ha pasado de la raya.

Miro a Grace y no puedo evitar que me sorprenda la sonrisa que ilumina su rostro, como si toda la maldad que Sondra le ha escupido hubiera resbalado como cuchillas sobre el hielo. Nada en ella sugiere que haya podido resultar herida o afectada por lo que le ha lanzado.

Con aire orgulloso, Grace se levanta, enjuaga la taza y la vuelve a meter en el lavavajillas. Luego se dirige a la puerta, pasando junto a Sondra.

Es un gnomo comparada con una amazona. La pelirroja con tacones mide cerca de 1,80, Grace poco más de 1,80, así que acaba con la nariz justo al lado de la axila de su acusador.

Él olfatea y con voz tranquila y controlada le dice:

—Apesta— y se marcha con la clase de una dama del siglo XIX.

El pelirrojo resopla y se dispone a embestir como un toro al que le han puesto la bandera roja delante de las narices.

Ojalá pudiera meterme en mis asuntos, pero por mucho que me guste o no una persona, nadie tiene derecho a decir esas cosas. Humillar a los demás nunca es una victoria, independientemente de la verdad de las palabras pronunciadas.

Alargo una mano para bloquearlo.

—Creo que es suficiente por hoy —digo en tono distante—. ¡Parece que mis camisas no pueden prescindir del café! —intento rebajar la tensión, antes de concluir con un—: Reunión de equipo —invitando a mis compañeros a abandonar la sala de los horrores y dándoles la excusa perfecta para refugiarse en nuestro despacho.

No puedo evitar sonreír pensando en la Catástrofe.

Siempre me gustó esa frase de *Top Gun* cuando era Tom Cruise el que la decía, pero hoy la escena era única e hilarante.

Me encuentro pensando, de nuevo, que a veces parece que Catástrofe es capaz incluso de decir algo sensato. Aun así, sigue siendo una perdedora que siempre consigue bajarme una de mis camisas cuando se mueve.

Creo que al final de esta tarea tendré que presentarles una factura de lavandería si quiero evitar la quiebra.

CAPÍTULO 8

THOMAS

Soy el último en llegar a nuestra oficina.

Cierro la puerta después de entrar.

Todos los demás están en sus puestos, Catástrofe incluida, pero mientras los dos colegas están preparados con sus portátiles, ella ha colocado bolígrafos de colores y rotuladores fluorescentes, notas post-it y está lista para escribir en un bloc de notas sobre su mesa.

Al menos hoy no lleva uno de sus extravagantes conjuntos, si pasamos por alto los vaqueros bordados con extrañas perlas y piedras brillantes y la camiseta negra con Miami escrito en ella.

—¿Hemos vuelto al colegio? —me burlo con una ceja arqueada.

—Creo que empiezo a notarlo —contesta seráfica, respondiendo a lo que le dije en el aeropuerto: *'Créeme, cuando empiece a ser un imbécil lo sabrás'*.

Me echo a reír, porque tengo que darle un poco de humor, a pesar de que sea a mi costa.

—Te lo dije —replico, porque no puedo dejar que tenga la última palabra—. Y sigue sin ser nada.

—¿Tienes ya alguna idea? —pregunta Samir, interrumpiendo nuestro duelo de miradas.

—No, antes de pasar a la parte estructural quería discutir con usted y ver si ya ha tomado alguna decisión sobre las innovaciones tecnológicas que se van a utilizar.

—He investigado y analizado las últimas noticias, pero es difícil tomar una decisión sin saber exactamente cómo queremos proceder.

Estamos en un bonito bucle: yo espero las ideas de Samir y él las mías.

—Ash, ¿hiciste algo?

—He preparado el documento con las directrices para la parte general del contrato, estoy esperando su orientación para la parte relativa a los costes y las cláusulas especiales.

—¿Algo que añadir? —le pregunto a Grace, para burlarme de ella, sin esperar que tenga ninguna aportación que hacer.

Levanta la cabeza del cuaderno donde ha conseguido llenar una página con lo poco que hemos dicho.

Estaría tentado de hacerle otra broma, pero ella ignora mi tono chulesco y analiza lo que ha escrito antes de empezar a hablar.

Sinceramente, empiezo a preguntarme en qué escuela se formó a esta chica para tener la capacidad de no responder nunca a las provocaciones.

Puede que no lo parezca, pero soy un tipo bastante controlado y suelo ser reservado; sin embargo, nunca habría sido capaz de callarme ante todas las bromas que ha recibido Grace estos días.

¿Soy imbécil? Con ella sí, no puedo negarlo.

Pero en nuestro primer encuentro mostró un carácter mucho más beligerante de lo que he visto estos días, en el ámbito laboral.

—Resumiendo lo que preguntó Fisher y lo que has dicho ahora, creo que la solución a nuestro problema es una salida a la discoteca.

Respondo con una risa irónica.

—Quizá se te haya pasado por alto que tenemos que diseñar la discoteca, no asistir a ella —señalo.

—Quizá se te haya escapado que aún no tenemos nada concreto y mañana tendremos la primera llamada con Hamilton y tendremos que presentar algo para no parecer el grupo que anda a tientas en la oscuridad, pues *Wade ya ha enumerado algunas de sus ideas* —me rinde.

—Hamilton estará muy contento de saber que nos hemos divertido.

—Esto se debe a que tienes anteojeras puestas y solo puedes ver la situación desde tu propia perspectiva.

—Ilumínanos, ¿cuántos puntos de vista hay?

—Un estudio de campo —respondió Ash por él.

—Exactamente —confirma Grace—. Fisher quiere algo nuevo e innovador, así que para entender qué es tenemos que analizar lo que ya hay en el mercado. ¿Qué mejor manera de hacerlo que visitar los mejores clubes de la zona? Un análisis de la competencia es la base de todo buen trabajo.

—Quizá si hubieras leído los documentos que nos entregaron, te habrías dado cuenta de que también nos entregaron un informe sobre este mismo aspecto —señalo como buen jefe de la clase.

—O quizá he leído el informe y por eso creo que tenemos que ver los locales por nosotros mismos: un proyecto de discoteca no es solo cuestión de estructura, sino de emociones. El documento da cifras, planos, instalaciones y equipamientos, pero no da información sobre por qué los clientes van a un local en vez de a otro y, sobre todo, qué les gustaría.

—Genial, Grace —exulta Samir—. Ver y entrevistar podrían ser los puntos clave decisivos para marcar el punto de inflexión con respecto al equipo Premier. Podrían conducirnos a ese algo nuevo e innovador que persigue Fisher.

—¿Qué te dije? Que Grace sería nuestro as bajo la manga —le dijo Ash, sonriéndole de una manera bastante melosa.

Espero que se pavonee, ya que ha ganado esta ronda; sin embargo, en lugar de enfurecerse conmigo, encorva los hombros, avergonzada por los cumplidos de nuestros colegas.

—¿Y qué hacemos? —pregunto.

—Antes me he parado a hablar con la chica de recepción, Tina, para que me diera alguna información y me ha dicho que esta noche está con unos amigos de visita por algunos clubes. Me preguntó si queríamos unirnos a ellos.

Como un mago sacado de una chistera, Catástrofe saca su conejo, demostrando que tenía razón, realmente necesitábamos a un bicho raro que aportara buenas ideas para una discoteca futurista.

Ya ha recibido suficientes cumplidos por hoy, así que no me siento culpable por devolverla a su realidad, la de una perdedora.

—Bicho raro, lo vas a hacer genial esta noche. Tienes una cita, no con uno, sino con tres hombres.

Y Grace elige este preciso momento para tirar de ingenio y dejarme sin palabras por enésima vez.

—Lo siento, pero ¿quién sería el tercer hombre?

Catástrofe 2, Superman 0.

CAPÍTULO 9

GRACE

Me estoy preparando para la noche: he elegido un look sencillo, pero atractivo, que hace que sea práctico interactuar con otros clientes.

Tengo el cuaderno conmigo, hasta aquí llegó la burla de Superman.

Mi objetivo es el despido, pero de ninguna manera quiero poner en peligro a mis colegas, así que esta tarde haré mi parte. No quiero poner en peligro su resultado, solo quiero lograr mi objetivo personal.

Desearía poder desquitarme con Superman, pero a pesar de su antipatía combinada con una fuerte villanía, especialmente hacia mí, solo puedo estar de acuerdo con él. Soy el eslabón débil de nuestro equipo.

La idea que presenté y que gustó a Ash y Samir es la única contribución que puedo hacer al proyecto. Y no es que fuera una gran genialidad, es simplemente lo que sé hacer: leer y hablar con la gente.

No todos, como Pantera y Superman pueden confirmar.

Así que ningún mérito, solo un golpe de suerte. Por eso me hice el pequeño en la reunión: los cumplidos me avergüenzan en general, no es que reciba muchos, por lo general, y en este caso ni siquiera parecen tan merecidos.

Estamos en el primer local: *Mr. Jones*, una discoteca llena de energía donde la gente baila en banquetas hasta altas horas de la noche. Brillan las lámparas de araña estilo bola de discoteca y las paredes de espejos donde las luces parpadeantes, los cañones de CO2 y las lluvias de confeti dan vida a los efectos especiales. Es necesario reservar, y nunca lo habríamos conseguido sin Tina y sus amigos.

Fueron mis primeros entrevistados y debo decir que también un volcán de información; de hecho, creo que los jóvenes podrían encontrar algo interesante e inspirador en sus palabras.

No fue un trabajo fácil entrevistar a los clientes, los que quieren pasar un buen rato no están muy dispuestos a pararse a charlar entre la confusión de cuerpos que te empujan y el ruido de la música alta que no te permite entender mucho.

Perdí de vista a Superman casi de inmediato, y me fijé en Ash, que hacía su habitual labor de desgarrador. Samir, por su parte, estaba ocupado haciendo un censo de todos los instrumentos tecnológicos y efectos especiales.

Tenemos una cita pronto para el próximo club: apenas es medianoche dirían algunos, pero para mí ya sería la hora de acostarme.

En cambio, nuestra gira acaba de empezar y tenemos cuatro clubes programados.

Después visitaremos *E11EVEN*, *Club Space* y, por último, el famoso *LIV*.

Tenemos previsto regresar a las cinco de la mañana y me siento mal solo de pensarlo.

Me dirijo al baño para refrescarme antes de mi próximo destino, esperando también descansar los oídos un momento.

Entro con una sonrisa, recordando mi primer encuentro con Superman.

No he olvidado su comportamiento y la rabia que despertó en mí, pero debo admitir que desde fuera la escena fue bastante divertida.

Él arrugado, yo furiosa, él mojado, yo roja y desenfrenada.

Me detengo en el lavabo para lavarme la cara y las manos cuando oigo gemidos y una voz femenina.

—Vamos, muchachote, no me hagas desearte.

—Lo siento, pero mi código ético me prohíbe entregarme al placer cuando estoy trabajando —señala una voz conocida.

Superman sale de uno de los fosos con la camisa arrugada, pero con la bragueta subida y los pantalones abrochados. Puede que la escena tuviera gracia la primera vez, pero la reincidencia no tiene perdón.

Nuestras miradas se cruzan en el espejo: esas profundidades verde bosque parecen más ensayadas que consumidas por el placer.

—No puede ser —sisea, sacudiendo la cabeza, seguramente recordando nuestro primer encuentro—. ¿Cómo es eso, Catástrofe, que siempre te pillo en el baño de señoras espiándome?

—Te gustaría. Tú eres el que transgrede. ¿Cómo es que siempre necesitas presumir? ¿No intentaba Superman ser invisible? Además, creía que tu código ético prohibía subirse dos veces al mismo tiovivo, este del trabajo es nuevo para mí —me burlo.

—Ni una palabra más —insinúa, mientras una de las amigas de Tina sale del cubículo detrás de él.

—¿Así que me has tomado el pelo? —pregunta resentido—. ¿No estás aquí por negocios?

—Oh no, Superman fue muy sincero. Está aquí porque sigue un proyecto muy importante. Un trabajo prestigioso que, tratándose de él, solo podía empezar en el baño —le tomo el pelo—. Creo que deberías hacerte algunas preguntas sobre esa obsesión que tienes con los baños de mujeres.

Me doy la vuelta y esta vez le rocío agua a propósito, mojándole la camisa.

—Y tú con esa obsesión que tienes conmigo y mi ropa —se ríe entre dientes, mirando la mancha húmeda de mi pecho—. Joder, pero tú sí que eres una catástrofe. No es creíble que seas tan torpe. Lo has hecho a propósito —esto último suena más a afirmación que a pregunta.

Me acerco a mirarla por debajo de las pestañas, y no puedo negar que sería un espectáculo hermoso si no fuera tan desagradable como estar envuelta en un halo negro.

—Necesitabas refrescarte —le susurro antes de dejarlo a su aire.

La noche avanza y, para superar el nerviosismo que últimamente me producen los aseos de mujeres, me pongo al día con Ash y entro en la refriega de las entrevistas. Paro a un grupo de chicos.

—Hola, ¿puedo hacerte algunas preguntas para entender mejor qué buscas en un club y qué te hace volver?

—Es una cuestión de intercambio —murmura uno—. ¿Qué ganas participando?

—Belleza, ¿listo para darlo? —dice otro.

—Chicos, no vayamos demasiado lejos —les retira Ash—. Nadie les obliga a contestar si no quieren, pero no caigamos en la vulgaridad.

—Joder, qué erudita eres, rubia —continuó el primero.

Estamos a punto de abandonar el grupo e ir a buscar a alguien más cooperativo, cuando el sobrio responde.

—Busco música con un sonido de alta calidad, pero el ambiente del local también es

importante.

Dada la disponibilidad y la respuesta pertinente sigo preguntando.

—Si hablamos de diseño, ¿qué es lo que más le atrae?

—Un ambiente moderno: luces de neón, efectos especiales, pero no demasiado exagerados. Prefiero un lugar que parezca bien cuidado y no demasiado caótico, donde también haya un espacio para relajarse un poco.

—¿Y las comodidades? ¿Qué es lo que más valora en términos de comodidad?

—Un guardarropa bien organizado es esencial para no tener que llevar la chaqueta a cuestas. También me gusta que el servicio en el bar sea rápido y que las bebidas sean de buena calidad. Ah, y si hay zonas VIP, tienen que ser muy especiales, si no, no tiene sentido.

—Te robaré un último minuto. Si dijera... ¿realidad aumentada?

Se queda pensativo ante esta última pregunta mía, pero luego responde con la misma confianza y participación.

—Podría ser interesante. Si se utiliza bien, podría añadir algo de picante a la velada, quizá con efectos visuales o juegos interactivos. Lo importante es que no resulte demasiado complicado de usar ni distraiga de la música.

—Te lo agradezco —le sonrío, mientras Ash le entrega el cupón para una bebida.

Dejemos este grupo y busquemos el siguiente en el equipo femenino, para tener un punto de vista diferente.

Las chicas a las que nos dirigimos empiezan haciéndole ojitos a Ash y derritiéndose ante su sonrisa, pero al estar más sobrias no resultan tan empalagosas como los chicos.

Tras unas primeras palabras de cortesía, es mi colega quien hace las preguntas.

—¿Qué importancia tiene para ti sentirte seguro en la discoteca?

Vaya, nunca se me habría ocurrido este tema, y demuestra lo complementarios e importantes que son cada uno de los elementos del equipo.

—Quiero divertirme sin preocuparme demasiado. Me gusta que haya controles en la entrada y personal de seguridad visible dentro del club —responde una de las chicas, la más interesada en mi acompañante.

—¿Hay algo que le gustaría ver en un club y que cree que falta en los clubes actuales?

Dije que Ash es una persona inteligente con un coeficiente intelectual por encima de la media.

—A menudo se echa en falta un buen equilibrio entre un entorno animado y espacios más tranquilos para hablar. Estaría bien tener más zonas donde poder socializar sin tener que gritar para que te oigan. Ah, y un buen sistema para pedir bebidas sin esperar demasiado tiempo en la cola sería estupendo.

Continuamos con nuestra misión, y ya no me cruzo con Superman, aunque es justo decir que le he evitado, preocupado por su posible venganza. No sé por qué, pero en mi presencia parece perder parte de su compostura.

Estoy contenta de cómo ha ido la noche: he recopilado mucha información, incluso he hecho fotos de los locales.

Ha sido una experiencia productiva, que por fin llega a su fin.

Casi me preocupa ir al servicio de señoras, así que le pido a Ash que me acompañe.

Esta vez no hubo encuentros desagradables, aunque por el camino vi a Superman en la pista, un digno poste para Tina y su amiga, que intentaban que se moviera con ritmo, consiguiendo únicamente que tirara hacia delante retrocediendo por su camiseta, que a estas alturas ya estaba fuera del pantalón y algo arrugada.

Hubiera estado tentada de hacerle una foto, para echarle en cara la primera vez que intentara

hacerme sentir inadecuada, pero la verdad es que me importa un bledo lo que piense de mí.
O, al menos, eso es de lo que intento convencerme durante el resto de la noche.

CAPÍTULO 10

GRACE

Sentada en un taburete de nuestro pequeño estudio, miro fijamente a Thomas mientras tamborilea con los dedos sobre la mesa que tiene delante.

Ese gesto me irrita y me hace sonreír al mismo tiempo.

Tardé poco en darme cuenta de que es típico de él: siempre agitado, siempre impaciente.

Pero a pesar del fastidio que siento, hay algo en él que me atrae, a regañadientes.

No debería pensar en ello, al menos no ahora.

Tenemos que diseñar una discoteca futurista, una idea que podría llevarnos a la victoria en la competición contra el equipo de Sondra, los que, según todos los indicios, ya han ganado antes incluso de empezar.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Lo dejamos estar o nos lanzamos a algo arriesgado? —pregunta Superman, levantando la cabeza de sus notas y rompiendo el silencio con su habitual voz enérgica.

Me mira a los ojos y siento una tensión que no tiene nada que ver con el proyecto.

—No lo sé —respondo secamente, tratando de ahuyentar ese molesto pensamiento—. Sin duda, no podemos permitirnos hacer algo trivial. Los demás sacan la artillería pesada: la última tecnología, los patrocinadores, todo. Tenemos que centrarnos en la originalidad, en algo que nadie haya visto nunca, pero que todo el mundo quiera.

Thomas asiente, pero puedo ver claramente la frustración en su rostro.

Él es el tipo de persona que quiere actuar inmediatamente, mientras que yo tiendo a pensar más tiempo, sopesando los pros y los contras, preparándome como si fuera a entrar en batalla. Creo que esta es una de nuestras principales diferencias, una de las razones por las que discutimos con frecuencia.

—Futuro... ¿qué significa realmente para ti esa palabra, Grace? —pregunta, cruzando los brazos sobre el pecho e inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado—. No podemos meter robots y llamarlo innovación. Ya se ha hecho una y otra vez.

—Lo sé —asiento, mientras mi cabeza se acelera y visualiza escenarios—. Pero la cuestión es: ¿qué es lo que hace de un lugar una experiencia única? La tecnología por sí sola no basta. Se necesita algo que llegue al corazón, que cree una conexión emocional con quienes entran.

Resopla.

—Otra vez con eso de 'llegar al corazón'. Pero, ¿cómo hacer que algo tan frío como la tecnología... emocione?

Su pregunta es válida, pero el tono en que la formula me irrita.

Puede ser tan molesto.

—Ahí es donde te equivocas —respondo, dejando que el fastidio se apodere de mí—. Lo frío no es la tecnología en sí, sino cómo se utiliza. Puedes crear algo profundamente humano, incluso con los medios más avanzados. Y si puedes hacerlo, nadie podrá competir contigo.

Thomas se queda mirándome y, por un momento, creo que está a punto de soltar una de sus ácidas respuestas. En lugar de eso, sonrío.

Y esa sonrisa... da vértigo.

Mierda, no puedo negar que la forma en que dobla las comisuras de su boca, haciendo que aparezcan hoyuelos en sus mejillas, hace algo peligroso para mis ovarios.

No me soporta, me recuerdo.

No nos soportamos, me corrijo un momento después, intentando restablecer el fastidio que siento hacia él.

—De acuerdo, supongamos que tienes razón —dice, bajando el tono—. Pero, ¿cuál es la idea genial que nos hará ganar contra Wade y Sondra? Porque, admitámoslo, ellos ya tienen ventaja. Si no se nos ocurre algo asombroso, estamos jodidos.

—Aún no lo sé —admito, y odio el tono desmoralizado de mi voz.

La verdad es que ya vamos por detrás, con pocos recursos y con un equipo contrario que parece imbatible.

—No podemos permitirnos ser inseguros, Grace —replica Superman, y esta vez hay una inesperada dulzura en su voz. Si queremos ganar, tenemos que ser audaces. No podemos limitarnos a perseguir la emoción o la innovación. Tenemos que encontrar el punto en el que ambas se encuentran.

Asiento con la cabeza, reflexionando sobre sus palabras.

Tiene razón, aunque me moleste admitirlo. Necesitamos algo que no solo sea emocionalmente impactante, sino también tecnológicamente innovador.

—De acuerdo —digo, mirándole de nuevo. Entonces pensemos en algo más allá de una simple discoteca. Una experiencia inmersiva, donde la tecnología no sea solo un medio, sino que se convierta en parte de la propia experiencia. Los jóvenes que entrevistamos anoche dieron respuestas muy contundentes y pertinentes. Nadie ve la discoteca del futuro solo como tecnología, tanto la iluminación como la disposición del espacio siguen siendo importantes. Pero también la pista de baile, la posibilidad de tener zonas tranquilas donde charlar y tomar algo sin tener que gritar para que te oigan. Por eso creo que es importante encontrar un equilibrio entre estos elementos. Debemos utilizar la tecnología para crear un ambiente único y envolvente.

Frunce el ceño, reflexionando sobre mis palabras.

—¿Estás diciendo que queremos que la gente interactúe físicamente con el espacio? Como... ¿realidad aumentada?

—Tal vez —respondo, tratando de encajar las piezas de un rompecabezas desordenado en mi cabeza. Pero no la típica realidad aumentada. Algo más profundo. Imagina una discoteca en la que el entorno responde a las emociones de la gente. Las luces, el sonido, incluso el suelo, todo cambia en función de lo que la gente siente o hace.

—Hmm —asiente pensativo—. Hablas de crear un entorno sensorial dinámico.

Veo una chispa encenderse en sus ojos.

—Pero, ¿cómo medimos las emociones de la gente? No es que podamos leer la mente de las personas —añade.

—No, pero podemos monitorizar sus movimientos, sus expresiones faciales, incluso sus latidos, si queremos llegar tan lejos. Todo puede convertirse en datos, y esos datos pueden utilizarse para cambiar el entorno.

Sonríe de nuevo, esta vez más ampliamente. Aquí vamos. Esta podría ser una idea ganadora. Imagina que estás bailando y que cada movimiento que haces cambia el entorno que te rodea. La gente se convierte en parte del espacio.

—Exacto —confirmo, sintiendo cómo crece el entusiasmo—. Y cuanto más te dejas llevar, más responde el entorno. Podría ser una experiencia completamente diferente cada noche, para cada persona.

Thomas se levanta y camina de un lado a otro de la habitación. Ahora parece imparable, abrumado por la idea.

—Podemos utilizar sensores, inteligencia artificial, sonidos envolventes, paredes móviles o suelos interactivos. Todo para que la gente tenga una conexión directa con el espacio que le rodea.

—Pero sin distraer la atención de la experiencia principal, que es la música y el baile... y la interacción con los camareros y camareras —sonríe.

—Así que tenemos que tener cuidado —interrumpo su flujo creativo—. No podemos hacer algo demasiado complicado o la gente se sentirá abrumada. Tiene que parecer natural, casi mágico.

—Cierto —comenta, ralentizando el paso hasta detenerse—. Tiene que ser intuitivo, como si todo ocurriera sin que te des cuenta. La gente no tiene que pensar en la tecnología, solo tiene que experimentarla —un club que consiga combinar tecnología punta con un diseño elegante y confortable. Un club que cambia de ambiente durante la noche, con luces y proyecciones que evolucionan, música siempre atractiva y, tal vez, una aplicación que permite a la gente interactuar con el entorno de forma intuitiva. También la posibilidad de personalizar un poco la experiencia, como elegir la lista de reproducción en el salón.

Asiento con la cabeza, aunque empiezan a formarse dudas en mi mente.

Es una idea poderosa, por supuesto, pero también arriesgada.

¿Y si no funciona? ¿Y si la tecnología no cumple nuestras expectativas? ¿Y si Wade y Sondra ya han pensado en algo parecido?

—Estás preocupado —dice Superman al notar mi silencio—. No me digas que ya estás pensando en echarte atrás.

—No es eso lo que estoy haciendo —replico inmediatamente, contrarrestando el instinto habitual de desautorizar todo lo que dice porque sí—. Solo intento averiguar cómo podemos hacer que esto funcione. No es tan sencillo como parece.

Thomas se acerca con pasos lentos y medidos, deteniéndose a unos centímetros de mí.

—Nunca nada es sencillo, mi querida Catástrofe. Pero eso es lo que hace que todo sea interesante. Si fuera fácil, no sería divertido.

Sus palabras me golpean más de lo que quisiera. Tiene razón, una vez más. Y le odio por ello. Pero también hay algo fascinante en su forma de ver las cosas.

Hay desafío en su mirada, lo oigo en su voz, y me doy cuenta de que por fin ha dado en el blanco.

Quizá el equipo de Marshmello aún tenga esperanzas.

Si no lo arruino todo.

—Vale —digo, esforzándome por apartar la mirada de esos ojos que parecen leerme—. Nos estamos lanzando a algo enorme. Pero si lo hacemos bien... podríamos ganar. Tenemos que hablarlo ahora con Ash y Samir y evaluar su viabilidad. Luego, deberíamos apuntar un plan de trabajo para la próxima reunión con los jefes y, lo más importante, prepararnos para cualquier objeción.

—Grace —pronuncia mi nombre con una seriedad que me acobarda y me obliga a desviar la mirada hacia él—. Venceremos.

Hay un momento de silencio, y la tensión entre nosotros se hace casi palpable. Sé que debería

dar un paso atrás, concentrarme en el proyecto, pero algo me mantiene ahí, quieto.

No es solo la idea de la discoteca, no es solo la competencia.

Es él. Y él lo sabe.

—¿Estamos de acuerdo? —pregunta, con la voz más baja, casi un susurro.

—Sí —respondo, con la misma calma en la voz, aunque por dentro siento que el corazón me late más deprisa—. Estamos de acuerdo.

Sonríe, y por un momento creo que está a punto de decir algo, quizá algo que cambiaría todo entre nosotros. Entonces se da la vuelta y empieza a caminar de un lado a otro de la habitación.

—Vamos —dice, volviendo a su tono práctico habitual—. Manos a la obra.

Me esfuerzo por centrarme en la idea, en el proyecto. Una parte de mí, sin embargo, sabe que no será fácil ignorar lo que ocurre entre nosotros.

—¿Raro? —me llama y desvío mi mirada hacia él—. Buen trabajo.

Aunque, quizás por ahora, sea lo mejor.

CAPÍTULO 11

THOMAS

Todavía estoy aturdido por la larga tarde que pasé en la sala de reuniones, donde cada minuto parecía alargarse hasta el infinito.

Recuerdo lo que anotamos cuando nos pusimos manos a la obra: diapositivas, gráficos, discusiones acaloradas y objetivos de crecimiento rebotando en mi cabeza como una pelota de ping-pong.

No sé cuántas veces he mirado el reloj, esperando que el tiempo pasara volando. Sin embargo, a pesar del cansancio, siento un hilo de satisfacción: nuestro equipo está haciendo una gran presentación. Las ideas están ahí, las soluciones están ahí, y el cliente no puede sino apreciarlo.

Cuando llegó la hora de cenar, no dudé ni un momento en levantarme de un salto y correr a mi habitación para prepararme. En parte porque estaba cansada y hambrienta, en parte porque necesitaba alejarme de Grace, que sigue mostrando facetas inesperadas de sí misma, que chocan con la imagen que tengo de ella y a la que quiero atenerme con todas mis fuerzas.

Ahora, sentado en esta larga mesa de madera oscura, rodeado de colegas y adversarios, mi estómago refunfuña a la espera del primer plato.

—Alguien tiene hambre —se burla Grace a media voz.

—No te imaginas cuánto —gruño en respuesta.

El restaurante tiene un ambiente íntimo y acogedor, y en el aire se respira esa mezcla de emoción y relajación típica de las cenas después de un duro día de trabajo. Y, sobre todo, es un establecimiento contiguo a la residencia de la que somos huéspedes.

Echo un vistazo rápido a Catástrofe, sentado a mi derecha, para mi decepción. Siento el peso de su mirada cada vez que la dirige hacia mí, y el pavor se apodera de mí mientras contemplo aterrorizada los pantalones caqui que llevo puestos.

¿Llegarán ilesos al final de la velada?

Solo nos conocemos desde hace unos días, pero ya me he dado cuenta de algunas cosas: la forma en que sonrío forzosamente, desviando la mirada hacia un lado cuando algo la incomoda, el pliegue del labio superior cuando algo la irrita, la forma imperceptible en que levanta la ceja derecha cuando quiere mandarte a la mierda, pero tiene que contenerse.

Por no hablar de que la tarde que acabamos de pasar también ha sido muy fructífera porque parece que somos capaces de estimularnos mutuamente para hacer más cosas y, a pesar de todo, sería tonta si negara la química que hay entre nosotros.

O tal vez solo sea atracción física disfrazada de fastidio mutuo.

El hecho es que todavía no puedo entender del todo lo que realmente piensas.

—Esperemos que al menos la cena no sea otra lucha a muerte como en el último encuentro —susurra Grace, insinuando una sonrisa irónica y provocando una tímida sonrisa de Ash.

Apenas contengo una carcajada al recordar la animadversión que Sondra mostraba hacia él.

—Esperemos que no, aunque contigo a mi lado nunca se puede estar seguro —respondo, lanzándole una mirada desafiante.

Sus labios se curvan ligeramente en una sonrisa divertida, pero veo un brillo en sus ojos que me hace temer que me he metido en un juego peligroso.

—No sería divertido si no estuvieras ahí para hacerlo todo más... competitivo —responde mirándome de reojo, mientras nuestros compañeros se distraen charlando con el otro equipo.

—Yo no soy el problema, *Catástrofe* —recalco el apodo que le he puesto, manteniendo clara y evidente la distancia que nos separa—. Tú eres la que siempre tiene que decir la última palabra —replico, echándome hacia atrás en la silla.

—Aprendí de los mejores —insiste, bajando la mirada al menú como si la conversación ni siquiera la tocara.

No sé si reírme o sentirme molesto, pero con ella siempre es así. Un paso adelante, un paso atrás. El principio de un reto que parece no acabar nunca.

Delante de nosotros están los compañeros del equipo contrario, incluida la abogada Nandi Burns, que parece ser la única realmente relajada. Ya va por su segunda copa de vino y sus ojos brillan sospechosamente. Todos somos conscientes de lo importante que es causar una buena impresión al cliente, pero la tensión, para algunos, es más difícil de liberar.

Cuando por fin llegan los primeros platos, la conversación se desvía hacia temas más ligeros. Pero, como de costumbre, bastan unos minutos para que alguien empiece a hablar de las expectativas de nuestros superiores.

—¿Qué te parecen las exigencias del cliente? Parece que a Lauder le importa mucho causar una buena impresión —empieza Wade, con un brillo de suficiencia en los ojos. 'Desde luego, estoy deseando ver nuestro proyecto realizado en un escaparate como Miami —concluye sin ocultar su arrogancia y su convicción de que será el equipo Premier el que se lance a por el objetivo, convenciendo a Fisher de que la suya es la mejor idea.

Silencio. Nadie tiene ganas de volver a abordar el tema. Solo Grace se acerca a su silla y, con su habitual tono cortante, toma la palabra.

—Bueno, Wade, yo esperaré para cantar victoria. Nuestro equipo tiene algo bajo la manga, ¿no es así, Thomas?

Me mira de nuevo, ese desafío oculto tras su mirada.

Quiere que tome partido abiertamente, tal vez temeroso de que deje tirado a mi equipo si tengo la oportunidad, pero aún no se ha dado cuenta de que, por el bien de ganar y hacerme con el puesto que estoy convencido de merecer en Lauder, estaría dispuesto a remolcar a este equipo hasta la victoria con mis propias fuerzas.

—Por supuesto, estamos aquí para proponer el mejor proyecto. Cada miembro de nuestro grupo está dispuesto a dar lo mejor de sí mismo y, al final, ganará la idea más innovadora —dirijo las últimas palabras a Wade, pero oigo alto y claro el suspiro de alivio que da Grace.

Wade nos observa atentamente de uno en uno, puedo imaginar lo que ve, pero estoy aprendiendo que mis compañeros son más sustancia que apariencia.

—Me pregunto si su compromiso será suficiente —se burla al final de su examen, haciendo reír a sus colegas.

Nandi levanta su copa.

—Bien dicho, Wade. Salud —brinda con Sondra, engullendo su tercera copa de vino mientras se llevan los platos de la segunda.

—Será el cliente quien tenga la última palabra —se insinúa Grace con una mirada orgullosa, como una madre dispuesta a defender a sus cachorros, y vuelve a invadirla la sensación de que se involucrará en este trabajo más para no defraudar las esperanzas de Ash y Samir que por su propia gloria personal—. Sacaremos lo mejor de nuestra creatividad, aportando una idea

revolucionaria, pero que respete todas las leyes y normas del estado.

—Y tú, Grace, ¿cuál es exactamente tu papel en el equipo? —pregunta Wade socarronamente, la burla evidente en su tono.

—La forma en que el equipo decida emplear a Grace no es asunto tuyo, Wade —corté más irritado de lo que me gustaría por la molestia que me provocaba su provocación.

—¿Me equivoco o acabas de defenderme? —pregunta Catástrofe en un susurro, con la voz aún más suave por el asombro.

La miro sin poder contener una media sonrisa.

—Te equivocas. A lo mejor has bebido demasiado y ahora estás alucinando —respondo imposible, pero sintiendo algo más bajo esas palabras.

Se limita a negar con la cabeza, como si mi respuesta fuera exactamente lo que esperaba. Pero antes de que pueda replicar, oigo un ruido procedente del otro lado de la mesa.

Nandi se levanta con cierta dificultad, agarrándose a la silla e intentando mantener el equilibrio.

—Perdona, creo que he bebido demasiado. Necesito ir al baño —se ríe, pero está claro que su risa es más nerviosa que divertida.

De hecho, se tambalea ligeramente, intentando torpemente mantener la dignidad, pero sin conseguirlo muy bien.

Sacudo la cabeza preocupado por su estado, mientras Wade le dirige una mirada de disgusto, como si temiera que su imprudente comportamiento fuera una mancha para la impoluta reputación del equipo de la Premier.

Los buenos modales que mi madre tanto insistió en inculcarme entran en acción y me levanto para seguirla.

La espero fuera del baño y, en cuanto sale, me acerco a ella para apoyarla.

—Nandi, ¿estás bien? ¿Quieres que te acompañe a tu habitación?

Sacude la cabeza con una risita divertida, intentando parecer más lúcida de lo que está.

—No, en absoluto, estoy bien. Voy a volver a la habitación, pero no te preocupes, puedo arreglármelas sola.

—Vamos, yo te llevo —insisto, consciente de que dejarla ir sola en estas condiciones no sería una buena idea.

Un destello de incertidumbre brilla en sus ojos, seguido rápidamente de gratitud, y acepta la ayuda con un breve movimiento de cabeza.

Engancho suavemente su brazo al mío para que se apoye y nos dirigimos a la salida del restaurante, bajo las miradas preocupadas y algo divertidas de los demás.

Cuando se abren las puertas correderas del vestíbulo, siento la mirada de Grace intentando atravesar mi espalda.

Cometo el error de apartar la mirada, solo por un momento, y nuestras miradas descarrilan la una en la otra.

En la suya leo decepción, desengaño, quizá enfado y algo más que en otra mujer llamaría celos, pero no tengo tiempo de identificarlo, porque se da la vuelta y reanuda la conversación con sus colegas.

Tras un breve paseo por el aire fresco de la noche, llegamos al edificio donde se alojan ambos equipos y, al subir en el ascensor, Nandi se inclina más hacia mí, quizá sin darse cuenta.

Cuando llegamos a su puerta, respiro aliviada.

—Gracias, Thomas —murmura ella, con una sonrisa cansada—. De verdad, has sido un caballero esta noche.

—De nada —respondo, en tono profesional—. Descansa, ¿vale? Mañana será otro día ajetreado.

Ella asiente, entra en la habitación y, en cuanto cierra la puerta tras de sí, me tomo un momento para recuperar el aliento.

En retrospectiva, nos esperan semanas intensas y necesitaremos toda la energía de que dispongamos.

Por eso, en lugar de volver con mis colegas del restaurante, prefiero retirarme a mi habitación y dormir todo lo posible.

CAPÍTULO 12

GRACE

Esperé.

También pedí postre, a pesar de que ya no tenía hambre, y me temo que a partir de ahora asociaré para siempre el sabor de la papaya con la sensación de náuseas.

La que siento yo, al pensar en Thomas yéndose a seguir a Nandi al baño y volviendo al cabo de un buen rato, con ella bajo el brazo demasiado achispada para una cena profesional. No quiero juzgar, pero creo que nuestra colega se pasó un poco del límite para el contexto en el que estamos, y él hizo lo mismo cuando decidió irse con ella y nunca regresó.

Miro brevemente el reloj, con la decepción desbordándome por todos los poros de la piel, y me resigno a la cruda y triste verdad, que ya sabía pero que había estado intentando negar durante las últimas horas: Thomas es imbécil.

—¿Listo para irnos? —pregunta Ash, interrumpiendo mis elucubraciones mentales.

Le miro, y me gustaría compartir lo que pienso, pero no es el lugar ni el momento con todos estos oídos indiscretos.

—Lo estaba deseando.

Cuando Ash y yo llegamos por fin a nuestro piso, me quito los zapatos y tiro el bolso al perchero sin miramientos, me dirijo al pequeño sofá del salón que compartimos y me cruzo de brazos, mirando fijamente la pantalla del televisor apagado.

Tengo ganas de romper algo.

Tal vez la cara de Thomas.

Aunque estoy bastante seguro de que se consideraría un crimen contra la humanidad estropear esos rasgos perfectos, con la mandíbula cuadrada, la nariz recta y el arco de la ceja casi dibujado.

Apenas me fijo en Ash, que está sentado a mi lado con el portátil en las manos y leyendo algo en la pantalla, pero percibo que de vez en cuando me lanza miradas furtivas.

Sabe que algo va mal, pero respeta mis tiempos. O, tal vez, no puede esperar a que explote en un vómito verbal sin precedentes.

Al final, me rindo.

—¿Te das cuenta? ¿Te parece un comportamiento profesional? —empiezo a soltar, cada vez más nerviosa y enfadada al reconocer el terrible sentimiento de celos que se abre paso en mi interior.

Ah, ¿por qué demonios debería estar celoso de Thomas el Imbécil?

—Ni siquiera fingiré que no sé de *quién* hablas, aunque me pregunto *por qué* te importa lo que haga —responde con la calma de siempre, sin ocultar la diversión en su tono.

—Se fue con ella y nunca volvió. ¿Y si se aprovechó de ella? —replico, ignorando su pregunta implícita y evitando cuidadosamente hacérmela a mí mismo.

—De buen samaritano a acosador es un momento en que los celos son la comidilla de la ciudad —se ríe entre dientes, cierra el portátil y lo coloca en la mesita frente a nosotros como si

se preparara para una larga conversación.

—En absoluto, solo me preocupa que Nandi no haya caído en sus garras —miento con una mueca.

—Por supuesto, no es al revés lo que te preocupa, ¿verdad? —responde, desafiante.

Resoplo y sacudo la cabeza con tal fuerza que podría desatarme el cuello, dispuesta a negarlo con todas mis fuerzas mientras una vocecilla eleva el tono e intenta desacreditarme.

—Solo me interesa el aspecto profesional. Sabes lo importante que es este proyecto, no podemos permitirnos distracciones, ¿y qué hace él? Anda por ahí con un colega borracho. ¿Cómo podemos estar seguros de que es fiable para nuestro equipo?

Casi me dan ganas de darme una palmadita en la espalda por la actuación de Oscar que he hecho, aunque la expresión de Ash parece poco convencida.

—La fiabilidad no se mide por una sola tarde —responde con calma, levantando las manos en señal de rendición—. Y de todas formas, ¿quiénes somos nosotros para juzgar lo que hace Thomas fuera del horario laboral?

Me siento impresionada. Es como si acabara de revelar una parte de mí que no quería admitir ni siquiera ante mí misma, siento cómo el rubor sube por mis mejillas al darme cuenta de que no puedo ocultarlo del todo.

—No se trata de eso —insisto, intentando retomar el rumbo—. Es que... creo que deberíamos estar todos al pie del cañón, ¿sabes? No quiero que una situación así comprometa el trabajo del equipo.

Ash asiente lentamente, con esa mirada que me hace sentir desenmascarada, como si lo tuviera todo calculado.

—Claro —dice, pero la duda es evidente en su tono—. Aunque me parece que te lo estás tomando demasiado a pecho.

Vuelvo a negar con la cabeza, pero no encuentro las palabras adecuadas para responderle de inmediato. Hay algo profundamente molesto en la forma en que pone el dedo en la llaga, como si viera a través de mi fachada.

—No es personal —murmuro finalmente, aunque sé en mi interior que eso no es del todo cierto.

Ash se apoya en el respaldo del sofá, observándome con la calma de quien espera a que llegue a la conclusión por mí mismo.

—Grace, ¿puedo hacerte una pregunta?

Me lo va a hacer de todos modos, así que asiento con la cabeza, casi resignada.

—¿Te molesta pensar que Thomas está interesado en una mujer?

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Por un momento, me pongo rígido e intento disimular la reacción encogiéndome de hombros.

—¿Estás de broma? Puede hacer lo que quiera con cualquiera, no me importa.

—¿Ah, sí? —Sonríe, pero no es una sonrisa divertida—. Curioso, porque pareces estar royendo bastante por alguien que no te importa.

—Basta —le digo bruscamente, sintiendo que crece una rabia que ni siquiera puedo explicar—. Solo me preocupa porque trabajamos juntos y no quiero que su comportamiento tenga consecuencias negativas en nuestro equipo. ¿No entiende que podría crear un clima pesado si sigue así?

Me observa en silencio durante unos segundos y luego se pasa una mano por el pelo.

—Grace, sabes que te respeto demasiado como para mentirte, así que voy a decirlo sin rodeos: no es el trabajo lo que te molesta. Estás celosa.

Sus palabras me dejan sin aliento y me doy cuenta de que no tengo una respuesta preparada. La palabra “celoso” sigue sonando en mi cabeza, como si fuera una campana que no puedo ignorar. Me enfada, me hace sentir vulnerable y, sobre todo, me hace sentir expuesta. Yo no quería llegar hasta aquí.

—No estoy celosa —respondo tras un largo momento, con la voz más débil de lo que me gustaría—. Es solo una cuestión de profesionalidad. No podemos permitir que Thomas tome estas decisiones precipitadas.

Mi compañera de piso temporal vuelve a sonreír, esta vez con comprensión.

—¿Has pensado que el fastidio que sientes proviene del hecho de que te gusta?

Me levanto del sofá bruscamente, como si se hubiera recalentado de repente, como si apartarme fuera a cerrar la incómoda conversación que había decidido abrir.

Me acerco a la ventana y miro hacia fuera, evitando su mirada. No quiero hablar de ello, ni siquiera quiero pensar en ello.

—Grace... —suspira, en un tono que me recuerda mucho al de mi padre cuando se dispone a sermonearme—. Eres una tía genial, simpática y soleada. Me gustas mucho y, si no fuéramos amigos, probablemente te tiraría los tejos sin pensármelo dos veces.

Me giro intrigada por sus palabras y vuelvo a encontrarme con su mirada.

—¿Por qué tengo la sensación de que viene un 'pero'?

—*Pero* —pronuncia esa sílaba con la fuerza de un disparo—. Thomas y tú son completamente incompatibles, demasiado diferentes para siquiera contemplar la idea de compartir algo más allá del sexo furioso.

—¿Sexo furioso? —repito asombrado.

—La única emoción que pueden provocarse mutuamente de forma constante parece ser precisamente ésa, pero a la larga sería realmente perjudicial. Así que, como amigo, mi consejo es que archives el tema de los celos y no pienses más en ello. Además, en lo que respecta a Nandi, estoy seguro de que, preciso y *niño de oro* que es, Thomas se ha comportado de forma impecable.

Siento que la irritación me araña la piel ante sus últimas palabras, recuerdo la forma en que nos conocimos y me muerdo el labio inferior con todas mis fuerzas para contener las palabras. En vano.

—¿*Chico de oro*? —casi grito, extendiendo los brazos con exasperación—. Vamos, Ash, realmente no veo a Thomas siendo un cruzado. Creo, en cambio, que aprovechó la oportunidad para ligar y quién sabe qué más, dado su pasado de playboy empedernido.

—¿Conoces su pasado?

La mirada de Ash se ilumina con curiosidad.

—N-no, no es que lo haya conocido en el pasado, pero se nota. Quiero decir, solo míralo.

Me encojo de hombros como si fuera obvio, a pesar del sabor amargo que me dejan esas palabras insinceras.

Las cejas de mi amiga casi desaparecen más allá del nacimiento del pelo.

—Grace, por favor, entra en razón. No puedo creer que tú, entre todas las personas, hagas una discusión basada en las apariencias —hizo un gesto con la mano señalando hacia donde estábamos—. En la empresa, todo el mundo piensa que soy soltero, igual que tú. Sin embargo, hemos decidido compartir alojamiento. Si siguiéramos tu razonamiento, todo el mundo tendría que pensar que pasamos el tiempo libre en la habitación montándonoslo, ¿o no?

Me tendió una trampa, poniéndome en una encrucijada donde no hay salida de emergencia.

Vuelvo a desviar la mirada más allá del cristal, con la esperanza de poner orden en el caos de

emociones que me llenan el estómago.

Sé que Ash está intentando hacerme ver las cosas desde una perspectiva que no quiero considerar. No quiero admitir que quizá lo que me preocupa no sea la profesionalidad de Thomas, sino otra cosa.

Y, entonces, confieso:

—Estoy celoso.

Asiente lentamente, da un golpecito en el lugar donde yo estaba antes y me hace señas para que me una a él.

—Un paso a la vez, amigo mío. Para esta noche, yo diría que lo hemos hecho. Ven, hay una nueva serie de *crímenes reales* en Netflix que debo mostrarte.

Me uno a él en el sofá, agradecida de que no se enfurezca por la grieta que mi confesión ha dejado en la fachada que muestro al mundo, y juntos pasamos las dos horas siguientes resolviendo asesinatos, mientras el silencio que cae entre nosotros está lleno de palabras no dichas, pero de algún modo reconfortante.

CAPÍTULO 13

THOMAS

Suena el despertador y ya estoy fuera de la cama, listo para afrontar un nuevo día de ideas y proyectos, de enfrentamientos y trabajo en equipo.

Necesitaba dormir bien y ahora estoy impaciente por ponerme a trabajar.

Tras una larga ducha caliente, me pongo ropa informal, cómoda pero no demasiado informal, y me dirijo a la zona de cocina que comparto con Samir.

Encuentro a mi colega ya ocupada preparando un té negro, intercambiamos una rápida inclinación de cabeza y enciendo la cafetera.

—¿Preparado para la mañana que nos espera? —le pregunto, tratando de entablar conversación.

Reconozco que no se me da muy bien, pero como tendremos que vivir juntos unas semanas, me esforzaré más de lo normal.

—Sí, claro, estoy impaciente —responde, mirándome con extrañeza.

—¿Estás bien? —investigo.

—Por supuesto, ¿y tú? ¿Te divertiste anoche?

¿Qué clase de pregunta es ésa?

Estábamos todos juntos, sabe que pasamos una velada agradable. Repaso los recuerdos de ayer, buscando bromas poco amistosas por mi parte o algún comportamiento poco amable, pero no encuentro nada.

Me encojo de hombros y sonrío.

—Sí, yo diría que ha estado bastante bien. Y estoy entusiasmado con el proyecto de hoy, estoy deseando ir a la oficina.

—Supongo que entonces veremos los fuegos artificiales —casi se ríe—. Ve tú, yo todavía tengo que ducharme —sin añadir nada más, Samir se levanta y camina hacia su habitación, dejándome con expresión confusa.

Archivo el extraño intercambio que hemos tenido y salgo del piso en dirección a la oficina. Entro en la pequeña sala reservada para el trabajo de nuestro equipo y encuentro a Grace ya operativa, no en su escritorio personal, sino en la mesa de conferencias que necesitaremos dentro de un par de horas para una reunión preliminar en línea con los jefes.

Me estremezco al ver el vaso de café con leche en su mano y echo un rápido vistazo a mi polo blanco, enviando una silenciosa plegaria a las estrellas para que permanezca ileso a pesar de la presencia de la Catástrofe.

—Buenos días —la saludo, aunque ella ni siquiera levanta la vista de los papeles que está leyendo.

—Hmm.

Frunzo el ceño y la miro confuso. No es que me haya tratado nunca con amabilidad, pero esta indiferencia es un nuevo nivel en nuestra inexistente relación. La escudriño atentamente,

intentando averiguar qué le pasa.

Grace aprieta los labios, sus ojos no se mueven ni un milímetro y no es su forma habitual de actuar.

Siento una ligera tensión en mi interior. No sé si es producto de mi imaginación o si algo le preocupa. Decido intentar investigar.

—¿Va todo bien? —pregunto en tono neutro, preparándome para una respuesta evasiva.

No sé cómo afrontar la situación, pero quiero entender qué pasa.

Pasan varios segundos y, justo cuando empiezo a dudar de que me haya oído, por fin desvía la mirada hacia mí y no hay el habitual caos cálido y difuso que le caracteriza. Sus ojos son fríos, casi afilados. Me mira fijamente como si hubiera hecho algo malo, pero no entiendo qué.

—Estupendo —responde entre dientes apretados, aunque leo en sus ojos un “vete a la mierda, imbécil” en letras grandes un instante antes de que los lleve de nuevo a sus notas.

¿Qué demonios les pasa?

Sacudo la cabeza lentamente, no quiero forzar demasiado la mano, estoy aquí para trabajar, no para psicoanalizar a mis compañeros.

Llego al otro extremo de la mesa, me acomodo y abro mi maletín, sacando algunos borradores a los que quiero volver a echar mano con nuevas perspectivas.

Empiezo a repasar algunos detalles, releendo las notas que he ido anotando en los últimos días, pero no consigo concentrarme.

La energía que llena la sala parece gas metano listo para encenderse a la primera chispa.

Hay una parte de mí que quiere ser esa chispa.

Suelto un suspiro lento, expulsando el aire por la nariz, buscando la mejor manera de hacer frente a la tormenta que se avecina.

—Grace, ¿qué demonios te pasa? Tenemos una montaña de trabajo por delante, y no podemos hacerlo con esta tensión.

De acuerdo, podría haber sido más diplomático, pero quiero ir al grano y volver al trabajo cuanto antes.

—Nada me afecta realmente. ¿Ahora también eres vidente? —se burla sin siquiera mirar en mi dirección.

—¿Por qué no me dices qué te pasa y archivamos el asunto? —insisto, a estas alturas decidida a querer una respuesta.

Grace permanece inmóvil un momento, cierra los ojos y yo me preparo para el impacto.

En lugar de eso, me asombra, sacude la cabeza y murmura entre dientes:

—No pasa nada.

—Cuando una mujer dice eso, es la antesala del infierno. Es mejor ponerse a cubierto —resoplo con fuerza—. Si no hubiera nada, ya me habrías regañado mirándome directamente a la cara, cosa que has estado evitando cuidadosamente desde que entré aquí. Escúpelo, cabezota —me burlo de ella, jugándome mi último as en la manga.

Permanece en silencio durante unos segundos, en sus ojos veo una docena de emociones diferentes arremolinándose, como si estuviera librando una batalla interna. Entonces, de repente, explota.

—¡Te he visto! —suelta, mientras una nueva llama vuelve a calentar sus ojos. Como todos, al fin y al cabo —resopla, abriendo los brazos.

—¿Me has visto? —repito, frunciendo el ceño confundido.

—No finjas que no lo entiendes —replica picara.

—No sé de qué me estás hablando.

—Te fuiste del brazo con Nandi —su voz se eleva aún más y temo que, en cualquier momento, Ash y Samir irrumpían para ver qué está pasando aquí.

—Sí, ¿y qué? Ella no estaba bien, no sería capaz de llegar a su habitación por su cuenta, y Wade no estaba mostrando ningún signo de querer intervenir. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Dejarla a su suerte y en paz? ¿Tienes miedo de que haya conspirado con el equipo contrario? —repliqué irritada.

Me duele un poco el asombro que embarga su expresión.

Soy consciente de que no me he portado bien con ella, de que no han faltado púas estos días, junto con algunas burlas, pero mi madre me educó como un buen chico sureño, con valores sólidos y una moral inquebrantable.

—No me lo puedo creer —comento, suturando mal la herida que le han causado sus dudas.

¿Por qué demonios me importa lo que piense de mí?

Cuando no responde, recorro a la mejor defensa que he practicado a lo largo de los años: el ataque.

—¿De verdad crees que podría haber maquinado con Nandi, medio borracha como estaba? ¿Qué te parece, tal vez podría haberle pedido que me llevara a su equipo ya que el mío está formado por perdedores que no parecen ser capaces de presentar dos ideas bien elaboradas, ¿eh?

Mis palabras dan en el clavo y la veo reprimir una mueca, me da igual si me he pasado, ha puesto en duda mi integridad moral.

Entrecierra los ojos con fuerza, luego echa hacia atrás el taburete en el que está sentada y se levanta como una furia cogiendo su café.

Espero un enfrentamiento verbal, pero cuando veo que se dirige a la puerta, siento una oleada de decepción en la boca del estómago y dejo de pensar, limitándome a actuar por impulso.

Lo hago por motivos puramente laborales, no podríamos trabajar sin aclarar las cosas entre nosotros.

La alcanzo, la agarro por la muñeca y la hago girar hacia mí, porque aún no estoy dispuesto a soltarla, pero me doy cuenta con un instante de retraso de que el impulso del movimiento será letal para mi pértiga.

Ni siquiera puedo cerrar los ojos ante el anunciado incidente de su café con leche derramándose del vaso de papel y empapando el immaculado tejido de mi prenda.

—Joder —exclamo, aunque por dentro doy gracias de que el líquido esté ahora tibio, y luego vuelvo a centrarme en Grace—. No puedes irte así, aún no hemos terminado de hablar.

Hombros tensos, manos cerradas en puños, boca en forma de corazón doblada hacia abajo en su mohín de enfado, la mujer que tengo delante es un espectáculo de la naturaleza y algo dentro de mí se mueve.

¿Qué me pasa?

—Y eso que aún no había terminado de desayunar —resopla, tirando el vaso ya vacío a la papelería que tenemos al lado—. En fin, no sé si estás intentando hacerte la tonta o no, pero a ver si puedo ser clara —continúa, cuando nota que no tengo intención de moverme del quicio de la puerta—. No sé qué hicieron anoche Nandi y tú y ni siquiera me importa, sin embargo exijo que tu concentración siga centrada en este proyecto, es una oportunidad demasiado importante para Ash y Samir como para que la desperdicies en un rollo de una noche.

¿Una sola noche?

Frunzo el ceño confundida por sus palabras, hasta que caigo en la cuenta de lo que debió parecer nuestro distanciamiento de la noche anterior.

Doy un paso al frente y la domino físicamente, aunque el efecto que tiene sobre mí puede

hacerme caer de rodillas.

Desde esta distancia, me fijo en las pecas de sus mejillas, pero sigo concentrada.

—¿Así que Ash y tú pueden *distraerse* porque las noches son más de una?

—¿Qué quieres decir? —Un rubor colorea sus mejillas.

—No sé si intentas hacerte la tonta o no —la imito—. Pero voy a ver si puedo ser clara. Ash y tú comparten piso desde que llegamos. ¿Continúo?

—No es lo que parece —responde secamente.

¿Podría haber sido más obvio?

Nunca doy mucha importancia a los cotilleos de oficina, pero eso no significa que no los oiga.

La miro torcidamente y continúo impertérrita:

—Entonces, ¿no eres la única que tuvo una cita con él? ¿No vi besos y abrazos en el avión?

—Somos. Solo. Amigos —silaba molesta.

—Con beneficios —mi pregunta no pretende ser una pregunta, aunque confío en una respuesta, y ni siquiera sé por qué.

—Esto no es asunto tuyo. Tu comportamiento no se justifica por desviar la atención hacia mí. Ash y yo estamos centrados en el proyecto y no *comulgamos* con los del otro equipo.

—Dios mío, Grace. ¿Qué tan despreciable crees que soy? ¿Realmente crees que me acostaría con una mujer que no está en sus cabales?

Ella no contesta, solo parpadea, quizá sorprendida por mi sincera respuesta.

—Yo... tú la seguiste al baño...

Mierda, ¿cuánto tiempo más me va a echar en cara nuestro primer encuentro? Además, no es oro todo lo que reluce.

—No, evita contestar, entiendo lo que piensas de mí. Siento decepcionarte, porque no pasó nada en absoluto entre Nandi y yo, solo me aseguré de que llegara sana y salva a su habitación.

Siento una rabia ardiente justo en la boca del estómago, me pican las manos de ganas de sacudirlo y meterle en esa cabeza dura que no soy imbécil.

Al menos, no a los niveles que ella cree.

—Pensé que...

—¿Que me acosté con ella como un animal temerario? Sí, gracias por tu alta estima hacia mí.

Dios, esta chica me pone roja, y no tengo ni idea de por qué me importa tanto su opinión.

—No es...

Resoplo, interrumpiéndola de nuevo.

—El tiempo para tener distracciones del proyecto, también lo entiendo.

Lo único que le importa es que sus amigos no causen una mala impresión al jefe y al cliente, en realidad no le importa cómo me sienta yo.

—¡Deja de interrumpirme! —me suelta enfadada, alzando la voz dos octavas, a un suspiro de mi cara.

Los dos estamos sin aliento, siento su cálido aliento en mi boca e inhalo su perfume acaramelado. Tiene los ojos vidriosos, los labios entreabiertos, las mejillas sonrojadas y, de forma inesperada e imprevisible, el corazón me da un vuelco y la polla me da un espasmo en los pantalones.

Oh, mierda. No puedo sentirme atraído por Catástrofe... ¿o sí?

Cuando desplaza su mirada de mis ojos a mi boca, todo se detiene y mi cerebro hace una pausa.

Ya no pienso, no analizo la situación. Actúo por puro instinto.

No sé quién se mueve primero, pero la ira y la decepción se convierten en algo igualmente

poderoso y abrumador cuando nuestras bocas chocan, en una batalla de lenguas y labios que marca una nueva frontera entre nosotros.

Grace es arcilla entre mis manos, su cuerpo curvilíneo se adapta a mis dedos como si estuviera hecho para ello, su boca sabe a caramelo dulce, tal y como esperaba, y la sangre que corre por mis venas se vuelve incandescente.

Esta mujer es mi perdición.

CAPÍTULO 14

GRACE

Soy una cobarde.

No pensé que alguna vez pensaría algo así de mí misma, pero no se me ocurre otra definición mientras me encierro en mi habitación, decidida a evitar a mi colega.

Ese imbécil innombrable que hace dos días me besó como si su vida dependiera de ello.

Recuerdo la sensación de su lengua curiosa explorando mi boca con audacia y sensualidad, sus labios carnosos amoldándose a los míos como si hubieran encontrado el propósito de la vida, y el calor líquido que invadía mi vientre al fundirme contra su cuerpo sólido y atlético.

Lo peor fue la forma en que sus manos errantes incendiaron mi cuerpo y la forma en que me miró después, como si yo fuera la única persona en el mundo.

Como si realmente me viera.

Pero no me quedé a investigar, porque le di la espalda y hui como un ladrón tras el atraco a un banco y ahora, cada vez que mi mirada se dirige hacia él, me da un vuelco el estómago y me saltan mil alarmas en el cerebro.

Por eso me esfuerzo mucho en no encontrarme con él en el comedor, en no hablarle directamente cuando estamos en el despacho y, sobre todo, en no quedarme a solas con él.

Porque temo que saltaría sobre él y le rogaría que me hiciera suya, y ese hombre lleva escrito 'problemas' en letras grandes.

Esta tarde he tenido que poner a prueba seriamente mi capacidad para evitarle. El equipo se reunió en el despacho para discutir algunos detalles nuevos, y yo me senté en el extremo opuesto de la mesa al de Thomas, evitando todo el tiempo su mirada y concentrándome en mis notas y en las intervenciones de nuestros compañeros.

Al final de la reunión, recojo apresuradamente mis cosas y vuelvo corriendo al piso, donde intento calmar los latidos de mi corazón y acallar el caos de mi mente.

Pasan unos minutos, el tiempo justo para prepararme un café con leche y tomar asiento en la isla de la cocina, y Ash hace su entrada con una sonrisa socarrona en la cara que me pone inmediatamente en alerta.

Observo cómo se prepara un café y se sienta frente a mí sin perder nunca la sonrisa que tuerce las comisuras de sus labios.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir evitándole? —pregunta arqueando una ceja.

Como siempre, me hago el tonto ante cualquier problema.

—¿De quién estás hablando?

Mi amigo pone los ojos en blanco y resopla.

—Por favor, no empecemos con el juego inocente. Sabes de quién hablo, y también sabes que no abordar la situación no te llevará a ninguna parte. Vamos, escúpelo, ¿qué pasó entre ustedes dos?

Suspiro, desesperada por encontrar una respuesta que pueda desviar su atención sin revelar lo

que realmente ocurrió entre Thomas y yo, pero no se me ocurre nada.

—Nos... besamos —murmuro en voz baja.

—¿Qué? —grita Ash en respuesta—. ¿Te has enrollado con el ingeniero?

—¿Quieres dejar de gritar? ¡Por el amor de Dios! —exclamo, temiendo que alguien pueda oír nuestras confidencias.

—Sí, claro, tienes razón —dice, aclarándose la garganta y volviendo a utilizar un tono más humano—. Ahora, sin embargo, quiero saberlo todo.

Sus ojos brillan de emoción, como si se tratara de algo hermoso y divertido, y no de un desastre anunciado.

—No hay nada que saber. Creo que fue solo un momento de debilidad para ambos. Vivimos todos juntos en esta residencia, una situación un poco fuera de las normas, y quizá eso nos distrajo por un breve momento del objetivo final, pero estoy seguro de que no volverá a ocurrir.

—Esconder la cabeza en la arena no te servirá de nada, amigo mío.

—No quiero esconder la cabeza en ningún sitio, el problema es que hay tanta confusión dentro que no sé ni por dónde empezar a entenderla —respondo sinceramente.

—¿Por qué no hablas con él? Intenta averiguar qué piensa de lo que pasó entre ustedes.

—Porque aún no he descubierto si le odio o si... no le odio —concluyo titubeante, mientras un millón de nuevos pensamientos se agolpan en mi cerebro.

¿Me siento atraída por Thomas?

No puede ser más que una simple atracción física, no nos llevamos bien y pasamos la mayor parte del tiempo discutiendo y burlándonos el uno del otro.

—Pues resuélvelo rápido y ocúpate de ello o este proyecto irá a la deriva antes incluso de ver la luz.

Ash se levanta, se une a mí para darme un beso en la mejilla y se marcha a la habitación, dejándome llena de preguntas y dudas.

Decido llamar a Amélie para ponerla al día del viaje y de lo que me pasa en el trabajo y fuera de él, pero cuando miro a mi alrededor, no encuentro el móvil por ninguna parte.

—¡Mierda! —exclamo, dándome una palmada en la frente.

Debo de haberlo olvidado en el despacho con las prisas por salir corriendo. Me armo de valor y vuelvo sobre mis pasos, manteniendo la mirada baja.

Llego casi con prisas y enseguida localizo el teléfono en la mesa que me han asignado, pero cuando lo cojo, la pantalla se enciende y mi ánimo se ensombrece.

Sabía que llamaría, después de una semana de silencio de radio por mi parte.

Si Mahoma no va a la montaña...

Resoplo cuando empieza una nueva llamada y no me hago ilusiones de poder abandonar.

Por muy ocupado que esté, cuando llama el *General*, exige que se le conteste, inmediatamente.

Me repongo, respiro hondo y me sacudo el auricular verde.

—Soldado Wells presente, señor.

—Grace Marguerite, ¿cuándo vas a actuar como la adulta que deberías ser?

Inhalo. Exhalo.

—Buenas noches, padre.

Suspira ruidosamente, transmitiéndome toda su decepción.

—A veces me pregunto qué tengo que ver contigo.

—¿Desheredarme? —pregunto con cierta esperanza.

Es algo muy triste, pero al final sería una liberación y un logro para mí.

—¿Es que nunca sabes cuándo parar?

—Lo siento... —suspiro, dejando que mi voz se apague.

Lo siento no por las palabras de hoy, sino por no ser la hija que les gustaría, el clon de mis hermanos, por ser una decepción constante para mi familia. Siento no estar a la altura de sus expectativas, pero siento aún más que no puedan aceptarme tal y como soy: torpe, torpe y sin grandes aspiraciones.

—¿Qué tal? ¿Has conocido a Fisher? —pregunta, volviendo a un terreno menos tortuoso—. ¿Has conseguido causar una buena impresión? Quiero esperar que esta vez te hayas preparado y hayas sido capaz de participar activamente en la conversación, no quedarte en silencio observando la actuación de tus colegas.

Contengo el impulso de simular una perturbación en la línea y termino la llamada.

—Hablé con él en la inspección y puede decirse que mantuvimos un interesante intercambio de opiniones.

No miento, es solo una forma elegante de representar el tema y, después de todo, Fisher se sintió conmovido por mis palabras.

—¿Qué es lo que no me dices, Grace? ¿Has estado con uno de los tuyos? —*Gracias por el voto de confianza, papá*—. ¿Necesito recordarte que después de todos los trabajos que has perdido esta es tu última oportunidad?

—Solo tengo veinticinco años, estoy empezando —intento replicar, pero me silencian al instante.

—Exactamente. Tienes veinticinco años y no tienes un trabajo estable, una carrera consolidada ni una familia. A tu edad, tu hermano ya estaba en la facultad de Derecho y comprometido con Lauren. Tu hermana estaba empezando su residencia médica. Tú tienes dos títulos insignificantes y ningún plan de vida.

—Quizá mi proyecto sea no tener agenda —intento de nuevo, en vano.

—Ese es exactamente tu problema, Grace. Te niegas a convertirte en adulta y a tomar decisiones sobre tu futuro.

—Papá, ¿por qué no puedes entender que soy diferente a ti y que no me interesa una carrera?

No sé por qué sigo teniendo la esperanza de que me escuchen y me comprendan.

—¡Porque no te interesa nada! No se trata solo de la carrera —responde nervioso—. Eso significa que no tienes ganas de aplicarte. Te mimamos porque eras la menor, pero desde luego no pensamos que seguirías siendo una niña mimada para siempre. Eres una Wells, no una cualquiera. Ser una Wells conlleva cargas y honores que no te tomas en serio. No se te permiten más fracasos, Grace Marguerite, o podría considerar repudiarte esta vez.

—¿Es una promesa?

Tiempos desesperados exigen medidas desesperadas.

—¡Como siempre, es imposible razonar contigo! Confío en que Hamilton me llame pronto para felicitarte por tu trabajo e informarme de que optas a ese ascenso. Llama a tu madre, ya que hace más de una semana que no sé nada de ti.

—Sí, señor —respondo a tiempo antes de que cuelgue, mientras le oigo decir, presumiblemente a su madre:

—Su hija es imposible.

Puede que yo sea imposible, pero él es el peor tipo de sordo, el que no quiere oír.

Mi padre da órdenes sin escuchar nunca, sin preguntar, y yo intentando defenderme y vivir mi vida sería la difícil.

—Llama a tu madre.

Como si tuviera un millón de compromisos que se lo impidieran.

Tengo ganas de tirar algo y gritar, pero ese no sería el comportamiento apropiado para un Wells.

Demasiado nerviosa para volver a mi habitación y demasiado agitada para intentar trabajar, llego a la cocina compartida. Abro el congelador, esperando encontrar algún helado, pero mi vista se posa en una botella de vodka de melocotón.

No soy muy bebedor, pero éste parece ser el momento adecuado. Me sirvo un chupito. Miro el vaso, confuso. Esto tampoco me parece una elección, sino algo a lo que mi padre me empujó, otra de sus imposiciones. Si no fuera por él, no estaría aquí pensando en emborracharme.

—No te tomé por alguien que ahoga besos en alcohol —la voz sarcástica de Superman me distrae de la autocompasión y mis ojos lo encuentran sin siquiera buscarlo, instintivamente saben dónde está, y eso me hace temblar.

Lo miro y no puedo negar la evidencia. Está tan guapo a la suave luz de la cocina. Un ingeniero de carrera que le gustaría a mi padre. Otro imbécil a su altura.

—¡Te das demasiado crédito, Superman! No todo gira en torno a ti. Además, parece que beber para olvidar funciona.

—¿Qué tienes que olvidar? ¿Si no es que besas a tus colegas? —pregunta, acercándose. Jadeo—. Catástrofe, ¿qué más has hecho?

Me guiña un ojo, encogiéndose ligeramente de hombros.

Quizá, bajo la capa de superhéroe, esconda algo de humanidad. O quizá sigue siendo el imbécil de siempre que quiere meterme en líos, o no habría sacado el tema de nuestro beso.

—Lo que he estado haciendo desde que nací —respondo, tomando mi primer trago.

—Espero que, en ese momento, tu aliado fuera la leche y no el café —se ríe entre dientes, mientras sirvo el segundo chupito—. En cualquier caso, no parece una buena razón para recurrir al alcohol.

No puedo evitar sonreír ante el tono irónico y la amabilidad, tan diferentes de lo habitual. Quizá realmente tenga corazón, sin duda es capaz de hacer humor si quiere.

—¿Cómo son tus padres?

El vodka me ayuda a hacer preguntas que normalmente no haría.

—¡Vaya! ¿Estamos mostrando la artillería pesada?

—No hace falta que me lo digas —respondo, levantando las manos en señal de rendición, después de beberme la segunda ronda—. Era solo para conversar.

—Normales —respondió tras reflexionar un rato. Al menos así me lo han parecido siempre. Mi madre es una cocinera excepcional, que cocina cantidades exageradas de comida y piensa que nunca has comido suficiente. Es una de esas madres súper eficientes, que siempre lo tiene todo bajo control, aunque a veces se le vaya la mano y algunos la tachen de estirada —hace una mueca, perdiéndose en sus propios recuerdos—. Mi padre, en cambio, es un perfeccionista en el trabajo, pero vive al día para otras cosas. Es difícil pensar en ellos juntos, son como el sol y la luna, pero han trabajado juntos durante más de treinta años.

—¿No tienes hermanos o hermanas?

—No, solo yo.

—Eso explica muchas cosas —reflexiono con la lógica de un abstemio que se sirve su tercer chupito.

—¿Perdón?

—Bueno, explica tu escoba —preciso.

—Eres más divertido después de unos tragos —sonríe Superman—. A ver, ¿cuál es la teoría?

—Eres tan tenso y tan maniático del control con poca inclinación a divertirse como reacción a tus padres.

Me parece verle divertido, pero mi visión empieza a ser un poco borrosa.

—Interesante teoría. Nunca se me había ocurrido. ¿Cómo son los padres de una Catástrofe?

—Un ejército —no dudo en responder—. General Wells, completo con un ordenanza y dos segundos al mando.

—Vaya. Una infancia exagerada —se burla de mí.

—Más bien guerra de trincheras.

Friedad por ser siempre el inadecuado, hambre de atención positiva, insomnio por miedo a cometer errores. Bombardeo emocional ante cada travesura. Ansiedad, ansiedad y más ansiedad. Hasta que decidí que no merecía la pena, que ya que todo lo que hacía se consideraba incorrecto, mejor hacía lo que me apetecía.

—Si soy una Catástrofe para ti, intenta pensar lo que soy para el General Wells... —Triste, pero cierto—. Un fenómeno de la naturaleza, porque es la única forma que tiene de explicar cómo pude ser fruto de uno de sus espermatozoides. Por suerte para él, tiene dos copias perfectas de sí mismo para respaldar la tesis de la mutación genética.

—¿Tan difícil ha sido? —me pregunta y oigo algo condescendiente en su voz que decido ignorar.

—Más —resoplo—. Empeoró al crecer, cuando dejé de querer estar a la altura de sus expectativas. Sin ambiciones profesionales ni novios de cinco estrellas.

—¿Tus hermanos?

—Un abogado criminalista y un futuro cirujano.

—Vaya, difícil de igualar —comenta chasqueando la lengua.

—Imposible.

Mi hermano y mi hermana son dos buenas personas. No les culpo por ser dos genios y por ser el prototipo de la perfección a ojos de nuestro padre. Siempre han sido amables conmigo, me han ayudado siempre que han podido, pero están demasiado ocupados con sus vidas como para tener tiempo de librar mis batallas. Incluso lo han intentado en el pasado, pero es difícil ganar con el General.

—Mi padre es ese tal Wells —susurro, como si admitiera un pecado inconfesable.

—¿El abogado penalista Wells? ¿El prácticamente invicto con infinidad de casos ganados?

—Es él, con traje gris, camisa almidonada y corbata burdeos.

—Aunque solo fuera eso, tenías la seguridad de que, en caso de detención por conducir bajo los efectos del alcohol, serías exonerado rápidamente.

Me estremezco solo de pensarlo.

—Por supuesto, habría tenido la seguridad de pasar una noche en la celda, esperando que tiraran la llave para tener una oportunidad de sobrevivir —una chispa de lástima ilumina su mirada, o quizá sea demasiado alcohol circulando por mis venas—. Los Wells son siempre los primeros de su clase y gozan de una reputación, un prestigio y un honor intachables. No se permiten pasos en falso. ¿Te imaginas lo que es tener una hija como yo, acostumbrada a compartir el café con la camisa de alguien, y que puede hacer cosas mucho peores?

Se lleva una mano al pecho, como si hubiera recibido un golpe.

—Así que me hiciste daño. ¿Quieres decir que no soy el primero y el único?

—Lo siento. Seguro que no eres el primero, ni el único, ni el último.

—Catástrofe, esto es un ataque a gran escala.

—Si te sirve de consuelo, eres el que más camisetas ha donado a la causa.

—Grace, yo... —Su tono me pone a la defensiva y no le dejo continuar.

Puede que esté un poco achispado, pero no quiero su lástima, ni su compasión.

—No, no digas eso. No me compadezcas y no te disculpes. Es solo un momento de desánimo, no necesito apoyo y no quiero que cambies tu forma de ser conmigo. Eso nos deja: Fóllame y Catástrofe, siempre en lados opuestos de la valla.

—Los padres deben ser el primer apoyo de sus hijos. No debe ser fácil sentirse rechazado.

Ignoro la punzada que siento, este nivel de confianza y de compartir se vuelve cada vez más peligroso y tengo que alejarme, enseguida.

—No, no lo es, pero hace que uno se haga fuerte y capaz de hacer frente a cualquier provocación, incluso las del ingeniero sexy recién contratado —bebo la última gota de vodka—. Gracias por la charla y por no montar en cólera. Que pases buena noche.

No le doy tiempo a replicar y vuelvo a la habitación lo más rápido que puedo, a pesar de mi mente nublada y mi cuerpo tambaleante.

CAPÍTULO 15

THOMAS

No estaba preparado para Catástrofe como versión de abajo a arriba.

Siempre la vi alegre e imperturbable.

Admito que nunca se me pasó por la cabeza que esa sonrisa pudiera ocultar cicatrices.

Desde hace unos días, mi consideración de Grace está cambiando, empiezo a darme cuenta de que detrás de ese aire de bobalicona, se esconde una persona muy inteligente y capaz, pero que no puede verse a sí misma tal y como es.

El problema de Catástrofe es que no puede verse a sí misma objetivamente y no hace nada para contrarrestar lo que los demás piensan de ella a primera vista.

Tantas veces fue ella la que encontró la solución a un problema, y siempre es la primera sorprendida, como si hubiera ocurrido por casualidad y no porque es una persona con un cerebro que funciona y un coeficiente intelectual superior a la media.

Esta noche he descubierto los motivos ocultos de su actitud y me he sentido como un imbécil por cómo la he tratado, por las palabras que le he espetado en algunas ocasiones.

Por último, también comprendí de dónde procedía su capacidad para no responder a las provocaciones, pero sufrí por ella, con ella.

Fui sincero, ningún niño debe sentirse por debajo de las expectativas de sus padres, rechazado en lugar de acogido.

Si sangré por la abatida Grace, me alegré por la chica que no quería mi simpatía, aunque lamenté esa distancia que quería poner entre nosotros.

Y sonreí por la brillante Gracia.

Quise disculparme, pero me contuve, para no asestar un nuevo golpe a su orgullo y porque mi camisa inmaculada me llamaba al orden, casi resentido por la sensación de cercanía que me embargaba.

Hubo un momento en que quise abrazarla, quise gritarle que está bien, que los desastres que hace no son para tanto, aunque sean tan vergonzosos. Mirándolos desde la perspectiva adecuada, ponen de buen humor, entretienen, y ella es un soplo de aire fresco en un mundo que está plagado.

Me desconciertan mis propios pensamientos, me aturde esa afinidad que sentía hacia él, en concreto sigo atascada en ese *“ingeniero sexy recién contratado”*.

¡Grace me encuentra sexy!

Mi cerebro no deja de repetir esas palabras en bucle, que no consigo metabolizar, porque también la encuentro sexy e intrigante. En parte por la lencería que vi en el aeropuerto y que indica un lado oculto de su personalidad, en parte por su carácter tranquilo y decidido, pero sobre todo por ese beso que me persigue desde hace dos noches.

De lo que quería hablar.

Por lo que me evitó.

Lo que usted parece haber descartado sin pensárselo dos veces.

Sin embargo, la sentí estremecerse en mis brazos.

Aquel día huyó, sin posibilidad de enfrentamiento: ¿sintió ella también la conmoción cuando nuestros labios se rozaron?

¿Le hormigueaban las yemas de los dedos como a mí?

Suficiente.

Estoy aquí por el proyecto Fisher. No puedo dejarme distraer.

Al final, también en este caso, tiene razón: aquel beso fue un error. Mejor cerrar su recuerdo en un cajón, olvidarlo y seguir adelante.

He pasado la noche en la oficina, volcando todas las emociones de estos días en el autocad.

Me gusta lo que he dibujado.

No creo que sea lo que me satisface todavía, pero es un buen punto de partida, o quizá incluso un punto final si no se me ocurre nada más.

Preparé varias soluciones. Las dejé sobre la mesa de Samir para que añadiera su parte y luego se las pasara a Ash y Grace para que analizaran la viabilidad normativa y económica. El presupuesto de Fisher es considerable, pero no ilimitado, y las instalaciones y la tecnología punta no son precisamente baratas.

Ya he facilitado a Grace una lista de mis proveedores, pero seguro que Lauder tiene los suyos propios, que podrían ser más convenientes.

Esta mañana soy el último en llegar y encuentro a mis compañeros ya sentados a la mesa concentrados en sus ordenadores y papeles, hablando entre ellos.

—Buenos días —saludo y me dirijo a mi mesa. Enchufó el ordenador y lo abro.

Habría esperado un comentario de Catástrofe a una hora *temprana*, ya que son casi las once y tenemos la llamada a las tres, pero Samir debe haberles informado de mi trabajo nocturno.

Se lo conté cuando volví y nos cruzamos en la cocina.

—No me digas, una noche muy productiva —Samir me sonríe.

—Sí, me inspiré.

Miro a Grace, que mantiene los ojos pegados al ordenador.

—Realmente un gran trabajo, Thomas —añade Ash—. Ya he empezado las comprobaciones reglamentarias y no parece que haya encontrado ninguna restricción en cuanto a los materiales que has mencionado. La estructura también parece cumplir las restricciones arquitectónicas y de seguridad que figuran en el pliego de condiciones.

—¿Cuál de los proyectos cree que debería presentarse? —pregunto.

—Los tres son muy bonitos —continuó Ash, intercambiando una rápida mirada con los demás—. Pensábamos presentárselos todos a Hamilton y dejarle a él la elección del definitivo. Tuve la oportunidad de charlar con Nandi y me di cuenta de que el otro equipo también piensa hacerlo.

—Las opciones tecnológicas por las que he optado van con todas las soluciones que han planteado. He creado un proyecto interactivo para que lo vean después de elegir la estructura, para que se hagan una idea del resultado final —Samir señala su PC.

Me acerco y me interpongo entre él y Grace mientras contemplo su trabajo. Es realmente un genio, en un santiamén ha metido mis planos en una aplicación y al elegir la estructura cambia a una vista en 3D del interior, donde figuras estilizadas se mueven al ritmo de la música y presentan los detalles.

Por primera vez desde que se formó este equipo, creo que podemos ganar de verdad, aunque aún quedan algunas partes por perfeccionar.

—Es realmente hermoso. Una presentación ejemplar —comento sinceramente impresionado.

—Nada diferente de lo que presentará el mejor equipo —responde Samir—. Varnan es tan bueno como yo, si no mejor. Me ha dicho que Sondra y Wade le respiran en la nuca.

Era de esperar.

—¿Grace? —Ella es la única que falta.

La única que aún no ha dicho nada, pero su cara me parece todo un programa. O no le ha gustado nada o se avecinan problemas.

Respira hondo.

—Todos han hecho un trabajo excelente. Sus diseños son realmente bonitos, la presentación de Samir única y el contrato de Ash es hermético. Han conseguido incluir un atractivo sistema de penalizaciones para el cliente sin que ello suponga un gran perjuicio para Lauder en caso de que la ejecución conlleve retrasos.

—¿Pero? —le insisto.

Está claro que hay un pero tan grande como una casa.

—Pero no podemos mostrárselo a Hamilton.

—¿Están de broma? —Doy voz al grupo mientras todos la miramos con extrañeza.

Tiene que haber hecho una de sus chapuzas, no hay otra posibilidad.

—La fibra de vidrio que mencionas, la sostenible y reciclable desde el punto de vista medioambiental, sigue siendo una patente y solo la produce una empresa. Tienen más demanda de la que pueden satisfacer. También están pensando en abastecerse en el extranjero, pero los costes son más elevados que en el mercado nacional. No están seguros de poder cumplir nuestros plazos. Incluso si pudieran, el precio que piden podría hacer que nos saliéramos del presupuesto.

Mierda.

Utilicé fibra de vidrio para el interior, creando tótems que recuerdan a la selva tropical de Miami, pero sin ser empalagosos ni demasiado impactantes. Se integran bien, porque este material permite jugar con la luz y aligerar la estructura, dando flexibilidad para huracanes y terremotos. Renunciar a él significa tener que rediseñarlo todo, significa tirar por la borda semanas de trabajo. No estoy preparado.

—¿Podría ser que lo entendieras mal?

Es más fácil creer que Grace ha hecho una de las suyas que aceptar la otra alternativa.

Saco el móvil e intento ponerme en contacto con la empresa, a la que pertenezco desde hace unos años.

—Intenta investigar un poco a ver si hay alguien más en Estados Unidos que pueda tener algo alternativo o parecido —le ladro a Samir, esperando a que alguien de la empresa responda.

Asiente e inmediatamente se pone a trabajar. Grace le entrega unos papeles, cooperativa como siempre, a pesar de mi actitud de imbécil.

Esta vez no se debe a ella, sino a la decepción en caso de que sus palabras coincidan con la realidad.

Habría que rehacerlo todo.

—Buenos días, Preston, soy el ingeniero Clark llamando por un suministro de su fibra de vidrio.

La respuesta que me oigo dar no es reconfortante, aunque un poco mejor que la imagen que pinta Grace.

—¿Y? —pregunta Ash cuando termino la llamada.

—Así que Grace tenía razón —miro hacia ella con aire apesadumbrado, un leve intento de disculparme, ella sigue mirando el PC—. Están intentando solucionar las cosas y hacer frente a

los pedidos existentes y a los nuevos. Quizá puedan satisfacer nuestra demanda a un precio sostenible, pero no podrán decírnoslo hasta dentro de una semana.

—Es decir, como dijo Grace, no podemos mostrar nuestro trabajo a Hamilton— Samir expresa la nefasta verdad.

—Si no pudieron hacer un milagro encontrando una alternativa en los últimos cinco minutos, no, no podemos.

—Grace ya ha hecho un análisis y ha establecido algunos contactos sin éxito.

Me entrega los papeles que ella le dio.

Un trabajo muy bueno, no creo que hubiera podido hacerlo mejor, teniendo en cuenta además sus conocimientos del tema.

—Un buen trabajo, desde luego —intento de nuevo disculparme. Ash se aclara la garganta—. Lo siento, Grace —sale en voz baja, pero ella levanta los ojos asombrada, así que debe de haberme oído.

—No importa —sacude la cabeza—. ¿Qué hacemos?

—Tomémonos nuestro tiempo.

Ash explica la solución que se le ha ocurrido y que podría funcionar.

Todos nos ponemos manos a la obra para intentar salvar lo que podría convertirse en un gran desastre para nuestro equipo. Cuando he terminado mi parte, les llamo para que vean lo que he preparado, según las instrucciones de Ash, por si Hamilton quiere ver algo a toda costa.

—Sí, puede irse —me consuela—. Acompáñale a nuestras partes. Creo que con este documento podríamos salirnos con la nuestra en caso de que insista.

—¿Qué me dices, pausa para comer? —pregunta Samir echando un vistazo al reloj colgado en la pared, que marca las 13:30.

No me importaría comer algo antes de la reunión, pero tal y como ha ido el día me aterra un poco encontrarme en la cocina con Grace, sobre todo ahora que la situación entre nosotras es más incómoda de lo habitual.

Quiero no pensar en ese beso, pero no es suficiente para que mis ojos se detengan en esos labios y un escalofrío recorra mi cuerpo.

—Ve tú, yo tengo que terminar unas cosas —Grace me salva en la esquina, o quizás se salva a sí misma.

Creo que, aunque no quiera hablar de ello, tampoco le resulta fácil olvidarlo.

—Yo también tengo algo que revisar. Adelante —añade Ash, su caballero de armadura blanca.

—Mantén a Grace alejada de mi PC —sale en un tono un poco grosero, pero el mío es un miedo real.

Oigo resoplar a la Catástrofe mientras sigo a Samir.

Ash se une a nosotros al cabo de media hora y le miro con aprensión.

—No te preocupes, la dejé sentada en su puesto. He venido a por su capuchino de las dos, no puede hacer daño.

Famosas últimas palabras.

Me apresuro a llegar a la oficina con mis colegas pisándome los talones y encuentro a Grace frente a mi PC.

—Hola cariño, ¿cómo estás? —la voz de mi madre sale de mi ordenador—. Oh, pero tú no eres mi Tommy.

—No, yo soy Grace.

—Estás muy guapa, Grace —puedo oír desde aquí el sonido de los pensamientos

revoloteando dentro de la cabeza de mamá—. ¿Cómo es que contestas las llamadas de mi hijo? ¿Eres su secretaria? —El tono es un guiño—. Walter, ven a ver qué bonito es el buzón de voz de tu hijo.

¿Qué hice mal? Solo quería crecer en mi papel, tratar de mejorar mi posición. ¿Es un pecado tan grande que merezca el Infierno?

—No es mi secretaria, sino una colega mía. Hola, mamá —intervengo en un último intento de salvar el día.

—Hola, mi amor —sonrío, mientras mamá se mueve delante de la cámara para intentar verme mejor. *Mi mamá y la tecnología*—. Walter, vamos, Tommy está aquí ahora.

—Ya voy, ya voy.

Mi madre es una santa.

—¿Cómo es que no me hablaste de Grace?

Oigo a mis colegas reírse a mis espaldas.

¿Cómo puedes culparles? Mi madre se las arregló para asombrar incluso a la Catástrofe.

—Ya te dije que trabajo en equipo. Estos son Samir y Ash —les presento y saludan con su cortesía innata.

—Pero todas son preciosas. Los han seleccionado muy bien.

—¡Mamá! —Retiro lo dicho—. Quiero esperar que hayamos sido elegidos por nuestra competencia.

—Sí, sí —gesticula, con la mirada fija en Grace—. ¿Se portan bien contigo? —le pregunta.

En resumen...

Espero no decirle nada a mi madre o arriesgarme a un linchamiento público por parte de la mujer que me parió.

—Sí, son buenos chicos. Es fácil y divertido trabajar con ellos —responde Grace con una sonrisa amable.

Mamá se acerca a la pantalla, como si fuera a confesar un secreto, y yo tiemblo de pies a cabeza.

—Mi Thomas es un poco tímido con las chicas.

Grace se ríe y yo quiero enterrarme. Afortunadamente, mi padre está ahí para sacarme del apuro. O casi.

—Hola, chicos. Hola, Grace. Soy Walter, el padre de Thomas. Y te ves muy bien. Un soplo de aire fresco en esas oficinas de señores trajeados —la alegre ropa y las coletas de Grace no pasan desapercibidas—. Ahora vamos a despedirnos, cariño, que los chicos tienen que trabajar —le dice a mi madre.

—Tráela contigo la próxima vez que vengas a casa —se da tiempo a decir, mientras papá cierra la conversación.

Una sonrisa sigue flotando en los labios de Catástrofe.

—Supongo que tu madre no te conoce tan bien —comenta sin ocultar su sarcasmo.

—¿Y si, en cambio, fueras tú quien se equivocara? —planteo.

—Chicos, tenemos que irnos, son casi las tres —nos llama Ash al orden, entregándole a Grace su capuchino.

Me doy la vuelta, un reflejo condicionado.

—No te preocupes —me tranquiliza—. Ya me he hecho un lío. Me caí sobre tu PC, activando la llamada con tu mamá —explica ante mi mirada horrorizada.

Suspiro.

Esperemos que alguien de allí arriba nos envíe buena suerte.

CAPÍTULO 16

GRACE

La videollamada con los padres de Thomas puso a todos de buen humor.

Difícil pensar en dos personas tan sencillas y despreocupadas con un hijo tan estirado.

No me había dado cuenta cuando hablamos de ellos.

Me dirigía a la cocina, tras haber pensado que no era buena idea esperar a Ash con mi capuchino y bebérmelo cerca de los pupitres. Si lo hubiera derramado quién sabe cómo habría reaccionado Thomas. Al pasar junto a su ordenador, el timbre de una llamada me sacó de mis casillas, apoyé una mano en su escritorio para apoyarme, y sin querer acabé justo en el botón para aceptar la llamada.

Un desastre sin consecuencias épicas, por una vez, aunque no creo que Thomas piense lo mismo.

Al principio, estaba bastante perdido y temeroso de lo que pudiera decir su madre. La encontré comprensiva, aunque entiendo la postura de Superman. Nunca es fácil relacionarse con un padre que quiere que te establezcas. El padre también me pareció un hombre muy dulce. Su cumplido me hizo sonreír y fue agradable sentirme apreciada, sobre todo sabiendo lo que su hijo piensa de mi ropa.

Ahora estamos en la sala de reuniones: nuestro equipo a la izquierda y el equipo Premier a la derecha, esperando a que Hamilton se conecte.

Sondra se come a Thomas con los ojos, Nandi le mira como si fuera un superhéroe.

Parece perdido en su propio mundo, mirando las cartas que tiene delante. Es el que más tiene que perder si hoy no le va bien.

—Buenas tardes —la voz de Hamilton anticipa su imagen en la pantalla.

—Buenas tardes —respondemos a coro.

—Los he reunido a todos porque quería saber cómo van las cosas. Solo falta una semana para la presentación final a Fisher.

—¿Cómo quieres que lo hagan dada la presencia de Grace? Una carnicería anunciada —Sondra toma la palabra.

—No empieces —la levantó nuestro jefe. La tuya no es una actitud que me guste. Recuerda que estás hablando de una colega tuya. Si hay problemas entre ustedes lo hablaremos en privado, tú, Grace y yo, pero éste no es el lugar ni el momento.

—En cambio, deberían escucharme a mí, porque nos está poniendo en grave peligro a nosotros y al proyecto.

—No he recibido ninguna queja ni de sus compañeros ni del cliente —replica Hamilton enarcando las cejas.

—Es extraño, porque en su primer encuentro saltaron chispas —señala—. Sus compañeros, en cambio, temerán su reacción.

—¡Estás exagerando! —resume Hamilton—. Mis colaboradores saben que pueden acudir a

mí si hay dificultades. Acordamos que usted detendría esta guerra contra Grace.

—Lo que sea—. La última palabra debe ser suya—. Pero no te quejes cuando la situación se vuelva insostenible.

—Disculpa, Grace —Hamilton desplaza su mirada hacia mí con una sonrisa—. Clark, Kapoor y Payne. ¿Algo que informar?

Doy un respingo, aunque entiendo por qué lo hace, pero temo lo que pueda decir Superman.

—Grace está demostrando ser un activo muy valioso, tal y como supusiste —Ash me da la mano por debajo de la mesa.

—Estoy de acuerdo con el Dr. Payne —Samir me guiña un ojo.

Thomas me mira, pero permanece en silencio.

—Ingeniero Clark, ¿algo que añadir? —preguntó Hamilton.

—Sin Grace, estaríamos perdidos.

Sondra se levanta dispuesta a insultarle, pero la mirada de su tío la hace incorporarse rápidamente.

Miro fijamente a Thomas, que vuelve a mirar los papeles que tiene delante, quizá más sorprendido que yo por sus propias palabras.

—Te dije que era un chico de oro —me susurra Ash al oído.

—Entonces, ¿estás listo para la próxima semana? —pregunta Hamilton—. ¿Algo que informar?

Ninguno de nuestro grupo dice una palabra, de hecho intentamos evitar mirarnos para no alarmar al jefe y dejamos que Wade elogie su trabajo y el de su equipo.

—He revisado los archivos que me enviaste, Wade —le respondió Hamilton—. Buenas ideas las tuyas, buena presentación de Varnan. Me gusta el contrato que has establecido, Nandi. El interior también es original, Sondra —mueve los papeles delante de él—. Equipo Marshmello, ¿esperaba algo más concreto por su parte? Me gustaron las alternativas que propuso Thomas, aunque esperaba ver algún análisis de viabilidad e imágenes.

Después de las palabras que mis colegas han pronunciado por mí, parece lo menos que puedo hacer para defenderlos y culparme de cualquier fracaso.

—Estamos trabajando con un enfoque práctico. Fisher espera que la discoteca sea la mejor de toda Florida en los últimos diez años y en los próximos diez. Sus palabras —esperemos que el plan de Ash funcione—. También teníamos listos borradores y análisis de presentación, contrato y realización, pero en el último momento pensamos que mostrarlos no se ajustaría al método seguido hasta ahora. Empezamos con un análisis de viabilidad mediante entrevistas y visitas sobre el terreno. El informe que nos dieron era un punto de partida, pero los números y las fotos no dan información sobre las emociones y las razones por las que la gente va a un determinado lugar o vive una determinada experiencia. A partir de las respuestas que obtuvimos, ideamos el proyecto que mostraremos próximamente. Antes, sin embargo, pensamos en conocer la opinión de las personas que lo inspiraron. En resumen, ¿sabíamos interpretar correctamente lo que nos sugerían? ¿Procesamos sin errores las respuestas que recibimos, convirtiendo las expectativas de los encuestados en lo que realmente quieren y esperan?

Puede ser arriesgado presentar nuestra estrategia, pero algo tenía que dar Hamilton. Por cierto, Wade y Sondra son tan engreídos y arrogantes que es poco probable que piensen que hemos hecho algo inteligente.

Contengo la respiración mientras espero la reacción del jefe. Ante su asentimiento procedo a la conclusión.

—Pronto estaremos listos para entregarlo todo, pero antes queremos probar nuestras ideas en

la práctica. Fisher espera un proyecto revolucionario y nosotros hemos intentado provocar una auténtica revolución, también como planteamiento de trabajo.

—Siempre en el país de los sueños, Grace. Espero que no lles a tus colegas a la ruina — Sondra no puede evitar humillarme.

Todos lo ignoramos.

—Muy bien. Los puse como segundo equipo en el proyecto para tener un enfoque diverso e innovador. No me extraña que se adentren en un terreno nuevo e inexplorado. Pero nos pondremos al día pronto, en dos días a más tardar. Ni uno más —concluye Hamilton.

El plan de Ash funcionó. Hamilton corroboró nuestras acciones y ahora tenemos que arremangarnos y encontrar una solución rápidamente.

—Estoy muy contento con el trabajo de ambos equipos. En breve levantaremos la sesión. Disfruten de su estancia en Miami, y también encuentren la manera de hacer algo divertido — con este aplauso final, cierra la convocatoria.

—Pensé que eras un tipo genial, Clark —Sondra tiene que cerrar la cuenta con Superman—. Veo, en cambio, que eres masoquista y que estás en el bando perdedor. Esas eran otras opciones que tenías que tomar —concluye, chasqueando la lengua.

Observo cómo se marcha el equipo Premier, Nandi y Varnan con cara de disculpa, Sondra pavoneándose y Wade riendo en voz baja. Ya creen que han ganado.

—Se ha ido. Gran Ash —Samir se convirtió en la voz del grupo.

—¿Y ahora qué hacemos? —Thomas parece ensayado.

—Ahora seguimos el plan —respondió Ash—. Noche de discoteca. El jefe aprueba nuestro método y hacer algo divertido.

¿Cómo puedes culparles?

Nos reunimos a las veintidós, listos para una nueva aventura nocturna. Esta vez, solo somos nosotros cuatro. Nos hemos equipado con tablets y Samir también ha actualizado su app, para que si alguien nos siguiera, no encontrara incoherencias con lo que le hemos contado a Hamilton.

El plan también es dividirnos en parejas. Yo con Ash, por supuesto.

El Uber nos deja frente al Nikki Beach. Todas las miradas están puestas en nosotros; en cambio, mis acompañantes no pasan desapercibidos. Ash, con sus colores claros que recuerdan a un cielo de verano con sol radiante, mide más de metro ochenta y parece un espléndido lord inglés.

Samir, algo más bajo que el anterior, de colores opuestos, un bronce cálido sobre el que destacan dos intensos ojos de obsidiana.

Y finalmente él, Superman: una combinación de los otros dos, dado su pelo negro, su piel de alabastro y sus ojos claros. Un metro ochenta *de superdotado*, por no hablar de los besos que puede dar y que le hacen arder.

Esta noche han renunciado a la chaqueta y la corbata, pero en ropa deportiva parecen aún más glamurosos y seductores.

—Intenta mantenerte alejado de los aseos de mujeres —me toma el pelo Thomas con una media sonrisa—. Creo que empezaré mi recorrido desde ahí. Puedes hacer algunos encuentros interesantes.

Dicho esto, llama a Samir y entran juntos en el club.

Miro a Ash mientras la sangre se me sube a la cabeza.

—Yo diría que esta vez le damos el punto al chico de oro —se burla divertido.

—Cojo a mi amigo del brazo. Vamos a trabajar —resoplo.

Nos perdemos entre la multitud y hacemos algunas entrevistas más, con preguntas no tan

generales como la vez anterior, sino más específicas referidas a “nuestra” discoteca.

Tenemos que ver si lo que pensamos será bien aceptado por la gente de Miami.

El tiempo pasa deprisa y, cuando ya estamos acalorados y sin voz, nos detenemos para descansar. Tomo un refresco y nos sentamos en uno de los balancines exteriores, los que dan a la playa y desde los que se ve el océano.

Siempre me ha gustado el agua. Los veranos en Long Island eran mis favoritos. Quizá porque los pasaba con el ama de llaves mientras mi ajetreada familia se quedaba en Nueva York. Estaba convencida de que era adoptada y fantaseaba con que mi verdadera familia emergía del mar en un velero. En mi sueño me decían que me habían buscado por todas partes y que ahora que me habían encontrado nadie volvería a separarnos.

Lástima que nadie viniera a rescatarme.

Ash se aleja, enfrascado en una conversación telefónica con su media naranja, a juzgar por la sonrisa que se le dibuja en la cara al ver el identificador de llamadas, y yo aprovecho para ir al baño.

No sé dónde están Samir y Superman, pero no puede ser que esta vez también le pille con una... ¿no?

Esquivo a unos cuantos borrachos y corro el riesgo de tropezar, cuando dos manos me sujetan por las caderas y me sostienen. Estoy dispuesta a poner en su sitio al desgraciado que se atrevió a tocarme.

—Sabía que no podrías resistirte a un desafío. ¿Has venido a buscarme, Catástrofe? Aunque pensé que lo habrías hecho mucho antes —el aliento caliente de Thomas se desliza suavemente sobre mi oreja provocando escalofríos por todo mi cuerpo.

Siento su calor, su presencia a mi lado. Tendría la tentación de apartarme antes de hacer algo sin sentido, pero su mano coge la mía y me arrastra con él.

Entra en el servicio de señoras, en el primer retrete abierto, cierra la puerta y me empuja contra ella.

Su boca está sobre la mía antes de que pueda protestar.

¿Lo habría hecho?

Prefiero no responder a esta pregunta y concentrarme en él, en el momento, olvidando cada queja, cada pelea y cada razón por la que no debería besarle.

Me pone las manos encima de la cabeza y desliza su cálida y suave lengua entre mis labios hambrientos.

Le devuelvo el beso perdida en su gemido.

Dejo que mis lenguas jueguen entre sí: me persigo y me retiro, mientras ni un hilo de aire pasa entre mis labios.

Estamos dando un nuevo significado a la respiración boca a boca.

Cuando intenta apartarse, le muerdo el labio inferior para atraerlo de nuevo hacia mí. Él responde con prontitud y el beso se vuelve más intenso y apasionado.

Aunque no nos toquemos, lo siento a mi alrededor, como si me envolviera, perdida en su abrazo.

Los escalofríos invaden mi cuerpo y acaban por encender mi centro con un placer que hacía mucho tiempo que no sentía.

—¿Qué me estás haciendo, Catástrofe? —sisea mientras se retira para recuperar el aliento.

Lo que me haces.

Pero no me sale la voz, es un misterio incluso para mí cómo puedo estar de pie y no licuarme a sus pies.

—Tenemos que salir de aquí antes de que el error se convierta en algo irreparable.

Asiento con la cabeza, sin saber a qué, porque ahora mismo lo único que puedo pensar es que si besarle es un error, nunca me había sentido tan bien equivocarme.

—No sabes lo que te haría —susurra de nuevo, encendiendo cada rincón de mi cuerpo, mientras sigo mirándole como si fuera un extraterrestre, perdida en sus iris verdes, deseando que me haga lo que quiera, porque si le encanta su forma de besar, sería una experiencia de otro mundo.

Nos perdemos en otro beso, más dulce y suave, con el que me hace sentir única y especial, casi venerada.

Cuando se aleja, me quedo con los ojos cerrados, sin querer que se acabe este momento, que estalle esta burbuja mágica.

—Ven.

Incluso enseguida.

Me coge de la mano y me lleva a la pista, se coloca detrás de mí y me abraza con fuerza.

Mi espalda se adhiere a su pecho: la diferencia de altura le obliga a estar casi inclinado. Sus brazos me rodean, me muerde el cuello con los labios, su aliento me hace cosquillas en la oreja, pero es su mano la que atrae mi atención. Está apoyada en su vientre, deslizándose ligeramente arriba y abajo, como si quisiera continuar bajo sus calzoncillos, pero temiera quemarse en cuanto se acercara demasiado al fuego.

Y podría acabar así, porque me siento arder y desearía que no estuviéramos en un lugar público, y eso podría saciar mi sed.

Ojalá no hubiera perdido todo rastro de lucidez porque, como dijo Ash, Thomas y yo somos completamente incompatibles, demasiado diferentes para siquiera contemplar la idea de compartir algo más allá de un poco de sexo.

Sin embargo, cuando la música se convierte en una balada y él me hace girar en sus brazos, me siento como en casa.

Me aferro a él, apretando mis manos en su espalda.

Debería decir algo, le dije no hace unos días que teníamos que olvidar y ahora estoy aquí, envuelta a su alrededor, con ganas de ir mucho más lejos.

—Solo seguimos las órdenes del jefe —parece haberme leído el pensamiento—. Mañana, volveremos a ser Jódete y Catástrofe, pero esta noche, solo somos un chico y una chica que se conocieron en el club y se están divirtiendo.

Nuestros ojos se encuentran, nuestros labios se juntan.

Estoy de acuerdo con él.

Por esta noche, solo somos dos personas normales.

Mañana, volveremos a ser Grace y Thomas, el Dr. Wells y el ingeniero Clark.

Dos polos opuestos.

CAPÍTULO 17

THOMAS

Me despierto con molestias en los calzoncillos.

Mi izamiento de bandera matutino está hoy en su mejor momento.

Estaría tentado de ocuparme de ello, pero si quiero mantener una actitud profesional con Grace, tengo que olvidar el beso de anoche. Un beso voraz y apasionado que inició una serie de efusiones excitantes.

Era difícil limitarme a los besos, quería devorarla, porque Grace, bajo ese aire de duendecillo torpe y extravagante, esconde unas curvas chillonas.

Aún puedo sentirlos bajo mis manos.

Cierro los ojos. Están en sus caderas y suben lentamente por su espalda hasta detenerse a la altura de sus pechos, mis pulgares rozan los montículos para detenerse debajo. Y luego el recorrido final: uno en su nuca y el otro casi en su trasero, y la estrecho contra mí y hago que el beso pase de apasionado a lento, para luego reanudar comiéndomela, jugando con su lengua mientras sale de mi vida.

Vuelvo a estar en esa pista, yo frotándome en ella y ella en mí, mientras la mantengo pegada a mi pecho, mi mano en su vientre, ardiendo por el calor que irradia y deseosa de llegar a su centro.

¡Mierda! Lo bien empezado está a medio hacer.

No sé si este comienzo es bueno o malo, ya que ni siquiera la ducha fría parece ayudar. Hoy necesito todas mis facultades, tenemos que encontrar una solución al problema de la fibra de vidrio o idear un nuevo plan rápidamente.

Tras un rápido desayuno, llego a la oficina.

Ya están todos en sus mesas. Me saludan con una inclinación de cabeza y me apresuro a acomodarme.

Grace se queda mirando la pantalla del ordenador, sin dirigirme la mirada. Después de lo de anoche, su indiferencia me molesta mucho, me golpea de una forma totalmente nueva, y no estoy seguro de que me guste.

Por supuesto, estamos de acuerdo en que lo que pasó en Nikki Beach debe quedarse en Nikki Beach, pero este hielo me parece exagerado.

Algo ha cambiado entre nosotros.

Tal vez solo para mí.

Muevo la silla, haciendo ruido, intentando provocar una reacción por su parte, pero en vano.

—¿La noche trajo consejos? —Ash me sonríe socarronamente.

Alguien no debió de perderse nuestro entendimiento de anoche, aunque definitivamente prescindiría de su atención. Samir también tiene los labios curvados en una extraña sonrisa.

¿Que se han burlado de ella? ¿Por eso evita todo contacto?

Basta ya. Esto no nos lleva a ninguna parte. Vuelve al proyecto. Olvídate de la Catástrofe.

Solo trae problemas.

—No, he buscado una alternativa a esa fibra de vidrio, pero no he encontrado ninguna. Así que o renunciamos al material ecológico y optamos por una fibra de vidrio común, abaratando también los costes, o tendremos que retirar los tótems.

—Los tótems son uno de nuestros puntos fuertes. Los hemos incluido por su ductilidad: son al mismo tiempo un soporte, un dispensador de bebidas, algunos actúan como sofás. También los hemos desarrollado como soportes para proyectores y como punto de lanzamiento de algunas de las tecnologías que queremos sugerir —Samir resume en pocas palabras la peculiaridad de nuestro proyecto—. No quiero renunciar a los tótems, ni tampoco a un material ecológico.

—Soy de la misma opinión —añade Ash.

Ni que decir tiene que yo también pienso lo mismo. Tampoco me gustan las medias tintas. Comprendo que a veces hay que transigir, pero yo lo hago con dificultad en el trabajo, sobre todo si tengo que readaptar una obra que me parece bien hecha.

—Entonces no nos queda más remedio que proponer una nueva idea. Se aceptan sugerencias —digo, resignado.

—Procedamos como la primera vez, después de todo no fue mal —sonrío a Ash y a su optimismo.

—Intensa sesión de brainstorming —aclara Samir—. Tenemos que pensar en algo que pueda sustituir a los tótems y encajar en la estructura que has diseñado. Tal y como lo he montado, la parte tecnológica será fácilmente reutilizable.

—Voy a abastecerme de café.

Necesito un descanso, recuperar el aliento y recargarme.

Va a ser un día intenso y espero que productivo, aunque es difícil ser creativo por encargo, en un tiempo limitado, sabiendo que si no se me ocurre algo, estamos fuera de juego. Un golpe a mi trabajo y a mi profesionalidad.

Esperaba que mencionar el café agitara las cosas, pero Grace persiste en silencio, sin levantar siquiera la vista.

Es la única que no ha dicho nada, pero después de todo, es la única que no tiene nada que perder.

Es una orgullosa habitante de Quiebralandia, ¿sabes lo que le importa un viaje extra a la tierra de los perdedores?

Me levanto rápidamente, muevo mi silla ruidosamente y salgo de la habitación.

En la cocina común me cruzo con Sondra y Wade, que hablan entre ellos.

—¿Seguro que tienes un plan, novato? —se burla.

Teniendo en cuenta que tenemos la misma edad y antigüedad, la sentencia de mi colega me parece poco probable, pero nunca doy mucho crédito a las personas cuya opinión no me importa. Me acuerdo del enfrentamiento de hace unos días entre Sondra y Catástrofe. Eso de *que apestas* me resuena en los oídos y me hace reír, una reacción que molesta a las otras dos.

—Me alegro de que la pregunta te haga reír —insiste picado.

—Me hacen reír los recuerdos de otro descanso —miro a Sondra, que jadea, y luego vuelvo a mirar a Wade—. ¿Qué, estás preocupado, *veterano*?

Joder, ¿cuánto me ha entrado? Demasiado.

Me encuentro profiriendo insultos remilgados, al estilo Grace, y ni siquiera creo que Wade sea capaz de entenderlos. Acabo de llamarle *dinosaurio*, insinuando que su proyecto tendrá poco de la innovación que Fisher requiere.

—Veo que por fin entiendes la dinámica de la oficina. Chico listo —concluye trompeteando,

saliendo de la habitación.

No se puede decir lo mismo de ti.

Está tan lleno de sí mismo que era una conclusión inevitable que no lo entendería.

—Veo que entras en razón, Clark. Quizá ahora tomes las decisiones correctas —Sondra se acerca a mí, apoyando una mano en mi pecho, interpretando mis palabras como le conviene.

Su esmalte de uñas rojo resalta sobre mi camisa blanca. Una mancha que me molesta más que las causadas por Grace.

Doy un paso atrás.

—Estoy muy contento con las decisiones tomadas hasta ahora.

Sondra se adelanta, ignorando mi respuesta.

—Ya que estamos solos, podríamos conocernos mejor —vuelve a posar su mano sobre mí y la desliza arriba y abajo sobre mi pechera—. Estabas a favor de las pausas para el café —guiña un ojo débilmente.

—Entonces, ¿estos cafés? —Ash entra en la cocina, silenciando la desagradable respuesta que quería darle a Sondra.

—¡Ya llegará nuestro momento! —ronronea—. Tarde o temprano, serás toda mía.

Con un último tanteo, sale por la cadera.

Ash se contiene, pero está claro que la situación y mi vergüenza le divierten.

—Vi que Wade volvía a la oficina y pensé que necesitarías ayuda.

—Creía que lo había superado —suspira.

—La pantera no suelta hasta que ha mutilado a su presa —responde.

Me estremezco. Las palabras de Sondra ya me sonaban a amenaza, esto es la confirmación de que debo evitar ciertas situaciones, o podría comprometer aún más mi posición en Lauder.

Sigue siendo sobrina de Hamilton, aunque su relación no parezca idílica.

—Si tomas el café de Samir, yo traeré el café con leche de Grace —me llama Ash para que vuelva a pedir.

—Hombre valiente —susurro, siguiéndole.

—Es solo una cuestión de ángulos —se burla de mí—. Como ingeniero civil deberías tener un ojo entrenado —me guiña un ojo, recordándome la noche anterior.

—Bonito —respondo sarcásticamente.

Realmente no necesito que nadie me lleve atrás en el tiempo.

Le sigo a nuestro despacho, le paso a Samir su café y me siento a darle un sorbo al mío.

Ash coloca la taza de Grace en su escritorio, sobresaltándola.

—¡Mierda!

Un rugido me hace dar un respingo y solo consigo no mancharme gracias a mis rápidos reflejos, entrenados ahora para lo peor cuando me encuentro en una habitación con la Catástrofe y un vaso.

Levanto la vista y veo a Grace agachada intentando recoger ladrillos de lego y pequeños imanes.

—¿Estás de broma? —suelto exasperado—. ¿Estamos aquí intentando salvar lo que se puede salvar y tú pierdes el tiempo jugando con Lego?

—Me ayuda a pensar —se defiende.

—Me pregunto por qué todavía me maravilla lo inapropiado que puedes llegar a ser. Te quedas ahí tranquilamente disfrutando como si los trabajos y futuros de todos nosotros no estuvieran en juego.

—No todos somos como tú, rígidos y precisos —replica con prontitud—. Algunos

necesitamos alienarnos para encontrar la iluminación.

—¿Y qué gran idea se te ha ocurrido? —me burlo de ella, porque estoy enfadada y nerviosa.

—Intentemos calmarnos —interviene Ash.

—No tiene sentido discutir —intenta mediar Samir, pero ignoro a ambos y sigo mirándola iracundo, esperando una respuesta que estoy seguro de que no tiene.

—Ninguna —respondió finalmente Grace con un suspiro de decepción—. Pensé que tener ladrillos e intentar construir algo podría ayudarnos a tener una idea alternativa —ella encorva los hombros en señal de derrota—. Puede que este proyecto no sea tan importante para mí como lo es para ti, sin embargo, nunca haría nada que te perjudicara. Cuando vi este Panteón de Lego en mi paseo de esta mañana, recordé las palabras de Hamilton sobre mis estudios clásicos, y me pareció una señal del destino, así que lo compré. Como si fuera un buen augurio.

Sus manos se mueven con rapidez para recolocar los ladrillos caídos y reconstruir el templo, mientras utiliza imanes para hacer palmeras que coloca en los laterales.

—Llámame friki, pero tuve la sensación de que estos bloques podrían haber sido nuestra solución. Que habrías sido capaz de inspirarte en ellos.

Por fin me mira a los ojos por primera vez desde que *pisé* este despacho y puedo relativizar algunas cosas, sobre todo sus palabras.

Joder, sí. Esta mujer es un genio.

Ash tiene razón. Y yo, una vez más, estoy equivocado.

Debería disculparme con ella, debería agradecerle su confianza en mí, pero estoy demasiado atrapado en una idea que lo pone todo en juego.

—Repite lo que has dicho.

Me siento en mi mesa e inmediatamente inicio una búsqueda en Internet ante la mirada atónita de mis compañeros.

—Pensé que tú...

—No, lo que dijiste antes.

—Que los bloques...

—¡Exacto! —exclamo—. Los bloques —repito, mirando la pantalla del ordenador—. Bingo.

Me río y los demás me miran como si me hubiera vuelto loca.

No sé por qué se sorprenden, la locura de Grace es muy contagiosa.

—Una de las técnicas innovadoras de los últimos años es el sistema de construcción modular, en el que las estructuras se construyen utilizando bloques que pueden montarse fácilmente in situ, reduciendo el tiempo de construcción. Es como utilizar ladrillos de Lego —explico, intentando resumir todo lo que hay que decir al respecto—. Hay varios tipos de bloques, todos los cuales permiten plazos de entrega rápidos y un montaje fácil.

Samir se enciende y se une a mí en el puesto.

—Cierto. Además, tienen un impacto medioambiental reducido porque estos sistemas pretenden que la construcción sea más eficiente, sostenible y asequible.

Asiento con la cabeza y continúo explicando:

—Ahora bien, tenemos que tener en cuenta las limitaciones arquitectónicas y medioambientales, las normas de seguridad, pero si combinamos bloques de hormigón celular tratado en autoclave, tierra comprimida, cáñamo y cal, y vidrio-cemento deberíamos ser capaces de reducir el tiempo de construcción, junto con los costes.

—No entendí la mitad de las cosas que dijiste, pero parece una buena idea —Ash se ríe entre dientes.

—Y no hay que subestimar que estos bloques ofrecen aislamiento térmico, algunos incluso

resistencia al fuego —interviene Samir.

Sonrío, galvanizada por lo que podría ser la pieza que falta para que nuestro proyecto sea un éxito, me siento inspirada, y es como si mi mente no dejara de enviarme imágenes, de pensar en nuevas soluciones.

Estoy desesperado por llegar al CAD y dar contenido a todo lo que pasa por mi cabeza. Miro a mis colegas. Se quedan colgados de mis labios, sus caras tranquilas ahora que tenemos una ruta alternativa.

—¿Y si nos inspiráramos en el Panteón? —pregunta Samir—. Podríamos utilizar el diseño interior, convirtiendo los tótems en columnas griegas. Sería como darle una cara clásica al diseño de tu cubo, combinando lo viejo y lo nuevo. ¿Qué me dices?

—Sí, eso podría funcionar.

—Tú también —Ash también asiente—. Podríamos complacer tanto a Hamilton como a Fisher. Después de todo, él fue el primero en referirse al arte clásico.

—¿Grace?

Me gustaría que por una vez tú también dijeras algo.

—Yo... —comienza temerosa.

—Lo único que haces es hacer desastres y decir cosas inapropiadas —continúo, y luego le sonrío—. Sin embargo, con tus descabelladas ideas, siempre nos sacas de apuros y necesitamos tu opinión. Somos un equipo y tú eres nuestro bicho raro, nuestro as en la manga, nuestra baza —concluyo, haciéndome eco de las palabras de Ash y Samir, en parte para disculparme con ella, en parte para darle la razón a mis compañeros.

Grace, con sus silencios, sus rarezas y su amabilidad, es quien nos ha conducido hasta aquí, la persona que ha conseguido conectar nuestras diferencias con una idea que podría dar lugar a mi mejor diseño. Para ganar este reto.

Da un gran suspiro, antes de decir lo suyo.

—Esto es Miami, así que yo optaría por un templo cerrado que dé a un patio exterior.

—Buena idea.

Sí, me gusta la idea, y aún más la sonrisa que ilumina su cara en este momento.

Lo que más me gusta, sin embargo, es ser la causa de esa sonrisa.

Me gustaría correr hacia ella, abrazarla y besarla, pero respeto su deseo de fingir que no ha pasado nada entre nosotros.

—Así que, manos a la obra.

CAPÍTULO 18

GRACE

Fue una lucha contrarreloj, pero lo conseguimos.

En menos de dos días conseguimos dar vida a una nueva idea.

La nueva obra de Thomas es espectacular. Incluso mejor que las que ya había creado. Tiene una capacidad para armonizar la estructura con el espacio circundante que no es común a todos los diseñadores.

Trabajando juntos día y noche, también pudimos llevar a cabo el control normativo y el análisis de viabilidad y costes.

La presentación a Hamilton fue muy bien. Aunque su satisfacción con nuestro trabajo era evidente, prefirió no emitir juicios por imparcialidad.

Utilizamos los días siguientes para afinar la presentación final, y mañana es el gran día, presentaremos el proyecto al cliente.

Tras una ducha rápida y una cena ligera, estoy tumbado en la cama, besado por la brisa que entra por la ventana, arrullado por la suave música que llega de la piscina.

Debería dormir, aunque sea temprano, para recuperarme del cansancio provocado por los ritmos de la última semana, pero el sueño no llega.

El timbre del móvil rompe el momento de tranquilidad, me temo que sé quién es y no tengo ganas de los reproches del General.

Cuando el teléfono no deja de sonar, me muevo para mirar la pantalla, curiosa por saber quién no puede prescindir de mí a las diez de la noche de un jueves.

Veo el nombre y respondo con una sonrisa.

—*Ma chérie* —empezó la voz chillona de mi compañera de piso, —*Comment ça va?* He leído tus mensajes, esperaba algo de gratitud.

Amélie es una bloguera de viajes extrema y no siempre se la puede localizar. Se fue unas horas después que yo, así que durante mi estancia en Miami no pudimos escucharnos.

Mi amiga es una fuerza de la naturaleza, su mayor cualidad, sin embargo, es que no es muy popular entre el General.

—¿Gratitud por qué? ¿Por la cagada que hice en el aeropuerto? —replico. A estas alturas ya se me ha pasado la decepción, y no es que estuviera realmente enfadada. Solo un poco avergonzada por la situación—. ¿Pero en qué estabas pensando? ¿Quién mejor que tú para saber que no podía hacer la maleta?

—Pensé que lo usarías antes de embarcar —se justifica—. En el aeropuerto tienes los mejores encuentros y ni siquiera te dan el paseo de la vergüenza. El mejor encuentro de una noche.

—¿Parezco alguien que recoge en un aeropuerto?

—No apostaba por ti, pero esperaba a alguno de tus colegas o atrevidos viajeros. No eres precisamente basura.

—Tenemos ganas de cumplidos.

—Marguerite, es solo una cuestión de actitud...

—Si te abrieras al mundo, el mundo se abriría para ti —repito las palabras que él me repite cada día.

Al menos, cuando está en casa.

Veo que conoces la teoría, ahora deberías pasar a la práctica. Si no es por ti, por tu compañero de piso de abajo. Necesita una buena limpieza de polvo o puede enmohecerse.

Suspiro.

—¿Qué tal el viaje? —pregunto, intentando cambiar de tema.

—Como siempre, bien. He visto cosas que los simples mortales no pueden imaginar, he disfrutado de lo lindo y no me he perdido ningún subidón de adrenalina. Puedes leer todo lo que quieras en el blog. Para el off-air, sin embargo, aún no estás preparado. ¿Tu proyecto?

—Mañana se lo presentamos al jefe y al cliente. Hemos hecho un buen trabajo.

—¿Nadie follable?

—Amélie —la amonesto.

—Debes dejarte llevar, Grace, saborear la vida. Eres más hija del General de lo que quieres admitir.

—El hecho de que no esté dispuesta a acostarme con nadie no me hace como mi padre.

—Es el hecho de que nadie encaje contigo lo que hace que te guste. Tienes que lanzarte, Grace, aprovechar el momento sin dejar que los miedos y los prejuicios te bloqueen. ¿Puede ser que nunca conozcas a nadie lo suficientemente atractivo como para darte un orgasmo?

—Tal vez no soy yo, sino ellas. Tal vez, las atractivas no están interesadas en mí.

—Es que eres un repelente natural para los hombres —replica.

—Ingenioso —resoplo.

—Sinceramente. Cambia al modo *Abierto* y la diversión estará garantizada.

—Quizá no me interese la diversión.

—Ese es el problema. No tienes interés... —Dejo de escucharla. Cansada de que me sermonee, de que todo el mundo me recuerde que aún no he decidido qué hacer, que soy una apática que no se compromete con nada, que no persigue ningún objetivo. ...es el placer lo que mueve el mundo.

—Tu problema, sin embargo, es que al final lo devuelves todo a un tema.

—Di las cosas como son —me invita—. Yo lo reduzco todo a un buen rendimiento sexual, porque no hay nada más placentero. Solo tienes que elegir bien... por cierto, tengo que irme, me espera una extra grande. *Pero chérie*, estás en tierra extranjera, es ahora o nunca. Haz lo que yo haría. *Bisou*.

Termina la llamada.

Se me escapa una risita ante la locura de mi amiga. Amélie es un meteoro con el poder de trastocar tu existencia en un minuto. A veces, me gustaría tener su coraje y su ingenio.

Sigo dando vueltas en la cama, demasiado nerviosa para dormir. Se me ocurre que el bar de la piscina abierta está abierto hasta las once, y rápidamente me pongo algo antes de bajar.

—Un Tommy's Margarita —pido, justo a tiempo para la última ronda. Mientras espero, miro a mi alrededor y observo que la zona de la piscina está vacía y tranquila.

—Por usted, señorita —me dice el camarero, dejándome el vaso delante.

Tomo la copa y voy a sentarme en una tumbona, con cuidado de no derramar el líquido. Me apoyo en el respaldo y llevo las piernas al pecho, sorbo mi cóctel y miro el cielo estrellado. Todo está oscuro, salvo las luces de seguridad del interior de la piscina. En Nueva York es difícil ver un espectáculo así: las luces y el smog son una cortina para la luna y las estrellas.

Intento envolverme en esta tranquilidad, bebiendo a pequeños sorbos porque no tengo intención de emborracharme, mañana será un día difícil incluso en plena posesión de mis facultades, y mucho menos con dolor de cabeza por la resaca.

—Veo que no puedes evitar tenerme en tus labios.

Corro el riesgo de atragantarme y rociar lo que acabo de meterme en la boca hacia el sujeto que tengo delante, tapándome la vista.

Superman tiene muy buenos reflejos y puede evitar las salpicaduras.

Le fulmino con la mirada y él inclina la barbilla hacia mi vaso.

La mejor combinación de los dos —explica, y la dulzura con que lo dice amenaza con hacerme caer al suelo.

—Marguerite de Tommy.

Es un sonido seductor y pecaminoso el que sale de él. Un sonido que hechiza y encanta.

Marguerite de Thomas.

Pero es injusto, habíamos acordado que no hablaríamos de lo ocurrido y menos de *nosotros*.

—¿Te parece el momento de sacar ciertos temas, de los que decidimos que nunca hablaríamos?

—¿Nervioso?

—Aterrorizada —necesito compartir mi estado de ánimo con alguien y él es Superman. ¿No debería ser su trabajo salvar a la gente común? —¿Quizás debería decir que estoy enferma mañana?

—Ya lo hemos hablado. Estarás allí mañana, con todos nosotros.

—Definitivamente haré un desastre, te avergonzaré y arruinaré todo.

Agarro con fuerza el tallo del vaso. No lo hago a propósito, pero cuando estoy agitado, la desgracia me persigue.

—Y nosotros, sus valientes caballeros, estaremos listos para limpiar cualquier desastre.

Mis colegas no han oído ninguna razón, quieren que esté allí y están preparados para cualquier posible eventualidad en caso de que surja. Pero no sé si están preparados para mí. Superman tiene razón, soy una catástrofe y me meto en todo tipo de líos.

—En el peor de los casos, venderemos los derechos de autor. Si no recuerdo mal, alguien ganó mucho dinero con una serie.

Imposible no reírse, no solo por el hecho de que Thomas conozca la serie romántica de Jamie McGuire, sino también por cómo intenta distraerme, haciéndome creer que mi torpeza puede tener consecuencias *positivas*.

Extraño, ya que siempre era el primero en enfadarse.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —intento.

—Sí, la noche se está poniendo interesante.

Se sienta en el sofá junto al mío, en línea perpendicular a mí. Sus codos descansan sobre sus rodillas, que están cerca de mi brazo, afortunadamente sin tocarse. Su torso estirado hacia mí. Solo tengo que girarme y acercarme un poco más para que nuestros labios se toquen.

Me inclino hacia el respaldo y oigo cómo se burla.

Me quita el vaso de la mano para colocarlo sobre la mesita que tiene detrás, después de haber posado sus labios sobre la huella de mi bálsamo labial.

—Dulce, demasiado dulce.

¿Hablas de mí o de la bebida?

Me siento arder por la intimidad de ese gesto. No parece dispuesto a dejarme olvidar nuestros besos.

—Así que ahora somos dos chicos de instituto jugando a las diez preguntas. Como no podemos tomar alcohol, no hay posibilidad de aprobar.

—Podríamos ir a por ositos de gominola —propongo.

—¿Tiene alguno a mano? —pregunta con las cejas levantadas.

—¿En su opinión?

Sacude la cabeza.

—Entonces, no pasas, a menos que hagas penitencia.

Tengo ante mí a un Thomas juguetón y salvaje. ¿Será su forma de aliviar tensiones? ¿O de llevar la mía al máximo nivel?

—Dispara —tengo el lujo de la primera pregunta.

—¿Tu color favorito?

Arquea una ceja.

—¿Era esa la pregunta?

—No, pero ya que tengo más posibilidades me pareció justo hacer un poco de calentamiento.

—Cierto. Hace un mes te habría dicho azul, pero hace poco descubrí que el amarillo me fascina —eso *debería ayudarme a relajarme, no a autoculparme*—. ¿El tuyo?

—El Verde —no es el único que sabe jugar sucio—. ¿Perro o gato?

—Gato. ¿Tú?

—Perro —al menos alguien que me quiera por lo que soy.

—¿Primer beso?

—Vaya, pegas fuerte —se lo piensa un rato—. Una compañera del instituto. Me atrajo al cuarto de las escobas y me besó.

—Un dolor, supongo.

—Bueno, siempre he sido un estudiante aplicado, dispuesto a aplicarme a fondo. ¿Relaciones serias? —plantea.

—En la universidad pensé que había encontrado a mi media naranja —suspiro—. Pero cometí el error de presentárselo a mis padres. Al General no le gustaba, no tenía el pedigrí adecuado. A él, en cambio, le gustó la oportunidad que le ofrecía mi padre al otro lado del continente. En el segundo intento, evité toda referencia y contacto con ellos. Hacía dos años que me había licenciado. Estaba muy implicado en el trabajo social, en intentar crear un mundo inclusivo para los niños discapacitados. Le conocí haciendo voluntariado: yo impartía un curso de dibujo en la asociación para la que trabajaba. Se largó cuando se dio cuenta de quién era mi padre y de lo que pensaba de mí. Estaba llevando a cabo un proyecto para el que necesitaba autorizaciones y permisos. No quería encontrar puertas cerradas ni problemas por su relación conmigo —no le doy tiempo a hacer comentarios. No quiero compasión, al fin y al cabo, estoy convencida de que fue bueno para mí, a algunas personas mejor perderlas pronto que tarde—. Y tú, ¿a cuántas mujeres has arrastrado a un retrete?

Se ríe.

—¿Si te dijera solo una?

—¿Quieres hacerme creer que son las mujeres las que se aprovechan del tímido Tommy?

—¡Gracias, mamá! —Levanta los ojos al cielo y hace una mueca.

Me gusta esta versión de Superman: autocrítico, capaz de reírse de sí mismo.

—No seas tímido —me burlo de él—. Te he visto en acción.

—Mira, lo has entendido mal —responde.

—Sí, claro. Lo siento, pero no eres creíble.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Porque soy un tipo encantador de 1,90 m y, por lo tanto, tengo

que ser un seductor?

—Porque la impresión que das es que nadie puede obligarte a hacer algo que no quieres.

—¿Estás segura? —Aunque la penumbra nos envuelve, percibo su mirada seductora sobre mí —. Porque eres una de las personas a las que nunca he hecho enfadar o no estaría aquí ahora mismo.

Me sonrojo. Mierda, puede que sea tímido, pero se le da muy bien.

—Pura semántica —tengo que ser yo quien aclare la cuestión. Y él accede galantemente a cambiar de tema.

—Ahora tengo dos preguntas —señala—. ¿De qué color es la ropa interior que llevas?

—¿Estás de broma? —Casi me atraganto otra vez.

—Si no contestas, tendrás penitencia —se acerca y siento su cálido aliento en mi cara.

—Verde manzana.

—¿El traje de satén o de encaje?

Debía tener buen aspecto cuando estábamos en el aeropuerto.

—Idiota, también pasaste la segunda pregunta.

—Culpa tuya por confundirme —se lleva la mano al corazón e imita un desmayo—. Entonces, ¿encaje o satén? Cuidado porque podrías darme el golpe de gracia.

—Seda. ¿Por qué es tan importante para ti hacer carrera? ¿Para tener éxito en este proyecto?

Toma aire. Mi padre trabaja como jefe de departamento en una gran empresa automovilística europea. Le han ofrecido trabajos más prestigiosos y mejor pagados, incluso en la empresa matriz. Siempre lo ha rechazado. Para él, la familia es lo primero. Quería tiempo para mí y para mi madre. Quería que yo creciera en un ambiente sereno y acogedor. No me faltaba de nada, pero no había dinero extra. Ni cenas de aniversario, ni vacaciones, ni los Jordan. A veces, ni siquiera para cambiar la lavadora si se rompía o para llamar al fontanero. Sé que fue su elección, pero me prometí devolverles todo aquello a lo que renunciaron.

—Quizá para ellos no fue rendirse. Quizá sean felices así.

Son las cosas sencillas las que hacen feliz a la gente, el dinero ayuda a disfrutar de la serenidad conseguida porque es un paracaídas para las preocupaciones financieras. Me siento mucho más como los padres de Thomas que como los míos.

—Tal vez. Nunca conseguí llevar a mi madre al mejor restaurante italiano de nuestra ciudad.

Tan tierna es esta afirmación y también el tono apesadumbrado con que la dice. El de un hijo cariñoso al que le gustaría hacer grandes cosas por sus padres.

Mis ovarios implosionan.

—Me gustaban tus padres.

—Son particulares, pero hay cosas mucho peores.

—Confirmo —los míos son los primeros de la lista—. El General le gustaría.

—No sé si tomármelo como un cumplido o como una amenaza. Seguro que me hace perder puntos contigo —de hecho, esta noche está en una gran subida—. ¿Por qué no te sientes involucrado en el proyecto?

—¿Cómo?

No entiendo muy bien la pregunta, y creo que he hecho mi propia contribución.

—El otro día dijiste que este proyecto no es tan importante para ti.

—Estaba seguro de que solo iba a armar lío y que ése sería el motivo de mi despido. Pensé que sería la mosca blanca, nunca consideré que estaría vinculado a los demás miembros del equipo. Solo quería librarme de mi padre, ya que empezó a plantearse una posible desautorización.

—Lo has hecho bien, Grace. Creo que deberías dejar de reforzar el pensamiento negativo de tu padre, centrarte en tus propias cualidades y demostrarle que eres brillante a tu manera.

—Fue solo suerte.

—Tal vez, pero cada una de sus intervenciones parece ser el resultado de un razonamiento, no de una iluminación aleatoria.

—La gente ve lo que quiere ver. Son los demás los que se detienen ante mi torpeza, creyéndome una tonta descerebrada —Thomas también había formado parte del grupo.

—Al principio, tal vez. Pero puedes cambiar de opinión si quieres —nos miramos y me pierdo en ese verde bosque que parece prometer el infinito—. ¿Tan difícil te resulta pensar que soy un buen tipo?

—No es difícil, solo complicado. Es más fácil resistirse al playboy. Al tímido Tommy creo que no sabría rechazar nada —admito con sinceridad—. Última pregunta: ¿qué te gustaría hacer ahora?

—Besarte.

Una respuesta directa e inmediata. Su suave mano me roza la mejilla y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Última pregunta —repito mis palabras en un tono apasionado y hechizante. Si no estuviera ya hechizada, lo haría ahora mismo—. ¿Puedo besarte?

En un instante me encuentro a horcajadas sobre él. Labios sobre los suyos, lenguas que se abrazan, manos que juegan con su pelo, él abrazándome mientras se estira en el sofá, extendiéndome sobre él.

No puedo resistirme al dulce Thomas esta noche, me gustaría perderme en él, me gustaría ser todo lo que necesita. Me gustaría creer que la atracción entre nosotros podría llevar a algo más porque realmente podría enamorarme del tímido Tommy.

Pero el que está debajo de mí, contra el que estoy moliendo, es el Hombre de Acero, y para Superman y Catástrofe no hay futuro.

Me retracto.

—No puedo aparecer mañana con resaca.

Borracho de él, como nunca estaré borracho de alcohol.

Me levanto, con cuidado de no hacer daño, de no martirizar a este espécimen de perfección masculina.

—Gracias por la charla. Ahora estoy mucho más relajado. Buenas noches.

Y podría ganar un Oscar.

¿Relajado? Soy un manojo ardiente de nervios.

Thomas suspira, se levanta y me rodea con los brazos, apoyando la frente en la mía. Mañana será la hora de la verdad, así que por ahora te dejaré marchar. Pero no siempre tendrás tanta suerte.

—Tendrás que afrontar lo que ocurre entre nosotros sin huir —me suelta con un beso en la frente—. Dulces sueños, Catástrofe.

Me deja así, con el corazón palpitante, el nerviosismo olvidado, temeroso y entusiasmado por algo inmensamente más grande.

CAPÍTULO 19

THOMAS

Sonrío y me anudo la corbata, me aliso la inmaculada camisa blanca, me ajusto la chaqueta del traje gris de Boss y me abrocho los botones.

Aquí está, el ingeniero Clark listo para todo.

La sonrisa se ensancha al recordar lo de anoche, pronto la doctora Wells ya no podrá evitarme y espero que la corbata amarilla que he decidido llevar le haga saber que voy en serio.

Me pongo las gafas y casi puedo oír la voz de Grace burlándose de mí diciendo que soy la copia perfecta de Clark Kent.

Sonrío de nuevo y me doy cuenta de que nunca había sonreído tanto.

Cojo mi bolsa de ordenador y me uno a los demás, esperando el coche que nos llevará a la sede de Fisher.

Casi me arriesgo a una paresia facial cuando veo a Grace: lleva un traje con falda negra y chaqueta estampada, zapatos negros de tacón muy alto. Su pelo revolotea alegremente alrededor de su cara, aligerando la severidad de su vestimenta.

Hoy también está maquillada. Es la imagen de la perfecta jefa de carrera. La única nota de color: el maletín amarillo.

Y me encuentro pensando que Grace no parece Grace sin sus vestidos de colores y sus coletas.

—Buenos días a todos —saludo a mis colegas—. ¿Listos para la boca del lobo?

Grace pone los ojos en blanco y se lleva una mano a la boca.

—No me lo restriegues —Ash me retira—. Me llevó una eternidad sacarla del baño. Lleva diciendo que le duele el estómago desde que se levantó, ni siquiera quiso desayunar.

—Bueno, mantengámosla alejada del café y los líquidos y todo irá bien, ¿no? —también sé cómo hacerla volver a la normalidad rápidamente—. Catástrofe, ¿cómo estás vestida hoy?

—Sabía que te opondrías —resopla con las manos en las caderas—. Nunca nada es suficientemente bueno para ti.

Reanimación rápida: hecho.

—Es que en esta versión profesional casi no te reconozco. ¿Seguro que no quieres que te confundan con Shepard? —me inclino más y huelo su aroma—. Me gusta tu versión pantera —le susurro al oído.

—¿Qué estás tomando? Dijimos que nada de alcohol —replica irritada.

—Cosas del instituto —apoyo una mano en su espalda para sostenerla mientras nos acercamos al coche. No estoy seguro de que tenga un manual de instrucciones para esos zancos—. Dr. Wells, intente no llevar el coche a ebullición. Se agradecería que llegara a tiempo hoy.

Samir y Ash estallan en carcajadas y Grace se les une.

—Ingeniero Clark, espero que esté equipado con un ventilador.

—No uno, dos—. Estoy bromeando.

El lugar no está lejos y, en poco tiempo, llegamos a nuestro destino.

—Sé tú misma, Grace, y te los ganarás.

Me mira escéptica a la entrada del rascacielos propiedad de la Fisher Luxury Corporation.

—Estamos contigo —la tranquilizó Ash.

Una azafata nos indica cómo llegar a la sala de reuniones y, cuando entramos, Samir y yo intercambiamos una mirada.

Queremos sentarnos junto a Grace y estar a su lado para poder contener cualquier desastre que pueda tener.

La oigo inhalar, de pie en la puerta. La cojo de la mano, aunque no sé cómo reaccionará. Hace un gesto de dolor, pero entrelaza sus dedos con los míos y entramos juntos, instalándonos en el lado derecho de la mesa, el más alejado de la puerta.

Poco después llegó el otro equipo, seguido de Hamilton y Fisher con sus hombres.

—Buenos días a todos —es Fisher quien hace los honores.

—Buenos días —respondemos a coro.

—Si estás preparado, yo diría que empecemos. Tengo curiosidad por ver los planos. Hamilton me ha anticipado que estaré muy satisfecho, y estoy impaciente por ver si tiene razón.

—Equipo Premier, empecemos contigo —invita Hamilton.

Pedí presentarme por segundos, para dar tiempo a Grace a aclimatarse.

Sondra se levanta, presenta a sus colegas y les explica su idea.

Noto que a Grace le tiembla un poco la pierna y lanzo una rápida mirada a la mesa. A nuestro lado apartamos las botellas de agua y los vasos. Catástrofe se concentra en observar a Sondra, un concentrado de arrogante confianza, y sus manos se mueven rápidamente sobre un clip que convierte en un corazoncito. Cuando Fisher hace una pregunta, Grace da un tirón y el corazoncito se le escapa de las manos, pero Samir está listo para interceptarlo e impedir que acabe en algún vaso.

Sin embargo, es Ash quien atrapa el capuchón del bolígrafo que sale volando cuando Grace lo abre para marcar notas en sus papeles.

Cojo su mano y la pongo sobre mi muslo para tranquilizarla.

—Todo irá bien —mimo con los labios cuando me mira para darme las gracias.

El equipo Premier ha hecho un buen trabajo, la presentación no va mal, a pesar de estar demasiado centrada en Wade y Sondra. Nuestro proyecto, sin embargo, es mejor y aunque esto no da la certeza de ser elegido, me tranquiliza saber que no estamos fuera de juego.

Escucho con interés las preguntas de Fisher y su equipo, anotando lo que podría añadir a mi presentación que pudiera interesarles y que no había detallado.

Al cabo de dos horas, llega nuestro turno. Preparamos el material mientras los demás se toman un café en la sala contigua.

—No voy a estar a la altura de Sondra —Grace parece a punto de derrumbarse.

—No, no lo estarás, porque solo llegas a su axila y espero que hoy haya oído mejor que en nuestro primer día en Miami.

—Estúpido.

No, cachondo.

Pero hacérselo saber no te serviría de nada.

—Eres duro, Catástrofe, o no habrías sobrevivido al General y a todas las provocaciones de las panteras. Demuéstrale a esta gente lo duro que eres.

—Thomas tiene razón. No tienes que compararte con Sondra. Tienes un estilo completamente diferente, quizás menos agresivo, pero no menos efectivo —Ash le acaricia la mejilla y la abraza.

Me invade un ligero malestar.

A pesar de que nos besamos, nunca me ha dicho lo que hay entre ellos. Sin duda tienen una conexión profunda, pero aún no he entendido hasta qué punto es íntima. Deberíamos aclarar el asunto, aunque ahora no es el momento.

—Estoy listo —Samir se coloca ante el atril en el que está su PC y desde el que guiará la proyección de las imágenes.

Ash, Grace y yo nos colocamos junto a la pantalla. Sostengo el puntero en la mano.

—Chicos, es hora del espectáculo.

Empezaré a explicar nuestro trabajo.

Mientras recorro mis dibujos, muestro la estructura arquitectónica, los materiales, las opciones de diseño interior. Samir ilustra las opciones tecnológicas y la forma en que las personas pueden interactuar entre sí y con el espacio que las rodea. A continuación, Ash explica las novedades del contrato, cuyo punto fuerte es el sistema de penalizaciones que protege al cliente sin ser excesivamente gravoso para Lauder. Por último, la pelota pasa a Grace.

Su voz suena fuerte y clara, nadie diría que hasta hace unas horas estaba dispuesta a huir. Habla con suavidad y ligereza, mostrando su alegre carácter.

—En conjunto, la solución que proponemos permite una construcción rápida, contención de costes y sostenibilidad medioambiental, tanto en términos de materiales utilizados como de ahorro energético. Esto nos permitirá tener grandes bazas para promocionar el club como respetuoso con el medio ambiente.

Cuando Grace termina, los cuatro nos acercamos y cerramos nuestro discurso:

—Les agradecemos su atención y esperamos que hayan disfrutado con nuestras ideas.

—No empezamos de la mejor manera. Todavía recuerdo sus palabras, ingeniero Clark, y debo convenir en que tenía razón, es un gran ilusionista y me asombró la actuación final. Usted también tenía razón, doctor Wells. Su equipo, aunque joven, presentó una obra de gran calidad, donde innovación y clasicismo se funden de forma encomiable. Estoy realmente asombrado — las palabras de Fisher recompensan todos sus esfuerzos, y siento cómo la pequeña mano de Grace aprieta la mía—. Me preocupa, sin embargo, la fuerte reducción del presupuesto.

Debería intervenir, pero no entiendo muy bien cuál es el miedo de Fisher.

Es Grace quien responde con gran profesionalidad:

—Comprendo que la reducción de costes pueda hacer pensar en utilizar materiales menos eficaces, pero es exactamente lo contrario. Los materiales utilizados son muy innovadores y caros, pero permiten reducir algunos costes fijos y algunos elementos que ya no son necesarios, lo que, en conjunto, redunda en un menor gasto sin afectar a la calidad ni a la seguridad.

Veo que Fisher asiente y suspiro aliviado, no podría haber contestado mejor.

Con un movimiento imperceptible, estrecho la mano de Grace.

—Lauder era realmente la mejor elección que podía hacer —Fisher se dirige a Hamilton mientras volvemos a nuestros asientos—. Dos presentaciones muy buenas, y precisamente por eso necesitamos tiempo para hacer nuestras evaluaciones y dilucidar cuál es la mejor elección.

—Me parece justo, también para que puedas ver los contratos con tus abogados. Soy consciente de que este asunto lleva su tiempo, pero si quieres la discoteca operativa en un año, no podemos pasarnos de una semana. Hamilton es realmente un tiburón, que acorrala a su presa con gran clase.

Fisher intercambia algunas miradas con los suyos.

—Yo diría que es bueno decidir a qué proyecto dedicarse. Luego, ya veremos cómo organizar el resto —se levanta—. Un placer trabajar con todos ustedes —se despide.

El equipo Premier se despide de Hamilton y se marcha. Si pensaban que ganarían fácilmente, ahora temen perder.

Nosotros, en cambio, estamos eufóricos. Nuestro resultado no estaba cantado, aunque sabíamos que habíamos conseguido un buen proyecto.

—Disfruta del merecido reconocimiento. Has hecho un gran trabajo, no es que esperara menos o no te habría confiado esta tarea. Hablamos pronto —Hamilton también abandona la sala.

Y por fin podemos alegrarnos.

—Estuvimos sencillamente genial —digo espontáneamente.

—Puedes decirlo, hermano —Samir me choca los cinco.

—Único —Ash se une.

Grace, como de costumbre, no dice nada, pero sus ojos están vidriosos de emoción mientras se pierde en el abrazo de Ash.

CAPÍTULO 20

GRACE

La música pop tiene un volumen agradable, el local está inundado de luces de colores cambiantes, las mesas están dispuestas de forma que se puede comer, charlar o bailar a gusto, todo ello en un ambiente moderno pero casi íntimo.

Me gusta mucho el lugar que elegimos con Ash, Samir y Thomas para celebrar el inesperado éxito de la reunión.

—¿Cómo has encontrado esta joya? —le pregunto a mi compañero de piso, que mueve la cabeza al ritmo de la música y da sorbos a un gin-tonic.

—Bueno, ayer no podía dormir por la emoción de la presentación y salí a dar un paseo. Imagínate mi sorpresa cuando descubrí que justo al lado de nuestro alojamiento tenemos un cruce entre una sala de baile y una tienda de bocadillos con comida exprés —responde feliz.

Le sonrío y simplemente asiento con la cabeza, cogiendo un puñado de patatas fritas que bajo con un generoso sorbo de mi Long Island Iced Tea.

Seguí el consejo de la camarera porque quería probar algo nuevo, y debo decir que tomé la decisión correcta.

Solo pasan unos minutos antes de que Ash se incline para hablarme al oído:

—Tienes una luz diferente en los ojos.

—Serán los efectos de estas luces —respondo, señalando los LED que siguen el ritmo del bajo.

Mueve la cabeza divertido, señalándome con el dedo.

—A mí no me engañas, chica. Estás que revientas de satisfacción, porque la presentación de hoy ha ido genial, y eres perfectamente consciente de ello.

Tiene razón, la entrevista con Hamilton y Fisher fue genial, y nuestro proyecto fue recibido con un entusiasmo que superó todas nuestras expectativas, y ver sus caras de satisfacción fue una sensación indescriptible y totalmente nueva para la alborotadora Grace Marguerite Wells.

Doy un sorbo a mi cóctel, el hielo tintinea contra mi copa mientras la bajo y dejo vagar mi mirada. La pista de baile está abarrotada, la gente se mueve al ritmo de la música, y aquí estoy, sentada en una de las mesas más apartadas con mis colegas, saboreando cada segundo de esta velada festiva. A mi lado, Samir mantiene una animada conversación con Thomas sobre algún detalle técnico que me habría gustado dejar de lado por esta noche, pero su entusiasmo es contagioso y me encuentro sonriendo.

Es como si la tensión acumulada durante semanas de intenso trabajo, plazos cada vez más ajustados y momentos de duda se hubiera disipado por fin, dejando espacio solo para la alegría pura y descarada.

Samir frunce el ceño ante su vaso cuando se da cuenta de que solo contiene hielo.

—Voy a por la segunda ronda, ¿les parece bien a todos? —pregunta, antes de levantarse y

alejarse en dirección al mostrador.

Atrapo la mirada de Thomas mientras sus ojos recorren mi cuerpo con un hambre evidente que hace que mi corazón lata un poco más rápido, y tengo que contenerme para no correr tras Ash cuando se pone en pie de un salto y exclama:

—Iré a echarle una mano para llevar las gafas.

¡Traidor de un amigo!

En cuanto nos quedamos solos, Superman se traslada a la silla de al lado y dobla los labios en una de esas sonrisas asesinas que vaporizan la ropa interior e impregnan sin contacto.

—Enhorabuena por la presentación —dice, su tono es una mezcla de admiración sincera y ese sutil desafío que siempre parece acompañarle.

Sonrío y enarco una ceja.

—Gracias, pero todo ha sido gracias al trabajo en equipo.

Sacude la cabeza. Acepta el cumplido, Grace. Salvaste el día con esa respuesta sobre el presupuesto. No creo que hubieran reaccionado tan bien de no ser por ti. Tienes un poder especial sobre Hamilton.

—Solo porque me conoce desde que era un niño.

—Tal vez —concede, pero solo por un momento—. O, tal vez, ve algo en ti que tú aún no puedes ver.

Doy otro sorbo al cóctel, quizá para esconderme del poder de su atención.

—Cuidado, Superman. Lo tuyo suena casi a admiración.

Se inclina hacia mí y, en su mirada, capto una intensidad que me produce un escalofrío y enciende una llama en el bajo vientre.

—Lo es, Grace. Ya no sé cómo decírtelo para metértelo en esa cabezota testaruda. Yo. Yo. Admiro —dice esto con su aliento en el mío, porque estamos peligrosamente cerca y, a pesar de que intento recordarle a mi cerebro todas las razones por las que debería alejarme de él, mi cuerpo desobedece y busca el calor del suyo.

Trago saliva y me humedezco los labios, él sigue el movimiento y aprieta la mandíbula como conteniéndose para no saltar sobre mí. Y el deseo de dejar que me devore me invade inesperadamente.

Tomo aire, cierro las inseguridades en un cajón de mi mente y cojo su mano.

—Llévame a bailar.

Se levanta y me rodea la cintura con el brazo, estrechándome contra él.

—Te llevo a donde quieras ir, Catástrofe.

Y eso es exactamente lo que hace, me lleva a la pista y nos movemos al ritmo de la música, mientras siento el hambre y la humedad crecer entre mis piernas.

A nuestro alrededor, la gente canta alocadamente y salta despreocupada. Yo, en cambio, parezco encerrada en una burbuja con él, prisionera de su mirada de infarto.

Hay algo increíblemente natural en la forma en que nos movemos juntos, como si lo hubiéramos hecho un millón de veces.

Aprieto la mano alrededor del vaso para contenerme y no recorrer su cuerpo y descubrir cada centímetro de él, sobre todo cuando su sonrisa se ensancha peligrosamente y se acerca, colocando una mano en mi cadera.

—Estoy de acuerdo en todo, Catástrofe.

Inclino la cabeza hacia un lado, sorprendido, y vuelvo a acercarme, consciente de que no debería hacerlo.

—Yo no he dicho nada.

—Leo tu mente —dice en voz baja, ligeramente ronca, demasiado cerca de mi oído—. Y comparto cada pequeño detalle.

En mi cabeza se libra una batalla entre lo que quiero y lo que debo hacer, lo que dicta mi cerebro en contra de lo que dispone mi cuerpo.

—Estoy mojado —dice Thomas al cabo de un momento, distrayéndome de mi debate interno.

—Yo también —respondo sin pensar, ayudada por el coraje líquido que he estado ingiriendo durante media hora.

Su risa es cálida y vibrante, aún demasiado cerca de mi oído.

—Créeme, Grace, estoy deseando averiguarlo, pero... —se estremece ligeramente y noto que derramo lo que quedaba de mi bebida sobre su camisa—. *Estoy literalmente empapada.*

—Oh, mierda —exclamo, sintiendo que la vergüenza me invade.

Por una vez en mi vida, desearía no ser la chica torpe y torpe de siempre.

—Eh, no pasa nada —intenta tranquilizarme, quizá notando la ansiedad que me asalta sin previo aviso—. Oye— insiste Thomas, posando una mano cálida sobre mi cara y anclándome al suelo, a pesar de las incertidumbres que manotean para liberarse del cajón en el que las he encerrado—. No es nada grave. Estamos a un tiro de piedra de la residencia, iré a cambiarme y volveré. Entonces, volveremos a hablar.

Me guiña un ojo, pero le echo de menos incluso antes de que se dé la vuelta.

Le agarro de la muñeca, aferrándome al último gramo de valor que me queda.

—Las manchas de licor deben ser tratadas inmediatamente. Vamos a mi habitación, tengo una colección de quitamanchas.

Una extraña luz brilla en su mirada, pero ignoro todas las implicaciones ocultas en mis palabras, dejo mi vaso en la primera mesa libre que encuentro y salgo del club con una breve inclinación de cabeza hacia Samir y Ash.

Siento el calor de su cuerpo justo detrás del mío, una presencia reconfortante detrás de mí, pero no me dejo distraer.

Vuelvo a la habitación confusa, soy una mujer con una misión, quiero redimirme y demostrarle que doy problemas, pero también puedo enmendar mis errores.

No me queda claro por qué quiero demostrarle tal cosa a Thomas, y no tengo intención de investigarlo a fondo esta misma tarde.

Abro la puerta del piso y camino decidida hacia el cuarto de baño de mi habitación, recojo mis artículos de aseo y, cuando me doy la vuelta, me quedo helada con el corazón en la garganta y la boca repentinamente seca.

Thomas está de pie en medio de la habitación, con la camisa desabrochada por fuera del pantalón, una tentación en carne y músculos firmes.

Se lo quita y me lo entrega sin apartar los ojos de los míos.

—Estoy listo —dice, y en sus palabras leo promesas prohibidas de las que debería huir como alma que lleva el diablo—. ¿Y tú?

Tengo la abrumadora sensación de que este momento lo cambiará todo, y es a la vez emocionante y aterrador.

Como no me fío de mi voz, me limito a asentir, con la mirada clavada en la suya.

Thomas se quita la camiseta y se me echa encima en un abrir y cerrar de ojos.

—A quién le importa la camisa, Grace. Te quiero a ti.

—Y yo te deseo a ti —mi voz sale en un débil susurro, un poco ronca y un poco rota.

Poco importa, sin embargo, porque el mensaje llega a su destino y él me levanta por las caderas.

El quitamanchas cae al suelo con un ruido sordo, mientras sujeto mis piernas alrededor de su cintura y mi boca se desliza sobre la suya como si fuera un aterrizaje de emergencia, urgente y muy necesario.

—¿Qué me estás haciendo, Catástrofe? —exclama cuando nos separamos para recuperar el aliento.

Vuelve a apoderarse de mi boca, saqueándola, explorándola, asolándola.

Murmuro algo incomprensible como respuesta, mis manos recorren su cuerpo, memorizando cada vena abultada y cada músculo tenso.

—Necesito estar dentro de ti.

Dios mío, ¿quieres matarme?

—Y también debes darte prisa.

Siento su sonrisa en mi cuello mientras me muerde la piel hasta la clavícula, un momento antes de tirarme en la cama para despojarme de los pantalones y los bóxers.

Cuando se queda desnudo delante de mí, a los pies de la cama, pierdo toda función cerebral, porque nunca en mi vida he visto tanta perfección.

—Joder, Grace, corres el riesgo de hacer que me corra si sigues mirándome con esa hambre —se burla con voz áspera.

Obligo a mis ojos a subir desde su ingle hasta su pecho esculpido, hasta la expresión de su rostro, al menos tan anhelante como la mía.

—No quiero arriesgarme, quiero tener éxito —respondo, acercándome.

Sin dejar de mirarle a los ojos, me inclino hacia delante y rodeo su erección con mis labios, provocando un siseo ahogado.

Descubro que si su boca sabe a chocolate, su polla tiene un matiz picante que se me sube a la cabeza y borra cualquier temor a ser demasiado torpe.

Dejé que mi lengua le cogiera el truco, descubriendo cada vena, arremolinándome de la punta a la base, ayudándome con la mano para estimularla locamente.

Siento cómo se estira y se endurece entre mis labios, entonces me detiene, poniendo sus manos sobre mis hombros.

—Tenemos dos problemas, Grace —dice, haciéndome temer lo peor.

—¿No te gusta? —pregunto, exponiendo mi vulnerabilidad.

Su expresión se suaviza, me acaricia la mejilla con una mano.

—Me gusta mucho, pero estás demasiado vestida y aún no estoy dentro de ti. ¿Va a hacer algo al respecto, Dr. Wells?

Me encanta la forma en que me deja al mando, y una nueva oleada de excitación me recorre.

—Me pondré a ello, ingeniero Clark.

Me pongo en pie, me despojo de mis ropas ante su atento y ansioso escrutinio, y mientras permanezco desnuda, siento el recorrido de sus ojos dejando un rastro ardiente sobre mi carne doliente.

—Eres preciosa, Grace —su voz contiene una nota de devoción que no esperaba, lo que me avergüenza un poco, pero sobre todo me galvaniza.

—¿No querías averiguar si estoy tan mojada como tú? —pregunto provocativamente, retirándome de nuevo a la cama y abriendo las piernas, atrayendo su voraz mirada justo ahí.

—No puedo esperar —responde, subiéndose a la cama como un puma dispuesto a atacar, pero

en lugar de posarse sobre mí, se detiene a la altura de mi sexo, me dirige una sonrisa llena de malicia y me susurra—: Agárrate fuerte, Catástrofe.

Entonces, baja la cabeza y, cuando su boca encuentra mi clítoris hinchado, pierdo todo contacto con la realidad y me dejo llevar por el mayor placer que he experimentado en mi vida.

CAPÍTULO 21

THOMAS

Siempre pensé que mi máxima aspiración era hacer un proyecto sin precedentes, de esos que salen en los periódicos o en los libros de texto universitarios, y realizarme profesionalmente como ingeniero a nivel nacional.

Entonces conocí a Grace Marguerite Wells y descubrí que, cuando alcanza la cima del placer, encorva los dedos de los pies, aprieta con fuerza sus largas y finas manos entre las sábanas que ni siquiera corren peligro de resbalar y emite los sonidos más sensuales que existen.

Y, ahora, me doy cuenta de que en la vida quiero ser yo quien provoque todos sus orgasmos y disfrute de cada momento de éxtasis.

Rozo su hombro desnudo, aspiro su dulce perfume, la veo dormir plácidamente con la expresión de una niña indefensa y temo que me haya arruinado para cualquier otra mujer.

No soy tonto, soy consciente de que esto entre nosotros, sea lo que sea, no puede acabar bien.

Venimos de orígenes y familias diferentes, tenemos caracteres incompatibles y sueños diametralmente opuestos. Es solo que la química que hay entre nosotros, y la armonía que he sentido con ella en los últimos días, nunca la había experimentado antes.

Desvío la mirada hacia la ventana, la luz del día filtrándose por debajo de las cortinas azules, y siento un peso en el pecho ante la idea de tener que marcharme, mientras una parte de mí se pregunta si también esta vez Grace me pedirá que lo olvide todo como si nunca hubiera ocurrido.

Imposible.

Me paso la mano por los ojos, desconcertada ante el tumulto de emociones que tengo dentro. Me considero un tipo pragmático, centrado en mi carrera, y siempre he creído que la vida debe abordarse con un plan de acción claro.

La mujer que está a mi lado es todo lo contrario, arrastra una carga de incertidumbres disfrazadas de torpeza y una falta total de compromiso por miedo a no estar a la altura de las expectativas que encierran su vida en un limbo constante en el que no hay espacio para el crecimiento.

El instinto me impulsa a dejarlo pasar, a concluir que simplemente no somos compatibles, pero el sonido de la risa de Grace aún resuena en mis oídos, la luz de sus ojos, un momento antes del éxtasis, está grabada en foco detrás de mis párpados y su dulce aroma floral ha encontrado un hogar en mis pulmones.

Entre que mi cerebro me insta a alejarme y mi cuerpo me dicta que me quede quieto, me doy cuenta con un instante de retraso de que tengo dos faros sobre mí.

—Pareces pensativa —dice Grace con voz entrecortada por el sueño, y eso también me parece sensual.

—Me preguntaba qué desastres vas a hacer hoy —le explico, aunque me arrepiento al ver la mueca que hace, un momento antes de disimularla con una risita—. Perdona, he sido un capullo.

—Un zurullo honesto.

—No pretendía burlarme de ti —insisto, mirándola con seriedad, convencida de que gran parte de su torpeza se debe a todas las inseguridades que le han inculcado desde pequeña.

—No intentes cambiar de actitud conmigo, Superman —me regaña antes de esbozar una sonrisa que podría dejarme inconsciente si no estuviera ya postrado en una cama—. Recuerda, yo siempre soy yo y tú siempre eres tú —intenta decir despreocupadamente, pero intuyo que ya está a la defensiva y que tengo que cambiar de estrategia.

Suspiro y sonrío.

—Bien. Entonces, ¿cómo piensas pasar los días de espera hasta la decisión de Fisher? —le pregunto.

—¿Entre la cama, la piscina y el bar?

—Vamos, estamos en Florida, hagamos algo divertido —planteo—. He pensado que podríamos tomarnos unos días libres y hacer un viaje cerca para relajarnos después del estrés de las últimas semanas.

Por un momento, el silencio que se hace en la habitación se vuelve pesado y la observo atentamente, tratando de intuir sus pensamientos.

—¿Juntos?

Me mira desconcertada, probablemente sin esperar semejante propuesta, y noto una vulnerabilidad en su voz que nunca antes había oído.

Pongo los ojos en blanco y suelto una carcajada, el ambiente se aligera de repente.

—Claro. Quizá mi influencia de superhéroe amortigüe tu tendencia al desastre y por fin te des cuenta de que eres especial.

—Basta ya —suelta una risita, se sonroja un poco y pienso que es la chica más dulce que he conocido.

Hasta que alarga la mano para darme una palmada en el brazo y las sábanas se deslizan dejando sus pechos al descubierto, atrayendo mi boca como sirenas con marineros, y toda la dulzura deja paso a la lujuria que siento por ella.

La cojo de la mano y tiro de ella hacia mí, le rozo la nuca y acerco sus labios a los míos.

La beso lentamente, aumentando el ritmo poco a poco para darle tiempo a comprender cuál es el objetivo final. Cuando no se aparta y me deja, deslizo la otra mano entre nuestros cuerpos y encuentro el manojo de nervios que chupé con avidez la noche anterior. Utilizo dos dedos para trabajar su clítoris, tirar de él, pellizcarlo, estimularlo hasta arrancarle su primer gemido del día.

—Mmh —gime Grace, sentada a horcajadas sobre mí, con las manos en mi pecho y los muslos en mis caderas.

Me pongo duro como una piedra cuando me roza con su sexo, y me obligo a mantener la calma porque la prioridad es ella.

—¿Te gusta? —le pregunto, disfrutando de cada curva de su cuerpo y usando mi mano libre para masajearle el pecho y pellizcarle el pezón.

—Sí —responde, rascándose el pecho y empezando a mover las caderas hacia delante y hacia atrás sobre la erección a punto de estallar—. ¿Sabes cómo podría ser mejor?

—Tengo una idea bastante buena, pero antes tengo que desayunar —respondo y no le doy tiempo a reaccionar mientras la vuelco sobre la cama y hundo mi lengua en su sexo ya húmedo y resbaladizo.

Grace gime más fuerte y yo sonrío contra su carne, disfrutando de la miel de sus humores, un sabor celestial que me hace perder la cabeza y estoy decidido a hacer que ella también pierda la suya.

—Sí, Dios mío, sigue así —vuelve a gemir.

—Ya lo creo, Catástrofe, pero me llamo Thomas. Memorízalo bien, porque quiero oírte gritar cuando vengas a por mí —me burlo de ella, porque yo siempre soy yo y ella siempre es ella.

—¿Y cree que es tan bueno que tendrá éxito en la misión, ingeniero Clark? —me reta con un guiño.

—No lo creo, Dr. Wells. Yo sí —respondo inmediatamente antes de deslizar un dedo dentro de ella, seguido rápidamente por otro, que juntos entran y salen de su carne hinchada y palpitante.

No puedo contener una media sonrisa al darme cuenta de que sus músculos internos se contraen cada vez más, su placer lubrica mis dedos, que aumentan el ritmo hasta llevarla a un paso del éxtasis.

—Mírame, Grace —el mío quiere ser un tono autoritario, pero suena más como una súplica desesperada.

¿Qué me ha hecho esta mujer? ¿Cómo me ha llevado de la exasperación a la desesperación?

Lo hace, sus ojos brillan de lujuria y emoción, su cuerpo se tensa a un suspiro del orgasmo, y entonces explota sobre mis dedos gritando mi nombre, y nada me gustaría más que pasar mi vida así.

Grace me sonríe un poco sin aliento, con el pelo despeinado y la frente perlada de sudor. Nunca ha estado más guapa.

—Te quiero dentro de mí, Superman.

—A sus órdenes, Catástrofe.

Me despojo de los calzoncillos, saco rápidamente un condón y la penetro de una larga estocada.

Buscando el ángulo adecuado, clavo mis ojos en los suyos con una misión.

—¿Cuántas veces te has corrido esta noche?

Parpadea, sorprendida por mi pregunta, luego suelta una risita y mueve la cabeza contra mi cuello.

—Cinco, ¿por qué? ¿Quieres batir el récord?

—De hecho, podría convertirme en mi reto personal hacer que te corras más cada vez —reflexiono en voz alta, sin dejar de introducirme en su cuerpo voluptuoso y acogedor.

Grace se gira y me mira con extrañeza, pienso en mis palabras y me doy cuenta de las implicaciones de lo que he dicho.

Lo que ocurre entre nosotros tiene fecha de caducidad, aún no sé cuál es, pero desde luego no será un asunto a largo plazo, y esto me provoca una extraña incomodidad a la altura del diafragma.

—Quédate aquí conmigo —me dice Grace—. Y cumple tu promesa —se burla de mí, mientras una sonrisa traviesa se dibuja en su preciosa boca.

Y eso es exactamente lo que hago durante la siguiente hora, haciéndola gritar mi nombre una y otra vez.

CAPÍTULO 22

GRACE

Llegamos a Delray Beach a primera hora de la tarde, con el sol brillando intensamente, reflejándose en las olas del océano que parecen moverse en sincronía con el ritmo de nuestros lentos pasos. Thomas y yo miramos a nuestro alrededor, inmersos en el paisaje paradisíaco que nos acoge.

—Mira qué vista —suspiro, observando el horizonte.

—Nunca he visto nada igual —asiente, y su voz tiene una rara nota de asombro.

Y lo comprendo. Yo tampoco puedo dejar de maravillarme ante este lugar. El aire es cálido y envolvente, y una suave brisa nos acaricia mientras nos dirigimos al pequeño hotel que hemos reservado en las inmediaciones de la playa.

La verdad es que este viaje es un poco arriesgado. Nuestra relación es algo nuevo, y no puedo decir que nuestra relación sea fácil. Somos tan diferentes, él es seguro de sí mismo, siempre controla sus emociones, mientras que yo soy más reflexiva, más propensa a la ansiedad cuando estoy bajo presión. Sin embargo, a pesar de las diferencias, algo me hizo decir que sí cuando Superman me propuso esta escapada repentina.

Tal vez sea su capacidad para hacer de cada momento una aventura. O quizá sea que cada vez que le miro siento una atracción que no puedo ignorar.

Por eso me puse inmediatamente a buscar en el ordenador destinos de ensueño no muy lejos de Miami y encontré éste, a poco más de una hora en coche.

El viaje fue relajante y divertido, nos turnamos para elegir canciones y cantarlas a pleno pulmón.

Nuestra habitación es sencilla pero tiene todo lo que necesitamos. Una gran cama doble, una ventana con vistas al océano y un pequeño balcón donde podemos sentarnos al atardecer y ver la puesta de sol.

Thomas deja caer la maleta sobre la cama con un gesto despreocupado y estira los brazos hacia el techo, soltando un suspiro de satisfacción.

—Es perfecto —comenta, volviéndose hacia mí con esa sonrisa suya que siempre consigue desarmarme.

Respondo con una sonrisa, sentándome en el borde de la cama.

—Sí, lo es.

Nos tomamos unas horas para asentarnos y relajarnos. Después del viaje, los dos necesitamos un descanso. Mientras Thomas se tumba a leer una revista de arquitectura en el balcón, yo hojeo distraídamente el móvil, intentando organizar mentalmente nuestros días.

Delray Beach es famosa por el arte y la cultura, y quiero que este viaje sea memorable, aunque aún no sepa exactamente cómo hacerlo.

Por la noche, decidimos cenar en un restaurante de la playa. Es uno de esos sitios sencillos con luz tenue y mesas de madera colocadas sobre la arena. El océano está a unos pasos y el

sonido de las olas es una melodía constante de fondo.

Llevo un ligero vestido de verano, de un verde que me recuerda mucho a los ojos de Thomas y se balancea alrededor de mis piernas a cada paso.

—Estás preciosa —me murmura mi cita al oído mientras nos dirigimos a nuestra mesa.

Noto el enrojecimiento de mis mejillas, pero una sensación de calor se extiende por mi vientre.

—Es tan tranquilo aquí —reflexiono mientras nos sentamos—. Diferente de la ciudad.

A diferencia de todos los ilustres miembros de la familia Wells, no soy una persona de ciudad, Nueva York me parece caótica y dispersa, mientras que los pueblos pequeños como éste son más “humanos”.

Thomas mira a su alrededor y asiente, por un momento solo hay silencio a nuestro alrededor. No el típico silencio incómodo, algo más profundo.

Nos conocemos desde hace tan poco y, sin embargo, parece que estamos aprendiendo a entendernos de un modo que nunca hubiera imaginado.

Pedimos pescado fresco y vino blanco. La cena fluye entre risas y conversaciones ligeras. Me siento llena de energía y no puedo dejar de sonreír.

Veo a Thomas hablar con fervor de todo lo que le apasiona: su trabajo, los viajes que le gustaría hacer, sus sueños. Yo, en cambio, me pierdo en sus gestos, en su voz, en la forma en que parece capaz de captar el momento y vivirlo plenamente.

Un repentino relámpago me golpea. Soy feliz, como quizá nunca lo he sido.

—¿Te habías sentido así alguna vez? —pregunta Superman de repente, cuando el camarero se aleja tras traer el postre.

Me sorprende la pregunta.

—¿Cómo qué?

Creo que sé lo que quiere decir, pero no quiero dejarme llevar por ilusiones.

Hace un gesto vago con la mano, buscando las palabras.

—Tan... libre, ligera, feliz. Como si todo lo demás no importara, al menos por un tiempo.

Le miro a los ojos, intentando ver si habla en serio. Sus palabras reflejan mis emociones, y esto me asombra y me aterra por igual. No sé si es la magia del lugar, o si es algo más, pero estar aquí junto a él me provoca una emoción especial.

—No muy a menudo —respondo con sinceridad—. Contigo, sin embargo... sí, a veces pasa.

Sonríe, y por un momento siento que el vínculo que nos une va más allá de las palabras, más allá de las diferencias. Me hace sentir vulnerable, pero al mismo tiempo increíblemente viva.

Y se lo demuestro cuando volvemos al hotel y hacemos el amor de mil maneras diferentes.

A la mañana siguiente, nos trasladamos a la playa. El océano está en calma, el cielo sobre nosotros es un claro manto azul. Extendemos nuestras toallas sobre la arena blanca y nos tumbamos uno junto al otro. Thomas es impresionantemente guapo, sus pantalones cortos vendan sus musculosos muslos y dibujan un trasero de infarto, sobre el que anoche arrastré mis manos, mi lengua y mis dientes.

Intento concentrarme en la lectura de una novela romántica que tengo pendiente, pero su presencia me distrae. Siento el calor de su cuerpo junto al mío y percibo la intensidad de su mirada sobre mí.

—Ingeniero Clark, ¿quiere decirme algo? —pregunto sin apartar los ojos de las páginas.

—Oh, Dr. Wells, tengo tantas cosas que decirle. Para empezar, creo que me corresponde decirle que este bañador rojo le sienta tan bien que casi estoy tentado de quitármelo y zambullirme entre esos firmes muslos que me envolvieron con fuerza anoche.

Trago saliva, con la boca repentinamente seca y el lugar entre las piernas repentinamente húmedo. Me giro para mirarle, me levanto las gafas de sol por encima de la cabeza y me encuentro con esos ojos capaces de hacerme cualquier cosa.

—Dios, Grace, ahora mismo tus ojos son del color de la miel, aprisionando a cualquiera que ponga sus ojos en ella.

Sonrío, me ruborizo, no estoy nada acostumbrada a los cumplidos.

—Son unos simples ojos marrones —menosprecio con un gesto de la mano.

La agarra y entrelaza sus dedos con los míos, utiliza el pulgar para acariciarme el interior de la muñeca y luego besa la punta de cada dedo con una delicadeza desarmante.

—¿Simples? Oh, Grace, no hay nada simple en ti. Ni en tu impresionante cuerpo, ni en tu brillante cerebro. Ciertamente no en tus ojos que parecen oro fundido brillando en el crepúsculo.

Dejo el libro a un lado y busco su cara, encuentro sus labios y vuelvo a encontrarme a mí misma. Nos quedamos así un rato, entre besos lentos y caricias suaves, diciéndonos tantas cosas sin ni siquiera abrir la boca.

El deseo que siento por Thomas se vuelve abrumador y, si no estuviéramos en un lugar público, ya le habría suplicado que me tomara.

—No me mires así, Grace —dice apretando los dientes—. Ya me está costando mucho no follarte en esta playa.

—Hmm, un arresto no beneficiaría a tu carrera —me burlo de él.

Mira a su alrededor y, aunque no hay nadie cerca, éste sigue siendo un lugar demasiado expuesto como para ir más lejos.

De repente, Thomas se levanta y extiende una mano hacia mí.

—Vámonos.

Le sigo sin rechistar, incluso en el agua cristalina y algo fría del océano.

Cuando estamos hasta el pecho, se da la vuelta y me coge en brazos. Instintivamente, le rodeo la cintura con las piernas y siento cómo su erección presiona mi intimidad.

—Thomas... —murmuro, sin saber muy bien qué quiero preguntarle.

—Lo sé, Grace. Joder si lo sé.

Su boca recupera la mía, nuestras lenguas bailan mientras las olas nos arrullan y el calor de su cuerpo contrasta con la temperatura del agua.

Mi corazón late deprisa, mis pezones se hinchan, mis caderas se mueven solas, adelante y atrás, mientras con una mano me palmea el trasero con posesión y con la otra me acaricia suavemente la cara.

—Te necesito —mi voz es casi suplicante, llena de urgencia y lujuria.

Retrocede un poco para mirarme a la cara.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. Ahora —insisto, presa de las hormonas y los sentimientos que este hombre me hace sentir.

Echa un vistazo a la playa, luego alrededor de donde estamos, y asiente.

—Eres mía, Grace. Te deseo tanto, pero nunca dejaría que nadie te viera cuando disfrutas por mí.

Ah, este hombre y sus palabras.

Un momento después, está dentro de mí. Sus dedos encuentran mi clítoris y lo masajean con determinación.

Empuja hacia delante y hacia atrás, sin barrera que nos separe, piel contra piel, alma contra alma.

Él me masajea el pecho, me pellizca el pezón, yo le mordisqueo el cuello, trazo el contorno de sus bíceps y noto cómo sus abdominales se sacuden por el esfuerzo de sostenernos contra el movimiento ondulante del mar.

Cierro los ojos, dejo que el placer se apodere de mi cuerpo y me muevo con él, siguiendo sus movimientos.

—Es tan bonito, Thomas —le suspiro en los labios.

Las mordisquee, las chupa, pasa la lengua por su contorno y luego se congela.

—Grace, no me he puesto nada —dice con voz ronca, y tardo un momento en entenderlo.

—Estoy cubierto y limpio —le tranquilizo con una sonrisa.

—Yo también estoy limpio.

—Entonces, no te detengas más y llévame donde solo tú puedes —le insto, apretando con más fuerza sus caderas.

Me sigue la corriente, aumenta el ritmo, la intensidad de las caricias y se me escapa un gemido, quizá más de uno.

—Nunca imaginé que me sentiría así —dice Thomas contra mi boca, mientras el calor se acumula en su vientre.

Sonrío, feliz y consciente de que lo soy, en sus ojos veo el reflejo de lo que siento.

—Yo tampoco —consigo decir un momento antes de que el placer comience en las yemas de mis dedos, recorra mi espalda y estalle entre mis piernas.

CAPÍTULO 23

GRACE

Un molesto trino invade la habitación, despertándome. Lo ignoro.

Me estiro, sonriendo, alargo la mano para rozar las sábanas del otro lado de la cama. No me sorprende encontrarla vacía. Sigo sonriendo, a pesar de que mi móvil no deja de sonar.

Miro la hora y respondo.

—Bonjour, ma puce.

Resoplo.

—¡Amélie, está amaneciendo!

Me la imagino encogiéndose de hombros, como si fuera un detalle insignificante.

—Quería despedirme de ti antes de mi próximo viaje. Además, ya sabes lo que dicen. La mañana tiene... —Puedo oír las ruedas de su cerebro girando en busca del término correcto—. Eh, sí, algo... en la boca. ¿Dime que te he enseñado bien y que tienes compañía por la mañana? Los argumentos de Superman deberían incitarte a madrugar.

Ahora soy yo quien pone los ojos en blanco.

—Tonto, es oro.

—*Ma petit* —qué suerte. Así que el ingeniero guapo la tiene en oro. ¿Y es tan grande como vale?

Con ella es un juego perdido.

—Valdría su peso en oro —de todos modos, Thomas durmió anoche en su habitación. Hoy tenemos la llamada con el jefe y nos dirá qué proyecto ha elegido el cliente.

—¿Preocupado?

La oigo moverse y siento que puedo verla en nuestro piso.

—Por el resultado, no.

En cualquier caso, para mí fue una experiencia muy educativa. Para mis colegas, espero que nuestro trabajo sea elegido.

—Estás indeciso —*me conoce demasiado bien*—. Una noche sin él y ya estás pensando que se está distanciando. Y te molesta.

—¿Con total honestidad? No lo sé —me acomodo, apoyándome mejor en el cabecero. Ambos pensamos que era mejor pasar desapercibidos, pero estar de acuerdo no acalla mis incertidumbres—. Esta semana con él ha sido un viaje a otro planeta. Hemos hablado mucho, pero ni una pizca de lo que hay entre nosotros.

—Y tú estás ansiosa.

Siempre demasiado intuitivo.

—No sé qué hacer, sin tener ni idea de lo que significo para él. ¿Un pasatiempo para esta semana libre, un conocido que profundizar, una relación que alimentar?

—¿Qué quieres? —Una pregunta que parece imposible de responder—. A mi modo de ver, decide quién quieres ser -colega, amante o pareja- y actúa en consecuencia.

—No es tan fácil.

—Tú eres el que siempre lo ve todo difícil.

—También está la situación laboral para complicarlo todo: si nos eligen, tendremos que quedarnos en Miami durante mucho tiempo y podría resultar incómodo tener que trabajar juntos si las cosas no funcionan. Si no, volveremos a Nueva York. No sé si seguiré teniendo trabajo ni qué misión se le asignará a Thomas. La gran incógnita, pues, es qué quiere él.

Esta semana ha sido una pompa de jabón, iridiscente pero delicada, que estallaba en cuanto entraba en contacto con la realidad.

—Si crees que es el indicado, no lo dejes ir. Por una vez, Grace, lucha por lo que quieres.

—Thomas y yo somos como el perro y el gato, el sol y la luna, la razón y el sentimiento. Nos separa un océano.

Suspiro, porque si hay dos opuestos, somos él y yo.

—Pero cuando estás con él, olvidas todas las diferencias.

—Oh, Amélie, realmente es Superman, y cuando estoy en sus brazos siento que vuelo.

—*Merde*, estás enamorada.

Salto sobre la cama. Enamorada. No, absolutamente no.

—No blasfemes. Dado mi historial, no me fío mucho de mí misma a la hora de elegir hombres y, de todos modos, no tengo intención de enamorarme.

—Como si pudieras decidir cuándo, cómo y sobre todo de quién. Y no es que a Thomas lo eligieras, simplemente te ocurrió más —se burla—. Entre la cabeza y el cuello.

Cómo puedes culparla, si no hubiera sido por este encargo él habría seguido siendo el imbécil del baño de señoras.

—Debo irme, *señor*—. La oigo tantear—. No pienses demasiado y lánzate, saldrá como tiene que salir. Mientras tanto, ya que al chico se le da bien, disfruta de los múltiples orgasmos que te da.

El sonido de un claxon me hace darme cuenta de que está subiendo a un taxi.

—Avísame cuando puedas —termino la llamada.

Me tumbo en la cama, levantando las sábanas para cubrirme. No sé lo que quiero, este tiempo en Miami lo ha puesto todo patas arriba. Estaba seguro de que lo único que quería era que me despidieran, pero en lugar de eso, me he visto envuelto con mis colegas en una tarea inesperada para elaborar la estrategia de un proyecto que tendrá éxito. Soy la primera sorprendida. Ni siquiera me creía capaz de hacerlo.

Thomas es el imprevisto que no había calculado, pero con el que me alegro de haber tropezado.

Me levanto y me arreglo, optando por unos vaqueros y una blusa blanca de media manga, sin renunciar a los tacones, fuente de gran inspiración para mi Superman.

Llego a la cocina común y me preparo un capuchino mientras como un brioche de nata.

—Tiene razón Sondra, eres contagiosa, un virus mortal —me vuelvo hacia la voz de Wade—. La enfermedad del perdedor. O tal vez usaste tus conexiones y tu ascendencia sobre Hamilton para conseguir lo que quieres.

—¿Perdón? —Realmente no entiendo lo que está diciendo.

No he hecho absolutamente nada, pero incluso Thomas aludió el otro día a mi influencia sobre el jefe. Estoy listo para responder cuando el mismísimo Superman aparece en el umbral de la puerta.

—¿Va todo bien? —Me mira primero a mí y luego a nuestro colega—. ¿Qué está pasando aquí?

—Así se hace, novato, lo has jugado muy bien, no me lo esperaba de ti —Wade se acerca a la puerta—. Tienes que tener cuidado con ciertos conocidos, están infectados —sisea, saliendo y dando un suave empujón a Thomas, que salta hacia atrás para evitar derramar la taza de café que tiene en la mano.

—Joder. ¿Qué coño le pasa?

Sacudo la cabeza y me miro los pies. No puedo negar que sus insinuaciones me hieren.

—No sé, nunca le había visto tan hosco y enfadado. Nunca había complacido a Sondra y rara vez me hablaba, pero nunca tales acusaciones.

Siempre muy seguro de sí mismo, rozando la arrogancia, pero alegre y complaciente.

Thomas se acerca, me acaricia la mejilla y me levanta la cara.

—Lo siento —me siento reconfortada por su dulce expresión—. Por lo que a mí respecta, ciertas citas son la mejor cura y no una enfermedad —me besa en la frente—. Vamos, Hamilton debería enlazar pronto.

Le sigo, dejo que me coja de la mano y me arrastre tras él.

Entramos juntos en la sala de reuniones y tomamos asiento junto a Ash y Samir. Evito mirar hacia el otro equipo. Después de la escena de la cocina no sé qué puede salir de la boca de Sondra.

Thomas me da la mano por debajo de la mesa.

La pantalla se ilumina y aparece Hamilton.

—Buenos días a todos, espero que hayan tenido una buena semana —siempre es muy amable, pero extraño este comienzo—. Que hayan descansado, porque ahora viene lo bueno.

—¿Por qué no nos ahorramos estas galanterías innecesarias y nos dices quién se queda y quién vuelve a Nueva York? —Sondra, con sus modales poco galantes, va al grano.

Wade mantiene la mirada en la mesa sin mirar al jefe.

—Fisher elogió ambos trabajos, no fue fácil para él y sus compañeros decidirse.

Sondra resopla.

Este estancamiento no es una buena señal.

¿Que al final no eligió ninguna de las dos?

—Un proyecto le impresionó mucho, pero lo consideró demasiado futurista para la plaza de Miami. Sus estudios de mercado desaconsejaron su realización.

Intercambio una mirada con mis colegas. Aún no se ha hecho explícito, pero todos interpretamos que lo que hicimos no fue suficiente. Thomas aprieta los labios, su mano aprieta vigorosamente la mía. Jadeo y me zafo de su agarre.

—Al final, Fisher optó por el proyecto Team Premier.

Sondra, Nandi y Varnan se miran jubilosos, mientras Wade permanece a un lado, sin signos de alegría en el rostro.

—Ingeniero Clark, a partir de ahora será asignado al equipo Premier.

Thomas hace una mueca de dolor, pero no le da tiempo a hacer preguntas.

—Continuamos la llamada con los que permanecen en Miami para definir los próximos pasos. Para los demás, ya se han hecho los preparativos de regreso, cuyos detalles se les han enviado por correo electrónico. Gracias a todos por su trabajo.

Miro a Thomas, parece asombrado, nunca tanto como yo.

Creía que éramos un equipo, qué estupidez.

Un leopardo no puede cambiar sus manchas. Mi primera impresión fue correcta, no se puede confiar en él.

Me doy la vuelta sin decir nada, sin dejar que me coja de la mano. Sigo a los demás fuera del

vestíbulo.

—¿Lo sabías? —le pregunto a Ash.

—No —responde antes de desviar la mirada hacia Samir.

—Yo tampoco y, en mi opinión, Thomas tampoco. Parecía sorprendido.

—Lo siento, no es agradable ser molestado por un colega. Tu ingeniero Clark realmente te ha cambiado. Wade expresa su enfado y las palabras pronunciadas en la cocina adquieren un significado diferente—. Y tú eras su pase. Te la han jugado, Dr. Wells, espero que haya merecido la pena.

—No le hagas caso —intervino Ash, viéndole salir del piso.

—Thomas quería ganar y trabajó para ello, como todos nosotros, pero no es un agente doble —Samir aún quiere creer que Superman es inocente, que no nos utilizó.

Desde luego, no quiero quitarle sus convicciones; al fin y al cabo, no es el tonto que se lo ha concedido todo, sin límites ni fronteras.

—Voy a hacer las maletas —me despido, antes de no poder contener más las lágrimas.

Por decepción y nerviosismo, claro. Nada más.

No tiene nada que ver con que me hayan vuelto a herir. No tiene nada que ver con el hecho de que otro hombre, el que se estaba volviendo importante, consiguiera hacerme sentir como un don nadie, haciendo que el General pareciera un novato.

Un poco más tarde, ahogo mi irritación en un Pink Lady.

Ash intentó hablar conmigo, yo no quería oír nada. Thomas actuó como lo que es, un asqueroso baboso.

Me armo de valor líquido y, al tercer trago, me dirijo a la oficina, porque puede que no sea propio de una dama, pero realmente necesito decirle lo que pienso de él.

Siento la determinación fluir por cada parte de mi cuerpo, mi mano sin cristal cerrada en un puño lista para golpear, mis talones en el suelo como las campanadas de un reloj listo para marcar el final. El suyo, el nuestro, el mío.

CAPÍTULO 24

THOMAS

La puerta de la sala de reuniones se cierra con un ruido sordo a espaldas de Grace, aún no he digerido lo que acaba de ocurrir.

—Los campeones deben estar juntos —comenta Sondra con suficiencia, chocando los cinco con un reticente Varnan que se sienta a su lado—. Espero que esté tan contento como nosotros, ingeniero Clark.

No contesto, todavía asombrada, me paso una mano por el pelo, con la boca seca como si hubiera comido arena y tiza.

—Sé que puede ser confuso, Clark —empezó Lauder, que había olvidado que seguía al teléfono—. Estoy seguro de que Fisher tiene sus razones para quererte en el equipo Premier, estoy seguro de que podrás contribuir incluso en un proyecto ya bien definido —a continuación, desvía su atención hacia el resto del grupo—. Normalmente, podríais volver a la base tras la fase preliminar, pero Fisher es un cliente demasiado valioso y quiero evitar cualquier tipo de imprevisto. Por eso prolongaremos su estancia en Florida el tiempo que sea necesario —concluye, arrojándome a un abismo aún más profundo.

Sacudo la cabeza, las voces de los demás se confunden, debería estar sintiendo la adrenalina de la victoria. En lugar de eso, mi mente corre hacia Grace, hacia cómo debe estar sintiéndose ahora mismo.

Traicionada.

Usada.

Me tiemblan las manos, tengo que recomponerme, con el jefe todavía en el anzuelo. Esta misión es demasiado importante como para perder los nervios, aunque la expresión angustiada de Grace aún martillea mi cerebro y mi corazón me pide a gritos que corra tras ella y le explique que no estaba al corriente de nada y que me encantaría volver a Nueva York con ella y continuar conociéndonos, y todo lo que estamos construyendo juntos.

—Ya basta —suelta Sondra, y cuando levanto la vista hacia ella, me doy cuenta de que nos hemos quedado solos y de que la videollamada con Lauder ha terminado.

Inclino la cabeza hacia un lado, esperando que mi expresión sea suficiente como pregunta, porque aún tengo la garganta seca y no consigo articular palabra.

Se pone las manos en las caderas con expresión contrita.

—¿Sabes lo duro que trabajé para meterte en el equipo ganador? Me llevó semanas convencer al señor Fisher de que merecías una oportunidad en el mejor equipo. Y, ahora, mírate —dice señalándome con un gesto nervioso de la cabeza. Parece que estás al borde de un ataque de nervios, ni que hubiera muerto alguien. Contrólate, tenemos mucho trabajo que hacer.

Se da la vuelta, caminando hacia la puerta con paso rápido y furioso.

—Eso no es lo que quiero —consigo murmurar con dificultad.

—¿Qué has dicho? —Sondra se da la vuelta como una furia, sus ojos ardiendo de rabia, un

preocupante rubor subiendo por su cuello—. Escucha, Clark, deberías estar agradecido por la oportunidad que te he dado. Atesórala y sal de aquí con una gran sonrisa en la cara o me aseguraré de que la fiscal Wells se lo haga pasar mal a Grace en cuanto ponga un pie de vuelta en Nueva York.

Su amenaza me golpea como un puñetazo en el plexo solar, de los que te dejan inconsciente.

—Tú nunca harías eso —le respondo.

¿Lo harías?

—¿Quieres ponerme a prueba, ingeniero? Deberías saber que siempre consigo lo que quiero —sonríe, y me estremezco porque la creo.

Sondra se marcha y yo salgo a trompicones de la sala de reuniones, llego al despacho de mi equipo y observo el espacio vacío, donde ya no resonará la dulce risa de Grace, y la falta me cava un agujero en el estómago que va directo al corazón. Oigo que la puerta se abre violentamente, me giro y veo a Grace, que parece una diosa de la guerra.

Furioso, extravagante, magnífico.

Sus caderas se balancean con una determinación nunca vista, sus delicadas manos cerradas en puños parecen dispuestas a golpear a alguien, muy probablemente a mí, y sus tacones en el suelo resuenan como disparos dispuestos a marcar mi final.

Su mirada ardiente podría quemarme vivo.

—No creía que fueras tan falso —suelta cuando se acerca a un palmo de mi nariz, tanto que su olor me envuelve como una cobra dispuesta a aplastarme vivo.

Así. Maldita sea. De cerca.

—Esto es demasiado incluso para ti.

Su voz es firme, ocultando bien la tormenta de emociones que puedo discernir en sus ojos.

Un vaso de alguna bebida rosa y una avalancha de hielo caen sobre una camisa blanca inmaculada.

Pero la frialdad de la bebida no se acerca ni de lejos a la rabia helada que destila, una ira decidida llena de decepción.

—Borra esa expresión de asco y sonríe. Esta es la última camisa que te estropeo, aunque una camisa manchada refleja tu verdadero yo: sucio, desde la punta de los dedos de los pies hasta el último pelo.

Contengo cada músculo para quedarme quieto, porque así es como tiene que ser.

Tengo que dejarla ir.

Pasa un rayo, se cierra una puerta y, en un abrir y cerrar de ojos, se desvanece toda esperanza.

Me dejo caer en uno de los sillones, tomo mi cabeza entre las manos, sin prestar atención a mi camisa empapada y a mis ánimos por los suelos.

Si le digo la verdad, seré responsable de los problemas que tendrá con su padre. Si le miento, la perderé.

Ya la he perdido.

Este pensamiento me recorre como una descarga eléctrica y una implacable sensación de rechazo me sacude en cuerpo y alma al darme cuenta de que no puedo perderla sin luchar. Al menos tengo que contarle mi versión de la historia, y luego decidiremos cómo actuar para no contrariar a Sondra.

Me pongo en pie de un salto y subo corriendo las escaleras, llego a la puerta del pequeño piso que comparte con Ash, ignoro la falta de aire y la sensación de humedad que se extiende a mis pantalones y llamo con insistencia.

Poco después, Ash entreabre la puerta y, en mis términos, emite un grito estrangulado.

—¿Qué está pasando?

—Necesito hablar con Grace. ¿Puedo entrar?

—Grace no está aquí.

—Por favor, no es momento de ser protector. Realmente necesito hablar contigo, por favor déjame entrar.

Ash pone los ojos en blanco y se hace a un lado.

—Toma asiento.

Entro corriendo y voy directa a la puerta de su habitación, pero está abierta y dentro ya no hay ninguno de sus vestidos de colores, sandalias graciosas o faldas ondeantes.

No hay nada.

—Ha adelantado su vuelo —explica Ash, y luego mira su reloj—. Ya estará en el aeropuerto. Lo siento, amigo, se ha ido.

Se ha ido.

—No puede ser —murmuro derrotado—. Se ha ido —repito incrédulo—. Lo ha hecho sin darme tiempo siquiera a explicarme.

Extiendo los brazos en un gesto exasperado, Ash permanece en silencio, pero no hay juicio en su mirada.

Al volver a mi habitación, todavía aturdido por los acontecimientos, encuentro a Samir con la maleta hecha y una sonrisa triste.

—Hola, Thomas. Me alegro de poder despedirme, he encontrado un vuelo que sale dentro de unas horas y aprovecho para pasar unos días con la familia antes de volver abajo.

Me late el puño y, en un santiamén, me encuentro solo, mirando fijamente las cuatro paredes que serán mi hogar durante algún tiempo.

Unas horas más tarde, me encuentro en el bar de la piscina, demasiado sobrio para anestesiar el dolor y demasiado achispado para fingir un porte que no tengo.

Me quedé mirando el teléfono durante horas, esperando a que pasaran los minutos, a que aterrizara su avión y contestara aunque fuera a uno de mis mensajes, pero no fue así.

Me dije a mí mismo que debía darle tiempo, dejar que procesara lo sucedido con la cabeza fría, para que pudiéramos hablarlo juntos con calma, aunque las cosas nunca han estado tranquilas entre nosotros.

Grace y yo chocamos, y a una parte de nosotros le gusta hacerlo.

Trago el último sorbo de la bebida y levanto una mano en dirección al camarero.

—Una más, por favor.

—Amigo, voy en contra de mis intereses, pero creo que has bebido demasiado —responde el tipo que está detrás del mostrador.

—Este es el segundo —murmuro.

Se aclara la garganta y baja un tono la voz.

—En realidad, es el cuarto.

¿Dónde coño están los otros dos?

Frunzo el ceño, consciente de que probablemente tenga razón y de que otro whisky podría ser un error del que me arrepentiría amargamente por la mañana. Esta noche, sin embargo, lo necesito.

—La última y vuelvo a mi habitación, dispuesto a dormir como un bebé.

Me observa atentamente, suspira despacio y, cuando estoy seguro de que está a punto de

negármelo definitivamente, hablo sin pensar.

—Dígame usted cómo debo afrontar el hecho de que mi jefe me haya trasladado a un equipo de gente que no conozco, para hacerme trabajar en un proyecto que no es el mío, al tiempo que me hace quedar como un traidor a los ojos de las personas a las que había empezado a considerar amigos. Dime cómo sobrellevar la pérdida de la mujer que me temo que es el amor de mi vida, cómo superar el hecho de que piense que soy una serpiente taimada. Dímelo y me iré.

El camarero me mira fijamente durante un largo rato, me niego a leer las emociones que recorren su expresión y entrecierro los ojos cuando me pone un whisky doble delante.

—Yo invito.

El suave vaivén de la piscina me hace llorar y vomitar al mismo tiempo. Aquí fuera solo estamos Max, el camarero, dos parejas y yo intercambiando efusiones.

Una de esas parejas podríamos haber sido tú y yo, Grace.

Recupero el móvil del bolsillo e inicio la llamada, pero el teléfono suena descolgado y acabo hablando con la voz grabada del contestador:

—Grace, soy Thomas, necesito hablar contigo. La reunión fue... complicada, y quería explicártelo en persona, pero te fuiste pronto, y no sé... no es lo que parece, créeme. Llámame cuando oigas este mensaje.

Mi voz es suave, estoy seguro de que si me das la oportunidad, podremos aclarar la situación, sobre todo porque me doy cuenta de que no quiero perderte.

Un poco más tarde, vuelvo a intentarlo y el resultado sigue siendo el mismo. Espero a que suene el contestador antes de hablar: —Grace, por favor, no puedes desaparecer así. ¿De verdad ni siquiera quieres escuchar mi versión de la historia? Acusado y condenado de un plumazo, ¿no tengo derecho a defenderme? Merezco ser escuchado. Por favor, llámame.

Me siento en una de las mesas, el vaso ahora vacío en una mano, el teléfono tembloroso en la otra, esperando una respuesta que no llega porque quizá ella no esté tan interesada como yo. Quizá la relación con Ash escondía algo más, no era solo complicidad amistosa.

Dejo el tercer mensaje en el contestador.

—¿Hablas en serio, Grace? ¿De verdad vas a cortarme así? Sé que las cosas son complicadas, eso no significa que puedas desaparecer sin ocuparte de ello. No es justo, no después de lo que hemos pasado. ¿O solo me importa a mí? Seguro que ya te estás consolando con otro, ¿eh?

El tono de mi voz ha cambiado radicalmente, es más duro, tenso, enfadado.

Empiezo a caminar de un lado a otro de la piscina, pero cuando capto la mirada compasiva de Max, me detengo bruscamente, la ira se desvanece, dando paso a una profunda tristeza.

Tal vez realmente la perdí.

Me doy cuenta con una violencia devastadora e inicio la que juro será la última llamada de la noche.

Escucho el mensaje grabado que he memorizado y dejo que hable mi corazón:

—Lo siento, Grace, no quería enfadarme. No es justo que la pague contigo, es solo que... a mí también me cuesta. Me gustaría averiguar qué hacer, y necesito hablar contigo para poder hacerlo. No puede terminar así. No quiero que nos perdamos por un malentendido. Por favor, Grace. Por favor, llámame.

Mi voz se desvanece en el frío aire nocturno.

De repente, me siento cansado, agotado, consciente.

Que realmente es demasiado tarde.

Tal vez no haya llamada de vuelta.

CAPÍTULO 25

GRACE

NUEVA YORK - UNA SEMANA DESPUÉS

—Por nosotros —Samir levanta su copa.

—Todavía estoy incrédulo. Seré sincero, la llamada de Hart con la petición de ir urgentemente a casa de Hamilton me produjo mucha ansiedad, y cuando vi que tú también habías sido convocado, sentí que el suelo temblaba bajo mis pies por un momento.

Ash también levanta su copa, que choca con la de nuestro colega.

—No me lo recuerdes —Samir se estremece—. Cuando te vi, pensé inmediatamente en el proyecto. Repasé en un instante todo lo que habíamos hecho, no pude encontrar ningún fallo. Aun así, para una convocatoria tan inmediata tenía que haber un problema.

—Y sin embargo... —sonrió el rubio.

—Quién lo hubiera dicho —el otro está radiante.

Los escucho con la mejilla apoyada en la mano, mientras muevo la pajita de mi bebida en círculo, haciéndola slalom entre los cubitos de hielo.

No mantengas los codos en el tablero, no es de buena educación.

La voz del General resuena en mi cabeza. Pero no es la noche adecuada para escucharle.

Estamos en *Lemon's*, el bar de la azotea del Wyhte Hotel de Brooklyn. Los amarillos brillantes, los apliques déco y la auténtica jungla de plantas dan la sensación de estar en Miami, lo que en este momento hace que me disguste un poco.

Solo quiero olvidar el interludio floridano, a pesar de que nada ni nadie parece querer cooperar. Miro fuera y la vista de la puesta de sol sobre el horizonte de Manhattan me recuerda que estoy en Nueva York. En casa. Al menos en teoría.

—Me gusta este sitio, nunca había estado aquí —devuelvo la mirada a mis colegas. Ash y yo ya habíamos estado, para Samir es la primera vez—. Me parece intrigante la sorprendente diversidad de gente de distintas edades que hay allí. Es difícil encontrar a veinteañeros con ropa de diseño mezclados con gente de cuarenta, algunos incluso con sus hijos adultos. Me da la sensación de que el lugar es más un cómodo lugar de reunión al atardecer que un típico club neoyorquino —continúa.

—Tienes razón, a mí también me gusta por el ambiente relajado, dentro y fuera. En algún momento, todo el mundo se acercará al borde del tejado para hacerse una foto de las vistas, pero nadie es insistente —la mirada de Ash abraza todo el lugar y luego se detiene en mí—. ¿Grace? —me insta.

Una clara invitación a salir de mi letargo.

—Presente —levanto la copa como haría con la mano al pasar lista, pero sin cambiar de pose—. Me gustan sus cócteles, ligeros y refrescantes. Fruta, pepino, menta y jengibre se mezclan y

combinan en casi todas las bebidas de la carta —digo con desgana, en un intento de unirme a la conversación.

—Vamos, Grace, contrólate. Únete a nosotros. ¿No estás contenta?

—Feliz como una perdiz, ¿no se nota? —me enderezo pavoneándome y toco sus copas con la mía, que señalo primero a Ash y luego a Samir—. Por nuestro nuevo coordinador jurídico y nuestro nuevo director integrador de sistemas —me alegro por ellos, se merecían este ascenso.

Ash coordinará uno de los equipos legales, como era su deseo.

A Samir, por su parte, se le confió el departamento de domótica.

—Buenos días, chicos, tomen asiento —Samir imita el tono de nuestro jefe cuando entramos en su despacho—. Veo que están preocupados, pero solo tengo buenas noticias.

—Fisher quedó realmente impresionado por tu trabajo, las mías no fueron palabras de consuelo. No pude decírtelo antes, esperando a que se firmara el contrato, pero... —Ash da una palmada sobre la mesa.

—Tu proyecto se hará realidad —concluyo, copiando también la pausa efectista que inserta Hamilton—. Aquí —pausa. Solo para hacernos sufrir hasta el final—. En Nueva York.

Volvemos a levantar nuestras copas. Un resultado totalmente inesperado.

Fisher tiene un edificio sin utilizar aquí, en la Gran Manzana, y pensó que si Miami no estaba preparada para nuestra discoteca 5.0, Nueva York era el lugar perfecto.

El lunes comenzarán las inspecciones y los análisis de costes y viabilidad.

—Un brindis por el nuevo director de proyecto junior.

Otro trago, todo para mí.

Levanto mi copa sin prisas. Al final, yo también tuve un ascenso. De anónimo chupatintas a coordinador de uno de los proyectos estrella de la empresa.

Finalmente, el General pensará que he hecho algo bien. Si tan solo se lo hubiera dicho.

—Vamos, Grace, esfuérzate un poco. Deberías estar rebosante de alegría, no pongas esa cara de abatimiento —me responde Ash—. Nuestro trabajo tomará forma. Estamos aquí para celebrarlo.

—Exactamente. Nuestro proyecto verá la luz —confirma Samir.

Mis colegas lo repiten una y otra vez desde que recibimos la buena noticia, como si repetirlo a menudo lo hiciera más real. Pero les entiendo. Volvimos de Miami como soldados derrotados y en cuarenta y ocho horas nos encontramos ascendidos sobre el terreno, con medalla de honor incluida, y todavía tenemos que procesarlo todo.

Ellos están entusiasmados, yo estoy apática. Realmente quiero compartir su júbilo, pero por más que lo intento, solo puedo pensar en la traición de Thomas, en su ausencia.

Tengo que recuperarme.

—A los tres intrépidos —esta vez soy yo quien propone un cincin—. Por los que nadie hubiera apostado un duro, pero que han vencido a la competencia y verán realizada su superdisco del futuro nada menos que en el centro del mundo.

Nos reímos todos juntos.

Lo confirmo, decirlo en voz alta hace que suene más cierto.

Seguimos brindando compartiendo lo más destacado de nuestra estancia en Miami, de las dificultades que tuvimos que afrontar y que nos trajeron hasta aquí. Sal en la herida. Los recuerdos deben ser dulces, anécdotas divertidas de nuestra aventura.

—El momento más hilarante fue la escena del aeropuerto —bromea Samir mientras yo me pongo roja hasta la raíz del pelo, recordando el bochorno que pasé.

Estoy entrenado para las malas cifras, pero esa fue la peor de todas.

—Estoy indeciso entre el hada Marguerite o la llegada del señor Adams', continúa Ash y yo sacudo la cabeza. La cara de ya sabes quién ese día era todo un programa —continúa furioso.

Las copas empiezan a afectarme, quiero estar tan alegre como ellos, pero incluso me apetece beber, porque los cócteles que me gustan están relacionados de alguna manera con él.

Intenté no pensar en él, ni siquiera volví a mencionar su nombre, y prohibí incluso a mis colegas que lo dijeran en mi presencia.

Ojalá fuera fácil borrarlo. Deberíamos tener, como el teléfono móvil, un botón para resetear la memoria y poder eliminar las cosas que nos causan dolor, pero en lugar de eso, llevo la carga todos los días.

—Grace, ¿dónde te has perdido?

Miro a Samir como un ciervo delante de los faros, no he oído nada de lo que ha dicho.

—Se quedó en Miami —responde Ash en mi lugar, ganándose una mirada sucia de su servidor, luego suspira y me mira con intensidad—. Tienes que hablar con él —repite por enésima vez.

Ambos están convencidos de la inocencia de Thomas, y no pueden entender que no haya nada puro en él. Intentó llamarme, pero no le contesté.

Estoy segura de que podría convencerme, igual que hizo con ellos. Con su calma y su lógica, siempre consigue colarte las palabras adecuadas. Es difícil no caer víctima del tono seductor de su voz o de esa mirada encantadora.

La única forma de no ceder al hechizo de la serpiente es no mirarle a los ojos. Y no tengo intención de ceder. Pero tengo curiosidad.

—¿Se lo has dicho?

—Fisher ya le había informado.

Jadeo. Me confirma que tengo razón sobre él. Lo sabe, pero se queda en Miami. Prefiere trabajar con ganadores que con nosotros en sus planes. Después de todo, siempre pensó que éramos perdedores.

¿Cómo se llama a un equipo Marshmello? el mono en mi mente.

—Y Superm... —Hago una pausa en el tiempo—. ¿Y cuáles fueron los comentarios de Superidiota?

Ash casi se atraganta y escupe lo que está bebiendo.

—Veo que has recibido una mejora —se ríe entre dientes.

—Ash tiene razón. Tienes que hablar con él —Samir arruga la nariz—. Tienes que darle la oportunidad de explicarse. No eres el único que se siente mal.

—Primero, estoy perfectamente. Segundo...

—Ahí están, mis incomparables colegas. Wade se detiene cerca de nuestra mesa, saluda con la mano al grupo de personas que le acompañan para que continúen hacia la suya.

Está bien, no es mi noche en absoluto, eso es todo lo que necesitamos.

—No me di cuenta de que iba a haber una salida en grupo para celebrarlo o no habría hecho otros planes —comenta seráfico, como queriendo pasar con él nuestro tiempo libre.

Mis amigos y yo intercambiamos una mirada, culpables pero no demasiado. A ninguno de nosotros se nos ocurrió invitarle. Wade no es de los nuestros. No le vemos como parte del proyecto. No es suyo. Aunque sea Thomas quien le ha robado el sitio.

—El que ríe el último ríe mejor. Puede que algunos piensen que me habían adelantado, pero el mejor ingeniero de Lauder soy yo y sigo siendo yo, por eso se me ha confiado la tarea más importante. Nos vemos el lunes —se aleja para reunirse con sus amigos, luego se detiene y me dirige una mirada que yo calificaría de inquietante—. ¿Grace? —Se inclina para acercarse a mi

oído—. Será un placer trabajar contigo —dice, enderezándose y cuadrándome intrusivamente, sus ojos se detienen insistentemente en mi escote, y estoy segura de que no está apreciando mi cerebro.

Me gustaría reñirle, recordándole que mis ojos están más arriba, pero no soporto esa vista, descansen donde descansen.

—Intenta no meter la pata —concluye, y yo me estremezco.

Su aliento huele a alcohol y me da náuseas.

Intento apartarme y con el codo golpeo sin querer las gafas que están en medio de la mesa, que resbalan por el suelo salpicando los pantalones y los zapatos de Wade, demasiado ocupado mirando a mi tercero para darse cuenta de la fechoría.

—¡Joder! —grita cuando Flood Wells le pasa por encima.

—Uy, demasiado tarde —respondo seráficamente, mientras le veo alejarse, maldiciendo. Nada nuevo. Por una vez, casi agradezco mi torpeza. Cuando pienso en él, realmente no hay nada de lo que alegrarse. Pero ya que estamos aquí, aprovechémoslo. ¿A quién le toca ahora?

Mis colegas sueltan una carcajada.

—Para mí —ofrece Samir, y se dirige a la barra.

El servicio de mesa no siempre es el más rápido.

—Bienvenida de nuevo, Catástrofe —Ash me encierra en su abrazo, encendiendo recuerdos no muy lejanos.

Espero que Samir vuelva pronto, realmente necesito anularme en alcohol.

La catástrofe es inminente.

CAPÍTULO 26

GRACE

—Buenos días, James —saludo, entregándole la bolsa con brioche y café.

—Buenos días, Grace —corresponde—. Bienvenida a casa.

Es extraño que sea el portero del lugar donde trabajo quien lo diga, y no mis padres, pero nunca les he llevado el desayuno de *Veniero*.

Ni siquiera salgo del ascensor si tengo compañía.

—¿Cómo es arriba? —Samir aparece detrás de mí.

—¿Te has instalado bien? —Ash está detrás de él.

—Acabo de llegar.

Me giro hacia ellos y luego vuelvo a mirar mi nuevo despacho. En el último piso. Es pequeño, pero tiene una magnífica vista de Central Park, como compruebo al acercarme a la cristalera.

—Pasa. He traído el desayuno —les enseño el sobre de la mejor pastelería italiana de Nueva York. Lo dejo sobre el escritorio y cojo la bandeja con el brioche y los cafés.

—¿Cómo ha ido? —Ash se sirve, sentándose a un lado del escritorio.

Terminó su trabajo en el momento en que se firmó el contrato.

Samir toma asiento en una de las sillas de los visitantes. Tomará el relevo en cuanto terminen los trabajos estructurales.

—Ha sido una semana ajetreada, dedicada casi por completo a las obras. El viernes terminamos la inspección y, por lo que cuenta Wade, no habrá mucho trabajo que hacer. Es un lugar precioso, todo paredes de cristal. Una parte estará automatizada para poder abrirla cuando haga calor, haciendo realidad lo que habíamos pensado como un patio —ya veo por qué Fisher es un empresario de renombre, tiene un ojo infalible. Ese local suyo parece hecho a medida para nuestro proyecto—. Incluso el techo será transparente con una cubierta autopropulsada y permitirá bailar bajo las estrellas.

Sonrío radiante, tan emocionada como una niña en la feria.

—Sí, Wade me mencionó algo. Ya he empezado a estudiar su viabilidad —Samir siempre está al tanto. Me pregunto si también habrá hablado de ello con Superidiota.

—En fin, respondiendo a tus preguntas, hoy es mi primer día, así que aún tengo que adaptarme. Estoy segura de que estaré bien porque no tengo que compartir la oficina con otros.

Con la boca ocupada saboreando los manjares de *Veniero*, nos permitimos un momento de silencio.

—Tendrás que tener mucho cuidado cuando vayas a la máquina de café... —se burla Samir.

—He oído que en la zona de descanso de esta planta hay una máquina automática que hace capuchinos con mucha espuma. No me gustaría que te vieras obligada a utilizar todo tu aumento de sueldo para pagarla —va Ash tras él.

—Estúpido —arrugo la servilleta y se la tiro—. Solo estás celoso, sin embargo, te permitiré

usar la excusa de venir a saludar cuando quieras usarla.

—Aquí está, dos minutos en el último piso y ya tiene la cabeza levantada —me toma el pelo Samir—. Tú eres el que nos necesita. He oído que han encargado a Wells un programa de protección contra inundaciones.

—Muy buena —le dice el rubio.

—Buenos chicos. ¿Vinieron a saludarme o a aterrorizarme?

Ni que decir tiene que tienen razón. Estar en esta planta, donde están todos los peces gordos, me da un poco de miedo. Me siento fuera de lugar y cuando estoy agitada me convierto en una amenaza pública.

Sin embargo, me prometí ser muy cuidadosa y no consumir café ni derivados a menos que estuviera sola en mi despacho.

—Hemos venido a ver a la nueva jefa de proyecto junior del trabajo, porque dicen que es muy guapa —Ash me guiña un ojo y me abraza—. Si me necesitas, ya sabes mi número. Nos vemos luego en la cantina.

—Yo también voy. Podría acostumbrarme a este servicio —señala el desayuno con un gesto de la cabeza.

—Bueno, te espero el lunes. Hagamos de este nuestro abrazo de principios de semana —saludo a los dos y miro a mi alrededor para familiarizarme con mi nuevo espacio.

Los de la mudanza dejaron la caja con mis cosas en un estante bajo detrás de mi silla. Saco mis cosas, que no son muchas. Un portabolígrafos, un bloc de notas, una cajita de estantería con clips de varios tamaños y la grapadora.

Sonríó al ver mi foto con Amélie en la que salimos los dos con arnés porque una vez consiguió convencerme para que me fuera con ella de minivacaciones y acabé probando la tirolina por Nueva York.

Tras terminar de ordenar el escritorio, coloco mi portátil, saco algunos papeles y empiezo la jornada laboral: contactar con los proveedores para encargar el material de la lista de Wade, intentando conseguir los mejores precios y los plazos de entrega más cortos.

La mañana pasa rápido, aunque las muchas horas frente al ordenador me cansan los ojos. Me quito una lentilla para humedecerla y la sostengo con el dedo corazón izquierdo, mientras me inclino hacia la derecha para coger el bote de líquido del cajón.

¿Resultado? La lente se me cae de la mano.

Casi se da por sentado.

—Pero qué tonta eres, Grace —me reprocho—. Muévete un poco más con la silla, ¿no?

Me agacho bajo el escritorio en busca de la lente.

—Grace —hago un gesto de dolor ante esa llamada—. ¿Qué estás haciendo debajo del escritorio?

Hago por levantarme con el resultado de golpearme la cabeza.

—Mierda.

—Lengua, Grace —la voz continúa impertérrita, en lugar de pensar en venir a ayudarme.

Retrocedo para enderezarme sin sufrir más daños, me apoyo en la silla con el resultado de empujarla hacia atrás, desequilibrándome. Intento, en un último intento desesperado, agarrarme al borde del escritorio, arrastrando sobre mí el portátil, que cae primero sobre mi cabeza y luego sobre mi espalda.

—Joder.

—Grace —trueno la voz, fría como el hielo, sin haber subido ni una milésima de decibelio.

—Buenas tardes, padre —consigo decir en cuanto me sereno y doy alguna apariencia de

acomodo a la confusión que he armado.

—¿Qué es esto?

Miro como una condenada a la horca los papeles que han caído a los pies del General, quien, en lugar de pavonearse con su caro Tom Ford, hoy decide agacharse y recogerlos. Su ceño severo se ensombrece, su cuerpo adquiere una rigidez inusitada y pienso que podría acabar aquí, víctima de un derrame cerebral.

Supongo que se pregunta qué hizo mal para tener una hija como yo.

En cuanto recobra el sentido, agita los papeles delante de mi cara y luego los deja sobre el escritorio.

—¿Así es como trabajas? —Sacude la cabeza—. He comido con Hamilton. Él fue quien me dijo que ahora ocupas un despacho en esta planta.

—Me mudé esta mañana.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? Como siempre, me hiciste quedar mal. Ni siquiera sabía que habías vuelto a Nueva York.

—He vuelto hace quince días. Hamilton sabe que he estado muy ocupado con este nuevo proyecto, así que no he tenido tiempo para dedicarme a otra cosa que no fuera trabajar.

—¿Y desde cuándo eres un incansable adicto al trabajo? —replica.

Suspiro, alguna vez le haría uno bien.

Debo controlarme o me arriesgo a usar el portátil de forma inadecuada.

—No quiero defraudar a Hamilton, dada la oportunidad que me ha dado.

—Me alegro de que, por una vez, te hayas dado cuenta de lo mucho que se jugó el cuello por ti. No sé si en su lugar yo me hubiera atrevido a tanto, a pesar de la profunda amistad que nos une.

Gracias, papá.

A estas alturas, sus palabras ya no tienen poder para herirme. Al menos eso es lo que quiero creer.

—¿Cuánto tiempo espera mantener esta oficina?

Tanta confianza. No, no te molestes, sé que tienes en alta estima mis habilidades, no hay necesidad de repetirlo otra vez.

Es un juego al que juego a menudo cuando trato con el General en su apogeo. Respondo a sus preguntas solo en mi cabeza, considerando lo contrario de lo que dice. Solo obtengo cosas buenas y positivas.

—Intenta no acabar todo pronto y en tragedia, como sueles hacer.

Estoy de acuerdo contigo, duró demasiado, pero fue un encuentro muy agradable.

—Tu madre y yo te esperamos en la cena familiar de la semana que viene —concluye finalmente.

—Grace, necesito que me hagas fotocopias de la lista de proveedores. Wade entra sin llamar y se queda helado al ver a mi padre—. Lo siento, no sabía que tenías visitas.

—Soy Patrick Wells, el padre de Grace.

Se presenta, extendiendo su mano.

—Ingeniero Wade Perry, colega de su hija —completó el saludo, escrutándolo detenidamente, tratando de averiguar dónde lo había visto antes.

Cuando se da cuenta, sus ojos brillan como los del tío Scrooge ante un dólar.

—¿Abogado Wells?

—El único e inimitable —respondo en lugar de mi padre, ganándome una mirada sucia por su parte.

Mi colega se me acerca y me pone el brazo sobre los hombros.

—Bueno, para ser sincero, Grace y yo acabamos de empezar a trabajar juntos, pero sé que llegaremos a ser grandes amigos.

Apenas puedo evitar poner los ojos en blanco ante una escena que ya he vivido millones de veces. Muchos piensan que ser mi amigo da acceso a las altas y poderosas conexiones de mi padre. Pocos se han dado cuenta de que ser mi amigo es la peor tarjeta de presentación de mi padre.

Me alejo para zafarme del brazo intruso de Wade.

—La próxima semana, puntualmente a las siete, Grace. No se permiten deserciones —papá se da la vuelta para marcharse después de dar sus instrucciones—. Buenas noches —saluda a mi compañera—. Grace —me llama por última vez antes de dirigirse a la puerta—. Tira esa basura a la papelera —señala con un gesto de la cabeza los papeles que ha recogido.

No sigas con tantos cumplidos, podrían hacerme girar la cabeza.

—¿Eres la hija del abogado criminalista Wells? —pregunta Wade, en cuanto mi padre se marcha, y el asombro que muestra es casi insultante.

—No —respondo—. Él es quien es mi padre.

Noto un principio de irritación en su expresión, que rápidamente se transforma en risa.

—Qué gracioso eres.

Sí, como un adefesio. Lameculos.

—¿Necesitabas? —Intento reconducir la situación al trabajo.

—Deberías hacerme fotocopias y llamar al proveedor de los bloques de hormigón celular tratado en autoclave. Cuando lo tengas en línea, deberías pasármelo.

—¿Has visto qué bonita es la placa de mi puerta? —le pregunto.

Me mira con extrañeza, pero me sigue la corriente y se dirige a observarla conmigo a remolque.

Desde luego, él no ve nada especial en ello, pero yo soy la hija del abogado penalista Wells y estoy segura de que él estaría de acuerdo con cualquier chorrada que saliera de mi boca.

Hermoso, muy hermoso —comenta al final.

—¿Qué dice?

—Dr. G.M. Wells, director de proyecto junior.

—Me alegro de que sepas leer. ¿Sabes lo que eso significa? —pregunto con ironía, aunque no le doy tiempo a responder—. Que puedes hacer tus propias fotocopias y llamadas telefónicas.

Le cierro la puerta en las narices y con satisfacción veo cómo retira la mano antes de que le aplaste todos los dedos.

Por hoy de matones me he llenado.

Me siento, recuperando los papeles incriminatorios. Los ojos seductores de Thomas se burlan de mí. Consigo plasmar en papel la extraña luz que brillaron aquella noche.

Nuestra primera noche.

Eso no es lo que molestó a mi padre. Recojo la siguiente hoja, donde he retratado la magnificencia de su cuerpo. Miro el dibujo y me parece un trabajo muy bueno, una obra de arte al desnudo y muy fiel al original. Miro su cara: he captado su risa cálida y vibrante, puedo oírla resonar demasiado cerca de mi oído.

Recuerdo sus palabras como si fuera ayer.

—Créeme, Grace, no puedo esperar para averiguarlo, pero...

Yo también le tenía ganas y me quemé.

Resueno con eso de que estoy *mojada* antes, y estoy *literalmente empapada* después, porque

yo también lo estaba, por lo que él me hizo sentir.

Desciendo por esos pectorales esculpidos hasta llegar a los abdominales tensos, definidos pero no en exceso. Desciendo hasta sus pies, grandes y delgados, y luego subo por sus piernas esbeltas pero poderosas. Aterrizo en su sexo, inmortalizado en todo su esplendor.

Lo echo de menos.

Echo de menos al hombre voraz que me devoró nuestra primera vez.

Echo de menos al amante apasionado y amable de nuestra semana juntos.

Echo de menos al colega impaciente en el que empecé a ver admiración, a pesar de mi torpeza.

Echo de menos cómo me hacía sentir.

Porque a pesar de nuestro comienzo poco prometedor, con Thomas empezaba a sentirme otra persona. En sus ojos de los últimos días juntos leí aceptación, a pesar de la vergüenza que era capaz de provocarle.

Por una vez, creí que podía ser amada por un superhéroe.

Eso fue lo que me hizo daño. Me hizo bajar las defensas y luego atacar cuando le di confianza y le abrí todas las puertas.

Dejo de mirar los recuerdos nuestros que plasmo en el papel, solo quiero ahuyentarlo, a pesar de mi miedo a olvidarlo. Me detengo en el dibujo que horrorizó a mi padre.

Él y yo, unidos, encerrados en un abrazo que es una conexión de mente y cuerpo, como si fuéramos uno.

Los meto en una carpeta, que guardo en la bolsa del portátil, aunque no piense como mi padre, no es basura.

Estos dibujos nos representan, lo que hemos sido.

Y mi padre solo tiene razón en una cosa: estos dibujos deben desaparecer.

Por mi bien.

CAPÍTULO 27

GRACE

Despertarse a las seis, ducha, metro, carrera de obstáculos humana hasta la oficina con una pausa para desayunar pastelitos.

Ni siquiera este abrazo matutino parece amortiguar el peso del día, que se me hace cuesta arriba.

Si la visita de mi padre fue una prueba de supervivencia, hoy será una masacre. Desde ese día, el compromiso de la cena de esta noche ha estado rebotando en mi cabeza.

Era imposible librarse de la invitación del General, especialmente con una convocatoria de toda la tropa.

Una cena familiar debe ser un pensamiento feliz, que evoque un momento de alegría y de compartir, no una batalla campal.

—No pensé que te encontraría.

Levanto la vista del ordenador y me encuentro a Ash en la puerta.

—¿Dónde debería estar?

—¿Emigró a Australia? Creo que Lauder tiene algunos corresponsales en Sydney —se le informa de la cena de esta noche.

—Oye, no había pensado en eso —a lo mejor tenía la oportunidad de saltármelo.

—Y con tu ascendiente sobre el jefe, no tendrías ningún problema —se burla de mí.

—No te involucres tú también —soy sensible al tema, sobre todo ahora.

—Te has ganado este cargo a base de trabajo —me tranquiliza, muy consciente de mis inseguridades—. Puede que seamos los mejores en nuestros campos, pero, sin ti, yo, Samir y....

—Superidiota —le interrumpo antes de que pueda nombrarlo.

Se ríe con ganas y luego se recompone.

—Sí, él. Bueno, nosotros solos no habríamos tenido algo tan brillante que presentar.

Me complace haber sido esencial para mi equipo.

—¿Crees que puedes instalarte aquí hoy, permanentemente? Necesito abastecerme de tantas apreciaciones como sea posible antes de esta noche.

—Vamos, Grace, solo será una cena.

Resoplo.

—Las de mi familia nunca son *solo cenas* —difícil de entender para quienes tienen padres convencionales—. Para mí es más bien un maratón emocional.

—¿En serio? —exclama incrédulo.

Lo entiendo, a mí también me costaría creerlo si no formara parte del carrusel.

—No se trata solo de ir bien vestido, sentarse bien compuesto, comer o charlar. Se trata más bien de una velada de reportaje para jóvenes Wells. Comparación inevitable. Nunca salgo muy bien parado. Digamos que soy motivo de vergüenza para mis padres.

Ash es consciente de la difícil relación con mi padre, aunque nunca entré en detalles.

—¿Por eso sentiste esa antipatía inicial por el *recién contratado*, porque era parecido a tu padre?

—No. Nos conocimos en una situación poco convencional que no le favoreció —un episodio del que nunca le hablé—. Acordamos no hablar de él —concluyo, dirigiendo a mi amigo una mirada severa.

—No quieres que se mencione su nombre y no quieres oír hablar de la situación que se ha creado. Sin embargo, mi opinión es que se equivoca.

Me paso una mano por los ojos, siento que empieza a dolerme la cabeza.

—No es el día adecuado para hablar de ello.

—Nunca será el día correcto. Decidiste que Thomas no era de fiar porque era más fácil distanciarse antes que él. Sin embargo, ¿alguna vez consideraste que él también podría estar involucrado? Ni siquiera escuchaste los mensajes que te dejó en el contestador.

—Me distancié porque se burlaba de mí, porque me empujaba a ser mejor para que colaborara y luego, cuando creía que éramos un equipo, me dio la espalda. Nos las dio a todos. Si no les afecta a ti y a Samir, no me afecta a mí. Si crees que soy una idiota por mezclar vida privada y profesional y acostarme con él, entonces tienes razón. Soy la mayor idiota del mundo y no puedo perdonarle que me haya convertido en una.

Levanta las manos en señal de rendición ante mi lividez.

—No quería molestarte —se acerca más—. No creo que seas idiota. Creo, más bien, que también le afectó su Catástrofe —sonríe inseguro—. Me gustaba la Grace que podía sacar. Aunque comprendo tu punto de vista, estoy convencido de que él no sabía nada del cambio de equipo. Sin embargo, como no te gusta hablar de ello, te prometo que no volveremos a hacerlo.

—Gracias, y discúlpeme. Es demasiado pronto, aún estoy muy sensible con el tema.

—Si necesita un rescate esta noche *in extremis*, llame o envíe un mensaje de texto a *Operación Enaguas*.

—Tonto —pero capaz de ponerme de buen humor otra vez, y estoy agradecido por la forma en que creció nuestra amistad durante el tiempo que vivimos juntos en Miami.

Me abraza y me da un beso en la mejilla.

—Ten cuidado con Wade, no es de los que juegan limpio.

El día pasa rápido, con mil cosas que hacer. Quieren que el local esté listo para la inauguración de Navidad, en resumen, un milagro más que un reto. A las cinco salgo de la oficina. Tengo que hacer unos recados y no quiero llegar tarde.

Me presento en casa de mis padres un cuarto de hora antes, y como corresponde a mis buenos modales, con flores para mamá y una botella de vino.

Al abrir la puerta está la nueva ama de llaves, que me informa de que me esperan en el estudio.

—Pasa, Grace —me invita mi padre, cuando me detengo en el umbral. No me gusta nada esta habitación: es donde me grababan cuando hacía algo mal, básicamente todos los días de mis primeros dieciocho años, hasta que fui a la universidad. Después, recibía reprimendas por teléfono o videollamada.

—La llegada de tu colega interrumpió nuestra conversación de la semana pasada, solo quería instarte a que tengas cuidado con lo que haces y aproveches este momento para construir una base sólida que pueda significar un crecimiento para tu carrera.

—Ya te lo he dicho, papá, tengo toda la intención de no defraudar a Hamilton.

—Me alegra oír eso, me alegra igualmente que hayas roto el romance con tu colega.

—¿De qué estás hablando?

—Sé que has estado viendo a un tal Thomas Clark en Miami. Prometedor ingeniero de veintisiete años, recién contratado en Lauder. Originario de Carolina del Sur, hijo de un obrero y un ama de casa —echa un vistazo a una hoja de papel dentro de una carpeta.

—Estás de broma, ¿verdad? —me levanto indignada.

—Soy uno de los abogados penalistas más reputados del país, ¿cree que no tengo enemigos? Es mi deber investigar a las personas cercanas a mis hijos. Es necesario para su seguridad.

A veces, lo juro, creo que soy adoptada, porque este hombre y yo no podemos compartir la misma sangre.

—Damos al término protección un significado muy diferente —estoy segura de que mi cara refleja toda mi decepción—. Yo hablaría más de control. Pero tú y yo nunca coincidimos, así que no tiene sentido discutir, no antes de la cena —me doy la vuelta y me alejo.

—Grace, no dije que podías levantarte e irte.

Inhalo y exhalo. Me tomo todo el tiempo que necesito para recomponerme, y solo me doy la vuelta cuando siento que mi rostro no muestra nada de la agitación que se agita en mi interior.

—¿Puedo ir a saludar a mi madre? —pregunto impasible.

—Su colega, Wade Perry —responde, ignorando por completo la pregunta—. Hamilton me ha hablado bien de él, hará una buena carrera en Lauder. Es hijo de unos amigos del senador Perkins y encajaría muy bien. Qué suerte que ese chico se interese por ti —*subestimado para alguien como yo*—. Intenta ser cooperativa y dale una oportunidad. Mantén tu torpeza a raya. No queremos echarle antes de que pueda surgir algo entre ustedes —se distrae con la llegada de un mensaje—. Puedes irte— con la mano me indica que me desaloje.

—Señor, General —me llevo la mano a la frente en el perfecto saludo militar, contento de haberle irritado, y me reúno con mi madre en el salón.

Me gustaría marcharme, pero Dios me libre de hacer una afrenta tan grande al General. Él puede hurgar en mi vida como si yo fuera una marioneta en sus manos, pero yo no soy libre de indignarme. Y las sorpresas no han terminado, porque cuando llego hasta mi madre y mis hermanos, Wade también está allí.

Se levanta en cuanto me ve para venir hacia mí y me abraza.

—Hola, Grace, me alegra esta invitación a cenar de tus padres.

Yo, en absoluto.

Permanezco rígido como un pez en sus brazos. Me encuentro con los ojos de mis hermanos, veo la expresión de disculpa por la actitud de papá, ni siquiera ellos pueden evitarlo.

—¿Qué tienes en los ojos, Grace?

Si mi padre solo me ve por mis fracasos, mi madre solo me ve por mis atuendos inapropiados. Mamá es francesa y antes de casarse con el abogado Wells trabajó en la industria de la moda.

—Tuve un problema con mis lentes de contacto.

—*Ma petit*, esas cosas no se pueden ver. Estaban de moda hace al menos 20 años.

Si el aperitivo es un coñazo, la cena es un suplicio.

La mesa está cuidadosamente puesta. El olor a comida caliente llena el aire. El General está sentado a la cabecera de la mesa, mi madre delante, mis hermanos a su derecha, Wade a su izquierda y yo entre él y mi madre. En casa de los Wells está terminantemente prohibido hablar mientras se come. Solo se permite conversar entre plato y plato. El ruido de los cubiertos sobre el plato contrarresta las voces. Una vez consumido el aperitivo, comienza el interrogatorio.

—He oído que tu bufete ha ganado el caso Warren. ¿Lo llevarás tú? —La primera pregunta es para mi hermano, el primogénito. El ser tan perfecto que eligió ejercer en otro bufete para evitar

cualquier nepotismo.

—Sí, papá. Es un caso complejo, pero estamos preparando una buena línea defensiva. Me han emparejado con uno de los mayores. Trabajo hasta tarde casi todas las noches, pero es emocionante. Un poco menos para Lauren.

—Excelente. Siempre con la cabeza sobre los hombros, centrado en cosas serias. Eso es lo que hace falta para hacerse respetar —dice mi padre con una sonrisa orgullosa.

—¿No te estás cansando demasiado, amor? Tienes que cuidar de ti y de Lauren también —la segunda pregunta es para mamá, que nunca deja de interesarse por la salud de su protegida. Apenas me contengo de resoplar, y me escondo detrás de un sorbo de agua.

—Estoy bien, mamá, gracias. Lo tengo todo bajo control.

Después del primer plato, es el turno de mi hermana.

—¿Cómo van los turnos en el hospital? Seguro que ya te están llegando casos importantes —dice papá.

—No me puedo quejar. Es un reto. Ayer incluso asistí en una intervención quirúrgica —mi hermana nació para ser médico y cuando habla de su trayectoria, su vocación resplandece y no puedo evitar admirarla.

—¡Ya está! Eso es hablar. No todo el mundo tiene la determinación y la inteligencia para ser médico —mi padre destila orgullo por todos los poros.

—Ten cuidado de no excederte. Duerme las horas necesarias y no te saltes ninguna comida —dice Mamá.

—No te preocupes. Quiero ser el médico, no el paciente —responde mi hermana, arrancando una carcajada de toda la mesa.

Después del segundo plato, me tocaría a mí, pero Wade está allí y podría perdonarme. Escuchó la conversación de mi familia sin interrumpir ni intervenir en ningún momento, como si le hubieran avisado del extraño ritual de nuestra cena.

—Ingeniero Perry, ¿qué puede decirnos de usted? —preguntó el General.

—Bien, Sr. Wells, en primer lugar quiero agradecerle a usted y a su esposa esta invitación. Siempre he admirado su trayectoria. Ser cabeza de una familia con tanto talento no está al alcance de cualquiera y a menudo me pregunto cuál es el secreto para criar a dos hijos como los suyos. ¡Un abogado y un médico! Es increíble.

Qué lameculos profesional.

—Disciplina, dedicación y ejemplo. Siempre he tenido claro lo que es importante en la vida y se lo he enseñado a todos mis hijos —dice esto hinchando el pecho con orgullo y mirándome a la palabra de todos.

Wade asiente convencido.

—Yo siento lo mismo. No quiero parecer arrogante, pero yo también me estoy abriendo camino. Desde que me licencié en ingeniería civil, ya he trabajado en grandes proyectos de infraestructuras. El penúltimo fue un puente colgante que llevó meses de intenso trabajo. Y ahora estoy trabajando con Grace en una discoteca futurista para los Fisher en Miami.

—¿Un puente colgante? Debe de haber sido todo un reto —exclama mamá.

Wade se regodea en el interés.

—Un trabajo complejo, pero realmente mereció la pena. El equipo que dirigí estaba formado por ingenieros experimentados y, bueno, hice una contribución vital. La seguridad y la precisión lo son todo en este campo. También diseñé la estructura de la discoteca que Fisher está construyendo en Miami. Pero, debido a mi experiencia, ahora me han encargado la de Nueva York. El problema, cuando eres muy bueno, es la envidia que generas, sobre todo de los nuevos

colegas.

Cualquier referencia es pura coincidencia.

—¿Alguien te ha dado problemas? —pregunta mi padre socarronamente.

Wade está tan enfadado con Superidiota que no se da cuenta de que le ha hecho el juego.

—Lauder contrató a un joven ingeniero que trabajaba en la costa oeste. Inteligente, no puedo negarlo, aunque no a mi altura. No sé cómo, pero consiguió que le trasladaran a mi equipo para supervisar la ejecución de mi proyecto, y a mí me asignaron al suyo para poder arreglar sus imperfecciones.

¿De verdad se cree todas las tonterías que dice?

Wade sigue enumerando sus logros, yo intercambio una mirada de comprensión con mis hermanos, que se divierten con la escena y con mi evidente repugnancia ante el pomposo ingeniero.

—Siempre que veo una estructura terminada, pienso en lo parecido que es a construir una familia. Se necesitan unos cimientos sólidos y un liderazgo fuerte, como el suyo con sus hijos.

Corro el riesgo de ahogarme y enmascaro el grito con una tos fingida mientras mi hermano se aclara la garganta para cubrirme.

Mi padre asiente satisfecho.

—Tiene razón. Hay que construir algo duradero, ya sea una familia o una casa. Siempre se lo digo a mis hijos, pero no todos escuchan.

Esperaba escaparme o que mi turno llegara después del postre, aunque ni siquiera el azúcar puede endulzar al General.

—¿Y tú, Grace? ¿Qué has hecho hoy? —pregunta en tono frío.

Normalmente, me limito a *nada interesante*, dispuesta a soportar todo el sermón que conlleva. Hoy, sin embargo, ya he tenido bastante, y sigo indignada por lo que me dijo en el estudio.

Me aclaro la garganta.

—Salí del trabajo y fui a comprar una botella de vino y un ramo de flores para mamá —me gano una sonrisa de la persona en cuestión—. Me dirigía al quiosco de Central Park donde sé que hay las calas azules que a ella le encantan. Mientras caminaba oí a una anciana gritar al ladrón, y el chico que le arrebató el bolso salió corriendo en mi dirección. El coche patrulla que estaba cerca entró inmediatamente en acción.

—¿Le han cogido? —pregunta mi hermana con curiosidad.

—El chico me vio demasiado tarde y, cuando nos encontramos cara a cara, intentó esquivarme. Pero le puse la zancadilla y cayó al suelo.

—¿Estás herido? —pregunta mamá preocupada, mientras papá niega con la cabeza.

—La patrulla llegó y lo detuvo, apoderándose del bolso.

—Genial, Grace —exulta mi hermana, inmediatamente llamada al orden por una mirada fulminante de papá.

—El chihuahua de la señora me confundió con el ladrón y se abalanzó sobre mí, mordéndome los pantalones por detrás.

—¿Un chihuahua? —ríe Wade—. ¿Cómo te muerde un perro que parece un ratón?

Le ignoro y continúo mi relato.

—Empezó a tirar de mí por el dobladillo del pantalón como si fuera un lobo voraz, sin hacer caso a que el ama le decía que parara e intentaba apartarlo de mí.

—Déjate de payasadas —sisea mi padre entre dientes apretados.

Saco la pierna de debajo de la mesa y muestro los pantalones, con los agujeros causados por los dientes del perro.

—Intenté quitármelo de encima, ¡pero no me soltaba! Así que me di la vuelta para asegurarme de no golpear a la señora, lo que me hizo perder las gafas.

—Estás haciendo el ridículo —gruñe el general en una guerra de miradas—. *Esta noche gano yo.*

—Mientras la patrulla completaba la detención, la señora no dejaba de disculparse y darme las gracias. Cuando consiguió quitárselo de encima, se apoyó en mí para no caerse, con el resultado de que acabé en el suelo. Justo en la montura de mis gafas, que se rompieron.

—¡No me lo puedo creer! —se ríe Wade, —¡Qué cojo eres!

No lo suficiente para acabar con alguien como tú.

Me vuelvo hacia mamá:

—Eso es lo que llevaba en los ojos —le explico—. Las gafas del marido de la difunta, que me regaló para que llegara a tiempo —me limpio la boca con la servilleta, la dejo sobre la mesa y me pongo de pie—. Soy coja, sí —afirmo, mirando a Wade—. No porque me pasen cosas embarazosas, sino porque tengo un colega que, para caerle en gracia a mi padre, finge estar interesado en mí. Él blanquea, pero no se aventura a replicar—. Soy ridícula —continúo, desviando la mirada hacia mi padre—. Porque, para no contrariarlo, acepto gafas de treinta años para no llegar tarde.

—Grace... —intenta detenerme, pero a estas alturas soy un torrente incontenible.

—Me alegro de haber vuelto a colmar tus expectativas esta vez: he hecho otro desastre, para que puedas compadecerte de este engendro de la naturaleza que has parido, mientras te complaces en tener dos hijos con talento que pueden hacerte sentir orgullosa —mi hermano ensancha los ojos—. Estoy harto de tu humillación. Quizá todo este tiempo no te has dado cuenta de que si tú querías una hija que no te avergonzara, yo quería un padre y una familia que me quisieran por lo que soy—. Salgo de la habitación sin mirar atrás.

—¿Grace? —me llama mi hermano—, te llevaré a casa.

—Hace falta un médico —se sumó mi hermana—, tengo que revisarte la pierna, pequeña heroína.

Los miro asombrada y agradecida.

Por primera vez, me siento la chica más afortunada del mundo.

CAPÍTULO 28

GRACE

Estoy sentada en el sofá con el portátil en el regazo, este fin de semana me he traído trabajo a casa.

El equipo de Fisher está investigando el nombre del club. Desde la primera vez que Superidiota y yo hablamos de lo que debería ser nuestro club del futuro, *City Sensation* me pareció que encapsulaba mejor su esencia. Pero antes de proponerlo, quiero investigar un poco para asegurarme de que no se ha utilizado ya y conocer su posible impacto comercial y de marketing.

No es exactamente mi campo, pero casi siento que este proyecto es mi bebé.

—De ninguna manera vamos a pasar un sábado por la noche en casa trabajando —Amélie salta a mi lado obligándome a hacerle sitio. Mira horrorizada mi portátil y el mono negro que llevo puesto—. Mutante alienígena, ¿qué has hecho con mi amiga?

—Bonito. Él tiene un punto sin embargo, yo también estaba pensando algo similar hace dos minutos. ¿Crees que los genes del General finalmente se apoderaron de mí?

—La buena sangre no miente, y últimamente lo ves con más asiduidad —responde pensativa—. Tenemos que asegurarnos de que el gen alterado en tu ADN reaparezca lo antes posible.

Tiene razón. Por desgracia, en las últimas semanas mi familia ha estado mucho más presente.

El ilustre padre galvanizado por el interés de Wade en alguien como yo. Como si realmente se sintiera atraído por mí, ¡y no por el apellido que llevo!

Mis hermanos, por otra parte, decidieron después de la patética escena de la última cena que debían implicarse más en mi vida; por lo tanto, me gané una invitación semanal a comer de uno de ellos y una llamada telefónica de los dos.

—¿Qué propones? —le pregunto.

—Salgamos y divirtámonos.

Me inflo y me desinflo como un globo. Amélie y yo no tenemos el mismo concepto de diversión. Para ella, significa una noche de locura que acabe con gimnasia horizontal. Yo, soy más de una noche con amigos: club tranquilo, charlas amistosas y juegos de mesa.

—Después de Superidiota, debes volver a la vida social.

Casi resoplo una risa sardónica, no es que tuviera tanta vida social antes de él.

—Escucha...

—No se admiten respuestas negativas —me interrumpe, levantándose—. Esta noche. Nosotros. Vamos a salir —reitera el concepto señalándose a sí misma, luego a mí y finalmente a la puerta. Concluye imitando el corte de su garganta.

—Mensaje recibido alto y claro —derrotada, me levanto para ir a prepararme.

—Ya he puesto tu ropa en la cama. Tienes que volver a la pista.

Me giro frunciendo el ceño.

—¿Qué soy yo? ¿Una niña de cinco años? —todo el mundo se siente obligado a decirme qué hacer y cómo llevar mi vida. Como de costumbre, me ignoran, a nadie le importa mi cara hosca, y menos a mi amiga.

—Debo admitir que Superidiota tuvo éxito donde la mayoría ha fracasado. Llevarte de vuelta a Orgasmilandia. No podemos deshacer tanto trabajo y logros.

¿Cómo responder a alguien que cree que un orgasmo es la solución a los problemas del mundo? ¿Que si la gente practicara sexo tendría menos tiempo para organizar guerras, poder y fechorías? No lo haces, y continúas tu camino hacia tu habitación, esperando -rezando- que el atuendo que has preparado no sea para ir a la cárcel. Afortunadamente, dada mi nueva relación con mi hermano, también tendría alguna posibilidad de salirme con la mía.

—Al menos, tenías la seguridad de que, en caso de arresto por conducir bajo los efectos del alcohol, serías exonerado rápidamente —la voz de Thomas vuelve a mí con un destello del pasado. De aquella noche nuestra en la que se derribaron los muros más altos, en la que Thomas y Grace aparecieron tras la máscara de Superman y Catástrofe, y un espacio-tiempo en el que podían acercarse el uno al otro se convirtió en un escenario posible.

Mierda, Amélie, ¿tenías que conjurarlo?

Como si él no estuviera siempre dentro de mi cabeza. Como si aún no sintiera el sabor de sus labios. Como si en los momentos más difíciles no anhelara su abrazo reconfortante. Como si cada vez que me enfrento a Wade no lo quisiera allí.

Suficiente.

Cierro los ojos.

Me pongo las manos sobre las orejas.

Tengo que borrarlo de cada parte de mí. Cuerpo, cabeza y corazón.

Amélie tiene razón, tengo que saltar. Clavo dentro.

Me pongo la ropa que me ha preparado sin siquiera prestar atención a lo que llevo puesto, es como si vistiera a una muñeca. Me enjabono los rizos y me maquillo bastante. Un ahumado de ojos para resaltar ojos y pómulos. Evito mirarme demasiado al espejo, o podría perder toda buena intención.

—Buen trabajo, alien mutante. Me gusta mucho esta versión de mi amigo. Puedes deshacerte del original —Amélie me pasa el abrigo—. El Uber está abajo esperándonos. ¿Adónde vamos?

—Metrópolis —un lugar elegido no al azar.

—Metrópolis será —mi amigo me sigue la corriente.

Cuando llegamos hay cola, pero Amélie siempre tiene una carta que jugar y en un santiamén el portero nos deja entrar.

—Sígueme, unámonos a los demás —vaya donde vaya, siempre encuentra conocidos con una mesa reservada. La sigo, mirando a mi alrededor. Deben de hacer seis meses que abrió y se ha puesto de moda. La última vez que estuve ya estaba bastante concurrido, ahora está a reventar. Espero que ocurra lo mismo con nuestra discoteca.

Debo de estar loco. Estoy poniendo mi corazón y mi alma en este proyecto, tanto que estoy empezando a pensar en ese lugar como si fuera mío.

—Hola, Grace —me saluda el grupo tras la presentación de Amélie mientras tomamos asiento.

A pesar de la música, el espacio privé permite charlar sin gritar. Debe de estar bien insonorizado, quién sabe qué materiales habrán utilizado. Casi me doy con una mano en la frente.

¿Qué me has hecho, Thomas? ¡Me has arruinado para siempre!

Para, saca tu cabeza de ese maldito trabajo.

¿Es tan malo dejarse absorber por algo que te gusta?

Tomo una bocanada de aire y un sorbo del cóctel que me han traído. Es como si esta noche hubiera dos como yo. A veces no me reconozco, aunque la Grace hacia la que me dirijo me gusta, Superidiota aparte.

Estás aquí para divertirte, me recuerda a la parte racional.

Para hacerlo, hay que deshacerlo, se hace eco la parte emocional.

Me lanzo a la refriega. Tomo parte en la conversación, dejo que me ofrezcan más bebidas, me contoneo, como si no quedara ni un átomo de la antigua Grace, desintegrada por el alienígena mutante.

Al cabo de unas horas, siento la necesidad de ir al baño. Está extrañamente poco concurrido y tranquilo.

Entro en el primer cubículo. Lo necesitaba de verdad, así que me doy prisa.

Me miro al espejo y casi no reconozco a quién estoy mirando. Minifalda negra ajustada, aunque no excesiva, blusa blanca con volantes, maquillaje llamativo.

Me lavo las manos y los recuerdos me invaden.

El Metropolis es el lugar donde nos enfrentamos por primera vez y volver a las raíces parecía la forma adecuada de exorcizarlo.

Me vuelvo, el retrete utilizado es el mismo del que había salido. Vuelvo la mirada al grifo del que sale el agua, el mismo en el que me había lavado las manos, y un mundo de imágenes me sobrecoge.

Aquí, hace más de un mes. Él mirándome como si tuviera lepra porque acababa de mojar su camisa.

En la oficina, labios y lenguas batallando.

Y otra discoteca más, él arrastrándome al baño y clavándome a la puerta.

—¿Qué me estás haciendo, Catástrofe?

La piscina, la tumbona, las estrellas, y esta vez soy yo quien le roba el aliento.

—Estoy empapada. No, estoy literalmente empapada.

Mojarme toda.

Pongo las manos en el lavabo y las imágenes desaparecen de repente.

Estoy aquí para empezar de nuevo, para soltar nuestros momentos, momentos del pasado sin presente ni futuro.

Dos ojos marrones me miran fijamente. Parecen distantes. Hay un ligero centelleo, una vibración de algo indefinible, pero familiar.

—Oro fundido brillando en el crepúsculo —le creí.

—Miel que aprisiona a cualquiera que ponga sus ojos en ella —me había sentido especial.

Los ojos del espejo siguen mirándome con la misma intensidad con la que yo los miro. El desconocido que veo es una versión de mí que quiero olvidar.

Me acomodo y me voy. Decidida a permitir que otras manos ahuyenten su tacto, que otros labios borren su sabor, que otra voz llene mis pensamientos.

Me uno al grupo en la pista de baile y me acerco al chico guapo que me ofreció una copa antes.

Dejo que me atraiga hacia sus brazos, que sus dedos se deslicen por mis caderas y bajen hasta mi vientre. Mi espalda pegada a su pecho, sus labios en mi cuello. Cuando otra noche y otro baile intentan invadir mi mente, permito que me lleve a un lugar más apartado, que me clave en la pared. Me permito sentir su dureza empujando contra mi vientre. Cuando sus labios se mueven

impacientes hacia los míos, un escalofrío desagradable me recorre, me deslizo bajo su brazo y salgo corriendo. De algún modo, consigo volver a entrar. Me desnudo y me meto en la ducha.

Me deslizo por la pared mientras el agua lo hace sobre mí. Me siento, apoyo la cabeza en las baldosas, llevo las rodillas al pecho abrazándolas. Encerrada en mi capullo, grito de dolor, permitiéndome un sollozo como no me había permitido en tantos años.

No sé quién era la chica del espejo, pero sé que no será tan fácil arreglarlo.

CAPÍTULO 29

THOMAS

—¿Les traigo también un café? —pregunto a los dos técnicos que están a mi lado, que se limitan a negar con la cabeza, concentrados como están en asegurarse de que cada etapa del proyecto se complete de la forma más correcta y rápida posible.

La inspección de Fisher y sus hombres de confianza ha tenido lugar esta mañana y el cliente ha querido hacernos saber lo mucho que habría agradecido un trabajo rápido, pero le he explicado con toda la diplomacia que me queda que esta discoteca verá la luz cuando todo esté bien hecho, ni un minuto antes.

Sacudo la cabeza, consciente de que no cumplir las peticiones del cliente no beneficiará a mi carrera, pero convencido más allá de toda duda razonable de que un trabajo mal hecho tendría consecuencias más que desastrosas. Estamos hablando de un recinto que, cuando esté a pleno rendimiento, podrá acoger a miles de personas, y no quiero ser irresponsable ni con su seguridad ni con mi conciencia.

Llego a la sala de refrigerios instalada cerca de la obra y tengo que contener una mueca ante la sonrisa depredadora de Sondra, que aún no se ha hecho cargo de mi desinterés. O quizá simplemente sigue ignorándolo.

Se dirige hacia mí con lo que cree que es una expresión sensual y me flanquea delante de la máquina de café.

—Hola, ingeniero. ¿Un día duro?

No tienes ni idea, me gustaría responder, pensando en la erección matutina con la que he tenido que lidiar yo mismo durante demasiadas semanas, pero le estaría haciendo un juego demasiado fácil a sus bromas subidas de tono y la verdad es que no estoy de humor para escucharla esta mañana.

—No más que los demás —respondo sin mirarla siquiera, manteniendo la mirada fija en el chorro de café que llena el vaso de papel. El instinto me lleva a mirar a mi alrededor, en busca de la Catástrofe y su mal equilibrio, pero cuando me recuerdo a mí mismo que ella no está allí, tengo que frotarme una llaga en el costado.

—¿Qué te pasa? ¿Te pica aquí? Lo tengo, nena —Sondra aprovecha para ponerme una mano en el pectoral y masajearlo, mientras me lanza una mirada que hace tiempo habría juzgado sensual y ahora simplemente me parece ridícula.

—No pasa nada, gracias por preocuparte —me zafo suavemente de su agarre, recojo mi vaso e intento irme antes de apretar los dientes ante su actitud intrusiva.

Es la sobrina de Lauder, es el recordatorio que no dejo de repetir en mi mente, aunque cada vez me resulta más difícil no despedirla de mala manera, señalándole lo problemática que es.

Su tacto me molesta más de lo habitual porque me recuerda que no pertenece a la mujer cuyo perfume aún busco en mi almohada, que vive en mis sueños y que representa el mayor pesar de mi vida.

No te dio la oportunidad de explicarte, no confiaba en ti, susurra la parte más traicionera de mi mente.

—Sabes, Clark, si me dejaras hacer esto, podría ocuparme felizmente de todos tus picores — murmura Sondra detrás de mí cuando ya estoy a tres metros de ella, y tengo que esforzarme al máximo para fingir que no he oído otra broma inapropiada. *Es la sobrina de Lauder.*

Al llegar a la única mesa de la sala de descanso en la que todavía me zumba la sangre en los oídos, bebo un largo sorbo de café caliente, con la esperanza de que el escaldado me devuelva la concentración que perdí en el momento en que me permití pensar en *ella*.

Oigo vibrar el teléfono y rezo en silencio al cielo para que no sea un asunto urgente.

Suspiro aliviado cuando un rápido vistazo a la pantalla me informa de que se trata de Samir y respondo sin dudar.

—Hola, ¿qué tal? —le saludo, intentando sonar más sereno de lo que en realidad me siento.

—Mucho que hacer, pero no me puedo quejar. Entonces, ¿te has rendido a Sondra?

No recibe más que un bufido como respuesta.

—¿Cómo van las obras? —pregunta a continuación.

—Nada de contratiempos, pequeños ajustes en curso, la misma historia de todas las obras — respondo, y tengo que morderme la lengua porque me encantaría saber cómo va el desarrollo de nuestro proyecto en Nueva York.

—Genial —dice y hace una pausa como si no supiera cómo continuar.

Al instante, todos mis sentidos se ponen en alerta máxima.

—Samir, ¿qué está pasando?

¿Se encuentra bien? ¿O se ha lesionado en el trabajo a causa de otra catástrofe?

Puedo dejarlo todo y subirme al primer avión....

—No pasa nada, no te preocupes —Samir interrumpe el catastrófico tren de mis pensamientos.

—Escúpelo, hombre.

—Toma, he oído algo aquí en la oficina y pensé que te interesaría saberlo.

—¿De qué se trata? —pregunto, apretando más fuerte el teléfono contra mi oreja.

—Sé que no quieres que la mencione, pero... —hace una pausa, poniendo a prueba mis nervios ya colapsados.

—Habla, Samir —insisto entre dientes apretados.

—Parece que Wade está ligando con Grace.

No añade nada más, me deja procesarlo, y siento que todo mi cuerpo se pone rígido mientras una rabia hirviente invade mi cabeza.

Sabía que, tarde o temprano, ocurriría, que alguien más se fijaría en la increíble dulzura de la doctora Wells e intentaría ganarse su corazón, pero, joder, ese imbécil de Wade ni siquiera la merece.

—¿No vas a decir nada? —me insta.

Samir es un gran tipo, estrechamos lazos durante las semanas que vivimos aquí en Miami y nuestra amistad y estima mutua continuaron incluso cuando él regresó a Nueva York y yo me quedé aquí para supervisar el trabajo.

Aprendí rápidamente que le gusta hablar claro, sin pelos en la lengua, que prefiere la verdad sin ambages a una buena mentira y que lleva a cabo sus ideas con orgullo.

Me cuesta todo lo que puedo mantener un tono neutro:

—No entiendo por qué crees que esto me concierne.

Del otro lado de la línea no sale nada más que silencio durante unos instantes, y justo cuando

temo que se haya roto la comunicación, oigo el fuerte suspiro de mi amigo.

—¿De verdad quieres lanzarme una mierda como esa?

Ah, vale. Otra cosa que he aprendido de Samir es que no acepta gilipolleces, sobre todo de los que considera amigos.

Me pellizco el puente de la nariz entre el pulgar y el índice, intentando detener el dolor de cabeza que siento crecer.

—No, pero no puedo evitarlo, ¿no es más asunto mío?

Samir resopla sarcásticamente.

—¿Ya no es asunto tuyo? ¿Por eso no te has acostado con una tía buena que te la ha servido en bandeja de plata desde que te conoció? ¿Por eso no has estado con nadie desde que *ella* se fue? ¿Por eso me prohibiste mencionar *su* nombre? Tienes razón, de hecho, parece que ya no es asunto tuyo.

Cada una de sus palabras da en el blanco con precisión infalible, la ira hierve en mis venas hasta explotar.

—¿Qué quieres oír, Samir? ¿Que no me molesta, pero me cabrea mucho? ¿Qué solucionaría eso? Se fue, ni siquiera quiso escuchar mi versión de los hechos, se limitó a cortarme como si lo que compartimos no contara una mierda. Quizá tenía razón —concluyo furioso.

Silencio.

—¿Quieres mi sincera opinión?

—Estoy seguro de que me lo darás aunque diga que no, así que dispara.

—No veo que hayas luchado para que se escuche tu versión, la dejaste pensar lo que era más fácil de concluir frente al estado de los hechos. ¿Realmente puedes culparla por eso?

Suspiro. Me paso una mano por el pelo, intentando ordenar mis pensamientos antes de contestar. La verdad es que nunca estuvo segura de mí. Siempre me mantuvo a distancia, como si esperara que hiciera algo mal. Nunca tuvo confianza en mí, ¿sabes?

—Sí, pero estabais al principio de conoceros, ¿no? Quiero decir, incluso tú...

—Lo sé, Samir, lo sé —le interrumpo—. He cometido errores, me he burlado de ella por su torpeza, algunas veces he sido un verdadero idiota, pero pensé que después de nuestro tiempo juntos el asunto había terminado. No tuve la oportunidad de decirle enseguida cómo eran las cosas, pero eso no viene al caso.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

—Nunca me dio el beneficio de la duda —suelto, sacando la decepción que llevo arrastrando desde que Grace se fue de Miami. Siempre que pasaba algo, estaba dispuesta a pensar mal de mí. Como lo que pasó con Nandi. ¿Y hablamos de Sondra? Era como si estuviera esperando a que yo diera el paso en falso.

Samir guarda silencio un momento. Sé que está reflexionando y tratando de averiguar cómo responder sin empeorar mi estado de ánimo.

—Entonces, ¿había falta de confianza entre ustedes?

—Creo que sí, pero no sé si fue solo eso. Sin duda, la confianza fue el principal problema. No puedes crear algo con alguien si no confía en ti.

—Ya veo —comentó mi amigo—. Entonces, ¿qué vas a hacer con Wade?

No puedo evitar sonreír amargamente.

—Nada de nada. Si ella está bien con su atención y quiere conocerlos más, no puedo decidir por ella.

Samir permanece en silencio, pero percibo su frustración. Quiere que haga algo, que reaccione. Pero no lo haré, no puedo. Grace hizo su elección cuando decidió no confiar en mí. Y

yo tomé la mía cuando me di cuenta de que no podía seguir así.

—De acuerdo, no insistiré más. Sin embargo, recuerda que si cambias de opinión, estoy a tu lado.

—Gracias, viejo.

Cierro la llamada y me quedo un momento mirando el teléfono. Es una sensación extraña, pero ahora que he hablado con Samir, me siento más ligera. Quizá porque por fin he exteriorizado lo que llevaba semanas intentando evitar.

Ahora solo tengo que convencer a mi corazón de que se resigne a la lógica de mis palabras.

CAPÍTULO 30

THOMAS

MIAMI - CINCO MESES DESPUÉS

—¿Seguro que no quieres comer con nosotros? —pregunta Varnan mientras saco una botella de agua sin gas y un refresco sin azúcar de la nevera compartida de la cocina.

Él y Nandi se han hecho muy amigos en las últimas semanas, por desgracia yo no puedo hacer lo mismo debido a la decepción que todavía me escuece. Soy consciente de que no tienen nada que ver con las decisiones de la dirección, pero pasar mi tiempo libre con ellos sería casi como una traición hacia mi antiguo equipo. Hacia la única mujer que no puedo olvidar.

Por no mencionar que pasar más tiempo con ellos significaría pasar más tiempo con Sondra, y eso es exactamente lo último que quiero hacer.

Como invocadas por mis temores, Nandi y la sobrina del jefe llegan a la cocina charlando entre ellas, pero cuando esta última me descubre, su expresión se ilumina con malicia y tengo que contenerme para no poner los ojos en blanco.

—Gracias por la invitación, Varnan, pero tengo un fuerte dolor de cabeza y muchas horas de sueño que recuperar —respondo con una media sonrisa, recojo la bolsa del restaurante chino del mostrador y me dirijo a mi habitación con una breve inclinación de cabeza hacia las señoras.

—Me pregunto cuándo dejará de escaparse —comenta Sondra cuando tengo la mano en la empuñadura y la aprieto más de lo necesario.

—Tal vez no le interese —interviene Nandi con cautela, ganándose una risa burlona de su colega.

—¡Tonterías! No hay hombre que no esté interesado en mí.

Ya he tenido bastante de sus gilipolleces, pienso, cerrando la puerta con fuerza tras de mí.

El corazón me late con fuerza en los oídos, vuelve la rabia, me doy cuenta de que últimamente estoy bastante irritable, quizá porque estoy aguantando demasiado, pero lo hago por mi trabajo, por el objetivo final.

Por eso tengo que calmarme y, a costa de comer frío, voy a darme una ducha.

Más tarde estoy sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, el portátil en el regazo y un estado de ánimo más sereno. Degüello arroz tibio, bebo un sorbo de sopa de miso y vuelvo a revisar algunos detalles del proyecto con música rap de fondo.

De repente, la cara sonriente de mamá aparece en la pantalla y me hace sonreír a mí también mientras pulso el botón verde.

—¡Hola, mamá! Qué sorpresa saber de ti, ¿estás bien?

—¡Hola, cielo! Todo está bien, solo te echamos de menos y pensamos en llamarte —sonríe y le hace señas a papá para que tome asiento a su lado en el sofá—. Cariño, vamos, Tommy está conectado. Dime, ¿te molestamos?

Veo esa luz curiosa en sus ojos, sé que espera hablarte de Grace, pero aún no les he informado de nuestra abrupta ruptura. No es que estuviéramos juntos.

—No, no es molestia. Solo estaba comiendo y volviendo a revisar algunos cálculos del proyecto.

—Oh, ¿comes solo?

Suspiro, intuyendo ya hacia dónde va esto, y me preparo para lo inevitable.

—Sí, los demás compañeros están en la cocina, he preferido quedarme en mi habitación para no compartir mis platos favoritos —intento bromear, aunque mamá siempre ha visto a través de mis tonterías.

—¿Qué pasa con Grace? —Directo al grano, borrando limpiamente cualquier posibilidad de mi omisión.

—Grace está bien, creo. Está trabajando en el proyecto de Nueva York.

—Cariño —empieza con su habitual voz cálida y acogedora, la que siempre me convence para soltar la lengua—. Tienes la cara cansada, ojeras y los ojos tristes. ¿Quieres hablarnos de algo?

—Gracias por los cumplidos, mamá. Tú, en cambio, estás tan guapa como siempre —respondo, tratando de alejarme de ella.

—Hijo —interviene papá—. Sabes que cuando tu madre huele una presa, no la suelta hasta que la presa se rinde. ¿Por qué no empiezas a hablar para que no tengamos que sentarnos aquí a escuchar su interrogatorio?

Suelto un enorme suspiro, lanzo una mirada al techo esperando que allí estén escritas las palabras adecuadas para explicar cómo me siento.

—Es... complicado —digo, pasándome una mano por el pelo—. Lo que había entre Grace y yo se acabó.

—Lo siento mucho, cariño, parecías estar cerca. ¿Quieres hablar de ello?

—En realidad, no.

—Te vendría bien desahogarte —insiste mamá.

—Cariño, si no está en condiciones, démosle un poco de tiempo —interviene papá, a quien doy las gracias en silencio.

—Por supuesto, pero estamos aquí para lo que necesites, ya lo sabes —dice mamá con la dulce sonrisa con la que siempre consigue imponerse.

—Sí, lo sé, pero no hay mucho que decir. Era una situación temporal, faltaba confianza entre nosotros y la posibilidad de cultivar una relación profunda —le explico.

Mamá asiente con expresión seria.

—La confianza lo es todo en una relación —está de acuerdo—. ¿Hiciste todo lo necesario para que se diera cuenta de que podía confiar en ti?

—Por supuesto —respondo bruscamente—. Aunque se ha producido una situación laboral un tanto ambigua, no debida a mí ni a mis decisiones, sin embargo, no puedo dejar este trabajo. Lo necesito. No solo por la independencia económica que me garantiza, sino por el futuro. Es un puesto importante. Estoy construyendo algo.

—Lo sé, y lo entiendo, cariño. Pero también puedo entender a Grace. Quizá se sentía insegura porque su relación acababa de empezar, quizá tenía miedo de perderte.

—No es justo —respondo inmediatamente, con una frustración que ya no puedo contener—. Para mí también era nuevo y le habría dado el beneficio de la duda. No sé si podré vivir así, no quiero tener que elegir entre mi carrera y mi relación. Nunca le di motivos para dudar de mí, pero ella sí.

Silencio. Mis padres intercambian una de esas miradas cargadas de palabras, y entonces es mi padre quien habla:

—Thomas, la cuestión no es Grace ni el trabajo. La cuestión es que tienes que estar seguro de quién eres y de lo que quieres. No pierdas de vista tus metas, ni siquiera tus sueños. Recuerda cuando eras un adolescente que quería ser fuerte y que nunca se rendiría antes de realizar sus sueños.

Permanezco en silencio. No sé qué decir. Esas palabras son un puñetazo en el estómago, de esos que te despiertan de un largo sueño.

—No es fácil —me digo más a mí misma que a ellos.

—Nunca lo es, hijo —replica mi padre—. Pero tienes que mirar dentro de ti y encontrar el valor para ser fiel a ti mismo.

Papá tiene razón, antes incluso de entablar una relación romántica con Grace, tengo que respetarme a mí mismo y a mis ambiciones.

—Tengo que hablar con Lauder —suelto, mientras cada pieza del rompecabezas encaja en su sitio.

La sonrisa de mis padres en la pantalla me dice que voy en la buena dirección y nos despedimos con la promesa de hablar pronto, esperando que tenga menos ojeras y la mirada más viva.

Bajo la pantalla del portátil, termino mi cena, ahora fría, y empiezo a imaginar cómo será la conversación con el jefe. Reflexiono sobre lo que no estoy dispuesto a perder y cuánto estoy dispuesto a sacrificar para lograr el objetivo final cuando, de repente, llaman a la puerta.

Lanzo una rápida mirada al reloj, que marca casi las diez, pero no tengo tiempo de preguntarme quién puede ser que vuelven a llamar, con más insistencia.

Cuando abro la puerta, me encuentro frente a la última persona que quería ver.

—¿Qué demonios haces aquí? —suelto.

—He venido a darle las buenas noches, ingeniero —maúlla Sondra en la puerta—. Y tú, ¿no quieres darme nada? —pregunta burlona, aflojándose ligeramente el cinturón de la bata y mostrando mucho más de su generoso escote de lo que yo debería ver.

Sacudo lentamente la cabeza, esperando que mi mirada contrita le transmita todo lo que no puedo decirle abiertamente.

—No, Sondra. El día ha sido largo y agotador, solo quiero ir a la cama.

—Bueno, podemos ir juntos —replica ella, pasando la punta de su dedo índice por el contorno de sus pechos casi totalmente expuestos.

Dios, esta mujer no tiene ningún pudor.

Y tú no tienes cojones, oigo la voz de Catástrofe y es un nuevo puñetazo, esta vez directo al pecho.

Tal vez sea su voz, tal vez una extraña alineación de las estrellas, o tal vez sea simplemente yo recuperando mi eje, pero enderezo los hombros y le dirijo una mirada desprovista de la habitual condescendencia diplomática.

—No, Sondra, no podemos. ¿Sabes por qué? Porque no me interesa, nunca me ha interesado y nunca me interesará. He intentado ser amable desde que trabajamos juntos y no quería crear tensiones incómodas, pero has ido demasiado lejos demasiadas veces y estoy harta de fingir que no oigo tus bromas inapropiadas y no voy a seguir aguantando tu atención acosadora, tu comportamiento intrusivo y totalmente inapropiado. Por lo tanto, o te pones las pilas a partir de ahora o mañana hablaré con Lauder y pediré que uno de los dos sea reubicado. No te ofendas, pero creo que sé quién de los dos será reubicado —vomito toda mi frustración contra ella, le

suelto lo que quería decirle desde hace semanas e inmediatamente me siento más ligera, como si me hubieran quitado un peso que me impedía respirar bien.

La expresión de asombro de Sondra sería casi cómica si me apeteciera verla darse cuenta de que, en realidad, hay un hombre que no está interesado en ella, pero no tengo ganas y realmente necesito recuperar energías para mañana.

Porque mañana podría cambiar mi destino, y no voy a afrontarlo con la cara cansada y ojeras.

CAPÍTULO 31

THOMAS

NUEVA YORK - UN MES DESPUÉS

—Guau. No me lo puedo creer, es una ubicación estupenda —comento, atónito ante la estructura que tengo delante.

—Así que has llegado —se ríe Samir al teléfono después de darme las indicaciones para llegar.

—Yo diría que sí —respondo, tomando un sorbo de café.

—¿Sabes ya cuándo volverás definitivamente a la base? —me pregunta mi amigo, y le agradezco que se haya convertido en una presencia tan importante en mi vida.

Hablamos de temas laborales y personales, compartimos inquietudes, y estoy deseando poder volver a la ciudad de forma permanente para que podamos pasar más tiempo juntos en persona.

—Por desgracia, todavía no. El proyecto de Miami es bastante exigente, y aunque la presencia del equipo en el lugar ya no es tan necesaria, Lauder trata a Fisher con guante blanco y nos mantiene allí por si acaso. Sus palabras, no las mías —resoplo.

Afortunadamente, la implantación de la discoteca en Florida está muy avanzada y avanza a buen ritmo, aunque no me sorprende con todo el dinero que se está gastando Fisher.

Samir también suelta una risita.

—Ya veo. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte en la ciudad?

—Solo unos días. Lo justo para asistir a la fiesta de la empresa y luego vuelvo a casa de mis padres a pasar las vacaciones de Navidad —se abren las puertas del ascensor y pulso el botón para subir a la última planta—. Estoy bastante emocionado —digo mientras el destino se acerca cada vez más.

—Me lo creo. El trabajo ha sido duro y agotador, pero ahora que estamos listos para la inauguración, la emoción está llegando.

—Sí, me hubiera gustado estar aquí para contribuir, pero...

—Eh, para. Por favor, no pienses más en ello. Teníamos que hacer lo que el jefe y el cliente querían, así es como funciona —me interrumpe un momento antes de que suene el timbre del ascensor, indicando que he llegado a mi destino—. Ah, reconozco ese sonido. Bueno, te dejo que explores. Llámame si quieres ir a tomar algo esta noche.

—Lo haré, realmente creo que lo necesitaré.

Nos despedimos mientras pienso demasiado, demasiado distraído por el espectáculo que tengo delante.

Nuestro proyecto ha cobrado vida y lo tengo ante mis ojos, incluso mejor de lo que había imaginado. Vislumbro algunos detalles que llevan la firma de Wade, pero son tan mínimos que no distraen mi atención del punto focal de la estructura que da a una enorme terraza en la azotea

que abraza el horizonte de Nueva York de forma fascinante.

No puedo contener la sonrisa que se dibuja en mis labios ante el diseño que ha surgido de mi mente con la ayuda de mis preciados colegas y que, por fin, ve la luz.

Da una sensación extraña dibujar algo en una hoja de papel y luego verlo delante de los ojos, real y tangible.

Con el sol de la tarde filtrándose por los grandes ventanales de la discoteca, me muevo lentamente, observando con atención los paneles de madera lacada, el mármol pulido de la barra y las luces de colores que cuelgan del techo como estrellas, listas para estallar en haces cegadores.

El suelo de hormigón fratasado bajo mis pies refleja un eco apenas perceptible de mis pasos, que se detienen de repente al ver una escalera apoyada en la pared principal. Alta, esbelta, temblando ligeramente, me acerco a ella para ver qué ocurre, y se me corta la respiración al identificar la figura que hay sobre ella, atenta a fijar los últimos detalles a la altura de los focos suspendidos.

Grace.

El corazón me salta a la garganta, el tiempo se dilata y, por un momento, todo lo demás desaparece, reducido a un borrón difuminado en el fondo. Lleva el pelo recogido en una coleta alta, una camiseta blanca y unos vaqueros claros que le envuelven el culo como una segunda piel. Siento un cosquilleo instantáneo en las manos al recordar su carne bajo mis dedos.

Su silueta me resulta tan familiar que mi cuerpo reacciona antes de que mi mente pueda elaborar un plan de defensa y levantar todos los muros que he construido en los últimos meses.

Me quedo donde estoy, dividido entre el instinto de preguntarle qué hace ahí arriba sin las protecciones adecuadas y el miedo a tener que ver en sus ojos toda la rabia que nos ha separado.

La enmarañada situación entre nosotros nunca se resolvió, solo cristalizó en silencio.

La escalera se mueve más, aprieto la mano libre en un puño, el corazón me retumba en el pecho y mi cuerpo se prepara para una sacudida.

—¿Qué demonios haces ahí arriba sin casco en la cabeza y sin cinturón de seguridad? —le suelto finalmente, haciéndole una mueca de dolor que hace que la escalera tiemble más.

Y mi corazón también.

Casi tiro el vaso de papel que aún sostengo en la mano, y me acerco con paso decidido y el ceño fruncido, mientras ella se vuelve lentamente para mirarme, y tarda un momento de más en acomodar sus facciones en una expresión fría y despreocupada.

Sin embargo, he visto su dolor y se parece mucho al mío.

—¿Qué haces aquí? —pregunta nerviosa.

—El proyecto también es mío. Le pedí las llaves a Lauder para ver el resultado.

—Y lo que el ingeniero Clark pide, Lauder lo concede. Y menos mal que fui yo quien influyó en él —replica.

Resoplo despacio.

—Veo que no has madurado nada en estos meses.

—¿Hablamos de madurez? Fuiste lo suficientemente maduro como para dejar tu equipo. Ah, cierto. Nunca te gustó el nombre Marshmello.

Me pellizco el puente de la nariz e intento respirar profundamente para calmarme.

—Pensé que después de seis meses lo habías entendido y estabas dispuesto a escucharme.

—Guárdate las idioteces para tus amiguitas, esas a las que convences para dar una vuelta en el tiovivo de un retrete —replica ella, llevándose una mano a la cadera y soltándose de la escalera.

Un escalofrío me recorre la espalda mientras mantengo la mirada fija en ella.

—Sabía que sacarías a colación nuestro primer encuentro. ¿Te arrepientes de no haber terminado cuando estabas en esa situación? Quizá sea un mensaje subliminal con el que tu cerebro quiere decirte que me echaste de menos.

Me gustaría bajar el tono, ponerlo en un lugar seguro, pero nuestras discusiones siempre escalan sin control.

Emite una risita sarcástica.

—Veo que tu superego siempre está en su sitio y te crees un don para las mujeres. Lo siento por ti, para mí no eres más que Superidiota.

Ignoro la punzada de decepción, me gustaba que de alguna manera me viera como un superhéroe, y me centro en la rabia que me ha estado impulsando durante meses.

—Nadie se ha quejado nunca, ni siquiera tú —señalo, antes de disparar mi flecha—. Si de verdad quieres seguir enseñoreándote de mí, señorita Santurrona, ¿por qué no hablamos de Ash y Wade?

Sus cejas se levantan y me doy cuenta de que la he pillado por sorpresa.

—¿Qué demonios hay que decir de ellos?

—Oh, te atrincheras tras la máscara de la inocencia, pero conmigo no se mantendrá —el fuego de los celos se enciende, la ira se triplica, la tensión alcanza cotas inexploradas.

Grace sacude la cabeza con una mueca de disgusto en los labios. Ash es mi amigo, siempre lo ha sido y siempre lo será. Wade no es más que un colega. Todo lo demás son habladurías, ¿o es que te crees todo lo que oyes por aquí, ingeniero?

La miro fijamente por un momento mientras el silencio se prolonga, cargado de todo lo que no nos hemos dicho y probablemente nunca nos diremos. Pero es como si un imán invisible nos mantuviera unidos y casi puedo sentir la energía que palpita entre nosotros en mi piel.

—Deberías usar equipo de protección— cambio de tema, solo para romper el silencio, porque no tiene sentido seguir discutiendo con este nivel de enfado, no nos llevará a ninguna parte y ella sigue ahí arriba, en peligro en una escalera, con su torpeza al acecho, lista para manifestarse prepotente cada vez que se ponga nerviosa.

Como ahora mismo.

—Por suerte, usted no es mi jefe —suelta, volviendo a centrar su atención en los adornos que está colocando—. Haga lo que tenga que hacer, ingeniero Clark, luego déjeme hacer mi trabajo.

Y eso es exactamente lo que debería hacer.

Desde luego, mirarlo como un idiota no sirve de nada.

Decido concentrarme en mi tarea, pero justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, Grace cambia de posición y... el tiempo se detiene.

Un pequeño error, un pie mal colocado pierde pie y resbala, la escalera chirría y su cuerpo pierde el equilibrio en una caída potencialmente fatal.

Salgo disparado hacia delante, sin demora, y todo sucede en un instante.

Alargo los brazos, me coloco debajo de ella y agarro a Grace por la cintura antes de que caiga al suelo, bajo hasta el suelo en un intento de amortiguar el retroceso y la estrecho contra mí, ignorando el estruendo de la escalera al estrellarse contra el suelo y el calor que se expande en mi pecho.

No es el momento de pensar en cómo este contacto me calienta casi hasta el punto de quemarme, debo concentrarme solo en ella.

—¿Estás bien? —pregunto, con la voz un poco más baja de lo habitual, sin que mi corazón deje de temblar.

Ella asiente, pero no se aparta inmediatamente ni intenta escapar de mi agarre.

La ira ha desaparecido, suplantada por el terror, solo queda la preocupación por su bienestar.

No la suelto, y nos quedamos así, suspendidos en un momento que sabe a pasado, a presente, a lo que podríamos haber sido.

Me aprieta con fuerza y luego se aleja, con una lentitud que me rompe y me cuesta mucho recuperar el aliento, ahora que ya no respiro su dulce aroma.

Grace se levanta, me mira como si quisiera decir algo, y la distancia que nos separa parece insalvable. Baja los ojos hacia mi pecho y hace una mueca.

Sigo la línea de su mirada y me doy cuenta de que el calor que sentía no era solo emocional, ya que mi café se estrelló contra mi camisa.

Me río y le dirijo una mirada irónica.

Levanta las manos en señal de rendición y sacude la cabeza, sin conseguir ocultar la sonrisa que brota de sus labios.

—¿Qué puedo decir? Hay cosas que no cambian.

—Oh, no sabes lo cierto que es eso.

Solo que ya no hablo de café.

CAPÍTULO 32

GRACE

Una luz me golpea. Tiro de las mantas sobre mi cabeza, pero se resisten.

Me doy la vuelta y veo a Amélie sentada a mi lado, dándome mi capuchino favorito, con doble dosis de nata montada.

Mujer valiente. Amiga irremplazable.

—He vuelto a ver a Thomas —confieso. Mi *no ahora* a su pregunta sobre cómo había ido la inauguración debe haber sido esclarecedora. Han pasado dos días, por suerte para mí aún no ha tenido tiempo de darme el tercer grado—. Sigue siendo guapo: imbécil, pero guay de cojones.

Es como si lo tuvieras delante, guapísimo con vaqueros y jersey, esa despreocupación que te hace querer construirle un altar a la fertilidad femenina, y esa montura negra que le hace parecer el gemelo siamés de Clark Kent.

Se ha endurecido, debe haber entrenado mucho en Miami. Muchas discotecas, muchos más baños.

—¿Cómo ha ido?

—Cedí a la ira —a pesar de los mil setecientos setenta y un kilómetros, las tres horas y media de avión y los seis meses de distancia, sigo viendo negro cuando pienso en él, y mucho menos cuando lo encuentro frente a mí. Ash había intentado advertirme, pero no he escuchado a nadie este último tiempo, atrapada en las mil cosas por hacer.

—Esta noche por primera vez me he permitido recordar, y me he dado cuenta de que Lauder es demasiado pequeño para los dos.

Tomo un sorbo, dejando que la cremosidad se deslice en mi boca. Imposible no gemir.

—Ah, *ma petit*, nada puede reemplazar a un hombre, aunque pueda darle un placer intenso sin ningún riesgo. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Pronto volverá a Nueva York y no puedo imaginarme tenerlo delante todos los días —suspiro—. Hoy tengo una cita con Hamilton.

Me da la mano y me mira con el ceño fruncido.

—No dejes que nadie te sienta en el banquillo. Haz lo que te haga sentir bien —no esperaba un consejo diferente de ella—. Está bien cuestionar tu futuro, pero no por un hombre.

Sé que tiene razón, la verdad es que he empezado a entender lo que quiero hacer de mayor, pero no sé si tengo el valor de lanzarme. Fracaso en todo lo que hago. Es un milagro que aún no se me haya derramado el capuchino.

No soportaba ver naufragar mi sueño por mi culpa. Mejor permanecer en el limbo de la insustancialidad. Me he vuelto bueno en lo que hago, no debería tener problemas para asignarme.

—Deja de tener miedo, Grace. Deja de dejar que tu padre te condicione. No tienes que ser un genio para hacer algo bueno. El mundo sigue adelante gracias a la gente normal. Los verdaderos héroes son los que se enfrentan a la vida cada día con valentía y determinación —vaya, sin querer he allanado el camino para uno de sus acalorados sermones. Y ahora quién la detiene—.

Durante el Covid, dejando a un lado al personal médico, los investigadores y otros profesionales del sector, quienes nos salvaron el culo fueron los camioneros que repartían la mercancía, los tenderos y dependientes que nos permitían hacer la compra cada día —un discurso sensato. La veo pasearse por la sala, gesticulando—. Aprendimos que el mundo puede pararse un rato si queremos. Fracasamos los que no nos exponemos, no los que nos caemos y nos volvemos a levantar —se detiene y me mira, para volver a sentarse frente a mí. Esta versión de Amélie me asusta un poco, después de todo, si fuera una chica normal no sería mi amiga—. Y tú eres una maestra en caer en las situaciones más variopintas, de forma no tan elegante, y sobre todo en saber volver a levantarte con una sonrisa —la abrazo con fuerza. Llegó a mi vida por casualidad y ha sido una de mis grandes fortunas—. Ve y brilla, Gracie.

—La joven padawan domina la lección —respondo, haciéndola reír.

—Cretino —me da una palmada en el hombro y me dejo caer de nuevo sobre la cama.

—Gracias, no sé qué habría hecho sin ustedes, Ash y Samir, estos últimos meses.

El trabajo me absorbía y me ayudaba a no pensar, pero eran una dulce manta de Linus.

Con una determinación totalmente nueva me presento en el despacho de Hamilton por la tarde.

—Hola, Grace, toma asiento —me saluda. Con su bolígrafo me señala la pequeña silla que hay frente a él—. Enhorabuena, gran idea hacer coincidir la fiesta de Navidad con la inauguración del club. Un pajarito me ha avisado de que tú también eres una baza importante en la organización del evento. Aún no he tenido ocasión de decírtelo, me gusta esta versión de ti.

¿Se acostumbra a recibir elogios cuando los ha perseguido toda su vida?

¿Especialmente cuando puedes creer que son ciertas?

Ahora no tengo motivos para dudarlo, todo ha ido muy bien, solo que es más fuerte que yo.

Mira el sobre que tengo en las manos. Arquea las cejas en una muda pregunta mientras tomo asiento frente a él.

—Entiendo que no estamos en la misma página.

Respiro.

—Creo que ha llegado el momento de librarte de mi embarazosa presencia.

—Pensé que estos meses te habían enseñado algo —se pellizca el puente de la nariz—. Siempre estuviste convencida de que te contraté porque soy amiga de tu padre, pero no podrías estar más lejos de la verdad —me muevo en mi asiento, sabía que no sería fácil—. Te conozco desde que eras un niño. Vi un gran potencial, pero tú no eras consciente de ello. Necesitabas que alguien creyera en ti —le miro atónita. No había pensado en esta posibilidad—. Yo era ese alguien, quería que encontraras el impulso adecuado para surgir. Por eso te incluí en el proyecto y en el equipo con Ash, Samir y Thomas.

—¿Por qué?

—Conozco a tu padre desde hace mucho tiempo. Es un amigo querido, no por eso no veo sus defectos —no hay mucho más que añadir. Ha estado presente en nuestra dinámica familiar—. Esta misión me pareció bien. Los compañeros con los que congeniaste eran un justo contrapeso a la incógnita que planteaba el nuevo ingeniero, un hombre con reputación tanto personal como profesional. Y tú parecías preparado para el cambio.

—No tengo palabras —titubeo—. Gracias.

¿Qué decir del hombre que sustituyó a tu padre desinteresado por su propia voluntad?

—Ahora la elección es tuya —no es una amenaza, sino la promesa de un futuro brillante—. Puedes quedarte en Lauder y seguir por el camino que llevas con buen éxito o ganarte tu lugar bajo el sol en otro sitio. Solo tienes que ir a por ello.

—¿Y si no soy capaz?

Le miro dubitativa, mostrándole mis inseguridades, de las que sé que no se burlará.

—Has demostrado buenas dotes organizativas, aptitud para la *resolución* creativa de *problemas*, has dirigido a Sondra y Fisher. Estás preparada para lo que quieras hacer. Tienes que empezar a creer en ti misma y en tus capacidades. Y no tengas miedo de no tener éxito. Siempre aprenderás algo y obtendrás un resultado, aunque no sea tan bueno como esperabas.

—Otra persona me ha dicho esta mañana más o menos lo mismo —confieso, reconfortada por su estima y su afecto.

Nunca lo había entendido, ni lo esperaba de un amigo de mi padre. Pensaba que era como el General.

—Algunos dirían que dos opiniones concurrentes son casi una certeza en estos días.

Su sonrisa es tan tranquilizadora como alentadoras son sus palabras.

—Yo... —intento decir algo, pero estoy realmente estupefacta.

—Digamos que por ahora te tomas un tiempo para pensar y ya hablaremos en año nuevo.

—Hagámoslo —aprieto el sobre con fuerza entre mis manos—. Mis mejores deseos de Feliz Navidad para usted y su familia, Sr. Lauder.

Que esta reunión sea para desearle lo mejor.

—Gracias, usted también, Dr. Wells—. Por primera vez me gusta cómo suena ese *Dr. Wells*. Hasta ahora siempre me había sonado como una gran broma.

Me levanto para volver a mi despacho.

—¿Grace? —me detiene cuando mi mano está en el pomo de la puerta—. Si Thomas estuvo involucrado en tu elección, es justo que sepas que su movimiento fue decisión mía, él intentó oponerse, sin embargo Fisher era un cliente demasiado importante como para no darle lo que quería —una aclaración que no cambia mucho la situación entre nosotros—. Thomas amenazó con dimitir si no le ponía de nuevo en el proyecto de Nueva York. Volvió sobre sus pasos cuando le señalé que tenías que hacerlo tú solo, sin su engorrosa presencia.

Si antes me conmovía, ahora me cae una lágrima, que me seco rápidamente.

—Discúlpeme, Hamilton —cambio a tu, después de que me ha mostrado tanta consideración, parece natural—. Te he hecho un gran mal al pensar como él.

Con esta debida disculpa, me refugio en el baño.

Demasiada emoción e información para tragar.

CAPÍTULO 33

THOMAS

Me bebo lo que queda de mi cóctel afrutado y dejo el vaso en la bandeja de un camarero que pasa. No es mi bebida favorita, pero ese rosa pálido me recuerda a alguien en quien no he podido dejar de pensar desde que llegué.

Me contengo del impulso de escudriñar la sala, buscando su rostro, porque aún no han llegado los primeros invitados. Sin embargo, no puede escapar al compromiso de esta noche y, aunque la última vez no acabó bien entre nosotros, he pensado mucho en ello y me gustaría tener la oportunidad de aclarar las cosas antes de irnos.

—Ya estamos aquí —exclama Samir, acercándose a mí con una sonrisa de satisfacción.

Junto a él, Ash y otro hombre que no conozco.

—Sí, ha llegado el gran día —le doy una palmada en el hombro a mi amigo, estrecho la mano de Ash con más frialdad de la que se merece y desvío la mirada hacia el hombre que está con ellos—. Encantado de conocerle, soy el ingeniero Clark.

El desconocido me estrecha la mano con una sonrisa relajada.

—He oído hablar muy bien de usted, ingeniero. Soy Craig, el novio de Ash.

Permanezco inmóvil y sin habla más tiempo del aceptable, Samir me da un codazo entre las costillas.

—Deberías verte la cara, viejo —se ríe junto con los otros dos.

—Perdóname, no quería ser inapropiado. Yo... es que... —balbucea angustiado, y Ash acude al rescate. Más o menos.

—Estaba convencido de que Grace y yo teníamos algo de ternura, porque compartíamos piso en Miami —explica a Craig. Su novio.

Jesucristo.

Cometí un error estratosférico.

—Venga, no te lo pienses —se insinúa Samir, dándome otra palmadita en la espalda, yo sigo estupefacto.

Sacudo la cabeza, sin dejar de cambiar la mirada entre Craig y Ash y preguntándome cómo he podido perdérmelo.

—Soy imbécil —murmuro al final, provocando otra carcajada.

Ash se inclina hacia mí en tono de conspiración:

—No podías saberlo porque Grace es una amiga valiosa que ha mantenido mi privacidad. Sin embargo, ahora lo sabes y sabes que la juzgaste mal. ¿Vas a hacer algo al respecto?

—Creo que es demasiado tarde —mi voz es tan lúgubre que hace que incluso yo mismo me estremezca.

—No es tarde —insiste con una sonrisa tranquilizadora—. Se dice que cuando un amor se acaba, uno de los dos sufre. Si ninguno sufre, significa que el amor nunca empezó. Y si ambos sufren... nunca terminó.

—Creo que es hora de ir a tomar algo —propone Samir, y los tres me dejan a solas con mis pensamientos.

Miro a mi alrededor, pero aún no ha llegado y hay mucha gente que quiere felicitar me por la realización de un proyecto tan ambicioso. Muchos me miran expectantes, otros hablan entre ellos, sorbiendo bebidas de colores fluorescentes.

Cuanto más manos estrecho, más me doy cuenta de lo crucial que fue la contribución de mis compañeros de equipo.

El crepúsculo da paso a la noche y las luces de neón rebotan a través de los adornos navideños hasta las brillantes ventanas, creando reflejos que parecen bailar. Cada superficie brilla en un mar infinito de tonalidades y la atmósfera palpita con energía, como si toda la estructura estuviera viva.

La mitad de Lauder's ya está allí y los empleados se han echado a la pista de baile para moverse al ritmo de la música, aprovecho para observar a la multitud que se ha reunido para celebrar la apertura de la discoteca.

Estoy detrás del pequeño escenario que se ha montado para la ocasión y oigo que alguien se acerca, hasta que me encuentro junto al propio líder con una expresión de satisfacción en el rostro.

—¿Estás listo?

—La verdad es que nunca se me ha dado bien hablar en público. No puedo negar que me hace ilusión —respondo con sinceridad.

—Sería extraño de otro modo, hijo. Pero, ¿cuán grande es la satisfacción de saber que has creado semejante maravilla? Entrarás por derecho propio en la lista de los mejores ingenieros del mercado, y Lauder hará todo lo posible por mantenerte en su estable.

Me guiña un ojo y sale al escenario ante el aplauso general del público, mientras yo intento procesar lo que acaba de decir.

Lauder hace una breve presentación del proyecto, da las gracias a los que lo han hecho posible, especialmente al cliente, y sus palabras se desvanecen mientras yo escudriño a la multitud en busca de una sola cara.

Y, cuando lo encuentro, dejo de respirar.

Su corazón se acelera desbocado en su pecho, sus ojos recorren hambrientos su esbelta figura, envuelta ilegalmente en el largo vestido rojo. Su rostro, enmarcado por una larga cabellera artísticamente peinada, posee un poder hipnótico, acentuado por el fuerte maquillaje.

Su mirada encuentra la mía y toda la ansiedad que siento se acalla en un instante. Casi caigo al suelo al saber que Grace es la calma en la tormenta, el silencio regenerador en el caos infinito de la vida.

Capto la inclinación de cabeza de Lauder y respiro hondo antes de unirme a él en el micrófono ante los aplausos de mis colegas.

—Gracias a todos por estar aquí esta noche —empiezo, y la voz es más alta de lo que esperaba—. Este es un momento especial para mí, para todos nosotros. Cuando se nos propuso este proyecto, nunca imaginé lo que significaría. No lo he hecho solo, y me gustaría que el resto del equipo, junto con el ingeniero Perry, me acompañaran en el escenario, gracias.

Hago una pausa, dando tiempo a los demás para que me alcancen, y luego continúo.

—En nombre del equipo, tengo que dar las gracias, en primer lugar, a Hamilton Lauder por la enorme oportunidad de crecimiento profesional y personal que nos ha brindado y por haber confiado en mí, en nosotros.

Apenas asiente, casi con indiferencia, como si lo diera por sentado, pero noto que su mirada,

normalmente fría y calculadora, está relajada y satisfecha esta noche.

—Quiero dar las gracias al Sr. Fisher, que apostó por una idea tan audaz. No es fácil encontrar a alguien dispuesto a arriesgarse con una visión tan fuera de lo común.

El público aplaude un poco, algunos asienten, otros sonríen.

—Y, por supuesto, debo dar las gracias a mi equipo. Wade Perry, que supervisó el desarrollo del proyecto durante mi ausencia, introduciendo cambios cuando fue necesario; Ashton Payne y Samir Kapoor por la profesionalidad y seriedad con que acompañaron la evolución del proyecto desde la fase embrionaria —mi voz se suaviza al pronunciar estas palabras—. Este ha sido un esfuerzo colectivo. Cada uno de nosotros ha puesto un pedazo de sí mismo en este club, y cada detalle se ha cuidado con una dedicación que nunca olvidaré.

Mientras hablo, lanzo una mirada significativa a cada uno de ellos. Los largos días, las traspasadas dedicadas a resolver problemas que parecían no tener salida. Cada paso adelante, cada contratiempo. Recuerdo las interminables reuniones en las que nos devanábamos los sesos buscando una solución, los momentos de tensión y los de triunfo.

—Hay una persona en particular a la que quiero dar las gracias. Sin su contribución, este proyecto nunca habría llegado a ser lo que es hoy —hago una pausa, fijándome en la mirada de Grace—. Dra. Grace Marguerite Wells —continúo, y siento como si su nombre resonara en mi cerebro, como amplificado infinitamente—. Resolvió problemas que parecían insuperables. Cada vez que nos encontrábamos ante un obstáculo, encontrabas una solución con una sencillez que aún me asombra. Tu capacidad para mantener la calma, incluso en los momentos más tensos, marcaba la diferencia. Eras nuestro punto fijo, la roca en la que nos apoyábamos cuando todo parecía desmoronarse.

Baja la mirada, visiblemente incómoda. No le gusta ser el centro de atención, lo sé. Pero si alguien merece reconocimiento, es ella.

—Siempre has estado ahí, con tu humildad, tu sonrisa tranquila, trabajando sin aspavientos. El talento que posees es raro, y aún más rara es tu capacidad para no dejarte abrumar nunca por el contexto. Te admiro, Grace. Así que, gracias. Por todo.

El público aplaude y veo que algunos colegas se vuelven hacia ella con sonrisas de aprobación.

Sacude ligeramente la cabeza, tratando de minimizar, pero no puede ocultar un pequeño atisbo de sonrisa y sus ojos se vuelven vidriosos.

El ambiente se relaja ligeramente y mi discurso llega a su fin.

—Esta noche no es solo la inauguración de una discoteca. Es la coronación de meses de duro trabajo, sacrificio y pasión. Hemos construido algo único, algo que estoy seguro dejará huella. Y eso es gracias a todos ustedes.

El público prorrumpe en aplausos más atronadores que antes y yo retrocedo, dejando que la euforia de la velada siga su curso. Me bajo del escenario y, al pie de la escalinata, siento que una mano me toca suavemente el hombro.

Me doy la vuelta y me encuentro con la cara emocionada de Grace. Desarmantemente hermosa.

Su sonrisa es pequeña, pero sincera.

—Gracias —dice en voz baja, apenas un susurro que se pierde en el caos de la fiesta, pero que dentro de mí resuena con la fuerza de un gong.

Le sonrío, sin decir nada, y espero que vea en mis ojos todo lo que siento por ella, porque, después de todo, las palabras nunca han sido mi fuerte.

CAPÍTULO 34

GRACE

Miro a Thomas, guapísimo con su traje oscuro, su camisa blanca inmaculada y su corbata azul oscuro con copos de nieve.

Sus palabras me abruman. Resuenan en mi cabeza como un bucle sin fin.

—Has sido nuestro elemento básico. El talento que posees es poco común. La roca en la que nos hemos apoyado.

Y mi favorito.

—*Te admiro.*

Su sonrisa y el ardor que iluminaba sus ojos atestiguaban que eran palabras sinceras, no pronunciadas en beneficio del público para ganar aclamación y aumentar su notoriedad.

Apenas llegué a tiempo de darle las gracias y luego me separé de él. Todo el mundo quería felicitarnos y darnos su opinión sobre el lugar de celebración.

—¿Y bien? —Ash se acerca con una copa, que me tiende.

—Quizá, y subrayo quizá, tengas razón.

Thomas tuvo palabras amables para todo el equipo, y también para Wade.

Mi conversación con Lauder se calmó y llegué a un acuerdo conmigo mismo. El ingeniero Clark tuvo que quedarse en Miami por orden del jefe y no por decisión propia.

No ha desmentido al equipo.

No me traicionó.

Cometí un gran error.

—Te dije que Thomas no sabía nada al respecto —Samir añade la pesada carga—. Si nos hubieras escuchado, no habrías sido un constante grano en el culo para Ash y para mí, y te habrías evitado tantos dolores de estómago.

—¿Tú serías el consejero matrimonial de Lauder? —Amélie aparece detrás de mí y lanza una mirada amarga a Samir.

—Soy el mejor amigo de Thomas —replica.

—Amélie, la mejor amiga de Grace —se acerca como una gata y le señala el pecho con un dedo, agresiva—. Le tocaba a tu amigo demostrar que tenía pelotas de acero y llevarse a la damisela sin muchas pajas mentales.

—Si queremos achacarlo a una patología mental, Grace no está exenta.

—Consejera matrimonial y también psicóloga. Y yo que pensaba que eras ingeniero informático.

—Chicos —intento intervenir, sin que se me tenga en cuenta lo más mínimo, mientras Ash se parte de risa.

Solo Amélie consigue sacudir la imperturbabilidad de Samir y los dos siguen mirándose.

El *idilio* se ve interrumpido por Hamilton que se acerca acompañado de mi padre. Esta noche están todos, incluso mi madre y mis hermanos. Amélie y mis colegas se excusan.

Cómo les envidio, me gustaría hacer lo mismo.

—Felicidades, Grace, buen trabajo —el jefe felicita de nuevo.

—Gracias, señor.

Evito mirar al General. No hemos vuelto a hablar desde la noche de la cena, aunque he seguido asistiendo a la reunión familiar semanal, por invitación de mi hermano y mi hermana.

—Buen trabajo, Grace —me elogia mi padre. Me quedo de piedra. Nunca ha expresado nada positivo hacia mí—. Esto demuestra que tengo razón. Si te esforzaras más, podrías conseguir muy buenos resultados y tener una gran carrera como tus hermanos.

Y todo vuelve a la normalidad, parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Permítanme discrepar —interviene Thomas, colocándose a mi lado. Grace está comprometida con todo lo que hace. Mucho, quizás más que otros. Lo hace parecer tan natural y fácil, que no te das cuenta de la dedicación que pone en ello.

—¿En serio? —Imposible que no haya oído el discurso, pero es su forma de ponerle en su sitio. Pero Superman no permite que nadie lo intimide. No se lo permitió a Fisher, y no se lo permitirá a mi padre.

—Ingeniero Thomas Clark, caballo pura sangre del establo Lauder —responde, extendiendo una mano hacia él, mientras Hamilton se ríe entre dientes—. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

Casi me atraganto con la saliva y papá se pone todo rojo, con riesgo de sufrir un derrame cerebral. Nunca nadie se había enfrentado a él de forma tan directa y beligerante. La suya es una pelea de miradas.

—Vamos, Patrick —Hamilton lo lleva de vuelta—. Esta es su noche, intenta no arruinarla con tus altas expectativas. Tendrás mañana para seguir discutiendo, pero esta noche deja que tu hija disfrute de su merecido triunfo —su amistad le permite esta confianza—. Tengo un The Dalmore 21 YO para compartir —y le da la espalda.

—Así que era el General.

Su mirada molesta se vuelve afectuosa al posarse en mí.

—En persona —le vemos pavonearse hacia una sala privada con nuestro jefe.

—No creo que les gustara.

No puedo contener la risa.

—Supongo que no.

Me gustaría añadir algo, me gustaría expresarle lo mucho que sus palabras significaron para mí, pero parece que nunca es nuestro momento.

—¿Grace? —Mis hermanos se acercan—. Felicidades. Lo que han logrado es realmente un proyecto audaz y revolucionario. Futuro y pasado fusionados. Un toque de lo clásico con materiales del futuro. Una verdadera obra de arte, no solo de ingeniería —se felicita mi hermano.

—El recinto es precioso. No hay nada igual en Nueva York. Creo que se agotarán las entradas durante mucho tiempo —esas son las palabras de mi hermana, mientras mira a su alrededor—. Realmente hiciste un gran trabajo, Grace. Una velada perfecta. Una decoración preciosa y un buffet con clase. Si decides cambiar de trabajo, puedes lanzarte a planificar eventos.

—Y provocarle un infarto al General —comento.

Nos reímos todos juntos, no dejaré que mi padre me arruine la velada.

Como equipo del proyecto, tenemos un papel representativo. Estamos separados unos de otros, ocupados dándonos la mano y dando información.

Para alguien a quien no le gusta ser el centro de atención, esta noche estoy en el ojo del huracán. Por una vez, sin embargo, no parece tan aterrador.

Me reúno con los demás el tiempo suficiente para saludar a Craig y brindar por nosotros. Luego me envuelve de nuevo el PR.

Cuando mis pies claman venganza y mis oídos piden clemencia, salgo a tomar el aire. Aprovecho para mirar a mi alrededor y mi mirada recorre todo lo que hemos conseguido: el local, la discoteca, la decoración, el bufé, abrazar a compañeros, amigos y familiares.

Reúno todas las palabras de felicitación y agradecimiento que he recibido últimamente. Hamilton, Thomas, mis amigos, mis hermanos, incluso mi padre, y me doy cuenta de que todo lo que me rodea también se ha hecho realidad gracias a mí. Ayudé a mi equipo a mantener la calma cuando todo parecía perdido, a encontrar soluciones a los problemas a medida que surgían. Gestioné a los proveedores para que cumplieran las entregas y no subieran los precios, coordiné a los distintos equipos para que no hubiera periodos muertos ni retrasos.

Buen trabajo Grace.

Por primera vez, me lo digo a mí misma.

Por primera vez, veo a la chica que para Hamilton tiene habilidades interpersonales, que para Thomas tiene talento y puede encontrar soluciones, que para mi hermana puede organizar eventos.

Por primera vez, no me siento solo como una catástrofe incómoda.

Por primera vez, me permito soñar y me prometo que a partir de mañana empezaré a pensar en lo que me gusta y me gustaría hacer.

Me lo debo a mí misma.

—¿No tienes frío? —Me cuelga una chaqueta sobre los hombros.

La terraza tiene ventanas cerradas y está caldeada por setas de calor; sin embargo, no es la temperatura ideal para mi vestido. Me doy la vuelta y acabo en brazos de Thomas.

—Eres preciosa —sus ojos verdes arden de emoción.

—Gracias —esta noche no parezco capaz de decirle nada más.

—Ya me has dado las gracias, pero no es necesario —sonríe—. Solo he dicho lo que pienso. Ya te he dicho que te admiro. Sin ti, nada de esto existiría.

Señala con la mano a su alrededor.

—Sí, quiero —me acurruco en mi chaqueta para absorber su calor y embriagarme con su aroma—. Me has enseñado mucho a nivel profesional. Discutir contigo me hizo darme cuenta de que si puedo enfrentarme a Superman puedo hacerlo con los demás.

—Siempre has sido capaz, Grace. Fuiste capaz de enfrentarte a tu padre.

—Entonces digamos que aprendí a responder con palabras y no con el silencio.

—Ah, Catástrofe, has aprendido muy bien, ya que necesariamente quieres tener la última palabra —se acerca—. Hay algo que puedes hacer por mí si realmente quieres agradecérmelo —su mano se apoya en mi nuca.

—Dímelo.

Mi voz se debilita, soy víctima de su mirada magnética, del calor de su cuerpo. Su cercanía tiene el poder de anular todas mis facultades mentales.

Perdí demasiado tiempo haciéndole la guerra cuando solo quería que me amara.

—Bésame —su petición tiene una nota desesperada, como si estuviera dejando su vida.

¿Y quién soy yo para negarle a Superman su último deseo?

Pongo las manos en su pecho y tiro de él hacia mí, su mano me aprieta más contra él y nuestros labios se encuentran a medio camino.

El mundo enmudece, solo estamos él y yo, perdidos en este momento de infinitud. Y la sangre vuelve a correr de prisa por mis venas, parece que circula de nuevo tras un periodo de

inmovilidad involuntaria.

La adrenalina hace que la cabeza me dé vueltas mientras me hormigean las yemas de los dedos y el corazón me late más deprisa.

No sé lo que es. Podría ser un ataque de pánico, un ataque al corazón, o *esa* sensación volviendo con fuerza.

Cuando nos separamos, solo por un momento, mi respiración es tan irregular como la suya, la tensión entre nosotros está por las nubes. Le miro a los ojos y veo el reflejo de lo que siento: una necesidad urgente, imparable.

No necesitamos hablar para entender lo que pasa entre nosotros, porque es como si todas las palabras no dichas, todos los sentimientos acumulados durante el tiempo que hemos pasado separados, encontraran una salida en estos besos.

—Ven conmigo —digo con la respiración entrecortada y el corazón acelerado.

—Donde quieras, Princesa.

Sonrío contra sus labios mientras la lengua de Thomas traza el contorno de mi boca, nos perdemos en otro beso hambriento y deseo no poder separarme nunca más de su abrazo.

Sin embargo, tengo una misión.

Doy un paso atrás, le cojo de la mano, entrelazo mis dedos con los suyos y salgo corriendo hacia mi destino. Me abro paso por el recinto, una caja de luces y sonidos vibrando a nuestro alrededor. Por el rabillo del ojo, veo a lo lejos a Ash y Amélie chocando los cinco, mientras Samir sorbe su cóctel con expresión de suficiencia.

Ignoro todo lo demás, lo único que importa es mi mano entrelazada con la de Thomas, su pulgar masajeando el interior de mi muñeca y el calor de su cuerpo encendiendo el mío.

No sé qué hay entre nosotros después de todo este tiempo. Ciertamente, hay algo que me atrae hacia él como una polilla a una llama y tengo toda la intención de disfrutar de este calor tanto como sea posible.

Llego al pasillo que buscaba, me escabullo hacia donde la luz es más tenue y encuentro la puerta empotrada casi oculta en la pared.

Mis labios se curvan hacia arriba en una sonrisa socarrona cuando le oigo reírse a mis espaldas, porque sé que ha comprendido adónde le llevo.

—Eres increíble, Catástrofe —murmura mientras entramos en el baño de mujeres, una zona silenciosa plagada de espejos en las paredes y en los cubículos.

La noche acaba de empezar y aún no ha llegado nadie, afortunadamente.

No creo que hubiera podido parar.

Entro en el palco del fondo, el más alejado de la puerta y de los lavabos, y arrastro también a Superman.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta con cierta falta de aliento, pero solo tengo que mirarle a los ojos para darme cuenta de que sabe muy bien lo que quiero.

—Te quiero, Superman. Aquí y ahora. ¿Alguna vez te han dicho que no hagas esperar a una mujer?

Niega con la cabeza, pero su boca se dobla en una sonrisa traviesa.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? ¿No preferirías una cama cómoda con un colchón suave y acogedor? —se burla de mí.

—Tendré eso también.

Las palabras se agotan, las manos se vuelven más audaces, los labios se encuentran.

Thomas me atrae hacia él una vez más y aprovecho para desabrocharle los pantalones, mi paciencia se ha agotado y lo quiero dentro de mí.

Él capta la indirecta y me devuelve el favor, subiéndome el vestido hasta las caderas, su mirada solo se asombra un instante cuando se da cuenta de que no llevo ropa interior.

—Dios mío, Grace —gime, excitadísimo.

Me agarra por las caderas, entiendo lo que quiere y engancho mis piernas alrededor de su cintura.

Solo pasa un instante y me penetra de un solo empujón, hasta el fondo, sin encontrar resistencia porque nunca había estado tan excitada en mi vida.

El corazón me late tan deprisa que casi me deja inconsciente. No se trata solo de atracción física, es algo más profundo, una química que nos embarga sin darnos tiempo a razonar, un sentimiento intenso que nos une como un hilo desde la primera vez que no solo nos miramos, sino que nos vimos.

Se mueve con rapidez, entrando y saliendo de mi cuerpo, arrastrándome hasta el éxtasis y gimiendo de placer, sin importarle que alguien pueda oírnos.

Rudo, rápido, brutal.

Exactamente lo que necesitaba ahora.

Lástima que no haya saciado en absoluto el ansia y el hambre que siento por él, y a juzgar por la mirada codiciosa que me dirige, a él le ocurre lo mismo.

—Ven conmigo —me sopla en los labios.

—Donde desees, mi Príncipe.

CAPÍTULO 35

THOMAS

El trayecto en taxi hasta mi piso nunca fue tan rápido, el tiempo era engañado por los besos que Grace y yo seguíamos intercambiando.

Me despego de ella para pagar al taxista y encuentro sus labios al subir en el ascensor.

Nuestro momento en *City Sensation* fue solo un aperitivo que me abrió el apetito. No me canso de ella, sobre todo después de este largo periodo de hambruna.

Entramos con los labios sellados entre ellos, ella se apoya en la puerta y el beso se hace más profundo. Es pura pasión. Nuestras bocas follan y, antes de volver a tomarla brusca y rápidamente, con un inmenso esfuerzo de voluntad, ralentizo el ritmo.

Mi asalto se convierte en un contacto suave y tierno, que sigue proporcionándonos a ambos descargas de placer.

Grace se queja.

—No hemos hecho más que empezar, lo mejor está por llegar —la tranquilizo, antes de volver al entrelazamiento de lenguas.

Lo que compartimos va más allá del disfrute de un solo momento.

Sus manos se mueven impacientes sobre mí, quitándome el abrigo y la chaqueta, que atrapo antes de que caigan. Le quito los suyos a Grace y me alejo para tirarlos en el sofá.

La miro: está impresionante con su vestido rojo, la cabeza echada hacia atrás, los ojos entrecerrados, los pechos sacudiéndose.

Es una diosa. Mi diosa.

—¿Piensas quedarte ahí mirándome toda la noche? —abre los ojos, su lánguida mirada me escanea descaradamente.

Vuelvo con ella.

—Tu camisa sigue impecable —sonríe seductoramente, acariciándome los pectorales—. ¿Cuánto apego le tienes? —pregunta sin esperar respuesta.

Se desabrocha los dos primeros botones, agarra las solapas y me la arranca, haciendo que todas las demás se desparramen por el suelo. Me la quita, desnudando mi pecho sobre el que deposita delicados besos. La punta de su lengua juega con mis pezones, volviéndome loca.

Es mi turno de gemir, y mis gemidos hacen que Grace sea más ingeniosa.

Reclama mi boca y me acaricia con descaro.

La cojo en brazos, me rodea el cuello con los brazos y juega con su lengua con mi lóbulo mientras la llevo a la habitación.

Me agacho, apoyo la rodilla en la cama y la coloco en medio del colchón.

Grace me suelta, pero su mirada llena de lujuria se clava en mí mientras retrocedo y me desnudo para ella, quedándome solo en calzoncillos. Se posa con avidez en mi erección que, esta noche, a pesar de la ronda en el club, es incontenible.

Sí, incluso Thomas Junior ha echado mucho de menos a Grace y ahora está de los nervios con

la voracidad brillando en sus brillantes ojos.

Me acerco y me siento en la cama, le quito el vestido, la visión de su sexo desnudo aún me deja atónito.

—Eres magnífica.

Estoy emocionado, incrédulo de tenerla conmigo de nuevo.

Una sonrisa traviesa ilumina su rostro.

—¿Quiere jugar a 'mira y no toques', ingeniero Clark?

—Seguro, no solo tocaré —me inclino más cerca, lamiendo su oreja—. Te haré gritar mi nombre hasta la mañana, hasta que olvides el tuyo.

Me levanto, la agarro por los tobillos y la arrastro hasta el borde de la cama para darme un festín con su monte de Venus. Con cada jadeo intensifico el movimiento de mi lengua, la deslizo dentro y fuera, le acaricio y chupo el capullo.

Grace pone sus manos en mi pelo, tira de él mientras la invade el éxtasis.

—Y uno —le digo orgulloso y sin pudor, metiéndome en la cama.

Coloco mis labios sobre su ombligo, que lamo, mirándola como si fuera mi comida favorita, y deslizo mi lengua hacia arriba desde allí. Sonrío complacido al sentir los escalofríos que le recorren la piel, y sus manos vuelven a agarrarme el pelo mientras me estrecha contra ella.

Me detengo en los pezones rosados. Es una visión con las mejillas enrojecidas y los ojos nublados de placer.

Me tumbo, me apoyo en las almohadas y dejo que ella tome la iniciativa.

Ella no duda y sus dedos se deslizan para apretarme bajo la tela de mi bóxer.

Cierro los ojos mientras ella me agarra con más fuerza y empieza a mover la mano arriba y abajo, despacio, siento que el placer me invade y me agarro a las sábanas para no cogerle la mano y aumentar la presión. Jadeo y necesito encontrarme con su mirada para ver si ella también está tan absorta en el momento como yo.

Necesito ver sus manos sobre mí y abro los ojos, pero no estoy preparado para la intensidad de la escena que tengo ante mí. Grace está consumida por el deseo, sus iris color miel son oro fundido que deslumbra y me siento envuelto en su luz.

No puedo resistirme, le paso los dedos por el pelo y la atraigo hacia mí para poder besarla porque necesito este contacto, su sabor y la beso con todo lo que tengo para hacerle comprender lo mucho que la deseo.

Le pongo una mano en la nuca para acercarla aún más, Grace gime y se sienta a horcajadas sobre mí.

Yo tampoco sé cómo me las apaño para quitarme el bóxer, pero cuando lo hago, alinee mi erección con su entrada, y me cuesta un gran esfuerzo evitar entrar de inmediato, pero quiero que sea ella quien tome la iniciativa.

Se frota contra mí, moviendo sinuosamente las caderas, y gemimos juntos.

Arqueo la pelvis, ella desciende lentamente para acogerme y encajamos a la perfección.

Un escalofrío me recorre desde los dedos de los pies hasta el pelo en una sensación única de éxtasis y amor.

La acaricio por todas partes, detengo mis manos en sus caderas para mantenerla pegada a mi cuerpo y ayudarla a balancearse sobre mí.

Me acaricia los hombros, me besa el pecho, y nuestras miradas permanecen fijas, unidas en una silenciosa promesa de placer.

Es una unión de cuerpo y alma, algo que nunca he experimentado.

Es hacer el amor, no solo sexo. Por primera vez, entiendo la gran diferencia.

Seguimos bailando juntos.

Una danza lenta y suave hacia el éxtasis.

Ya no tengo dudas.

Estoy enamorado de Grace.

Sus embestidas lentas y profundas me dejan sin aliento. Con cada golpe, muevo la pelvis a su encuentro, cada vez más profundo, y me cuesta distinguir dónde acabo yo y dónde empieza ella.

A medida que se acercan los empujones, siento que sube la marea, pero no quiero correrme, no antes que ella, no sin ella.

Me doy cuenta de que está cerca por la intensidad con la que me aprieta, y cuando se deja arrastrar por la ola, me suelto y me deslizo con ella en la cresta del placer.

—Y dos —susurra, agachándose sobre mí.

La abrazo, pasando mis manos por su espalda en una suave caricia, dejando que nuestros latidos amainen.

Su pelo me hace cosquillas en la barbilla, su aliento es una lenta caricia.

Me gustaría detener el tiempo, fotografiar este momento.

Quiero esto para el resto de mi vida.

Se mueve y se tumba de lado. Su mano en mi pecho, donde deposita un beso.

Lo sigo para estar cara a cara.

—¿Alguna vez dijiste aquella noche, querido Sr. mi-código-ético-inquebrantable, que algún día estaríamos tan unidos?

—Mira, lo has entendido mal.

Ya he intentado explicárselo sin que haya querido escucharme.

—Eso ya lo has dicho.

—Y no escuchaste.

—Es ahora o nunca —bromea, empujando su pelvis hacia mí para provocarme. Le respondo con una caricia en el trasero.

—Salí con unos amigos y había una chica. En un momento dado me dijo que se encontraba mal y la acompañé al baño, sin pensar en segundas intenciones. Cuando estábamos allí, se abalanzó sobre mí —por fin consigo contarle cómo fue.

—Y no te echaste atrás.

—Soy un caballero sureño, nunca dejaría insatisfecha a una dama —una respuesta que no le agrada y me vale un pellizco en la cadera—. Eh, me estás haciendo daño —lo intento de nuevo—. Soy un chico de oro, no un santo. En mi defensa puedo decir que pensé que atrapado por el nuevo trabajo tendría poco tiempo para ciertas diversiones. Bien podría aprovecharlo, la chica no estaba mal —esta vez recibo un puñetazo en el esternón, pero es ella la que sale herida.

—Ouch, realmente estás hecho de acero —refunfuña—. ¿Nandi también fue rescatada? ¿Y la amiga de Tina?

—Eso también fue una trampa. La chica me siguió cuando le dije que iba al baño, arrastrándome tras ella. Entiendo que sea difícil de creer, pero dado mi tamaño me cuesta imponerme a una mujer por miedo a hacerle daño. Estabas allí cuando la rechacé. Te burlaste de mí, debilitando mi excusa y haciéndome temer lo peor.

—Pobre cachorro —se burla de mí, depositando un beso en mi frente—. Me pregunto lo difícil que fue luchar contra ese tigre.

—Adelante, búrlate de mí —gimo, devolviendo el pellizco con una palmada en el trasero—. Incluso un hombre tiene derecho a opinar delante de una mujer guapa, no siempre tiene que estar dispuesto o disponible. Es acoso en el mismo sentido. Y esa noche fue muy difícil ser amable al

decir que no e intentar que dejara de ponerme las manos encima.

—Lo siento, no era mi intención —se disculpó.

—Una vez comprobado que se me ha ido la olla y he hecho el ridículo pensando que podía haber algo entre Ash y tú, ¿qué pasa con Wade?

—¿Celoso, Superman? —Sus ojos brillan de satisfacción.

—Sí, mucho —respondo con sinceridad—. No intentes cambiar de tema otra vez.

—Dios mío, Thomas. ¿Qué tan idiota crees que soy? ¿De verdad crees que saldría con un lameculos profesional más interesado en mi apellido que en mí? —me imita, utilizando las palabras que le había lanzado para Nandi.

—Catástrofe, esta animosidad hacia un colega no es propia de ti.

—Créeme, la atención de tus amigas no fue nada. Afortunadamente, entró en razón rápidamente. Un día, en otro momento, te contaré lo de la cena en casa de mis padres —suspira—. La cena del horror —se estremece—. Entonces... —Yuxtapone su frente contra mi pecho, juguetea con sus dedos entre mis pectorales—. La visita a los baños de mujeres en los clubes de Miami, ¿cómo fue?

Esta inseguridad suya me produce ternura, pero me vengo de sus burlas.

—¡No te tomé por cobarde, Catástrofe! Pregunta directamente lo que quieras saber —la desafío.

Me incinera con la mirada, pero no se echa atrás.

—¿Ha habido otras mujeres?

En sus ojos, la miel fundida parece ardiente.

—Desde nuestro primer beso, solo existes tú. Me hiciste tuya con desastres y café —me empujo hacia ella, haciéndole sentir mi excitación—. Solo reacciona así contigo —murmura satisfecha—. ¿Y tú?

—¿En serio? —pregunta desconcertada.

—Estás preciosa, Grace. Este éxito laboral te ha hecho más segura de ti misma y muy sexy —ella se sonroja—. O todos los hombres de Nueva York son estúpidos o tienes que...

Me interrumpe con un beso en los labios.

—Tampoco para mí. Estaba ocupado con *City Sensation*. Además, es difícil olvidar a Superman.

Ahora el cumplido soy yo.

—La charla se está poniendo interesante, adelante.

Me tumbo con los brazos detrás de la cabeza, dejando que la sábana se deslice hasta mi ingle.

Los ojos de Grace brillan de deseo.

—Pon tu súper ego a descansar.

Apoya la cabeza en mi pecho.

Alargo el brazo y la estrecho contra mí. No puedo evitar la siguiente pregunta, pero al mismo tiempo temo la respuesta.

—¿Qué ves, Grace, en tu futuro?

—Este encargo me ha hecho tomar conciencia de mis capacidades y de en qué sector trabajar —me mira tímidamente—. Me gustaría estar en contacto con la gente, ocuparme del arte y también organizar eventos.

No es exactamente la respuesta que buscaba.

—Una galería de arte —sugiero—. Nueva York es el lugar para estar.

Y te quedarías cerca de mí.

Samir y Ash me dijeron que está pensando en dejar Lauder.

Buena idea. Podría funcionar. Y tú, Thomas, ¿qué ves en tu futuro?

—En mi futuro te veo a ti —dice con voz firme y segura. Él se mueve y yo refuerzo mi agarre para evitar que se aleje—. No tengas miedo, no importa si no es por ti. Soy consciente de que puedo estar sin ti, pero no quiero. Mis días son mejores si estás tú, catástrofes incluidas. Quiero despertarme contigo a mi lado y dormirme abrazada a ti —la miro suavemente, para tranquilizarla—. No tienes que decir nada. Tómate tu tiempo para decidir qué camino tomar y si hay sitio para mí. Estaré allí esperándote —me giro hasta que se tumba boca arriba.

—Pero, ahora, eres mía y pienso aprovecharme de ello.

Le hago el amor como si fuera un diamante raro, bebiendo en su luz y dándole cada vez un trozo de mí.

CAPÍTULO 36

GRACE

Me despierto con una sonrisa en la cara y algo dolorido.

Fue una noche larga y mágica.

Superman quería demostrar su superresistencia y batir todos sus récords. Como eran cinco orgasmos, se esforzó por llegar a seis. No hace falta decir que yo cooperé mucho.

—Tenemos mucho tiempo para ponernos al día —dejó claro, y no podía culparle.

Me doy la vuelta para abrazar la almohada que aún lleva su huella y acurrucarme junto a su olor. En ella hay una nota con su letra.

Buenos días, mi Catástrofe,
gracias por esta noche mágica.

Estabas durmiendo tan bien que no quería despertarte y tenía que coger un avión.

No habría sido capaz de irme si tu mirada se hubiera posado en mí, tan ansiosamente como en esta noche.

Pasaré las Navidades en casa de mis padres y luego volveré a Miami.

Te quiero en mi vida, Grace. La decisión final, sin embargo, es tuya.

Anoche no estabas preparado, pero no puedo contenerme más, necesito gritarlo, aunque solo sea poniéndolo en blanco y negro sobre este papel.

Te amo, Grace.

Te llevaste el corazón y el alma.

Te amo, el tipo de amor contra el que no hay defensa, que no necesita reglas porque está escrito en las estrellas.

Solo te necesito a ti.

No me hagas esperar para siempre.

Tuyo,

Thomas

Lágrimas de emoción corren por mi rostro mientras estrecho la nota contra mi corazón. Sé que sus sentimientos son sinceros, percibí su cambio de actitud anoche cuando nos encontramos en su dormitorio.

Me hizo el amor, con la dulzura de un hombre enamorado, y yo no pude responderle.

Yo también estoy perdidamente enamorada de Thomas Clark. Pero no hay dos sin tres.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta Amélie en cuanto pongo un pie en el piso.

—Thomas dijo que me ama.

Mi amiga parpadea lentamente.

—Son malas noticias porque... —investiga.

—Yo también le amo.

—¿Sabes qué es nuevo? —Dirige la mirada hacia arriba—. Eras la única que aún no había

llegado o no quería admitirlo —señala—. ¿Cuál es el problema?

—Tú estabas allí, Amélie, tú eres la que me ayudó a levantarme, no sé si quiero revivir algo así.

—¿Cuándo dejarás de huir y de tener miedo? —me regaña—. A los otros los elegiste más con la cabeza que con el corazón. Fueron la bofetada moral adecuada en la cara del General. Thomas se te metió en la piel a pesar de ser el que más se parece a tu padre en apariencia. Se abrió paso a pesar de que luchaste contra esa atracción con todas tus fuerzas. Nunca te has sentido tan atraída por otros como por él.

Hay mucha verdad en lo que ha dicho.

—¿Y si...?

Amélie me hace callar y me pone las manos sobre los hombros.

—Con los otros, era más tu orgullo el que sangraba que tu corazón. ¿Y si él es la parte que te falta? ¿Realmente quieres dejarlo ir por miedo? En la vida no hay certezas. ¿De verdad quieres dejar a Superman en manos de otro por un 'y si...'?

Mi amigo aventurero y valiente siempre sabe qué botones apretar.

—No, pensar en él con otra hace que se me suba la sangre al cerebro —confieso.

—¿Y qué hacemos?

Está loca, pero es leal hasta la médula.

—No sé qué vas a hacer, pero yo me voy a la cama. Tengo que recuperarme.

Sonríe con picardía y su mirada se vuelve petulante.

—¿Demasiado sexo? ¿Cuántos orgasmos esta vez? —sondea—. Solo eso debería convencerte de seguir con él y compartirlo con amigos, de verdad.

Le muestro el dedo corazón.

—¿Grace? —me llama y me giro para mirarla—. Estaré allí, de nuevo, por si sale mal. Sin embargo, por una vez, permítete el lujo de creer que saldrá bien. El pensamiento positivo se hace realidad.

Le mando un beso y me refugio en mi habitación, bajo las sábanas.

Necesito perderme en los brazos de Morfeo, con la esperanza de encontrar las respuestas que busco.

CAPÍTULO 37

THOMAS

La mejor noche de mi vida.

Grace realmente es un hada.

Siempre hay que creer a los niños, pienso, sacudiendo la cabeza.

—Hola cariño, por fin estás aquí —el abrazo de mamá sabe a hogar—. ¿Y Grace? —pregunta mirando detrás de mí.

—Amor, deja que al menos entre y se instale —papá siempre es la voz de la razón—. Estará aquí con nosotros tres días, tendrás tiempo de sobra para tus mil preguntas y sobre todo para ofrecer tus sabios consejos de madre —me señala—. El chico parece cansado.

Mamá me examina con su mirada escrutadora.

—Tienes razón, Walter —intercambia una mirada de comprensión con papá, una que solo pueden intercambiar quienes comparten años de intimidad, la que espero construir con Grace—. ¿No has dormido bien? —pregunta, moviéndose para dejarme entrar.

Le doy las gracias en silencio a papá por distraerla.

Ahora mismo, preferiría ser objeto de su insistente atención antes que tener que hablar de Grace.

Anoche dormí muy poco, ocupado en darle todo de mí, en hacerla gritar mi nombre como había prometido. Sigo nublado de placer, perdido en el oro de su mirada, en su néctar, que aún siento en mis labios. La incertidumbre de qué decisión tomará Grace me ha mantenido despierto durante el vuelo.

—¿Café, Thomas? —Mamá me devuelve al presente, colocando una taza frente a mí.

No sé cómo he llegado a la cocina, sentada a la mesa. Aferro la taza caliente entre mis manos. Hoy es uno de esos raros días en Carolina del Sur, donde el frío se impone.

Miro el líquido oscuro, haciéndolo oscilar. Me inundan los recuerdos.

—¿Estás bien, cariño? —Mamá intercambia una mirada preocupada con papá ante mi extraño comportamiento y la media sonrisa que apareció en mi cara.

—La primera vez que vi a Grace, derramó agua sobre mi camisa. La segunda, un vaso entero de capuchino. Mis camisas no tienen remedio desde que la conocí —les doy un poco de nosotros.

—A veces, el acierto tiene una extraña forma de ser reconocido —papá sonríe a mamá.

—Le dije que me gustaría tener un futuro con ella. Se asustó y no me contestó —confieso.

—Dale tiempo, Thomas. No todos reaccionamos igual ante los sentimientos. Algunos les tienen miedo —dice papá.

—Tu padre tiene razón. Te llevó un tiempo aceptar lo tuyo. Estuvisteis separados mucho tiempo cuando ella creyó que le habías dado la espalda. Luego, en el espacio de una noche, todo cambió. Dale tiempo para asimilar la situación. Las mujeres necesitamos reflexionar y darle vueltas a los asuntos que nos pillan desprevenidas.

—Primera regla en el amor —susurra mi padre—. Dale espacio cuando te lo pida, pero hazle

sentir tu presencia para que no se sienta abandonada.

Mamá resopla.

—Tienes razón, pero no es solo una cuestión de efecto sorpresa. La familia de Grace es un poco *sui generis*. Se siente poco apreciada y tiene una relación difícil y complicada con su padre. Yo le recuerdo a él, ambicioso y exagerado como soy —le explico.

Mamá sacude la cabeza.

—Vi cómo te miraba, aunque había una pantalla que me servía de filtro —le cuesta creer que alguien pueda no estar interesado en su magnífico hijo—. Solo necesita entender cómo se siente y superar sus miedos. ¿Le hiciste sentir... tu energía? —pregunta suavemente.

—¿Mamá? —pregunto, sin estar segura de entender lo que me está preguntando.

—Cariño, contrólate —papá se ríe.

—Ya sabes que Tommy es tímido —respondió mamá.

Levanto los ojos al cielo.

—Por único y sensato que sea tu consejo, el tímido Tommy tiene otros argumentos convincentes que no necesitan nuestra intervención.

—Papá, no la consientas.

—Está bien, está bien—. Mamá se levanta—. Fuera de mi cocina. Tengo que ir a trabajar, ya que podríamos tener invitados —es bueno estar en casa—. ¿Qué le gusta a Grace?

Imposible de contener.

Este calor familiar, nunca lo echo tanto de menos como cuando me encuentro inmerso en él. Esto es lo que quiero en mi futuro con Grace.

Esto es lo que sueño cuando me voy a descansar a mi antigua habitación.

Estoy sentado en el salón viendo un partido de fútbol con papá, cuando suena mi teléfono móvil.

Después de más de treinta y seis horas, dejé de esperar cualquier tipo de contacto con Grace.

—Hola, Samir.

—Hola, Thomas, ¿cómo fue tu viaje a casa?

—Todo bien. Pasé tiempo con la familia con el añadido de quedar con viejos amigos del instituto —no me avergüenza mostrar mi lado de mamá.

—¿Tú?

—Silencio de radio. Todavía nada —mi abatimiento se hace sentir en todo momento. Pensé que yo valía algo para ella. Esta vez, realmente metí la pata—. Me la jugué y perdí. Pasaré estos días compadeciéndome de mí mismo y mimado por mi familia. Pero, cuando vuelva a Miami, volveré a ser el ingeniero de alto rendimiento Clark.

—Eso espero. No eres el más comprensivo en tus malos momentos —mi amigo lo sabe, ha soportado unos cuantos en los últimos meses—. Intenta pasar una buena Nochebuena, y no dejes de creer en los milagros navideños.

—La que me robó los sueños es un hada, no sé si quiero que me engañe también Papá Noel.

Se ríe.

—No te quejes si recibes pocos regalos y mucho carbón.

—Prometo no quejarme. Feliz Navidad para ti también, viejo —vuelvo a entrar en el salón justo cuando suena el timbre. Es extraño que alguien aparezca a las seis de la tarde en una fría Nochebuena—. Yo abro.

—Gracias, cariño —responde mamá desde la cocina.

Abro la puerta y me quedo sin habla.

—Entrega urgente *de última* hora del regalo de Navidad de Thomas Clark —frente a mí está Grace con una mano extendida en la que sostiene un vaso—. Quiero decir que el regalo soy yo, no el café —dice nerviosa, retirando la mano.

—Yo... —empiezo a decir sin poder articular palabra.

Ella está aquí.

—Cariño, ¿qué modales son esos? No te quedes en la puerta —me regaña mamá, acercándose por detrás.

—No quiero molestar —responde Grace.

—No es molestia —insiste mamá, y luego me hace un gesto para que me mueva y le deje espacio para entrar—. Entra que hace un frío que pela.

—Le pido disculpas, Sra. Clark. Aparecer en su casa en Nochebuena, y sin regalo, es muy descortés —Grace le entrega una pequeña bolsa con el logotipo de la aerolínea—. En una situación normal me habría presentado con un ramo de flores, una botella de vino y muchos regalos. Pero pasé un día y una noche en el aeropuerto, sin saber si pararía la ventisca y podría irme. Tuve que revisar mis planes y no pude conseguir más que uno de los artilugios que vendían en el avión.

Ella es un río desbordado, como de costumbre cuando está agitada, esta situación no debe ser fácil para ella. Sin embargo, está aquí. Todo lo que puedo hacer es repetirme estas palabras sin cesar.

Ella está aquí.

—Solo tú eres suficiente —madre no podría haberle dicho palabras más hermosas.

Eso es todo lo que Grace siempre quiso oír. Ser suficiente. Serlo todo.

Acepta conmovida que la abracen.

—Tengo que comprobar el asado—. Una excusa para dejarnos solos en el pasillo.

—¿Estás aquí? —pregunto aún incrédulo. Necesito tocarla, pero no me atrevo a hacer nada por miedo a que desaparezca, un producto de mi imaginación.

—Habría llegado antes, si el tiempo lo permite.

La ayudo a quitarse el abrigo. Está justo aquí.

—No importa. Lo que importa es que estás aquí ahora —*joder, solo con verla ya me echaba para atrás*—. Quiero decir, siento tu terrible viaje y las penurias que tuviste que soportar, pero me alegro de que estés aquí, delante de mí.

Muestro la sonrisa de ébano más grande que la humanidad pueda imaginar.

Se balancea un poco, respira hondo. Está nerviosa, yo también. Pero también estoy feliz.

—No te escribí porque lo que tengo que decirte hay que decirlo en persona.

Pierdo parte de mi entusiasmo y me desinflató como un globo que suelta helio.

—Soy un desastre andante, todavía no entiendo lo que ves en mí, sin embargo eres mi Superman y si alguien puede sobrevivir a mis desastres, eres tú. Así que, Thomas Clark si sigues con la idea de un futuro juntos, me apunto. Y estaré encantada de ser tu regalo de Navidad.

Me acerco.

—¿No te olvidas de algo?

Resopla.

—¿No puedes ponérmelo fácil?

—No lo creo.

—Te quiero más que a mi vida y para siempre, Sr. Jódeme.

Ahora estamos llegando a alguna parte.

—Pensé que nunca dirías eso.

Estiro los brazos y la estrecho contra mí. Algo cálido baña mi pecho. Miro hacia abajo y veo una mancha en mi camisa impoluta.

Grace niega con la cabeza.

—No podría hacerlo sin un café —dice con una sonrisa malcriada.

Me importa un bledo el líquido que me ensucia.

—Supongo que el romántico de la pareja soy yo.

La atraigo hacia mí y la beso.

Grace responde al beso con pasión, y siento que puedo respirar de nuevo.

Cuando nos separamos, vemos a mis padres mirándonos desde la puerta con una sonrisa en los labios. Papá detrás de mamá con la mano en la cadera. Así es como nos veo dentro de veinte años.

—Mamá, papá, esta es Grace —la presento aunque ya se conocen—. Grace, estos son mis padres.

Sonríe tímidamente a la pareja que nos observa con afecto.

—Puedes llamarme Walter.

—No le hagas caso, cariño, puedes llamarnos mamá y papá —suspirando, no tiene medias tintas. Coge a Grace del brazo y la lleva al vestíbulo—. El mejor regalo que podíamos haber querido este año —la oigo decir.

—Bueno, tenemos mucho que celebrar.

Papá me pasa el brazo por los hombros y me invita a seguir a nuestras mujeres al salón, donde la chimenea está encendida y la mesa ya está puesta para la cena, que comeremos más tarde.

Nos sentamos y mamá, eficiente como siempre, sirve un aperitivo superlativo ayudada por Grace. Debería asustarme la armonía que ya les une.

Es agradable ver a todos mis seres queridos reunidos aquí, juntos. Es agradable ver a Grace interactuando, despreocupada y feliz con mis padres. La noche se desliza suavemente al igual que la cena.

—Un brindis por un día especial —papá levanta su copa y todos le imitamos.

Hoy es Nochebuena, Grace está aquí conmigo y fuera está nevando.

Cuando estamos juntos ocurre lo imposible.

EPÍLOGO

Grace

NUEVA YORK - SEIS MESES DESPUÉS

Me retiro el pelo de la cara y acelero el paso, zigzagueando entre la gente que ya se agolpa en la acera.

El mismo escenario que hace poco más de un año, cuando volví a ver a Thomas y me encontré en un equipo con él.

Luego iba a encontrarme con mi destino, angustiada, sin saber lo que quería hacer.

Hoy soy una persona diferente, han cambiado muchos aspectos de mi vida. Incluso el desayuno en *Veniero's*.

La única constante: sigo siendo un peligro para las camisas de Thomas cuando tengo un vaso en la mano, sobre todo si contiene café. Afortunadamente, él dice que es un pequeño precio a pagar por tenerme en su vida.

Llego un poco tarde, lo que tampoco es ninguna novedad. Cuando llego al bar de la azotea 230 Fifth, encuentro a todo el mundo ya sentado y esperándome.

—Hola, Catástrofe —mi maravilloso niño se levanta, me abraza y mueve mi silla.

—Ayúdame, Grace —me grita Craig, el novio de Ash—. Sálvame de puentes colgantes, centros comerciales y luces que se encienden con una palmada.

Me río y dirijo una mirada severa a Thomas, Ash y Samir, que parecen culpables.

Me corrijo, hay otra cosa que no ha cambiado. Los tres tipo súper geniales siempre llevan su trabajo encima cuando están juntos.

—¿Dibujaste algo interesante hoy? —Craig es tatuador.

Sus obras son realmente únicas y muchos vienen de otros países para llevar impresa en su cuerpo una de sus creaciones.

—Trabajé en un proyecto para cubrir cicatrices de cortes con cuchillo. Un regalo de su ex a mi cliente. Para ella será una forma de borrar las cicatrices recibidas, pero también de superar la violencia sufrida. Una especie de venganza y renacimiento.

Me encantan las historias que cuenta.

—¿Tengo alguna posibilidad de convencerte para que expongas hoy en la galería? Te daría más visibilidad y un público diferente.

—Que no quiero ni necesito —señala con una dulce sonrisa.

—No dejes de intentarlo —Ash le mira con adoración—. Al final, dirá que sí.

Una mirada de comprensión pasa entre los dos y él conoce su historia.

Ah, claro, la galería. Dejé Lauder y ahora trabajo en una pequeña galería de arte en Bushwick y hago lo que se me da bien, pero sobre todo lo que me gusta hacer.

El General murmuró no poco, pero tuvo que ceder cuando mis hermanos se pusieron de mi parte, señalando cuánta habilidad e inteligencia hacen falta para hacer un trabajo como el mío.

—Siento llegar tarde —Amélie nunca se contradice, pero también hay novedades en su vida—. Hola a todos —saluda—. Ingeniero —le guiña un ojo a Samir.

Sí, mi mejor amiga se ha enamorado del ingeniero informático. No está muy claro lo que pasó entre ellos, ni lo investigamos, por respeto a su intimidad y para no alterar el equilibrio de nuestro grupo.

—Entonces, chicos, ¿está todo listo? —Nos mira a Thomas y a mí.

—Muy listo —responde con una sonrisa feliz que me contagia a mí también—. Desde hace mucho tiempo.

—Mira, Superman, solo te la doy porque tus orgasmos hacen maravillas por su autoestima.

Rocío lo que estaba bebiendo, arriesgándome a ahogarme.

—Bueno, prometo que seguiré esforzándome para que siempre esté satisfecha y segura de sí misma —Thomas me dedica una de sus sonrisas sensuales.

En definitiva, respeto a la intimidad de todos, menos a la mía.

—¿Seguro que no necesitas ayuda con la fiesta? —pregunta Samir.

—No, ya está todo arreglado —respondo por los dos, conteniendo a duras penas mi satisfacción.

—Pero se aceptan manos para la mudanza —interviene mi novio—. Parece que Grace está vaciando una mansión, no un piso de ochenta metros cuadrados.

—Soy un acumulador en serie. Nunca se sabe cuándo algo puede ser útil. Mejor guardar que tirar —admito.

Me alegro de que, a partir de ahora, todo sea cosa tuya —se ríe Amélie con una palmada en el hombro de Thomas—. Pero qué emoción. Mi niña ha crecido y ahora se va a vivir con su novio. Nunca pensé que vería este día —su tono melodramático nos hace reír a todos.

—Un brindis —propone Ash levantando su copa y todos le imitamos—. Por la fiesta de inauguración de la convivencia de Grace y Thomas.

Sí, después de seis meses de sexo superlativo, desastres y discusiones, acepté la invitación de Superman de irme a vivir con él. Lo cual también me viene muy bien porque vive no muy lejos de mi nuevo trabajo.

—Por nuestros amigos —añado con la copa en alto—. Sin ustedes, nunca lo habríamos conseguido.

Eran nuestros ángeles de la guarda, creían en nuestra historia mucho más que nosotros.

—A una discoteca —plantea Samir.

Todo empezó con el proyecto de Miami.

—Por una taza de café —Thomas me mira con toda la ternura de la que es capaz—. El que me hizo fijarme en ti —me aprieta la mano.

—A las camisas de Superman —Amélie siempre tiene que tener la última palabra.

Sonrí, miro a mis amigos y al hombre que amo y doy gracias por sentirme una chica muy afortunada.

AGRADECIMIENTOS

Cuando decidimos sumergirnos en esta nueva experiencia, no sabíamos qué pasaría y si nuestras plumas engranarían bien, pero teníamos muchas ganas de experimentar con un nuevo género y de volver a vosotros, los lectores, con una historia divertida y emocionante, una comedia romántica con tintes picantes.

Si hemos conseguido nuestro objetivo, ha sido gracias a las personas que nos han acompañado desde la redacción de la trama.

A nuestras familias, que nos apoyaron a lo largo de un camino hecho de intensas sesiones de escritura, videollamadas a todas horas e interminables mensajes en los que planeábamos personajes, riñas, momentos hilarantes y otros más intensos.

Al apoyo de toda la comunidad librosa que nos ayuda a dar a conocer nuestras historias, porque vuestro entusiasmo y el cariño que reserváis a nuestros niños de papel es regenerador y un estímulo continuo para hacerlo cada vez mejor.

Pero el mayor agradecimiento, como siempre, es para vosotros, lectores, que habéis llegado hasta aquí y habéis dado a Grace y Thomas la oportunidad de darse a conocer.

Estamos deseando saber qué opinan de ellos y, si quieren, escribannos o etiquétennos en las redes sociales para hacerlo.

Página de Facebook: www.facebook.com/len.mccabe.94
<https://www.facebook.com/krishamletauthor>

Perfil de Instagram: [@len_mccabe](#) [@kris.hamlet_author](#)

ACERCA DEL AUTOR

Len McCabe

Lectora compulsiva por elección, narradora por apostura, soy reservada, tímida e introvertida. Leo de todo, incluso las etiquetas de los productos si no tengo otra cosa a mano, pero como amante del amor, las novelas siempre han sido mi pasión. Leer es conocimiento... descubres mundos, costumbres, lugares diferentes.

ACERCA DEL AUTOR

Kris Hamlet

Kris Hamlet es el seudónimo de una madre, esposa y profesora de inglés, que no quiere perturbar a sus alumnos (ni a sus padres).

Vive en Italia, con sus dos hijas y su marido, y le encanta pasar las tardes en el sofá entre series de Netflix y palomitas.

Come demasiado chocolate (sobre todo blanco) y llora como una fuente ante las películas románticas.

Ávida lectora romántica, lee y aprecia cada matiz.